
Melissa Mochulske
El corazón de las gardenias
Tres vidas.
Dos amigas.
Un deseo
ESPASA

Melissa Mochulske

El corazón de las gardenias



Índice

Tándem

Del ingl. *tandem*, y este del lat. *tandem* ‘al fin’,
‘al cabo’, ‘a la larga’, al interpretar humorísticamente
a la larga con valor espacial en vez de temporal.

1. m. Bicicleta para dos personas que se sientan
una tras otra, provista de pedales para ambos.

2. m. Conjunto de dos personas que tienen
una actividad común, o que colaboran en algo.

3. m. Conjunto de dos elementos
que se complementan.[1]

Notas:

[1] Real Academia Española: https://dle.rae.es/t%C3%A1ndem?m=form

Para Verónica, mi tándem.

Libro 1

Capítulo I

Esta es la historia de amor que jamás se ha contado y que el mundo aún no sabe cuánto necesita escuchar.

Podría decirse que empezó un sábado por la mañana, aunque en realidad el cosmos la configuró desde mucho antes. Lo que está destinado a ser encuentra el momento perfecto para suceder.

Aquel día, Inés volvía de pasear con Lola por el parque Mirabent cuando al llegar al Tándem se encontró a una mujer con un escandaloso permanente, tan eufórica como catastrófica, enfundada en un par de jeans particularmente entallados.

A lo lejos, era fácil confundir a esa mujer micrófono con una adolescente a bordo de unos tenis con plataforma que le agregaban aproximadamente ocho centímetros a su metro cuarenta y seis de estatura. Llevaba en brazos un diminuto y extravagante perro pomerania de melena rojiza mientras sostenía con la mano izquierda un cronómetro que aportaba una importante dosis de complejidad al cuadro.

Inés no tenía forma de saber que esa mujer de ojos gigantes color ganas de comerse al mundo que coqueteaba con Isma, el portero, sería tan importante en su vida; es más, si en ese momento le hubieran dicho que sería la autora intelectual de —por lo menos— el treinta por ciento de los ataques de risa que tendría el resto de su vida a partir de ese momento, jamás lo hubiera creído.

Su curiosidad —usualmente malentendida como

propensión al chisme— la obligó a observar la interacción de estos tres especímenes que extrañamente parecían venir del mismo planeta; además, por supuesto, de tratar de encontrar una explicación lógica a tan pintoresca escena para apaciguar su naciente interés.

La respuesta tardó en llegar exactamente cuarenta y siete punto dos segundos en voz de la multifacética Candelaria, justo el tiempo que le tomó a esta gacela con ojos de gato y piernas eternas aparecer jadeante en la puerta.

—¡Más rápido, Tamarinda! Acelera, que todavía te falta cargar a tu ridícula «bendición» —dijo con sorna, refiriéndose al perro que, dicho sea de paso, llevaba una pañoleta roja en el pescuezo como si su misión en esta vida fuera derrochar estilo y glamour.

A esa mujer no parecía haberle causado ninguna gracia el comentario, sin embargo, Inés no pudo evitar reírse discretamente; sin lugar a dudas, la mujer micrófono con voz de corneta tenía razón: ese perro verdaderamente era ridículo.

Esta extraña dinámica se repitió al menos cinco veces más, hasta que la mujer pareció lograr su cometido, cualquiera que fuera, con todo y perro bajo el brazo.

Agradecida, se despidió del portero antes de irse.

—Ismael, muchas gracias por tus atenciones, seguramente nos estaremos viendo por aquí.

—Claro que sí señora, lo que necesite aquí andamos.

Candelaria parecía molesta, en unos cuantos minutos y sin aparente explicación, su eterno espíritu entusiasta se había transformado en una nada sutil agresividad pasiva.

—¡Jaaaaaa! Señora… No seas payaso Ismael, háblale de «tú», es la Tamarinda pa los cuates.

Ismael respondió tímidamente con el perfil bajo que lo caracterizaba.

—Yo apenas la conocí el otro día, cómo crees que le voy a hablar así, si no somos compas Candy…

La mujer que cargaba al perro ridículo trató de equilibrar la incómoda tensión sexual que se percibía entre ambos y, de paso, evitar que su futuro portero la hiciera

sentir una viejecita de mil años.

—A ver si te vas juntando más con Ismael para que te eduque chaparrita, que no te caería nada mal.

Candelaria refunfuñó torciendo los ojos.

—Isma… dígame Isma, si no, me siento regañado doña.

Era imposible tomar a mal sus buenas intenciones.

—Isma, yo soy Tamara y, con confianza, que los amigos de mi tachuela indomable son también mis amigos; olvídate del «doña» y del «señora» por favor.

Ismael sonrió y chocó puños con Tamara sellando así el inicio de lo que en el futuro sería una entrañable amistad.

—Cámara pues, así le hacemos, Tamara.

Antes de partir, Tamara contempló en silencio el Tándem, reparando en el cambio de vida que se avecinaba y en el miedo que estaba tratando de mitigar con esa profunda emoción que viene de la mano de una nueva etapa. Mientras tanto, Candelaria tuvo un par de minutos para despedirse de Isma antes de subir a la camioneta.

Inés no entendió lo que acababa de pasar, pero aprovechando que no tenía realmente nada que hacer, se quedó hablando con Isma.

—¿Nuestras nuevas vecinas?

—Sí Ine, la señora… Tamara tenía que medir unas cosas y parece que tenemos todo lo que busca.

Con la confianza que le tenía, aprovechó para molestarlo un poco e intentar cambiarle la cara de tristeza que le había quedado tras la partida de Candelaria.

—¡¡¡Uuuiiiuuuhhh…!!! Y dime algo… ¿Qué se siente volver a tener novia y que vaya a vivir en el edificio?

Isma no pudo evitar sonrojarse, pero enseguida lo negó para no favorecer falsos rumores.

—¡Cálmateeeee, Ine! ¿Ya así nos llevamos? ¡Na… pa nada! La Candy es mi amiga y ya…

Inés había sido confidente de Isma por años, sabía perfectamente lo mal que la había pasado en temas de amores.

—Ándale, niégala, vas a ver cómo se voltean las cosas

cuando menos te lo esperes. En fin… Ya, acaba de contar el chisme, ¿a qué departamento van?

—Al 201, ahí enfrentito del tuyo.

No pudo evitar la sorpresa, si bien no había pensado qué tipo de personajes querría que habitaran el 201, después de haber tenido a los mejores vecinos del mundo, no lograba visualizar a esa dupla tan compleja merodeando por su pasillo, menos aún al perrito faldero que claramente era más pulcro que ella en su mejor día.

—¿Qué…? ¿El 201? ¿El de los Harrison?

—Ese merengues, ora sí ya nomás firman y vienen pa acá.

Ese departamento era especial para Inés por muchas razones, sin embargo y muy a su pesar, no tenía injerencia alguna en el perfil de quien podría habitarlo.

—Ni hablar… Habrá que ver cómo nos va.

—Son a todo dar, vas a ver.

—Imposible que superen a mis viejitos.

Pasaron unas cuantas semanas hasta que Tamara, Candelaria y el inmaculado pomerania llegaron al Tándem en una camioneta cargada de maletas, un par de cajas y, atado al techo, un enorme árbol de navidad sintético que no quisieron despachar en el camión.

Inés se enteró de que la mudanza había llegado gracias a los gritos de su nueva vecina, quien discutía en el pasillo con el encargado.

—¿Usted de verdad cree que yo tengo todo el tiempo del mundo para estar esperando a que se dignen a llegar con mis cosas?

—Señora, es que había mucho tráfico...

Visiblemente fuera de sí y dejando claro que para ella la impuntualidad era imperdonable, no cedió.

—No no no… Tenían que estar hace dieciséis minutos aquí. ¡¡¡DIECISÉIS!!! Están jugando con mi tiempo y eso es imperdonable, tenían que estar hace dieciséis minutos aquí... ¡Y no me diga señora!

Pese al estrés del momento, el señor de la mudanza

hizo un enorme esfuerzo por contener la risa.

—Perdón, «señorita», mire, de verdad que no es así, lo que pasa es que encontramos más tráfico por la ruta que tuvimos que tomar para que pudiera pasar el camión pero le prometo que ahorita nos apuramos.

Tamara no era una persona prepotente, rápidamente reparó en que estaba descargando todo su estrés con él, por lo que inmediatamente cambió el tono.

—Entiendo. La verdad es que las mudanzas no son lo mío, le pido por favor que suban todo con mucho cuidado porque en este momento le juro que no puedo lidiar con muebles maltratados ni con rayones en la pared; tengan mucho cuidado por favor…

Inés confirmó su más grande temor: una nueva vecina del infierno oficialmente había llegado al Tándem.

Con su tercer café del día en mano, observó desde el ventanal de su cocina, dado que contaba con una vista espejo exclusiva, el movimiento que empezaba a tener el 201. Le llamó particularmente la atención el empeño y cuidado que la vecina ponía en limpiar y acomodar cada una de sus cosas.

Fue inevitable no pensar en los Harrison, nunca se había detenido a pensar en lo que habrían visto ellos desde su ventanal el día que llegó al 202 nada más con dos maletas bajo el brazo, la pequeña Lola, el alma rota y una nueva vida por estrenar.

Siempre estaría agradecida con Brigitte y Teodoro Harrison por abrazarla y contenerla en esos momentos tan difíciles, por haberla hecho sentir bienvenida desde el primer momento en que llegó al Tándem, con algo tan entrañable y por demás especial para ella: una maceta con una gardenia y no cualquiera, sino aquella que venía del único lugar que en ese entonces conocía como hogar.

—La raíz de esta plantita la saqué del árbol que nos regalaron Cata y Jorge para nuestra terraza. No es tan fácil que se dé, intenté un par de veces sin suerte, pero cuando por fin prendió, supe que era tuya, Mariné —dijo la dulce Brigitte antes de ser interrumpida por la siempre melancólica voz de su marido.

—La regamos y cuidamos pensando en la alegría que te daría tenerla cuando vinieras, niña, estábamos esperando que este día llegara desde que falleció tu abuelo.

—No supe que mi Abo me heredó su estudio hasta hace unos días, es una larga historia.

En un gesto cariñoso, Brigitte puso la mano en su mejilla, recordando así a Inés el suave y amoroso tacto de su amada abuela.

—Suena a que en ese entonces no estabas lista para empezar una nueva vida muñeca, pero qué bendición que este día finalmente llegó.

Once años habían pasado ya desde entonces. Esas gardenias fueron un presagio para que Inés llenara el 202 de plantas y que este se convirtiera probablemente en el rincón más verde de la gran selva de asfalto.

La mudanza de Tamara la había devuelto a aquellos días, quizá por eso había algo en la mirada de su vecina que le parecía extrañamente familiar, le había hecho recordar a la Inés que necesitaba hacerle creer al mundo que tenía todo bajo control cuando, en realidad, no tenía ni idea de qué hacer con ella misma.

Por los sofisticados aditamentos que iba desempacando, sospechó que quizá podría ser chef —lo cual tendría sentido por lo mandona que era— pero sus piernas largas y abdomen plano la hicieron descartar de inmediato esa idea.

De tanto mirarla, pensó que quizá valdría la pena despojarse de ideas preconcebidas y darle una oportunidad, tal vez podrían ser amigas. No le vendría nada mal tener una, por una u otra razón, las había perdido todas en el camino.

Pensó en diferentes regalos de bienvenida que pudieran fungir como una excusa perfecta para ir a presentarse. Su primer instinto fue ir a la panadería de Laurent a comprar una caja de sus croissants perfectos, crujientes y con la dosis de mantequilla necesaria para restablecer la paz mundial de una sola mordida, pero al percibir la tristeza de su vecina a través del ventanal, quiso también darle algo mucho más significativo; quizá no había

sido casualidad que tan solo unos meses atrás a su amada gardenia le hubiera brotado un retoño.

—¿Te imaginas, Lola? Semejante círculo perfecto de amor que sería ese. La planta volvería al lugar que tantos años le perteneció, regresaría triunfal a recuperar el terreno perdido por sus ancestros…

Lola, como siempre, la miró como si entendiera y estuviera de acuerdo en absolutamente todo lo que le decía, nunca tuvo un comportamiento que le demostrara lo contrario, pues si había alguien con quien Inés hablaba sin filtros ni reparo, era esa pequeña rata de cuatro patas: su compañera incondicional y la caja fuerte de todos sus secretos, ilusiones, frustraciones, amores, desamores, fantasías e historias, que muchos años después serían montados en escena.

Al verla acercarse con una maceta, café y una bolsa de pan, Tamara intentó pensar rápido en una buena excusa para evitar ese convivio tan innecesario.

Fracasó en el intento.

Los ladridos alterados del pomerania —que ahora vestía un chaleco de mezclilla con estoperoles— anunciaron que Inés, Lola y su entusiasmo se habían infiltrado en el 201 con todo y una enorme sonrisa.

—¡Hola! Venimos rápido a darles la bienvenida y a presentarnos, soy Inés Arango, tu vecina de enfrente.

La vecina le extendió la mano en un intento de saludarla propiamente pero Inés tenía las manos ocupadas.

La incomodidad se respiraba a kilómetros de distancia.

—Tamara Becker.

—Tamara, qué gusto conocerte. ¡Bienvenidas al Tándem! ¿Cómo se llama esta guapura? —refiriéndose al perro, por supuesto, quien enseguida se puso panza arriba al saberse el centro de atención.

—Juan Gabriel.

Inés no pudo evitar reírse, el nombre del perro era insuperable. Desenfadada, dejó el pan y el café en la barra

de la cocina, la planta en el piso y se agachó para hacerle mimos.

—¡Pero por supuesto! No podías llamarte de otra forma, Juanga, mira, te presento a Lola.

Un largo silencio se hizo presente. Inés intentó no tomarlo personal; no toda la gente hablaba de y con sus perros, asumió que seguramente la nueva vecina era una de esas, pero no se detuvo.

—Tamara, Lola y yo les trajimos un regalo muy especial de bienvenida...

—Ah… gracias, gracias —respondió Tamara, forzando una sonrisa. Recibió la maceta y no reparó en nada más que en ese aroma tan familiar que desprendía y que en ese momento no pudo recordar. Enseguida se distrajo acomodando las cosas de su cocina como si Inés hubiera dejado de existir.

—Tiene una historia muy especial que ya te contaré con calma después. Tienes que regarl…

Tamara solía ahogar todas las plantas que pasaban por sus manos, por eso siempre prefería comprar flores.

—Uff… No tengo mano para las plantas, las mato todas. De verdad, si quieres llévatela.

No vio venir que la vecina tendría la desfachatez de despreciarla, pero alguna fuerza divina la hizo mantener el control.

—Esta alguna vez vivió en tu terraza, tal vez te sorprende y sobrevive.

Con la última sonrisa superpuesta que tenía reservada para emergencias, encaminó a Inés a su departamento no sin antes agradecerle la atención.

—Bueno… Qué amable Irene, muchas gracias por pasar, yo te busco después. Qué linda, gracias.

Inés no podía creer la falta de cortesía, finalmente lo había tomado personal y respondió visiblemente molesta sin ser grosera.

—Inés, me llamo Inés. Por cierto, esto también es para ustedes.

Tamara se asomó a la bolsa de pan e inhaló —cual droga— el olor celestial de esos deliciosos croissants recién

hechos, perfume que atrajo a Candelaria, quien de inmediato corrió hacia ellas.

—Perdón, Inés. Te agradezco mucho el detalle, después los comemos con un cafecito y platicamos…

También intentó rechazar la bolsa, ante las miradas incrédulas de Candelaria e Inés, quien trató por última vez de hacer un esfuerzo para que su vecina soltara un poco de la presión que claramente la estaba asfixiando.

—Siento que hoy lo único que necesitas son los croissants de Laurent, confía en mí que…

Tamara la interrumpió tajante, le dio la bolsa de pan y el café para que se los llevara y le abrió la puerta para salir.

—No lo creo, pero gracias, Inés, gracias por… por esto, Inés.

Inés y Lola salieron, no sin antes hacer un intento por salvar a la pobre mujer micrófono que también estaba siendo víctima del mal genio de la vecina del infierno.

—Ni hablar… ¿Tú tampoco vas a aceptarme el pan? —dijo, dirigiéndose a Candelaria.

Candelaria le aceptó con entusiasmo la bolsa de pan a Inés.

—¡Obvio sí!, ¡muchas gracias! Solamente a esta infeliz se le ocurre no aceptar estas delicias. Por cierto, yo soy Candy pero mi mamá me dice Candelaria.

La chaparrita le cayó bien por sincera y honesta.

—Pues entonces hoy es tu día de suerte y esto estaba destinado a ser para ti Candy, ¿les dejo los cafés o Tania tampoco toma cafeína?

Candelaria amó ese comentario sarcástico de la vecina hippie que tan amable estaba siendo con ellas muy a pesar de la neurosis de Tamara.

—Ándale Tamarga, no seas grosera, desapriétate tantito.

—Te lo acepto, gracias, I-N-É-S.

Estaba verdaderamente confundida con la personalidad de la vecina bipolar del 201, se preguntaba si Tamara era sociópata, antisocial, grosera, celíaca o simplemente una de

tantas trastornadas con las dietas y el fitness. ¡Eso! seguramente era todo eso y quizá de ahí la explicación del por qué necesitaba cronometrar el tiempo que le tomaba subir y bajar las escaleras como una loca. «Seguro para quemar calorías como hacen esas pobrecitas, Lola».

A lo largo de un año, Inés y Tamara ensayaron el arte de ignorarse, fracasando en cada intento.

El espionaje desde sus respectivos ventanales orillaría a Inés a acumular cualquier cantidad de interrogantes alrededor de Tamara y a inventar cientos de versiones sobre su vida y la de su fiel escudera, que resultó no vivir ahí pero que con frecuencia se hacía presente.

Varias veces intercambiaron miradas por accidente y reaccionaron de forma «casual» saludándose con una sonrisa forzada, entendida por Inés como vil hipocresía.

Ninguno de los culebrones que inventó sobre esa loca inestable que tenía por vecina fue remotamente cercano a la realidad, solo había atinado una cosa: Tamara, al igual que ella, parecía ser una mujer muy sola.

Inés ya había registrado que su rutina entre semana era salir a correr muy temprano, pasear a Juanga, desayunar un café y un yogurt e irse antes de las ocho treinta de la mañana, vestida siempre con trajes sastre, minifaldas y stilettos que la hacían ver innecesariamente más alta. Volvía a las siete de la noche y lo primero que hacía era quitarse los zapatos, ponerse un camisón o pijama de seda según el clima (aparentemente tenía una amplia colección), un delantal viejo y cocinar. Los sábados no era muy diferente, pues salía a correr temprano y llegaba siempre cargada de bolsas del mercado para ponerse a cocinar, solo que con más calma.

Nunca entendió para quién o por qué cocinaba tanto, era evidente que ella no comía todo y, muy a su pesar, por el olor a pan que llegaba hasta el 202, parecía hacerlo realmente bien.

Muchas veces se imaginó dejando a un lado los pésimos modales de su vecina y propiciar otro encuentro para ver si de casualidad estaba de humor para conocerse un poco más; dos mujeres solas con estilos de vida

aparentemente similares, merecía la pena intentarlo, pero tras el *gardenia-gate* no se animó a hacerlo de nuevo, menos aún después de haber encontrado en la basura la maceta de plástico que le había regalado.

—No puede ser, mató nuestra planta, Lola… Se me parte el corazón…

Esa era Inés, sensibilidad pura, capaz de llorar mares por algo aparentemente tan pequeño y simple como una planta; aunque en este caso, no era cualquier planta sino un pedazo de su historia, ofrecido amorosamente y desairado con absoluta frialdad.

Lola nunca le discutía y a lengüetazos le hacía saber que, sin importar lo que estaba pasando, ella la entendía.

Ese día Inés extrañó más que nunca a los Harrison, quienes desde el otro extremo del pasillo la hicieron sentir siempre acompañada y cuidada, aunque hacia el final, era ella quien les ayudaba en todo lo que necesitaban, desde hacerles la compra semanal hasta contener a Teodoro mientras llegaba la ambulancia por su amada Brigitte el día que falleció.

La noche anterior a la que lo cambiaría todo, Inés estaba en pleno festín sexual con un hombre —cuyo nombre es innecesario recordar pues habían salido un par de veces nada más— cuando de pronto se coló por su ventana ese olor familiar a pan de masa madre recién horneado que hacía un año le había causado tanta rabia y que hoy era ya una especie de lenguaje establecido con su entrañable amiga del 201.

Mientras fingía pasarla bien durante una de las peores sesiones de sexo oral de su vida, tomó su teléfono y confirmó que el 22 de octubre había llegado hacía unos cuantos minutos. Inmediatamente mandó un mensaje a Tamara.

I: Arriba corazones, mi amora que al igual que los años pasados, te prometo que este día de mierda solo va a durar veinticuatro horas.

T: Ah, pero cómo se hacen eternas esas horas.

I: Dímelo a mí que tengo a un tipo haciéndome «El abecedario» pero con letra de doctor.

T: ¡Noooo!

I: Síiii.

T: ¿Ahorita?

I: Ahorita.

T: ¿Y en qué letra va?

I: No sé, pero permíteme le hago creer que en la Z para ya irme a abrazarte.

T: ¿A abrazarme o a tragar pan post-coito conmigo?

I: A las dos… y a las tres. ¡Listo! Lo despido y estoy contigo en cinco.

Después de fingir un orgasmo veloz por mera cortesía, Inés se levantó rápidamente de la cama para ponerse el horrendo mameluco estampado con piñas y lagartos que Candelaria le había regalado la última navidad. Recogió del piso la ropa del caballero y lo invitó amablemente a «pedirse un taxi» mientras lo apuraba a vestirse, hecho que terminó de asesinar a sangre fría su fallida noche «romántica».

Apenas lo vio subir al elevador, cruzó inmediatamente al 201 junto con la cachorra inquieta que había recogido de un basurero un par de semanas atrás y que estaba dando en adopción.

Tamara recién había sacado del horno la tercera charola de pan con su viejo delantal de siempre encima de su hermosa pijama morada de seda, esa que especialmente resaltaba sus ojitos grises visiblemente hinchados y su nariz roja cual reno. Al ver a Inés, inmediatamente corrió a abrazarla soltándose a llorar con la misma tristeza e impotencia de esa niña de ocho años que fue aquel 22 de octubre; la vecina también rompió en llanto con la empatía y contención de la mujer resiliente en la que se había convertido a sus cuarenta y dos.

En medio de esta escena entrañable y por demás dramática, Tamara reparó en el atuendo de Inés y le fue inevitable burlarse ante semejante visión.

—Una pregunta, Nesi, del uno al diez, siendo diez esa horripilante pijama, ¿con cuánto calificarías el catastrófico

desempeño del caballero de esta noche?

Inés no pudo contener la risa tampoco, por lo que entre mocos y lágrimas, se vio obligada a contestar:

—¡DIEZ MIL! ¿Me gané un pan calientito?

Sentadas en la barra de la cocina de Tamara, Inés pellizcó con timidez el pan recién hecho. Juanga —como siempre— estaba atento a que cayera aunque fuera una minúscula miguita para probar ese manjar. La cachorra brincaba cual canguro insaciable tratando de lograr la atención de alguna de las dos: misión imposible, pues Inés contemplaba los cachitos de alma diluidos en cada lágrima de su amiga mientras la escuchaba reflexionar sobre su vida.

—Treinta años… ¿En qué momento pasaron? Sabes, mi Nesi, hoy tengo la edad que tenía mi mamá cuando murió. Siento que he hecho tan poco junto a todo lo que ella había construido a sus treinta y ocho…

—No seas tan injusta contigo, ¿no te has dado cuenta de todo lo que has hecho sola a pesar de las condiciones que te han tocado?

Tamara estaba tan inmersa en su tristeza que no podía ver más allá de ella.

—No sé… Pude haber hecho mucho más, es imposible no compararme.

Inés vio venir que esta plática podría ser un drama interminable, por lo que optó por dar cierre a la noche.

—¿Te digo algo, mi amora? Creo que es tarde y estamos muy cansadas. La noche no es amiga de las penas, tal vez lo mejor va a ser apagarnos para no darle más vueltas y retomar mañana esta plática. ¿Me quedo contigo?

Tamara suspiró profundamente resignada, cual niña después de haber llorado por horas.

—No te preocupes, mi Nesi, ya me voy a dormir. Mañana temprano tengo cosas que hacer.

—¿Vas a La Paz?

—Como siempre, apenas me lleguen las flores corro a verlo. Ya te imaginarás la odisea de conseguir las últimas dalias en octubre…

Inés sabía lo difícil que era esta visita para Tamara,

por eso siempre se ofrecía a acompañarla aunque la mayoría de las veces le dijera que no.

—Lo sé… Mi amora, ¿me dejas acompañarte? Anda…

—No te preocupes, mejor comemos después. ¿Puedes?

—Por supuesto, te espero en la casa.

Conforme Inés se acercó a la puerta, la cachorra corrió a alcanzarla, lo que hizo que Tamara buscara a Lola asumiendo que había llegado con ellas.

—¿Y la Lola? ¿No vino a visitarme?

—Se quedó, está agotada. Esta intensa la trae vuelta loca porque solo quiere jugar todo el día, me URGE que la adopten.

Inés regresó a su casa y no se movió del ventanal hasta ver las luces del 201 apagadas. Al llegar a su cuarto y ver su cama hecha un nudo, recordó por un momento el desastre que había pasado por ahí. Afortunadamente, el sueño la venció antes de empezar a cuestionarse por milésima vez su mala suerte en el amor.

Esa noche apenas durmió. Como todas las madrugadas desde hacía cuatro meses, a las tres treinta de la mañana en punto sonó la alarma, era hora de otra inyección.

Capítulo II

Tamara había visto por lo menos dieciocho departamentos en la zona sin éxito alguno. Estaba dispuesta a sacrificar espacio siempre y cuando el lugar cumpliera con sus requisitos indispensables: que estuviera máximo en un segundo piso, luminoso, con cocina completa equipada, terraza, dos habitaciones, dos baños y, lo más importante: que no le tomara más de veinte segundos llegar a la salida del edificio.

Para ella, el tiempo sí era oro, por eso no le gustaba perderlo, de hecho, esta era una de sus cualidades más destacadas en Soto, Martínez, Jackson y Asociados pues era la abogada que más horas facturaba mensualmente.

La primera vez que fue a ver el 201 era martes a la hora de la comida, apenas abrió la puerta se enamoró de su amplio espacio, lleno de luz y con semejante cocina.

Pasó un buen rato recorriendo el departamento hasta que descubrió el ventanal espejo que daba de frente a la cocina del 202. Nunca olvidaría a esa mujer de tez blanca y pelo castaño largo y ondulado que parecía un hada intelectual en medio de un bosque; estaba sentada encima de la barra de su cocina con las piernas cruzadas y los pies descalzos, leía con tal concentración que a Tamara le provocó un poco de envidia su libertad y desenfado; claramente, no tendría que regresar a una oficina como ella. Trató de recordar la última vez que leyó por placer,

por lo que enseguida sacó su teléfono y agendó en su calendario, de diez a once de la noche: leer.

La mujer del 202 podría tener su edad, no parecía el tipo de mujer casada, con hijos y entregada al hogar; seguramente era soltera o quizá divorciada… Tal vez era como ella.

Tamara no era una persona sociable, a estas alturas su única amiga era Carolina, cuyos horarios de trabajo, reciente divorcio e hijo de tres años complicaban la convivencia, aunque, si decidía mudarse a ese departamento, podrían estar mucho más cerca.

Si tenía un problema o simplemente necesitaba hablar, acudía a Pablo o a Candelaria, quienes solían darle los peores consejos del mundo pero al menos la escuchaban incondicionalmente y siempre lograban contenerla.

Aquel sábado por la mañana, camino al Tándem con Candelaria y Juanga para revisar los últimos detalles y proceder a la compra, Tamara reafirmó sus ganas de querer vivir ahí.

—Este departamento me gusta mucho. Ojalá pueda mudarme pronto, no sabes cómo me urge.

—Claro que sí sé que te súper urge, el Deivid es buena bestia pero ya necesitas tu espacio Tamarinda, tienes que vivir solita para que por fin aprendas lo que es bueno.

Tamara volteó a ver a Candelaria con total intriga.

—¿Cómo que para que aprenda «lo que es bueno»? ¿Qué es «lo bueno» según tú?

—O sea, que ya es hora de entregarte a la buena vida y a los hombres pues.

A Tamara le causaba mucha gracia que Candelaria siempre tenía una opinión sobre absolutamente todo, era tan espontánea que la obligaba a romper con su acostumbrada formalidad.

—¡Óyeme, irrespetuosa! Sé perfecto lo que es bueno, es solo que no te ha tocado verme en ese plan.

Candelaria enseguida sintió repele.

—¿A mí qué…? Que te toquen a ti mana, en buen plan.

Ambas soltaron una carcajada al unísono, que fue

interrumpida por la misma Candelaria justo en el semáforo frente al parque Mirabent.

—Mira tú, muy chica mala y quesque desmadrosa y así, ya te veo paseando aquí al Juangrabiel los sábados tempranito, igualita a esa señora que va hablando con su perro.

Tamara forzó su vista miope para ver mejor a esa mujer.

—No inventes, no es una señora, debe tener mi edad, Candelaria. Es más, creo que es mi vecina, la vi el otro día leyendo en su casa por el ventanal de la cocina.

El sarcasmo de la dulce Candy, no se hizo esperar.

—Mmmm… No pos una señora «divertidísima» entonces, seguro van a ser mejores amigas y van a armar sus fiestas bien locas para terminar «borrachas» de té a las seis de la tarde.

—Hija…. Hoy vienes filosa.

Candelaria reparó en que tanto sarcasmo era innecesario.

—Ya, sorrys. Vengo insopor porque estoy nerviosa, no sé qué onda con el Isma.

Tamara lo entendió todo, la conocía tan bien que sabía lo que para ella significaba eso.

—Ya decía yo… Con razón vienes peinada y vestida de gala.

Ismael las recibió con su característica calidez a las puertas del Tándem porque él era así: sonriente y bonachón.

Esta vez Tamara no quería ver el departamento, únicamente necesitaba constatar que cumpliera con su norma «veinte», por lo que enseguida se dirigió a las escaleras.

Tamara subía y bajaba con la misma velocidad que Candelaria mandaba indirecta tras indirecta a Isma, hasta que finalmente entendió que él no estaba dispuesto a dar un paso más con ella.

Orgullosa como era, no quiso estar un solo momento más ahí, por lo que, después de doce intentos, decidió apelar a «una mentirita piadosa» diciéndole a Tamara que

había logrado por fin bajar las escaleras en menos de veinte segundos, cuando en realidad eran treinta y seis.

Tamara echó un último vistazo al Tándem, alcanzó a ver de reojo a Inés en la misma acera, pero, fiel a su espíritu supersticioso, pensó que no era el mejor momento de interactuar con ella, no hasta tener firmado el contrato del departamento.

Candelaria, Juan Gabriel y Tamara emprendieron el regreso en el mismo formato en el que habían llegado, la diferencia es que ahora llevaban a bordo importantes dosis de ilusión y desilusión.

—¡Mira! Ahí está la vecina hablando con tu novio, te dije que vivía aquí. No me digas que parece señora porque se ve hasta más joven que yo.

La mujer micrófono respondió con voz quebrada, como si estuviera a punto de llorar.

—No es mi novio y no quiero hablar de eso.

A Tamara la conmovía mucho ver a Candelaria sufrir por amor, despertaba su espíritu defensor de hermana mayor.

—Dale tiempo… Los hombres suelen arrepentirse cuando dejan ir a una buena niña como tú. Ya va a volver, de mí te acuerdas. Mientras, vete a descubrir «lo que es bueno» para que vengas tú a presumirme.

El jueves por la noche Tamara era un manojo de nervios. Revisó de arriba abajo la casa al menos cinco veces para no olvidar nada, pues quería evitar a toda costa tener que llamar a David para pedírselo.

Al día siguiente, Candelaria llegó a las seis de la mañana en punto para ayudarle a coordinar la mudanza y cuidar que el árbol de navidad estuviera perfectamente bien amarrado y empacado y que Isabel IX, Felipe VI, Carlos IV (con cierre), la gran Margarita, y Alfonso XX estuvieran en la camioneta junto con el resto de las cosas más frágiles para poder llegar al Tándem unos minutos antes de las ocho de la mañana, tal y como estaba planeado.

Despedirse de David fue mucho más doloroso de lo que imaginó, aunque estaban separados viviendo bajo el mismo techo desde hacía varios meses, este era el punto final a su matrimonio de seis años y a su entrañable amistad de doce. Por eso, pese a su emoción por tener un hogar propio por primera vez, Tamara llegó al Tándem con el estómago y los sentimientos revueltos; lo único que quería era terminar de desempacar lo antes posible para estrenar la tina y sumergirse en su nueva cama.

Conforme iban llegando las cajas al 201, se sintió sumamente culpable por hablarle fuerte al señor de la mudanza; para compensar su neurosis, le ofreció disculpas junto con una muy buena propina en agradecimiento por aguantarla.

Cuando Inés irrumpió en su casa, Tamara deseó con todas sus fuerzas desaparecer, no por otra cosa sino porque sabía que era capaz de soltarse a llorar desconsoladamente con la vecina desconocida al primer «Hola» y no era esa la impresión que quería dar.

Mostrarse vulnerable nunca había estado en su repertorio público de emociones, por lo que intentó disimular con todas sus fuerzas, asumiendo que la seriedad total sería su mejor opción para propiciar un encuentro mucho más amigable después.

Para colmo de males, los croissants eran su perdición, de adolescente podía comer hasta catorce al hilo, uno tras otro sin tregua.

Le bastó con olerlos para saber que no era una buena idea tener a la mano en esos momentos a sus enemigos íntimos del pasado, por eso apeló a su fuerza de voluntad declinando sin arrepentimiento; por el contrario, con mucho orgullo de haberlo hecho.

Cuando Inés salió de su casa, Candelaria inmediatamente emitió una de sus famosas y nunca solicitadas opiniones.

—Ora sí me hiciste pasar vergüenza, Tamarga.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Fuiste una grosera con la vecina.

Tamara genuinamente sentía que no le había hecho ninguna grosería; como buena abogada, se mantuvo fiel a sus argumentos.

—¿Cuál grosera? Solo le dije que soy pésima con las plantas y le di las gracias. No me siento bien y la mantequilla me iba a hacer pedazos el estómago, tampoco quería el café pero me obligaste.

—Se ve bien buena gente, llegó con una gardenia hermosa y tú la mandaste a volar.

—¿Es una gardenia? Entre tanto estrés, me perdí en ese momento. ¿Te das cuenta la casualidad?

—Sí, te estoy diciendo…

Candelaria tardó unos segundos en reaccionar hasta que cayó en cuenta de lo simbólico que era el hecho de que justo esa planta estuviera entrando a su hogar.

—No inventes, qué fuerte… Pa que después no digas que Doña Tali no te está cuidando desde donde está flotando; yo nomás te digo, Tamarinda…

—Sabes que yo no creo en esas cosas porque no tienen ningún fundamento; pero bueno, te lo voy a creer porque me hace bien.

Para evitar ahondar en recuerdos innecesarios en ese momento, Tamara cambió de tema.

—Vas a decir que estoy loca, pero cuando vi a la vecina llegar con la plantita, el café, el pan… Me recordó mucho a Ofe, mi suegra, ¿a ti no?

—Tu «EX» suegra más bien. Y no, no creo para nada que se parezcan.

Tamara involuntariamente bajó la mirada.

—Mi exsuegra…

Candelaria salió al rescate abrazándola fuerte.

—Sí estás bien loca me cae… Pero bueno, a todo esto, tienes razón: la vecina se ve más joven que tú. Aunque, en tu defensa, hoy cualquiera se ve mejor que tú.

Mientras seguía acomodando la cocina, Tamara no pudo evitar sentir un profundo dolor al pensar en esa amorosa familia que había dejado atrás y que hoy nada tenía ya que ver con ella. Para distraerse de ese sentimiento que la tenía al filo de la tristeza, pensó en la vecina… y no,

no estaba en absoluto de acuerdo en que ese incidente le podría haber cerrado las puertas con ella.

A simple vista, Inés le caía bien, incluso le había parecido gracioso que la llamara Tania. «Ya habrá una mejor oportunidad para conocernos», pensó, sin saber que eso no pasaría hasta mucho tiempo después.

Sabía que Inés sacaba a pasear a su perra Lola al parque Mirabent y trataba de coincidir en el mismo horario pero era imposible: ella tenía que salir más temprano por sus tiempos de oficina.

La vecina siempre iba muy «boho chic» sin aparente esfuerzo, parecía que en ella era más un estilo de vida que una moda, lo cual dificultaba que pudiera atinarle a su profesión, pues aparentemente lo único que hacía era leer todo el día (al menos eso era lo que ella alcanzaba a ver desde su ventanal).

Pudo descifrar una de sus tantas interrogantes el día que coincidieron en la junta de propietarios del Tándem; a Tamara le llamó la atención lo cálida que era Inés con el resto de los vecinos y el cariño que todos parecían tenerle. Ya lo había notado en la calle: un día, caminando detrás de ella mientras paseaba a Juanga, fue testigo de su estrecha relación con la señora de la verdulería, el carnicero, la china de la tintorería, el de la tienda de abarrotes, los franceses de la panadería, meseros, choferes, jardineros y veladores alrededor del Tándem; iba siempre alegre preguntando por los hijos, bodas, bautizos y familiares enfermos con nombre y apellido de todo aquel que la saludaba.

Tamara no podía entender cómo su vecina, siendo tan sociable y amorosa, era tan solitaria; si bien sabía que la visitaban ocasionalmente amigos «muy cercanos», solamente tenía en el radar una visita frecuente gracias a su indiscreto ventanal.

Era un hombre muy alto y fuerte, de facciones marcadas, piel bronceada, ojos turquesa, barba cerrada y pelo largo, a quien Tamara atinadamente bautizó como «Acuamán», y es que ese hombre no podía pasar desapercibido en ningún lado, parecía un superhéroe

sacado de la pantalla.

Acuamán visitaba a Inés al menos una vez al mes y era más que evidente que su propósito no era sentarse a leer juntos, pues después de un festival de manoseo y besos apasionados, desaparecían del campo visual del ventanal y reaparecían esporádicamente en la cocina con muy poca ropa para ir por más vino, agua o algo más de comer.

La primera vez que los vio, Tamara no pudo evitar cuestionarse si algún día podría dejar de ser tan cuadrada y estructurada para tener algo así de relajado y sin aparente compromiso. En ese entonces, estaba convencida de no poder lograrlo, pero, afortunadamente para ella, en esta vida ningún sentimiento es definitivo.

Como cada 22 de octubre, Tamara llegó a la Residencia La Paz con dos bolsas de hogazas de masa madre frescas y con el que era, probablemente, el último ramo de dalias capuchino de la temporada en la mano. A diferencia de sus visitas semanales desde hacía cinco años, asumió que esta vez sería aún más difícil, pues se trataba nada menos que del trigésimo aniversario luctuoso de su madre.

Antes de abrir la puerta, respiró profundo tres veces como le enseñó Inés, ese oxígeno invariablemente la ayudaba a tomar valor para aparecer con una sonrisa y ecualizar la tristeza que solía apoderarse de don José cada aniversario.

Ahí estaba él, perfectamente bien peinado, perfumado con agua de azahar y sentadito en su reposet con la mirada inmersa en el enorme cuadro de una bailarina que tenía colgado arriba de su piano. A Tamara le era imposible no enternecerse al verlo; se acercó para abrazarlo y darle un beso como solía hacerlo.

—¡Pero no puede ser. Cuánta guapura están viendo mis ojos!

Para su sorpresa, don José inmediatamente reaccionó a la defensiva al piropo de su hija, empujándola para evitar que lo tocara y haciéndola perder el equilibrio para finalmente caer al suelo.

—¡Lo que no puede ser es su falta de seriedad y profesionalismo, señora! Pedí que las dalias llegaran temprano porque es el cumpleaños de mi esposa y mire nada más la hora que es…

Miró a Pablo completamente desconcertada. Él enseguida la ayudó a incorporarse diciéndole al oído: «Tranquila por favor, sígueme la corriente» y procedió a levantar del piso las dalias para ponerlas en agua.

—¿Qué pasó, don José, qué son esos modos? ¡No haga corajes! Imagínese que ahorita llega su mujer y usted la recibe así.

Don José estaba verdaderamente furioso y no podía evitar gritar.

—Pues es que qué le pasa a esta señora igualada, me tutea así sin más y encima me intenta besar. Sácala de aquí por favor.

Tamara presenció el momento horrorizada, lo único que quería era irse de ahí. Pablo la tomó del brazo cariñosamente acompañándola al corredor.

—Hey, mi reina... Hoy no está teniendo un buen día, es solamente eso.

La angustia apenas la dejaba hablar.

—Es que te juro que sabía que esto iba a pasar en algún momento, pero no vi venir que fuera tan pronto. Tenía que ser justo hoy…

Pablo intentó contenerla y explicarle el mejor escenario de lo que estaba pasando.

—Tama... Vas a tener que aprender a vivir con esto, lo hemos hablado mucho. Te prometo que hay un lado bueno, piensa que hoy, por primera vez en treinta años, don José no está triste por la partida de tu mamá.

—Hoy sí no te compro tu club del optimismo, ni el vaso medio lleno…

Pablo no dobló las manos ante la renuencia de Tamara.

—Es que así lo tienes que ver, imagínate que tu papá se subió al DeLorean y viajó treinta años en el tiempo.

Tamara se sentía derrotada ante los hechos y ningún consuelo le era suficiente.

—Sabes que te adoro, pero por favor hoy no, no tengo paciencia para el mágico mundo de Pablo.

Para esas alturas ya se conocían muy bien, sabía que el camino para obligar a Tamara a hacer algo era haciéndole sentir que no podía hacerlo.

—Tienes razón, mejor vete así y quédate hecha pedazos. Tal vez lo mejor sí es que ni siquiera lo intentes. Yo pensé que eras más valiente, pero vete... Anda... Corre como te gusta.

Efectivamente, su comentario había conseguido la reacción que esperaba en Tamara.

—No seas así, no me apliques esa.

—Entonces hazme caso, que yo sé lo que te digo. ¿Que no viste *Volver al futuro?* Nunca sabes los mensajes que puedes recibir cuando tu familia viaja en el tiempo.

Tamara cerró los ojos y nuevamente respiró hondo. Levantó la cabeza al cielo como pidiendo a una divinidad la fuerza necesaria para poder entrar otra vez a ese cuarto.

—No puedo creer que te voy a hacer caso en esto, Pablo McFly.

Pablo la besó en la frente y la abrazó mientras la encaminaba a la puerta.

—Ándele ya, derechita y sin llorar…

Don José estaba tan concentrado pidiendo disculpas al cuadro de la bailarina por no darle más temprano sus amadas dalias, que no se inmutó cuando Tamara y Pablo volvieron a su habitación.

—Don José, la señora de la florería quiere hablar con usted, está muy apenada. ¿Le da chance de pasar?

—Ya qué…

Tamara estaba tan fuera de sí, que solamente se concentró en no quebrarse frente a su papá.

—Le ofrezco una enorme disculpa don José, le prometo que no va a volver a suceder, no fue mi intención llegar tan tarde, por eso hoy las flores corren por cuenta de la casa.

Don José no pudo ocultar su furia.

—Pues sí, es lo MÍNIMO que puede hacer.

—¿Son para ella? —Señaló al cuadro.

Al mirar el cuadro de nuevo, don José inmediatamente cambió el tono de voz.

—Efectivamente, son para mi Tali, la mejor bailarina del mundo que así de joven y hermosa como la ve, hoy cumple treinta y ocho añotes.

Tamara comprobó una vez más que el amor y la devoción de su padre se mantenían intactos a través de los años.

—¡Pero qué belleza de mujer! Cómo no estar perdidamente enamorado de ella... Seguro va a estar feliz cuando vea sus flores.

Don José rápidamente cambió de actitud, algo en la voz de la florista le pareció sumamente familiar, ahora era más amable.

—La verdad es que ella es feliz siempre: en el escenario, en la casa... Es un hada que flota conmigo desde hace quince años.

Siempre la conmovía escuchar a su papá hablar de su madre, pues durante muchos años no pudo siquiera mencionarla.

—¡Quince años! Usted se sacó la lotería. ¿Tienen hijos?

—¡Claro! Tenemos una chamaca traviesa de ocho años, mi TamTam. De hecho, no debe tardar en llegar de la escuela. Fíjese que ayer le hicimos juntos un pastel de chocolate a su mamá, no sabe cómo gozaba la chamaca chupando la cuchara y metiendo sus deditos hasta el fondo del molde, estaba feliz embarrando betún por todos lados.

Tamara lo escuchaba atentamente conteniendo el llanto al recordar ese día.

—¿Usted tiene hijos, señora?

La pregunta del millón que tanta gente le hacía.

—No —respondió a secas.

—Ahhh... No sabe de lo que se está perdiendo. Mire, yo amo a mi esposa, pero la Tamara... Esa niña es mi vida. Ya lo va a ver cuando sea madre... Mire, yo le recomiendo que en vez de andar entregando flores tarde, vaya y dígale a su marido que ya la saque de trabajar y pónganse a «hacer la tarea».

Tamara estaba a punto de quebrarse, decidió no dar más pie a la conversación y emprender la huida.

—Así será. Bueno, yo me retiro don José.

—Ándele pues… Oiga, pero sí apúrese señora, porque usted ya está grande y le va a salir un niño «malito» si sigue perdiendo el tiempo.

No dijo más. Con los ojos hechos agua, por costumbre se acercó a su papá para darle un beso de despedida en la frente, pero Pablo de inmediato lo impidió tomándola del brazo y acompañándola nuevamente a salir del cuarto. Estaba sumamente desconcertada.

—Tama, es solo un mal día. Sabemos que tu pa nunca ha sido sutil, pero esta enfermedad es muy cruel. A veces se ponen violentos cuando desconocen a la gente, pero no es contra ti, no te lo tomes personal.

En ese momento, se quebró.

—Lo sé, pero es tan difícil… Dime en dónde se supone que voy a guardar todos los abrazos que ya no le voy a poder dar a mi papá… ¿Los acumulo junto con los que tengo guardados para mi mamá desde hace treinta años? Te juro que ya no tengo espacio para tanta tristeza.

Él no pudo decir más, se limitó a abrazarla mientras lloraba desconsoladamente. Dado que nunca se permitió llorar demasiado en público, se contuvo secándose las lágrimas con uno de los múltiples pañuelos que Pablo siempre llevaba en los bolsillos, lo único que quería era ir a casa para poder llorar en paz.

—Bueno ya, demasiado drama por hoy. Ahora sí me voy.

Pablo no podía dejar pasar la oportunidad de reclamar el delicioso pan que año con año Tamara preparaba a modo de ritual para celebrar la vida de su madre.

—Tama de mi corazón, una pregunta… ¿Verdad que esas bolsas tienen pancito delicioso fresco hecho con tus manitas?

A Tamara no le quedó de otra más que reírse del tragón de Pablo.

—Ya se me estaba olvidando. Una bolsa es para ti y esta otra para que le des a papá con sus comidas.

Él estaba feliz y no lo podía ocultar.

—¡Ufff! Te amo. ¿Te lo dije hoy?

—No me lo habías dicho, y aunque fue por conveniencia, lo sentí sincero.

En medio de un largo suspiro se dieron un último abrazo. Tamara finalmente partió rumbo al Tándem para poder digerir todo lo que acababa de pasar. Una sensación de orfandad la invadió en el camino haciéndola sentir como esa niña sola y asustada que fue un 22 de octubre, pero treinta años atrás, y que en el fondo, nunca dejó de ser.

Capítulo III

María Inés nunca había tenido tanto antojo de comer carne con papas como aquel día que Gerardo la llevó a cenar al Gallaway con los Petersen, sus íntimos amigos de toda la vida. Esa noche las dos parejas festejaban la dicha de haber logrado lo que hasta ese momento parecía imposible: María Inés y Regina estaban embarazadas.

Contra todo pronóstico y con la esperanza perdida de un milagro así, María Inés y Gerardo finalmente habían logrado concebir a un heredero después de dos in vitro fallidos.

Regina, quien estaba ya de cuatro meses esperando a su tercera criatura, gritó de emoción cuando María Inés anunció que finalmente Dios y la Virgen de la Estrella les habían concedido el regalo de amor que tanto habían pedido.

—¡Comadre, qué felicidad! Nuestras chiquis van a ir al cole que fuimos nosotras, qué emoción que vamos a poder ir a todos los eventos juntas, ¡me urge ya!

El orgulloso futuro padre tenía desde siempre planes hechos a largo plazo, pero por fin podía visualizarlos con claridad.

—¿Y qué me dicen de las idas a esquiar y a la playa que por fin vamos a poder hacer en familia…? Rich, tenemos que pedir un Vega para brindar.

—¡Pero por favor, compadre! Te lo iba a decir, permíteme escogerlo.

María Inés se veía radiante y aparentemente feliz aunque en el fondo sentía miedo y ansiedad con el solo hecho de pensar que Gerardo y ella finalmente dejarían de ser una pareja estéril para convertirse en la potencial familia perfecta que soñaron desde niños; si no resultaba ser como la habían imaginado desde siempre, ¿qué más iban a perseguir?, su madre nunca le había planteado la existencia de un plan B, pues de acuerdo con su religión, la familia es el único fin.

Si bien descendía de un linaje de alcurnia, imagen impecable y mucho dinero, había algo en ese mundo, tan religioso y superficial, que siempre la había hecho sentirse ajena a él; confiaba en que ese vacío que sintió en su matrimonio desde el primer momento fuera la falta de hijos, pero si resultaba ser algo más, el simple hecho de fallar a su familia y no cumplir con el rol para el que la habían entrenado desde niña, la estaba asfixiando.

—En realidad, no tendríamos que haberlo dicho hasta pasar la semana doce, pero ya solo faltan dos y afortunadamente todo va bien —dijo María Inés un tanto temerosa pero encantadora como siempre.

Gerardo besó su vientre dejando ahí su mano.

—No empieces con tus malviajes, gorda, este campeón está entero como su papá.

Regina Petersen por supuesto no dejó pasar la oportunidad de acaparar la atención que María Inés y Gerardo, para variar, estaban robando.

—¡Oye! Va a ser nena y su tía Regi le va a regalar vestidos hermosos, idénticos a los de su prima Irina, ¿verdad, comadre? —dijo convencida Regina, revelando así el nombre y sexo de su bebé.

La noche transcurrió entre vinos de precios estratosféricos, short ribs, platos retacados de puré de papas, papas soufflé, papas fritas trufadas, añoranzas y planes familiares a corto, mediano y largo plazo.

Mientras María Inés se alistaba para ir a la cama, Gerardo, con la ayuda de las dos botellas de vino que había bebido sostuvo un monólogo sobre los posibles hobbies del futuro heredero que, contrario a lo que pensaba Regina,

estaba seguro sería niño. Realmente tenía claro cómo sería la vida de su hijo, su futuro mejor amigo y compañero.

Esa madrugada, María Inés despertó en un grito de dolor que logró silenciar a tiempo para no despertar a su marido; eran los calambres en el vientre que tan bien conocía y que, sabía, eran la antesala del catastrófico derrumbe de su más profundo anhelo.

No podía concebir pasar por eso una vez más, no quería decirle a Gerardo lo que estaba sintiendo, no quería aceptar que se había hecho ilusiones, que se arrepentía de haberlo anunciado antes de tiempo; se negaba a llamarle al doctor pero finalmente lo hizo.

—Por ahora, mientras no haya sangrado estamos bien Inés; trata de estar tranquila y guardar la calma para no estresar a tu bebé. También puede ser una indigestión por la cena tan pesada, no te sugestiones e intenta dormir. Te veo en el consultorio a primera hora, mientras tanto, respira por favor.

Respirar ayudó a Inés a tranquilizarse, inhaló y exhaló una y otra vez hasta quedarse dormida.

Los gritos desgarradores de Gerardo la despertaron de lo que hasta ese momento parecía un sueño profundo.

—MARÍA INÉS… MARÍA INÉS… POR FAVOR, ¡DESPIERTA, GORDA…! ¡DESPIÉRTATE! MARÍA INÉS, NUESTRO BEBÉ… NUESTRO HIJO… OTRA VEZ… ¡MARÍA INÉS!

Apenas y pudo abrir los ojos, estaba tan débil que no se había percatado de que su cama se había convertido en un mar de sangre.

Al ver a Gerardo devastado, derramó unas cuántas lágrimas con la mirada completamente perdida, haciéndole saber que, una vez más, estaban juntos en este profundo dolor. Eso es lo último que María Inés recuerda de aquel día.

Llegó a urgencias y la trasladaron a cuidados intensivos, en donde estuvo completamente sedada durante una semana.

Al salir estaba ausente, parecía como si su alma la hubiera abandonado junto con ese pedacito de ella que no

había podido conocer; apenas y hablaba, casi no comía y solamente quería dormir para que el tiempo pasara más rápido.

Gerardo canalizó la pérdida con el antídoto más eficaz que conocía para las penas, ese que casualmente era el mismo que maridaba con sus alegrías. A ratos se sentía culpable por dejar a María Inés en casa cuando se iba de borrachera, pero a la tercera copa se le olvidaba.

Una tarde fría y lluviosa después de uno de sus tradicionales almuerzos de whisky y carajillos con Ricardo Petersen, su chofer estuvo a punto de atropellar a un perrito frágil y completamente desubicado que se atravesó en el camino.

—Se ve que es medio pendejo pero está bonito. Si no tiene collar, llévaselo a mi comadre compa, para que tenga en qué ocuparse.

A Gerardo no le pareció una idea descabellada y pidió al chofer que lo recogiera para llevarlo con un veterinario y que, de paso, le dieran una buena bañada.

María Inés estaba tomando una siesta cuando entre sueños escuchó cómo cuatro huellitas lentas y cautelosas entraban a su cuarto. Al abrir los ojos vio a un perro chiquito de patitas largas y flacas con un moño gigante de terciopelo que le estorbaba para caminar.

—Gorda, te presento a nuestra nueva inquilina. Es una dóberman enana que está desnutrida porque, según el veterinario, lleva perdida un buen rato. Me parece que la podemos cuidar mientras aparecen sus dueños, si es que aparecen.

No lo pudo resistir, la cargó e inmediatamente se acurrucó en sus brazos. Era tan chiquita y frágil, que la obligó a anteponerse a su tristeza y dejar aflorar su instinto maternal para cuidarla.

—Mira nada más esta cosita… ¿Sabemos cuántos años tiene?

—Por sus dientes, parece que tres.

—¡Eres un costal de huesitos! Déjame verte bien, ¿cómo te quieres llamar?

—¿Qué tal Tomasa?

—¡Ay no, gordo! Ese nombre qué… Ella claramente es más refinada y sofisticada, tipo «Gigi».

—No, no, no… Por favor, ese nombre ridículo no. ¿Simona?

—No, tiene que ser más corto. ¿Qué tal Lola?

La perrita empezó a mover la cola, Gerardo no pudo oponerse.

—No se diga más, bienvenida a esta familia, Lola.

Lola rescató a María Inés. Juntas, día a día empezaron a ser un poquito más fuertes y dueñas de sí; jamás se imaginó la alegría que podría darle una mascota y lo bien que le haría tenerla mientras atravesaba por un momento tan difícil.

Lola le había hecho recordar los días más felices de su vida hasta entonces: las tardes en casa de sus abuelos, cuando jugaba con sus perritos en el jardín mientras Abo regaba las plantas y Aba preparaba la merienda.

Por ridículo que pueda parecer, Gerardo alguna vez confesó sentir celos de esa pobre perrita abandonada; pero, ante todo, siempre le estuvo agradecido por haberle devuelto a su mujer.

Un año después de la llegada de Lola, Gerardo organizó un viaje con su esposa a todo lujo por las islas griegas: Santorini, Creta y Rodas. María Inés con toda su inocencia asumió que Gerardo había elegido ese destino para cumplir uno de sus más grandes anhelos desde niña: conocer Sifnos; en cambio, él había escogido esos lugares de ensueño por mera moda turística, todo el viaje parecía seguir al detalle las sugerencias de un panfleto.

La desilusión culminó cuando, a la luz de las velas durante la última cena romántica del viaje, él le pidió intentar en Houston una cuarta fertilización in vitro, con un nuevo doctor que venía muy recomendado por varios conocidos y que había mostrado una efectividad del noventa y cinco por ciento en sus tratamientos de fertilidad.

María Inés lo escuchó con profunda compasión mientras él le daba una y mil razones para probar de nuevo. Una sensación inmensa de paz —hasta ese momento

completamente desconocida para ella— la recorrió de pies a cabeza y le dibujó una sonrisa serena, tan genuina que logró confundir a Gerardo, pero que sorpresivamente dio a luz la decisión que cambió para siempre el rumbo de su vida: pedirle el divorcio.

Tamara lloró desconsoladamente en el regazo de Inés, que le acariciaba tierna y delicadamente la cabeza, tal y como le había contado que su mamá hacía para tranquilizarla cuando estaba triste.

—Ahora bien, mi amora, dime la verdad y sé sincera por favor. ¿Estás llorando así porque tu papá te dijo «señora» y «vieja» justo cuando se te asentó el bótox o porque te visualizó casada con un fulano de quinta que no te ha preñado?

Lo había logrado, Tamara estaba riendo al mismo tiempo que rodaban lágrimas por sus mejillas.

—Cállate, ¡encima eso…! Si supiera que lo más cercano que tiene a un nieto es un perro cursi, se muere. Por cierto, ¿en dónde está mi Juanga?

—Candelaria le está cortando el pelo en tu casa, de paso se llevó a la cachorra. En cualquier momento vienen a dar lata.

A propósito, ¿cómo le vamos a poner? No podemos llamarla cachorra eternamente.

Inés pocas veces en su vida había intentado ser tan contundente con una decisión.

—No, no, no… No le vamos a poner nada, esa cachorra se va a más tardar la próxima semana. Aquí hay prioridades y mi viejita no está para andar soportando tanta intensidad.

Tamara supo que no era en absoluto convincente su postura.

—Ajá… ¿Y a quién quieres engañar? Conmigo no lo estás logrando.

Inés prefirió cambiar de tema.

—Bueno ya… Estábamos llorando por tu vida de señora traqueteada, florista, casada, frígida y frustrada.

¿Podemos seguir con eso?

Tamara se percató de que enfrente de ella estaba Lola acostada en su camita en el piso. Se veía muy apagada y con la mirada perdida.

—¿Está bien la Lola? La he visto muy tristona los últimos días. Mírala, ahí echadita ni se entera si alguien va o viene. Deberías llevarla con Caro, mi Nesi…

Nuevamente, surgió la voz de una Inés a la defensiva que no quería aceptar la realidad.

—Está muy viejita, eso tiene. Esta perra es un milagro, supuestamente tenía tres años cuando llegó conmigo y desde entonces ya han pasado catorce. O sea, en años perro, es como de tu rodada.

A Tamara no le quedó de otra más que reír con el comentario.

—¡Tonta! Con más razón, ya en serio llévala. A las cuatro tengo una junta que pinta del terror, pero regresando voy contigo a ver a Caro.

Una Inés resignada no pudo sino aceptarlo.

—Quedé con Lolo de vernos en el parque pero ahí vemos…

Tamara, especialista en pausar sus tristezas, sabía mejor que nadie lo que para Inés significaba Lola… y es que realmente no la veía nada bien.

—Oye…

—Oigo.

—Todo va a estar bien.

El que Tamara ahora le estuviera dando ánimos la enterneció, no en vano en muy poco tiempo se había convertido en la persona a quien más quería en el mundo.

—Oye…

—¿Qué sería de mí sin ti?

A Tamara le costaba verbalizar sus sentimientos, pero lograba hacerlo a su manera.

—No, ¿qué sería de mí sin ti?

Era una tarde de otoño preciosa, Inés había quedado de ver a Lolo en el parque Mirabent para ir por un helado y le

pareció buena idea llevar a la cachorra para ver si lograba cansarla y de paso animar un poco a Lola, quien solía disfrutar tanto como ella el pisar hojas secas.

Apenas llegaron, la joven cuadrúpeda indomable se zafó de su correa y voló a jugar con Apolo y Febo, los guapos labradores chocolate de Lolo, a quien le hizo cualquier cantidad de fiestas, interrumpiendo así su lectura en su banca de siempre, la que está frente al gran roble.

Inés llegó abrumada a su cita y preocupada a la vez por Lola, quien parecía una lucecita que minuto a minuto se iba apagando, mas no por eso dejó de intentar animarla.

—¡Ándale Lola, arriba! Ya estamos en tu lugar favorito, chiquita. Mira todas las hojas secas que nos están esperando para que pises… ¡CACHORRA, VEN AQUÍ!

Divertido con la situación, Lolo jugaba con la perrita.

—¡Una disculpa, Lolito! Esta cosa es tremenda, me está volviendo loca. Me URGE que se la lleven.

Para nada estaba molesto, todo lo contrario.

—Esta cachorra es como se dice en latín: *vita pura*, o sea, pura vida... Yo más bien creo que ella tiene claro que te encontró, pero tú no te has querido dar cuenta.

Inés otra vez lo negó rotundamente; mientras Lolo jugaba con ambas perras, al tocar a Lola se escuchó un quejido.

—Hoy sí vamos a llevarla con Caro, ¿verdad?

Nuevamente, brilló una Inés en absoluta negación.

—De verdad no hace falta… Tu tocaya está irritable porque la cachorra no la deja en paz y ya. Te juro que si hablara, te diría lo mismo.

Con mucha ternura, Lolo puso su mano derecha sobre el hombro de Inés y la miró a los ojos.

—Si Lola hablara, yo creo que te agradecería el inmenso amor que le has dado y te pediría que por favor la dejes descansar, Inesita. Soltar es el acto más grande de amor y yo sé que tú lo sabes también, por algo no has querido llevarla a la veterinaria.

Sabía que Lolo tenía la razón, pero el simple hecho de contemplar despedirse de Lola la rompía, por eso trataba de encontrar justificaciones para no llevarla a la

veterinaria.

—Pues... pues... sí lo pienso y me he preparado mentalmente para este momento, pero Caro me dijo el mes pasado que con las gotitas de CBD junto con todos sus tratamientos podía estar bien unos meses más. De verdad soy un sargento con eso, todos los días me levanto en la madrugada para inyectarla, darle sus medicinas…

Lolo fue esa voz compasiva y paternal que Inés necesitaba en ese momento.

—No lo dudo ni un segundo, pero mírala, ya ni eso le está haciendo efecto.

Lolo cargó con mucho cuidado a Lola, enseguida comenzó a quejarse de nuevo. La entregó a los brazos de Inés y de inmediato se acurrucó en su pecho de la misma forma en que lo hizo aquel primer día que se conocieron, solo que esta vez no podía dejar de temblar.

Al verla así, la tapó con su suéter sin poder contener las lágrimas que rodaban por sus mejillas mientras le besaba la cabecita.

—No puedes estar pegada a ella veinticuatro horas y no te vas a perdonar que Lola esté sola si algo le pasa, Inesita…

Inés ahora lloraba desconsolada como una chiquilla con el alma rota, estrujando a su amada perrita. Lolo no soportaba ver llorar a nadie, pensó que quizá había sido demasiado rudo e hizo un intento por suavizar las cosas.

—Pero tal vez estamos equivocados los dos y lo que pasa es que hoy mi tocaya simplemente está teniendo un mal día.

Inés se animó un poco y respondió de inmediato con la inocencia de una niña.

—¡Eso! Eso justo le dije hace rato a Tamara. Yo conozco bien a esta perrita y algo me dice que todavía no es el momento.

—Que el diagnóstico lo dé la experta ¿te parece? Anda, vamos a ver a Caro.

Inés no tuvo otra alternativa que llevar a Lola al veterinario del brazo de Lolo y escoltada por Apolo, Febo y la cachorra inquieta que estaba feliz jugando por las hojas

secas con ese par de santos.

Mientras tanto, en Soto, Martínez, Jackson y Asociados, Tamara intentaba que los Montesinos-Cisneros llegaran a un acuerdo conciliador para evitar ir a juicio y así poder concluir con la firma del divorcio.

Paulina Escoto, asistente de Tamara, leía el convenio mientras Tamara analizaba la reacción de Agustín Montesinos.

—Los cuales incluyen: clases de natación, futbol, equitación, yoga, esgrima, piano, violín, robótica, mandarín...

La reacción de Agustín fue exactamente la que esperaba: estaba furioso.

—Los niños tienen dos y cuatro años, ¿cómo que esgrima, mandarín y robótica? ¡No seas ridícula, Lorena! Santiago pasa horas tratando de meter el cubo en el triángulo y Feri vive llenándose las orejas de plastilina... ¡Ubícate!

Tamara era feroz, tenía todo perfectamente calculado para que la contraparte doblara las manos y ella lograra negociar todo lo que su cliente pedía, sin necesidad de irse a amenazas, gritos y sombrerazos como normalmente hacían sus colegas.

—Abogada Escoto, agregue por favor clases de coordinación fina, coordinación motriz, psicóloga y visita al otorrinolaringólogo una vez al mes. ¿Alguna otra sugerencia, señor Montesinos?

Agustín, ya desesperado, suplicó piedad a Tamara. Lorena, su futura exesposa, miraba la escena plácidamente pues había esperado mucho tiempo que llegara ese momento.

—No se vale, abogada, esta mujer está usando a mis hijos como moneda de cambio.

—No se confunda, señor Montesinos, lo que no se vale es su abandono, falta de...

A Tamara la interrumpió la vibración de su teléfono, y supo de inmediato que era una llamada urgente.

—Una disculpa, tengo que tomar esta llamada.

Salió corriendo de la sala de juntas para contestar.

—¡Caro! Por favor dime que no… Dime que no, Caro.

Muy a su pesar, esta vez Carolina no era portadora de buenas noticias.

—Sí Tamu, esta es la llamada que me hiciste jurar debía hacer cuando llegara el momento. Ya no hay nada que hacer.

Tamara respiró hondo y se llevó la mano al entrecejo, consciente del momento que vendría por delante.

—Ufff… ¿Ya sabe mi Nesi? ¿Nesi ya sabe?

—Solamente le dije que tengo que hacerle estudios, pero esto ya es cuestión de horas, está afuera con Lolo.

—Qué paz que no está sola. Espérame por favor, no le digas nada, voy volando para allá. Voy volando, espérame.

Inés y Lolo estaban sentados en la banquita frente a la recepción de la veterinaria esperando noticias de Lola mientras veían a Apolo, Febo y a la cachorra jugar en el corral con un peluche viejo que parecía ser lo más fascinante que les había pasado en su perra vida.

Tamara llegó visiblemente agitada, dejando claro que había hecho todo lo posible por llegar cuanto antes. Se sentó junto a Inés y la abrazó sin decir ni preguntar nada, únicamente acompañándola.

Lolo supo que era momento de dejarlas solas.

—Niñas, yo me retiro. Se puso negro el cielo y a estos dos —mirando a Apolo y Febo— ya les tocó baño hoy en la mañana.

—Ve tranquilo Lolo, yo me quedo aquí. Mil gracias por todo.

—Nada que agradecer, cualquier cosa que necesiten, por favor avísenme, saben que estoy a dos cuadras de aquí.

—Claro que sí, yo te mantengo al tanto.

Lolo se despidió afectuosamente de ambas y emprendió el camino a su casa logrando escapar de la tormenta que se avecinaba.

Apenas se abrió la puerta del consultorio, Inés se

incorporó rápido, mostrando su evidente ansiedad por saber de su amada perrita.

Había dado esa noticia cientos de veces, pero en esta ocasión Caro no encontró palabras suficientes para decirle a Inés que había llegado el momento de despedirse de Lola, aunque le bastó con mirarla a los ojos para hacérselo saber. Apenas hicieron contacto, Inés se quebró por completo con un llanto que salió desde lo más profundo de su alma.

Inés y Tamara entraron juntas al consultorio para encontrarse con una Lola frágil y temblorosa ya sin su collar, con su patita derecha canalizada con suero y envuelta en una manta de lana. Cuando la tuvo en sus brazos, Inés sintió su respiración débil y escuchó nuevamente ese leve chillido doloroso que confirmaba que Lola ya no tenía fuerzas ni para llorar, mientras que ella no podía dejar de hacerlo. Sin embargo, no perdió la fe y quiso cerciorarse de que realmente no hubiera otro camino.

—¿Estás segura de que ya no va a mejorar? ¿No es apresurado hacer esto?

Caro le respondió con toda la ternura y paciencia del mundo como cuando le tenía que explicar a su hijo Leonardo cosas que aún no tenía la capacidad de entender pero que eran importantes que supiera.

—No Ine, ya hiciste todo lo que ha estado en tus manos.

—Júrame que no le va a doler, que no va a sentir nada…

—Al contrario, va a dejar de sufrir. Se va a quedar dormida en tus brazos en menos de quince minutos.

Lola empezó a agitarse y a chillar cada vez más, su pechito se inflaba con el esfuerzo de cada respiración. Tamara tomó la mano de Inés solidariamente y en absoluta comunión con ella.

Cuando Caro tuvo todo listo para aliviar a Lola para siempre, se acercó a Inés con total compasión para darle el collar de la perrita con esa inmensa dulzura que la caracterizaba.

—Cuando digas, Ine.

Inés besaba la cabecita de Lola y la estrujaba amorosa

y delicadamente mientras escuchaba sus chillidos y repasaba mentalmente los últimos catorce años de su vida junto a esa perrita.

—Ya por favor Caro, no quiero que sufra ni un segundo más. Mi Lola no se lo merece.

Profundamente conmovida, Caro procedió a poner el pentobarbital en el catéter. Conforme el líquido comenzó a pasar, Lola pareció tener cada vez más sueño; sin embargo, no quitó en ningún momento la vista de Inés, quien inundada en llanto la despidió, hablándole a la orejita.

—Mi Lola... Gracias por estos años juntas. Fuiste mi rayito de sol en medio de los peores inviernos y me diste calor desde el primer minuto que llegaste a mi vida. Gracias por hacerme sentir la persona más importante del mundo en los momentos en que ni yo misma me importaba. Mi costalito de huesos inseparable y valiente, mi confidente incondicional. Descansa mi chiquita, ve tranquila a ser joven otra vez, a brincar y jugar como antes; ya nos reencontraremos para ir juntas a nuestra próxima vida.

Lola la miró con total devoción y agradecimiento una última vez antes de cerrar sus ojitos para siempre.

En ese momento, Inés se derrumbó sobre el regazo de Tamara mientras Caro salió del consultorio con Lola cubierta en su mantita.

Tamara acarició amorosamente su cabeza tal y como ella lo había hecho tantas veces para consolarla y la dejó llorar hasta que creyó que no podría quedar ni una sola lágrima más.

—Nesi, sobre lo que decías de la otra vida... Quiero ser muy honesta contigo.

—Dime.

—Lo que me preocupa de que la Lola sea quien te espere para cruzarte hacia la luz cuando te mueras —Inés la miró concentrada como si fuera a decir algo importante dada la coyuntura del momento—, es que con lo lenta y floja que era, temo decirte que no vas a llegar nunca al otro lado.

Entre mocos y lágrimas, no pudo evitar soltar una

carcajada que la obligó a incorporarse para abrazar fuerte a Tamara y agradecerle por estar ahí en ese momento de su vida.

—¿Ves? ¿Qué haría yo sin ti?

Salieron del consultorio y se encontraron con la cachorra solita en el corral de recepción, la pobre estaba extenuada y hambrienta de tanto jugar, pero apenas escuchó a Inés, brincó cual resorte tratando de alcanzarla.

Tamara no perdió oportunidad para recordarle que siempre supo que esa cuadrúpeda había llegado para quedarse.

—Te hablan Inecia, que si por favor eres tan amable de hacerle un poquito de caso a tu nueva hija.

Con total resignación, Inés se acercó al corral para jugar con ella.

—Ándale, acompáñame por el Juanga y vamos a pasearlos rápido para ya terminar este día del terror que ha sido eterno.

Inés, aún sollozando y con resaca de tanto llorar, cargó a la cachorra y se despidió de Caro para ir a la caja a pagar.

Tamara se acercó a ella para agradecerle una vez más todo lo que había hecho.

—¡Gracias miles, Caro! Eres un sol.

—Nada que agradecer mi Tamu, aquí estamos siempre.

—Lo sé, lo mismo de este lado. Por cierto, ¿cómo va todo, necesitas algo?

—Ay, amiga… Solo puedo decir: el divorcio apesta.

—¡Ja! Lo sé de primera mano. Sabes que también cuentas conmigo incondicionalmente, tú me avisas y yo me meto para conseguir el mejor acuerdo entre ustedes.

—Yo sé que para eso, nadie mejor que tú. Te busco pronto pero espero sea solo para tomarnos un café y ponernos al día.

Se dieron un fuerte abrazo de despedida. El tiempo había pasado y las circunstancias de la vida las habían

alejado, pero siempre existiría un gran cariño entre ellas.

—¡Listo! Aquí está tu ticket, te llamo en unos días para que vengas por sus cenizas. De verdad lo siento mucho, Inés —dijo Mauricio, el asistente de Carolina.

—Gracias, Mau.

—Por cierto, esto es tuyo. —Le extendió una mano para entregarle una bolsita de papel.

—Lo ordenó don Lolo, me pidió que te lo diera antes de irte.

En la bolsa había un collar extensible que tenía una plaquita con el nombre de «VITA» impreso de un lado y su número de teléfono del otro. En medio de su profunda tristeza no pudo evitar sonreír; enseguida se agachó para ponerle a Vita su nuevo collar, lo que naturalmente llamaría la atención de Tamara.

—¿Y eso?

—¿Qué te digo? Esta forzada se salió con la suya...

Inés cargó a la cachorra para ponerla de frente a Tamara

—Mi amora, te presento a Vita.

Tamara tomó con mucha ternura su patita a modo de saludo.

—Mucho gusto, Vita… ¿Como *vita pura*?

—¡Eso dijo Lolo que es!

Tamara le hizo cariños a Vita, que movía la colita sin parar. —Vita… Sí, le va perfecto. Bienvenida a nuestra familia, Vita.

El faro de la calle alumbró su camino, la noche había caído ya. Inés cargaba a la pequeña Vita en el mismo bolso en que había llevado a Lola; caminaba recargando la cabeza en el hombro de Tamara, quien iba tomándola del brazo sin soltarla.

Estaban agotadas, ese 22 de octubre había sido particularmente largo y difícil para ambas en muchos niveles diferentes. Pero el día no había terminado aún, todavía les tenía un par de sorpresas preparadas.

La primera, un trueno escandaloso que anunció la

tormenta del año que, en cuestión de segundos, rompió sobre ellas.

Como era de esperarse, no llevaban paraguas, impermeables ni mucho menos calzado o ropa adecuada para atravesar cuatro cuadras en medio de semejante diluvio, sino todo lo contrario: Tamara iba con su acostumbrado disfraz oficinista de vestido corto, saco y tacones altos mientras que Inés llevaba una blusa sin mangas, un suéter de hilo, pantalones de mezclilla y sandalias a ras del suelo.

—¡DIOOOOOOOOS! ¿POR QUÉ NOS ODIAS?

Gritó a todo pulmón Inés, furiosa y completamente empapada mirando al cielo.

—Sin queja y con más prisa, mi Nesi… Mete velocidad que el día todavía no termina y tú y yo sabemos que siempre se puede poner peor.

Y sí, había un poco de razón en lo que acababa de decir Tamara, pues ninguna de las dos tenía la más remota idea de que a ese día le quedaban aún muchas horas por delante.

Capítulo IV

A diferencia de las niñas de su edad, cuando Tamara cumplió cinco años le regalaron una maleta.

Cada vez que el maestro José Becker salía de gira o el Ballet Imperial arrancaba una nueva temporada en algún rincón del mundo (o ambas cosas en simultáneo), los Becker Fink empacaban su vida para emprender una nueva aventura.

El pianista virtuoso y la *prima ballerina* que siempre olía a gardenias frescas apostaron de buena fe a que esa hermosa mezcla genética de piernas largas, pelo lacio y ojos grises heredaría al menos una pizca de su amor por el piano y la danza —que para cualquier mortal era ya bastante.

No pudieron estar más equivocados. Tamara odiaba con todo su ser esas giras por haberla condenado a ser una niña solitaria cuyo mundo eran los camerinos, en donde podía pasar horas bautizando maletas para jugar con ellas como si fueran muñecos.

Isabel, Felipe, Carlos, Margarita y Arturo eran sus favoritas, desde entonces tenía un interés particular por la realeza europea. Con el paso del tiempo, las fue reemplazando con modelos y colores similares, siempre bajo el mismo nombre pero con un número romano homenajeando su «descendencia».

A veces se encontraba a algún niño rondando por ahí, seguramente hijo de algún técnico o miembro de la

compañía, pero a ella no le era fácil hacer nuevos amigos por una simple y sencilla razón: no sabía cómo. Las pocas veces que logró conectar con alguien tuvo que despedirse unos cuantos días después porque, inevitablemente, llegaba la hora de partir hacia una nueva ciudad.

Por eso, en aquel inolvidable cumpleaños en el que celebraron su primer lustro, pensó por primera vez en un nuevo deseo fuerte y claro que externó al apagar las velitas.

—Quiero una hermanita.

Tali reaccionó sorprendida, pues de todas las cosas que podría regalar a su hija, una hermanita estaba completamente fuera de sus posibilidades en esos momentos.

—Mi amor, para qué quieres una hermanita si puedes tener muchas amigas.

—No puedo tener muchas amigas, quiero tener una hermanita.

No le gustaba fallar a los deseos de su hija pero sabía que cumplir este era imposible por muchas razones. Sin embargo, no quiso romperle el corazón con una negativa inmediata.

—No te prometo nada, pero lo vamos a pensar, mientras tanto, pide otro deseo, ¡anda Tam-Tam!

—Bueno, quiero que nos vayamos ahorita a nuestra casa y que nos quedemos ahí hasta que otra vez sea mi cumpleaños.

José Becker inmediatamente intentó disuadirla con cosas que pudieran ser más atractivas.

—Pides imposibles, mi cielo. Piensa en otra cosa, ¿otra maleta tal vez? Un tutú nuevo con brillos como el de mamá… Ir al zoológico… ¿Qué tal un viaje a Disneylandia?

Tamara desde niña fue una persona poco flexible y aferrada a sus ideas.

—No papi, solo quiero una hermanita o irnos ahorita a la casa.

Ese día, Tali y José entendieron que Tamara lo que en realidad estaba pidiendo a gritos era estabilidad. Sabían que este momento iba a llegar, la niña tenía edad de ir a una escuela formal y para que eso sucediera tendrían que

sacrificar presentaciones y acomodar sus agendas para que al menos uno de los dos estuviera siempre en casa con ella.

De esa gira regresaron con todo y Martita, una chiquilla de apenas dieciocho años que era parte del personal de uno de los teatros y que se había convertido en la nueva compañera de juegos de Tamara.

El verano en que volvió a casa después de cumplir su cuarto año en un internado en el Reino Unido, Tamara tenía catorce kilos más —adicionales a los veinte que había acumulado los años pasados.

Dado el vuelco radical e inesperado que había dado su vida, la idea de tener una hermana estaba más que enterrada en el cementerio de deseos junto a la tumba de su infancia interrumpida tras la muerte de su madre, de quien a ratos creía haber olvidado todo: sus ojos, el tono de su voz, sus manos siempre tersas, su risa… Pero lo que sin duda alguna jamás olvidaría, era su olor.

A su regreso, se encontró con una Martita más radiante y sonriente que de costumbre, su abrazo fue el bálsamo que le dio equilibrio a su alma después de ver a su papá sumergido en la misma espiral depresiva sin fin en la que lo había dejado la última vez que se vieron.

Estaba embarazada. Don José le había ofrecido su casa, donde podía vivir con la criatura, y además podría ayudarle con todos los gastos con tal de no quedarse solo: un trato perfecto para ella tras la desaparición del progenitor.

Tamara estalló de felicidad como nunca la habían visto hacerlo.

—Marti, ¿es en serio? ¡No lo puedo creer! ¡Es la mejor noticia del mundo! Vamos a tener un bebé en la casa! ¡UN BEBÉ!

Martita no sabía la falta que le hacía tener cerca a alguien que compartiera la felicidad que en su pueblo le habían hecho creer no merecía.

—¡Cómo te extrañaba, chamaca! Gracias por estar tan feliz por mí y conmigo. Tú vas a ser la hermana mayor de

este bebé, imagínate todo lo que nos vamos a divertir.

—¡Ay sí! Siempre quise ser una hermana mayor… ¡Quiero que tu bebé llegue YA! ¿Cuándo nace?

—El doctor dice que entre la segunda y la tercera semana de enero.

De una manera completamente diferente a la que se imaginó, Tamara parecía estar más cerca de tener la familia que veía en las revistas y que tanto envidiaba. Si bien Martita no era su mamá y la criatura no tenía ningún vínculo sanguíneo con ella, de pronto serían cuatro bajo el mismo techo y eso era lo que ella entendía por hogar.

Esa tarde, se acercó tan decidida como eufórica a hablar con su papá.

—Pa…

—¿Qué?

—¿No estás feliz porque vamos a tener un bebé en la casa?

Desde la partida de Tali, nada hacía feliz a don José.

—Ya ves las sorpresas que Marta nos da… Yo solo espero que no llore todo el día y me deje dormir tranquilo.

Martita enseguida respondió un tanto apenada.

—No se preocupe don José, que yo me voy a encargar de que eso no pase.

—Pa…

—¿Qué Tamara?

No pudo aguantar más, y de la euforia pasó inmediatamente a un llanto angustiado que, por su intensidad, parecía haber estado contenido desde hacía mucho.

—Pa, ya no quiero volver al internado, por favor ya no me obligues a ir. Me quiero quedar aquí con ustedes y ayudar a Martita con el bebé. Te juro no te hago ruido ni te molesto y te dejo dormir tranquilo, te lo juro pa…

José intentó no dar pie a una discusión que consideraba innecesaria.

—Tam-Tam…

—Bajo de peso para que no te dé pena tener una hija gorda, pero por favor pa…

Sin embargo, al escuchar a Tamara decir eso, se

encogió su corazón.

—Pero ¡cómo me vas a dar pena, Tam-Tam! No estás allá por eso, cómo se te ocurre pensar algo así.

La Tamara adolescente realmente estaba pidiendo ayuda a cualquiera que fuera el costo para ella.

—Ya sé que es una de las mejores escuelas y que es un gran esfuerzo para ti pagarla, pero no me gusta estar allá, pa, yo prefiero estudiar en una escuela normal pero aquí contigo. De verdad, me porto bien, y en serio, te lo juro, hago perfecto cualquier dieta, es más, llévame con uno de los doctores de mamá…

Por un momento, José Becker dejó de ser un ente ausente para volver a ser padre y ver lo mucho que su hija lo necesitaba.

La vio mucho más grande, estaba dejando de ser una niña pero aún conservaba esa bondad e infinita ternura que más que nunca estaban a flor de piel, pese a haberse puesto encima tantas capas para camuflar su dolor.

La abrazó y le dio un beso en la cabeza como acostumbraba.

—Olvídate de eso, primero lo primero. Hoy mismo hago el trámite para darte de baja y mañana empezamos a buscar escuelas.

La hija de Martita nació por parto inducido un 2 de febrero, dos semanas después de lo esperado porque la niña simplemente no quería abandonar el cómodo vientre de su madre.

Al cargarla, la primera reacción de Tamara fue inolvidable.

—Marti, no te enojes, pero parece una minialbóndiga con ojos gigantes… Eso sí, adorable.

Martita y don José soltaron una carcajada al escucharla decir eso, Tamara no podía creer que su papá estuviera riendo de nuevo, hacía muchos años que no lo veía hacerlo.

—Prácticamente todos los recién nacidos son así TamTam.

—¿Yo también fui así pa?

—No, tú fuiste un moquito muy flaquito y arrugado porque naciste antes de tiempo, pero también eras adorable.

Enseguida vio cómo su papá empezaba a ser secuestrado nuevamente por un recuerdo vinculado a su madre; de inmediato cambió el rumbo de la conversación para traerlo de vuelta.

—O sea, estás diciendo que en esta familia no somos puntuales…

—Algo así, pero nunca es tarde para empezar a serlo hija. A todo esto Marta, ¿decidiste por fin cómo se va a llamar esta criatura?

Martita sabía que este momento iba a llegar, y de alguna manera innecesaria se sentía apenada al explicar el por qué su decisión con respecto al nombre de su hija.

—Fuera niño o niña, yo de todas maneras quería ponerle Tali, así solito, en honor a la señora que tan buena fue conmigo y que quise tantísimo.

—Los dos Becker presentes se conmovieron profundamente al escuchar esto.

—Pero qué le digo… Esta albondiguita claramente va a hacer lo que se le dé la gana en esta vida, hasta escogió su nombre y todo.

Don José se asombró ante tal comentario.

—Ah, caray. ¿Cómo que escogió su nombre?

—Pues es que en mi pueblo tenemos la costumbre de ser bautizados según el santoral y hoy para nosotros es un día muy importante.

Tamara estaba confundida, nunca había escuchado la palabra «santoral», algo había aprendido en el internado sobre religión católica pero por más que intentó, no encontró la forma de entender tanto embrollo bíblico. Estaba segura de que su confusión era genética, provocada por su sangre judía.

—Don José, Tama linda: les presento a Candelaria Tali Gutiérrez.

No había manera de sospechar la alegría que esa niña traería a la casa de los Becker. Como su madre secretamente lo había augurado desde el primer momento, Candelaria era un torbellino que dejaba huella por donde pasaba. Era todo menos una niña quieta y silenciosa, y esto resultó ser una de sus mayores cualidades.

Tamara adoptó el rol de hermana grande y Candelaria rápidamente asumió el de hermana menor haciéndole cuanta travesura se le ocurría.

Si esa niña terminó la escuela fue gracias a Tamara, que pasaba horas explicándole todo lo que no entendía y tratando que fuera una alumna ejemplar como había sido ella, pero esa chamaca era una encantadora rebelde sin causa.

Tenía una personalidad extrovertida desde niña, nunca le interesaron los libros ni la escuela pero tenía muy claro que su futuro sería brillante y completamente inesperado, por eso no perdió mucho tiempo pensando en él. En ese entonces, solo tenía cabeza para tres cosas: la moda, los hombres y la cumbia, en ese orden.

Como buena coqueta serial, Candelaria tuvo infinidad de noviecitos de mano sudada en la escuela, en la cuadra, en la colonia… Le encantaba «sufrir y hacerlos sufrir por amor», y así fue hasta el día en que se enamoró perdidamente, pero eso sucedió muchos años después.

Cuando iba a cumplir quince años, don José y Tamara le regalaron un curso amateur de corte y confección en el que diseñó su vestido soñado de quinceañera, que era algo así como una cortina de tela azul chiclamino tornasolado para bailar el vals con su mamá. Esa prenda fue «inolvidable» o lo que es lo mismo, «para el olvido», según la crítica mórbida de sus invitados.

Tamara siempre la consolaba y lograba encontrar las palabras que necesitaba escuchar.

—No llores mi Candy, esa gente no tiene idea de moda. Tu vestido es único y original como tú.

—¿Tú te lo pondrías, Tamarinda? Dime la verdad.

Tamara no sabía mentir pero siempre encontraba buenos argumentos para no decir la verdad cuando ésta

podía lastimar.

—No, porque a mí ese azul no me va con este color verdoso de piel que tengo.

Lo estaba logrando, Candelaria comenzaba a recuperar la fe en sí misma.

—Si te lo hago en negro, ¿sí te lo pondrías para una fiesta?

Víctima de sus propias palabras, por primera vez en su vida Tamara se vio orillada a mentir.

—¡Claro!

Afortunadamente, Candelaria desistió antes y empezó a diseñar ropa para perros.

Así nació su línea «Dulce Candy», de la que Juan Gabriel Becker sería no solo su modelo principal sino su máxima inspiración.

No le fue nada mal con la venta de ropa para perros, lo hizo durante varios años y con eso ayudó a Martita a ahorrar para comprar una casita propia; además logró pagar todos los materiales que necesitaba para su nuevo reto: el estilismo profesional.

Aprendió a hacer manicure, pedicure, tintes, cortes de hombre, de mujer, alaciados y permanentes. Estas últimas distaban mucho de ser su especialidad, lo entendió después de quemarle el pelo a un par de amigas que a partir de ese momento le retiraron el habla para siempre.

Varios veranos después se armó de valor y lo intentó nuevamente, ahora en ella misma, el resultado fue una especie de afro que la hacía parecer más un micrófono que una modelo exótica de pasarela, la buena noticia es que ella se sentía divina.

Este último desastre provocó a Tamara uno de sus más épicos ataques de risa, algo verdaderamente insospechado en medio de la profunda tristeza que la inundaba desde que David le había pedido el divorcio unos meses atrás.

—Superaste tus propios límites y mira que no estaba fácil…

—Ya sé que esta vez tampoco me salió como tenía que ser, pero no veas el pegue que me cargo… De haber sabido que este look de pelo púbico iba a tener tanto éxito, lo

ponía de moda hace años.

Si no la miraba fijamente, podía controlar la risa pero le bastaba con volver a hacer contacto visual con ella para soltar una carcajada aún más fuerte.

—O sea, ¿llegó para quedarse?

—Na… Quisieras, pero tampoco voy a ser tu burla. Es más, vamos a hacer algo...

—No, no, no chaparrita, ni se te ocurra intentar convencerme, ni muerta, Candelaria…

—¿Ya ves? Yo bien preocupada por ti, viniendo a visitarte, y tú diciendo pura estupidez. ¿Qué te fumaste y por qué no me invitaste?

Tamara genuinamente no podía parar de reír.

—Ya por favor, ¡para! Me voy a hacer pipí, te lo juro…

—Bueno, lo que yo te quería decir es que el día que un guapo, pero un guapo de que bien alto y «flirt» como los que te gustan…

—Fit.

—Eso pues… Cuando ese hombre bien flirt que yo sé que va a aparecer ahora que te mudes a un nuevo palacio…

—Ajá…

—Te dé EL revolcón de tu vida, ese que te viene urgiendo desde hace ya unos buenos años y me llames para contármelo…

—¿Cuando se vaya o cuando se quede dormido?

La dinámica entre Tamara y Candelaria cuando la abogada estaba en plan simple era alucinante, sobre todo porque Candelaria resultaba ser la persona congruente en esa ecuación.

—Ah, pero si ya se me había olvidado cómo eres cuando te pones así, ya déjame acabar mensa…

Trataba de ponerse seria, pero Tamara involuntariamente seguía carcajeándose.

—Cuando se vaya, ni modo que cuando se venga…

Se doblaba de risa, agarrándose el estómago porque no podía parar de reír.

—Candelaria, tienes que dedicarte a esto, te lo digo en serio.

—¿Al estilismo? ¿A dar consejos sabios de amor?

—No, ¡a la comedia!

Candelaria se reía con ella pero empezaba a perder la paciencia porque no la dejaba terminar de decir la idea genial que se le había ocurrido.

—¡QUE ME DEJES ACABAR, PUES! Bueno, cuando el guapote «flirt» te dé el co-gi-dón de tu vida.

—¡CANDELARIA!

—Ay, no te hagas la santa, por favor… Cuando eso pase, le llamo a mi mamá para que nos prepare unos sándwiches de milanesa, paso por ellos, me corto el pelo y vengo corriendo a que me cuentes todos los detalles.

—¡Ufff, unos sándwiches de mi Marti! Ojalá que no sea dentro de mil años porque esos también me urgen, Candelagria, pero bueno… Trato hecho. ¿Ahora sí ya acabaste?

—No, yo acabo hasta seis veces, darling.

El infalible antídoto Candelaria nuevamente había surtido efecto. A su partida, Tamara estaba mucho más relajada y hasta con hambre después de tanto reír.

Lograron sobrevivir tres cuadras bajo una tormenta histórica que inundó colonias enteras y provocó múltiples cortes de luz. Apenas entraron al Tándem, corrieron a sus respectivas regaderas con todo y perros para darse un buen baño con agua caliente y remojar el día negro que habían tenido; con un poco de suerte, ganas y jabón, podrían diluirlo rápido.

En pijama, con parches de gel en los ojos y encremada hasta la punta de los pies, Inés cruzó con Vita al 201 llevando un túper y una botella de mezcal en mano. Tamara la recibió con su pijama de seda a juego con la bata y los brazos abiertos.

—Es MUY injusto que te veas tan bonita después de haber llorado tanto, te lo digo muy en serio.

—¡No mientas! Apenas y puedo abrir los ojos.

—Si no miento, yo…

En ese momento, se fue la luz. No les quedó otra más

que reír y alumbrar la penumbra con la luz de un teléfono celular.

Inés no tenía fuerza ni para esconder su pesimismo.

—Bueno, siempre puede ser peor; al menos este día de mierda nos dejó bañarnos con agua caliente…

Pese a haber tenido también un día infernal, Tamara sabía que era su turno de ser la fuerte en esta ecuación.

—Exacto, veamos el vaso medio lleno. Es más, mira lo que te tengo ya para darle fade out al día…

A Inés enseguida le cambió la cara, su amor por el pan era algo imposible de ocultar en cualquiera que fuera la situación.

—¡Pancitoooo, ya hasta se me había olvidado! Y no me vas a creer la coincidencia, pero justo traje…

En ese momento, Tamara se convirtió en la niña glotona de doce años cuya única felicidad eran los sándwiches de milanesa de Martita. Cual modo de rezo involuntario, en medio de la oscuridad se le escuchó susurrando:

—Milanesa, por favor dime que milanesa…

Inés amaba cuando Tamara se permitía ser esa niña que, aunque vistiera de adulto, siempre llevaba a flor de piel.

—No… ¡MILANESASSSS!

—Es que yo te amo, mi Inecia. ¿Sándwiches…?

—Sándwiches, obvio.

—¿Mezcalito?

—Triple, OBVIO.

Con un famoso sándwich al estilo Martita en mano y al calor de los mezcales que esa noche se sirvieron en vaso porque los caballitos no parecían ser suficientes, Inés y Tamara hicieron todo lo posible por evadir la conversación sobre el dolor profundo que las invadía en ese momento. Realmente lo intentaron, pero el elefante en la cocina se hizo cada vez más y más presente con cada sorbo de mezcal.

La primera valiente fue Inés.

—Es la soledad, la simple idea de tanta puta soledad, lo que a mí me está matando.

No en vano había sido tan rápido que se convirtieran en amigas tan entrañables, pues parecían leerse el pensamiento.

—¡EXACTAMENTE! Eso… la puta soledad; mejor dicho, imposible. Y mira, mi Nesi, que no te estoy menospreciando, pero tú sabes a lo que me refiero, esta soledad es diferente.

—MUY diferente, nunca pensé que el día que no estuviera Lola me iba a sentir tan sola.

Tamara sintió la necesidad de tomar la mano de Inés, pues sabía lo difícil que era ese tema para ella.

—Pero tú sí tienes una familia que podrías buscar…

—Eso y nada es lo mismo, son muertos que ya velé y enterré en el cementerio de los vivos hace muchos años.

Si había alguien que podía entenderla, era precisamente Tamara.

—¿Qué te digo? Treinta años sin mi mamá y con mi papá oficialmente mudado a otro planeta hace unas horas, sé perfecto lo que sientes. Estaba segura de que el día que esto pasara mi vida iba a ser completamente diferente, ¿sabes?

Inés sirvió un poco más de mezcal.

—¿Con marido, hijitos, casa, jardín y perros labradores?

—Exactamente.

No lo podía creer, ella era quien venía de una familia ultraconservadora, pero la abogada no parecía en lo absoluto querer eso.

—¿De verdad? Eso déjamelo a mí que me educaron para esa foto, yo pensaba que a ti te mataba de aburrimiento eso, por como siempre hablas de tu amiga Jackie.

—EX amiga y no, convengamos que Jackie es aburrida toda ella más allá de sus circunstancias.

—Cierto… No, ciertísimo. Jackie es un somnífero.

Tamara anhelaba lo que nunca había tenido; haber pasado gran parte de su vida lejos de su casa la obligaba a buscar el calor de un hogar.

—Yo siempre quise una familia «tradicional» porque

nunca la tuve, lo más cercano fue la familia de David y gracias a ellos estuve seis años casada.

No era el caso de Inés, quien tenía a sus dos padres y a ocho hermanos a unos cuantos kilómetros de distancia, pero eran inexistentes.

—Yo la tuve y mira para lo que sirvió…

Tamara enseguida corrigió.

—No, perdón, no es «tradicional» la palabra que quería usar, más bien era «convencional», aunque la verdad, tampoco me imagino jugando a la casita con mi marido, mis hijitos y mis perritos. O sea, el punto es que ya no sé ni lo que quiero, pero básicamente está de la chingada estar tan sola.

Inés tomó su vaso de mezcal y brindó con ella.

—De la reverenda chingada… Pero a ver ¿Tú todavía quieres ser mamá?

Tamara se sorprendió con la pregunta, alguna vez lo habían hablado pero jamás ahondaron en el tema.

—Pues... nunca lo he descartado. Cuando David me pidió el divorcio, aunque las cosas no andaban bien yo ya estaba en la estación esperando al tren de la maternidad, pero me quedé sentada en la banquita... Que no ande con el bambineto en la cajuela no significa que no quiera.

—Mi amora, no me lo tomes a mal, pero por los especímenes con los que has salido, siento que tampoco es como que lo estés buscando…

Inés tenía mucho de razón en lo que decía, Tamara se caracterizaba por salir con hombres imposibles.

—Pfff… Ya sé, ya sé. Pero dime cómo se supone que una mujer puede fluir después de los treinta y cinco con una nueva pareja teniendo al maldito reloj biológico gritándole: «¡Correeeee…! ¡Estás ovulandoooo…! ¡Atrapa al primero que se deje o ten un hijo de frasquito… sooooolaaaaaa…!».

Inés soltó una carcajada fuerte y honesta mientras servía otra ronda de mezcales y remataba magistralmente la hipótesis de Tamara.

—¿Reloj biológico? ¡BIG BEN, mamacita!

Rieron a carcajadas en la penumbra mientras

profundizaban en esta realidad injusta que ataca a las mujeres de su edad que, aunque mueren de ganas, por diferentes razones la vida no les ha dado la oportunidad de ser madres.

Tamara no pudo ocultar su inquietud después de esa pregunta y ahondó en materia.

—Ya en serio, ¿tú sí quieres todavía, Nesita?

—Quise, pero ya ves que el universo no cooperó… Hoy pienso en un bebé y me muero de flojera.

Tamara la conocía tan bien que sabía que estaba tratando de autoconvencerse al decirlo, que en realidad no había abandonado del todo esa idea pese a ser ya prácticamente un imposible.

—¿Sí…?

—Naaaa… La verdad es que ese es el discurso que me he vendido. ¿Cuándo he estado segura de algo?

Eso Tamara tampoco podía negárselo.

—Pero tú sí estás a tiempo de tener tu foto familiar perfecta y enmarcada, mi amora. La vida es taaaan ridícula y da taaantas vueltas, que el día de mañana le das el sí a Sebastián y ¡PUM!

Et voila! Inés había sacado la infalible carta de Sebastián a la mesa.

—Ay mi Nesi, tan soñadora… Yo ya no creo en esas tonterías de comedia romántica. Ya sabemos que Sebastián, en el fondo es un mujeriego incurable que no quiere nada en serio.

Más allá del derecho familiar o la panadería casera, la verdadera especialidad de Tamara era la negación de sus sentimientos.

—Yo no acabo de entender esa telaraña mental que tienes con él, pero bueno… A lo que voy es que SÍ pasa, a nosotras no nos ha pasado, pero te juro que sí pasa.

—Pues no nos estamos haciendo más jóvenes, Nesi... Además, si ya estamos en estas, tú también podrías, ya en la «tercera llamada, tercera…», pero podrías.

Inés celebró el atinado comentario de la abogada con una carcajada.

—¡Maldita! Anda pues, me la aviento. Consígueme a

alguien que me ame, que sea bueno, inteligente, cariñoso, generoso, guapo, detallista, simpático, educado, empotrador, exitoso, que lo admire, que me admire, que me inspire a crecer, que ame los perros, que tenga buen carácter, que te aguante a ti...

Tamara estaba a punto de decir un nombre, pero inmediatamente fue interrumpida por la misma Inés

—Yyyyy… súper importante, ya sabes que no por otra cosa sino por aquello de que me gusta lo que me gusta, que sea heterosexual.

Frustrada por no haber podido decir el nombre del candidato perfecto que tenía en mente, Tamara se quedó pensando en quién podría ser esa persona ideal para Inés. De pronto, sus ojitos se iluminaron con la respuesta.

—¡Soy yo, Inecedades! Te amo, te admiro, me aguanto a mí, soy heterosexuala y feliz tendría un hijo contigo.

Hasta ese momento Inés reparó en que quizá el amor de su vida estaba a tan solo unos cuantos pasos de distancia.

—¡Claro! Cómo no se nos había ocurrido antes, es más…

Inés tomó una servilleta, la enrolló y la ató al dedo anular de Tamara a modo de anillo.

—Tamarinda Beckerstroyka Finkelstinsken, pese a que no tienes «eso» que a las dos nos encanta y que desafortunadamente hace improbable una investigación a fondo sobre si eres misionera o empotradora, tú eres perfecta para mí. Por eso, aprovechando que estamos hoy en compañía de nuestras familias —haciendo referencia a los dos perros, que por fin estaban profundamente dormidos en la camita de Juanga— quiero preguntarte formalmente: ¿quieres tener un hijo conmigo?

Al son de las carcajadas de ambas, Tamara se incorporó y respondió de inmediato en tono de burla.

—¡Pero por supuesto! No podría pensar en mejor compañera de aventuras que tú para tener un hijo; a estas alturas, ¿a quién voy a conocer mejor que a ti? Contigo sería perfecto, mi amada Neciecita.

Por extraño que pueda parecer, al decirlo en voz alta

no sonó tan descabellado. Ambas hicieron una pausa silenciosa y pese a la penumbra, se miraron con total complicidad.

—No me veas así, Tamarinda Beckerstroyka…

—No, no... TÚ no me veas así, María Inés Arango Michaud Lascurain de los Landeros del Sagrado Corazón…

—Es que así que digas «qué mala idea», no me parece...

La abogada estaba de acuerdo con su vecina.

—No, si de «poder», se podría.

—Aunque sería...

Antes de que emergiera un atisbo del pudor bajo el que fue criada, Tamara la interrumpió.

—¿Arriesgado? ¿Valiente? ¿Diferente? ¿Complicado? ¡Seguramente! Y aterrador también, pero al final, con cualquier pareja es una lotería.

Tenía razón, con el tiempo corriendo en contra de ellas, esto podría no ser una locura.

—Eso sí, además… Honestamente no me veo a corto plazo teniéndole a nadie la confianza ciega ni el amor que te tengo a ti.

—Exactamente, ¡le diste al clavo! ¿Nesi… te imaginas el desmadre?

Inés no pudo ocultar su entusiasmo al revivir aquel deseo que había enterrado hacía muchos años ya.

—¡Cállate! ¿Te imaginas la aventura? Somos perros verdes, no hacemos cosas normales.

—Y sí... Además, imagínate un cachorrito verde con tus ojitos, precioso y neeeecio como tú…

Inés reparó en que ya no había más mezcal en los vasos y aprovechó para intentar bajar de esa nube delirante y volver los pies a la tierra.

—A ver ya, más allá del mezcal y del día de mierda que tuvimos, ¿estamos hablando en serio, Tamara?

—Estamos hablando en serio, Inés.

No estaba de más reconfirmar.

—¿En serio?

—En serio, estamos hablando en serio. Muy en serio.

—Abogada Becker, ¿queremos tener un hijo juntas?

—Yo sí quiero y te lo digo sin dudarlo un solo segundo, ¿tú quieres?

La inquilina del 202 cerró los ojos e hizo una pausa necesaria para respirar profundo. Tamara sintió que ese silencio duró una eternidad pero no quiso interrumpirlo dándole razones para convencerla de que realmente era una idea genial y que no era el alcohol el que hablaba por ellas.

Antes de dar su respuesta, Inés la miró con ternura y agradecimiento mientras sirvió el último mezcal de la noche.

—¿Contigo? Yo también, hasta el fin del mundo…

—¡Hasta la victoria juntas, mi Nesi!

Se abrazaron fuerte y se fundieron en un llanto completamente diferente al de unas horas antes, pues ahora manaba ilusión en sus ojos deslumbrados por el repentino regreso de la luz al edificio. Siempre recordarían ese momento como una señal divina.

Inés tomó el vaso para brindar una última vez.

—Por hoy, el día que nos cambió la vida.

Antes de brindar, Tamara miró el reloj, era ya la una y diecisiete de la madrugada.

—Por ayer, el día que nos cambió la vida.

Capítulo V

Carola y Marina llegaron a casa felices con su boleta de calificaciones en mano, señal de que un año escolar más había terminado y el inminente anuncio oficial de un nuevo verano para los Moretti.

Era su época favorita, quizá por el mérito de lograr alinear sus mundos para ir quince días al mar, siempre al mar; ese paraíso que se inundaba de carcajadas mientras presumían su expertise en arquitectura de castillos de arena y persecución de olas de la mano de su papá.

Lorenzo Moretti y Mónica Rossi se conocieron en la Facultad de Medicina, fue un flechazo de esos que están en extinción, de los que se sienten más como un reencuentro por la cantidad de similitudes en sus vidas, empezando por su origen italiano.

Se casaron al año y unos cuantos meses después, la inquieta Carola ya habitaba el vientre de Mónica, quien al sentir la primera patada de su hija supo que su verdadera vocación era ser madre, por eso nunca se arrepintió de haber puesto en pausa la medicina para dedicarse de tiempo completo a su familia.

Siempre consciente y agradecido por ser tan afortunado, Lorenzo tenía apenas treinta y tres años y había cumplido ya el gran sueño de su vida: encontrar a una mujer para amarla incondicionalmente y tener dos hijas. Lo que nunca imaginó era que además sería un joven doctor con una prometedora carrera por delante gracias a

su talento para diagnosticar, combinado con su pasión por la investigación.

Aquel verano, el mar tardó en llegar.

Lorenzo se había convertido en el pediatra sensación del momento, lo que significaba estar desbordado de pacientes y consultas mientras que sus hijas solo podían pensar en los días y las horas que faltaban para poder irse de vacaciones, llevando la paciencia de Mónica a un límite máximo.

—Ma, ¿cuántos días faltan para ir a la playa?

—Menos que ayer Rina *fragolina.*

—Ayer faltaban diez días con ocho horas, ahora ¿cuánto?

—Nueve días con tres horas.

La otra pequeña Moretti no era menos curiosa que su hermana.

—Y mañana, ¿cuánto va a faltar?

—Depende de la hora que me preguntes, Carola *nocciola.*

—¿Y si te preguntamos en la noche…?

Su solución para frenar este eterno diálogo que día con día surgía más de una vez, fue armar un programa de actividades que tuviera a las niñas distraídas en el día y extenuadas por la noche. Mónica sabía que mantenerlas ocupadas podría darle el aire que necesitaba para sentir que ella también tenía un poco de oxígeno durante eso que los niños llaman vacaciones y las mamás, agotamiento.

Lorenzo se sentía culpable de no poder apoyarla, todos los días intentaba ser parte de su rutina, pero por una u otra razón siempre se cruzaba algún contratiempo.

—Perdóname *Lunetta mia*, me llamó desesperada Laura Alcalá para decirme que Pedro empezó a convulsionar y tuve que regresar al hospital para internarlo. De verdad quería hacer la clase de pintura con ustedes...

—No pasa nada, tesoro, entiendo cómo funciona esto; es solo que te extrañamos mucho… Tus hijas están desesperadas por irnos al mar y ya no sé de qué disfrazarme cada vez que tengo que decirles que vamos a

posponerlo una semana más. Si seguimos así, nos van a convencer de comprarles un *cucciolo*, ya te lo digo.

Lorenzo no pudo más que reír ante tal amenaza.

—*Un cucciolo per i miei cuccioli…* Semejante lío en el que te meteríamos…

—¡Exactamente, *cuore mio!* Por eso necesito que te organices y nos vayamos cuanto antes. Sabes que las amo, pero no doy más, a mí también me urge ese respiro.

—Tienes razón. Es solo que no contaba con que el consultorio iba a estar en llamas en esta época pero…

—Conozco esa carita, ¿qué vas a hacer?

—Pero hay prioridades. Mañana hablo con mi secretaria para que mueva las citas de la próxima semana y nos vayamos al mar.

A Mónica se le iluminó la cara.

—¡Síiiiii! ¡Las monstruas van a estar felices!

—¿Les damos la noticia juntos?

Con cara de travesura, Mónica asintió.

—Convénceme…

Las pláticas de Lorenzo y Mónica se distinguían principalmente por tres cosas: por los apodos cursis que constantemente se cambiaban, por hablar un «itañol» carente de sentido y por siempre terminar comiéndose a besos.

A la mañana siguiente, Carola pidió a su mamá ponerle el vestido azul de punto español que tanto le gustaba.

—*Nocciolina*, al zoológico se va de jeans y tenis mi amor…

—Ma, por favor, hoy es un día muy especial.

—¡Yo también quiero estar especial, ma! Yo me pongo lo que tú digas, pero ¿me haces las trencitas esas que me hiciste el otro día, que tienen como una vueltecita por atrás y que les pones al final moñitos de listón rojo?, ¿ya sabes cuáles, ma? Porfa, porfa, porfa…

Mónica, con toda paciencia y amor, las vistió y peinó de manera «especial» para ir al zoológico durante la danza matutina que ya tenían perfectamente coreografiada, les

adelantó que *papà* les tenía una sorpresa.

—Tenías razón *Nocciola*, hoy es un día súper especial. Seguro *papà* va a decirnos que sí al cachorro —dijo emocionada Marina a su hermana mayor.

A las ocho treinta de la mañana, las Moretti estaban en la mesa, listas para desayunar, esperando a Lorenzo.

—¡No puede ser tanta belleza! ¿A qué debemos esta elegancia?

Mónica no perdió la oportunidad de resaltar lo coquetas que eran las pequeñas herederas.

—Tus hijas dicen que hay que ir vestidas y peinadas «especial» al zoológico.

Marina y Carola eran más listas que sus dos padres juntos (y esto no era poca cosa), así que no perdieron oportunidad de reforzar su eterna petición.

—Porque hoy es un día especial *papà*, ¿verdad? ¿Nos van a dar permiso de tener un *cucciolo?* Dinos…

—Diiiiinos, pa…

Su radiolocalizador empezó a vibrar con un mensaje que le pedía comunicarse de inmediato con Laura Alcalá. Se levantó rápidamente al teléfono y a los dos minutos regresó, con prisa para despedirse y repartiendo besos en la frente.

—*Cuccioli*, la mala noticia es que la sorpresa va a tener que esperar a esta noche porque tengo que ir volando al hospital. La buena es que eso significa que es aún más grande de lo que se imaginan.

Las pequeñas no pudieron ocultar su cara de desilusión.

—Pero *papà*…

—Danos una pista aunque sea…

—¿La sorpresa ladra, pa?

Lorenzo no pudo evitar llenarlas de besos antes de irse.

—Créanme, va a valer la pena la espera.

Mónica lo miró intrigada y lo acompañó al coche.

—¿Más grande? ¿No doblaste las manos ante el cachorro por culpa verdad?

—*Lunetta* mía, nos vamos una semana a Calabria y

otra a Sorrento. Es hora de que las niñas conozcan la tierra de sus padres y disfruten un verano con sus abuelos mientras tú y yo tomamos sol y prosseco. ¿Qué opinas?

—¿¿¿¿QUÉEEEE???? Eso sería un sueño, ¿estás seguro de que podemos hacer un viaje así?

—Estoy seguro de que si me parto el lomo trabajando es justo para eso. En la noche les damos la sorpresa, me muero por ver sus caritas incrédulas haciendo mil preguntas del viaje.

—O dos mil, salieron buenas para eso.

—Como la *mamma*…

—Más bien como el *papà*…

Mónica lo besó y abrazó emocionada.

—¡Adiós, *amore mio!* Hoy va a ser un gran día, no regreses muy tarde, que las fieras van a estar terribles esperándote.

—¡Prometo! *Lunetta* mía, yo te amo.

—Yo te amo *cucciolo* rebelde.

Al ser su pediatra de confianza y haber tenido la intuición de pedir que un neurocirujano lo revisara de inmediato, Lorenzo asistió a la craniectomía que el doctor Vázquez practicó de emergencia a Pedrito Alcalá.

Extraer el tumor que tenía a su paciente al borde del colapso total fue un procedimiento largo y complejo, el tipo de cirugía que apasionaba a Lorenzo.

Ocho horas habían transcurrido en la operación cuando súbitamente empezó a haber más movimiento de lo normal en el quirófano. Gente entraba y salía, discretamente hacían preguntas al equipo del doctor Vázquez y consultaban a sus asistentes mientras el aire se iba haciendo cada vez más y más denso. Lorenzo se vio obligado a terminar con los murmullos y cuchicheos para preguntar qué estaba pasando.

—Una tragedia. Hubo un accidente de coche terrible, doctor, ingresaron seis personas a urgencias: tres adultos y tres infantes, dos de los heridos fallecieron ya. Tenemos una niña que está a punto de morir, una mujer con fuertes

lesiones y otra más con una chiquilla, ambas prácticamente ilesas.

Lorenzo salió volando del quirófano para atender a esa nena que se debatía entre la vida y la muerte.

Al acercarse a ella sintió un puñal clavándose en su pecho que lo dejaba sin aliento y multiplicaba por mil sus palpitaciones, mientras destrozaba su alma en pedazos.

Era una pequeña de ocho años con traumas severos, su carita estaba completamente desfigurada tras el fuerte impacto del choque. Aún tenía adherido a la piel lo que eran ya retazos de un vestido azul completamente ensangrentado que tuvieron que cortar a tijeretazos ante la desesperación de revivirla tras su primer paro cardíaco.

Apenas lo vio, su mirada sonrió e inmediatamente hizo un esfuerzo por hablar, era casi imposible entender lo que murmuraba.

—*Papà…* ellas… están ya… en el mar…

Lorenzo lo hubiera dado todo, absolutamente todo por ser él y no su hija en esa camilla, se desvaneció en lágrimas cargadas de impotencia, dolor y desesperación ante esa escena que quedaría tatuada en su memoria por el resto de sus días.

Necesitaba abrazarla, estrujarla fuerte y pegarla a su corazón para hacerle saber que no estaba sola, que juntos podían con esto, que su papá no la iba a dejar morir, pero solamente pudo tomar su manita fría aún con restos de vidrios incrustados y besar suavemente su frente una y otra vez.

—*Nocciola*, vida mía, no te vayas por favor, quédate con papá. Te juro que vamos a ir todos juntos al mar pero quédate conmigo. Te lo suplico, quédate aquí conmigo. Tenemos que ir por un cachorro mi amor… Quédate aquí.

—E… Esta… A…arena…

Lorenzo empezó a gritar intentando despabilarla.

—¡CAROLA, NO! MÍRAME… ABRE LOS OJOS, NOCCIOLINA, QUÉDATE AQUÍ…

La pequeña Carola suspiró por última vez y cerró sus dos farolitos azules para no volver a abrirlos nunca más.

—DESPIERTA CAROLA, ¡DESPIERTA, CARAJO!

Ya no importaba nada, la tomó en sus brazos y la besó mientras lloraba desesperado con la angustia de no saber cómo le iba a decir a Mónica y a Marina que su amada *Nocciola* había muerto en sus brazos.

Al descubrir que esa pequeña era hija del doctor Moretti, la enfermera Colín corrió a intentar calmarlo, pues, desafortunadamente, lo peor aún no había pasado.

—Doctor, discúlpeme. Créame por favor que, ante todo, lamento profundamente su pérdida y sé que no puedo dimensionar su dolor en estos momentos, pero no encuentro una buena forma de decirle esto y es urgente. Solo usted puede ayudarnos a reconocer a las otras víctimas del accidente. Ha sido todo tan rápido, que no hemos logrado ubicar aún a sus familiares y dado que su hija venía con ellos, quizá hay alguien más que usted conoce.

En medio de ese vacío indescriptible que lo invadía, diluido en un océano de confusión ante el shock de ver morir a su hija y con claridad nula para elaborar en una explicación lógica sobre por qué había llegado ahí, no supo cómo, pero juntó fuerzas para acompañarla.

En el otro cubículo estaba una mujer entubada, con múltiples contusiones, que no reconoció; la siguiente parada era la sala B, en donde se encontraba la conductora del auto que provocó el choque y la otra pequeña sobreviviente.

El recorrido se hizo eterno, Lorenzo se descubrió rezándole por primera vez a todo aquello en lo que, como buen hombre de ciencia, nunca había creído y pidiendo encarecidamente a todos esos dioses y santos de los que tanto había escuchado hablar, que por favor esas dos personas a salvo fueran su otro sol y su amada luna. Durante un par de minutos, bloqueó su sufrimiento y mantuvo la esperanza de encontrarlas con bien.

Estaban a punto de llegar cuando se cruzaron con dos camilleros que se dirigían hacia la morgue del hospital, debajo de la sábana que cubría uno de los cuerpos, se asomaba un listón rojo. Lorenzo frenó en seco.

En ese momento resonó en las paredes del hospital el

grito más fuerte y desgarrador que se escuchó en toda su historia, erizando la piel de todos los presentes al confirmarse lo que Lorenzo tanto temía.

Aquel verano, el mar nunca llegó.

Lorenzo Moretti sobrevivió cual autómata gracias a su firme convicción de que al día siguiente encontraría la manera perfecta de suicidarse. Estaba tan ausente y a la vez tan aturdido por su dolor, que ni siquiera pudo buscar la mejor y más contundente forma de hacerlo.

Lo que sí encontró fue el camino más efectivo para morir en vida: drogas y alcohol para anestesiar su alma. Al principio, con la ayuda del whisky y la oxicodona lograba ser medianamente funcional, pero sus vicios fueron ganando terreno y aislándolo de la medicina hasta apropiarse por completo de él.

Nada quedaba ya del respetado doctor Moretti, se había convertido en un adicto que prefería dormir tirado en cualquier calle en donde lo alcanzaran los excesos antes que confrontar su realidad. Ahora era uno de tantos vagabundos drogados con olor a orín que rondan por las calles, de esos a los que muy poca gente se atreve a mirar a los ojos.

Un día, cual milagro, a una mujer le pareció sumamente familiar y se acercó a él.

—¿Doctor Moretti? ¿Lorenzo, eres tú?

Arrastrando la voz, contestó como pudo.

—Yo no soy nada.

—Soy Laura, Laura Alcalá; la mamá de Pedro. Tú le salvaste la vida a mi hijo hace cuatro años.

—¿Yo? Yo no tengo hijas.

Enternecida y a la vez sumamente consternada por verlo en esas condiciones, Laura confirmó que efectivamente era el doctor Moretti, el mismo con quien se sentía en deuda desde aquel día.

Resistiéndose a su olor fétido y a su ahora permanente

estado alterado, trató de levantarlo del piso de manera amorosa y compasiva, intentando convencerlo de ir con ella, lo cual fue una verdadera misión imposible hasta que encontró el argumento perfecto.

—Te invito a una cantina, vamos, yo pago. Ven conmigo.

—¿Nos vamos a ir en ese coche?

—Sí.

—Entonces sí voy, ojalá una borracha hija de puta se pase un alto a toda velocidad y me dé un aventón al mar con mi esposa y mis hijas. Total, esa gente hace lo que sea y sale ilesa.

Un par de horas después, Laura lo estaba ingresando en la clínica de rehabilitación que tenía su cuñado.

Tras seis meses de desintoxicación total, tratamiento psiquiátrico y sesiones diarias grupales de Alcohólicos Anónimos, Lorenzo Moretti por fin pudo tener la claridad que tanto había pedido para morir en paz, pues solamente tocando fondo e integrando a su recuperación la vida y la muerte del hombre que fue, podría renacer en esta vida.

A partir de ese momento, le tomó un año más salir de ahí; el tratamiento se compaginó con terapia psicológica y tanatológica que lo ayudaron a sobrellevar su inmenso dolor y a entender la vida honrándola en nombre de sus tres grandes amores.

La clínica se convirtió en su hogar, pero tenía claro que esa gente no era su familia; es más, si no hubieran tenido un sueldo quizá no hubieran sido incondicionales con él.

Sin vigilancia para las veinticuatro horas del día, con mucha fuerza, determinación y con las instrucciones muy claras para seguir adelante con el proceso de rehabilitación de su alma eternamente fracturada, juró a sí mismo jamás volver a ser el hombre derrotado que había ingresado año y medio atrás a la clínica, el mismo lugar que hoy era testigo del alta de un espíritu resiliente.

Por esa puerta entró lo peor de Lorenzo Moretti y se marchó un corazón inquebrantable, un solidario y siempre sabio Lolo, quien casi seis años después de la tragedia,

finalmente pudo salir al mundo para empezar una nueva vida.

Como todos los días, el despertador de Tamara sonó a las cinco cuarenta y cinco de la mañana. Lo apagó, vio la hora en el teléfono, mandó un mensaje a Paulina Escoto y volvió a dormir.

Juan Gabriel trató de despertarla sutilmente hasta que tuvo que empezar a jugar con su pelo para hacerle entender que necesitaba salir, que ya era realmente tarde. Al levantarse, sintió que su cabeza pesaba una tonelada, tenía náuseas y un dolor de cuerpo inusual, por lo que regresó a la cama y tomó su teléfono.

T: Nesi, te necesito. Me siento morir, me va a dar la gripa del siglo… Puedes sacar a Juanga por favor?

I: Mi amora, la buena noticia es que no es gripa, es resaca; la mala es que yo estoy igual. Justo te iba a pedir si sacabas a Vita. vamos o vienen?

T: Vengan y decidimos quién saca a las bestias.

I: Vamos pues.

Inés llegó al 201 en las mismas condiciones deplorables en las que se encontraba Tamara. Apenas entró a su cuarto, se tiró en la cama con todo y Vita, quien al igual que Juanga estaba desesperada por salir.

—Me niego a salir Tamara, ME NIEGO.

—Me-nie-go.

Lo que más divertía a Tamara era el lado oscuro de Inés, ese que solo mostraba muy en confianza y en el que era capaz de ser cruel y mordaz, algo que jamás creería de ella quien apenas la conociera.

—Hay que regalar YA a este par de porquerías… Me tienen harta por demandantes. Mira nada más el ridículo este con esos pelos siempre bien peinados y esta rata histérica eternamente feliz.

Tamara llevaba el sarcasmo mucho más a flor de piel, sin embargo, cuando el cansancio la superaba, simplemente

odiaba al mundo.

—Qué horror ser siempre feliz… Pero bueno, lo que es un hecho es que o los sacamos o me orinan la cama. ¿Va una de las dos o vamos las dos?

—Seamos solidarias, que vaya una.

Más allá de la resaca, la abogada tenía claro lo urgente que era resolver este tema.

—Entonces tenemos que tomar una decisión como las adultas serias que somos.

Más por obligación que por ganas, ambas se incorporaron para llevar a cabo el protocolo infalible que siempre las ayudaba a tomar este tipo de decisiones.

Se sentaron frente a frente con la madurez de sus respectivos treinta y ocho y cuarenta y dos años; un papel sobre la piedra de Tamara finalmente le dio la victoria a Inés.

Con los perros paseados, y en sobremesa panza arriba tras aplacar la cruda con un festín de clamato, aguachiles, cocteles de camarón y quesadillas de marlín, retomaron la charla de la noche anterior.

Ahora fue Inés quien tiró la primera piedra.

—Hace años no bebía así, Tamarinda, ¿sí ubicas que nos tomamos una botella de mezcal entre las dos?

A la abogada le costaba mucho asumir que había perdido el control, siempre encontraba excusas para justificarse.

—Fue una locura, aunque debo confesar que no sentía que estaba borracha. Es como que solo estaba muuuy relajada después de un día muuuy de mierda.

Sabiendo lo tenaz que era, Inés no iba a permitir que esta plática se le escapara de las manos.

—Yo idéntico, me acuerdo perfecto de todo lo que hablamos.

—¿De todo?

—DE TODO, Mi amora. ¿Tú?

—De TODO, Nesi.

No estaba de más corroborar que su vecina estaba completamente segura de que realmente sabía de qué hablaba ella.

—¿No fue el alcohol hablando?

Pocas veces Tamara afirmaba categóricamente algo, si lo hacía, es porque lo creía a ojos cerrados.

—No Nesi, quiero tener un hijo contigo, no tengo la menor duda. ¿A quién puedo llegar a conocer mejor que a ti antes de que se me acabe el tiempo para poder hacerlo?

En ese momento, Inés descomprimió la tensión que sintió al pensar que quizá solo había sido una buena borrachera cuya verdadera resaca sería la posibilidad de revivir su más grande ilusión.

—La verdad es que yo también lo creo. No he dejado de pensarlo, apenas y pude dormir dándole vueltas y te confieso que no encuentro una sola razón que me haga pensar que no vale la pena intentarlo.

Por si le quedaban dudas, Tamara reconfirmó lo que quería escuchar.

—Entonces vamos a tener un hijo juntas.

—Entonces vamos a tener un hijo juntas.

Inés estalló de felicidad, se abrazaron con una efusividad hasta entonces desconocida para ambas.

—¡Qué emoción, mi amora! Solo que, dado que el Big Ben marca ya cuarto para antier, tenemos que poner manos a la obra.

Tamara corrió por su famosa agenda en la que apuntaba absolutamente todo para tomar nota de los siguientes pasos.

—A ver mi Nesi, ya sé que hoy somos un par de inútiles con resaca, pero efectivamente, no podemos perder tiempo. Antes que nada, ¿queremos adoptar o tenerlo de manera «natural»?

Primer «pequeño» problema, por un momento Inés parecía haberse olvidado de todo lo que pasó cuando quiso tener un hijo.

—Sé que no debería opinar en esto porque soy la que aquí está más consciente de todo lo que implica, pero soy de la idea de intentar tenerlo, y si no funciona, adoptar. ¿Es una locura?

A Tamara le dio mucha paz que esta fuera su postura pues había pensado exactamente lo mismo.

—Todo esto es una locura, pero estoy de acuerdo. Del «ingrediente» masculino ni hablamos, ¿no?

Inés, como buena veterana en el tema, tenía clarísima la aportación del padre en la concepción.

—No nos compliquemos la vida, ese se elige de un catálogo. Aquí hay mucha madre, afortunadamente hoy con eso es suficiente.

—Totalmente de acuerdo. Entonces, me imagino que tendríamos que empezar por ir a un… ¿doctor?

—Yo conozco a los que fui a ver, pero la verdad me malviajaría ir con ellos.

—Yo pensaba más bien en Lolo, seguro conoce a alguien que pueda recomendarnos.

—¡Ándale! Mi amora, no veo cómo esto puede salir mal, me lees hasta el pensamiento.

Inés y Tamara pasaron el resto del día tomando en conjunto las primeras decisiones que definirían el rumbo del resto de sus vidas, sin contemplar que todo aquello que dieran por hecho podría cambiar en cualquier momento.

CapítuloVI

Desde niña, Cecilia buscaba en las estrellas las respuestas de todo aquello que no lograba entender, por eso la noche en que su marido partió, con el eco de su último latido corrió inmediatamente a acostarse en su jardín para mirar al cielo junto a sus tres hijos y cobijarlos con los pedacitos de su corazón hecho jirones, mientras les enseñaba la constelación que ahora habitaba su padre, esa desde donde les prometió que incondicionalmente los vería brillar.

La curiosa Ana María no tardó en tratar de aterrizar esa horda de palabras nubladas para encontrar una lógica.

—¿Entonces todas las noches papá va a estar cerca de nosotros?

—Todas las noches, amor.

—¿Pero cómo nos va a ver si estamos muy lejos?

Con los ojos inundados y la voz atrapada en un nudo, Cecilia repasaba suavemente el pelo de Ana María entre sus dedos, buscando una respuesta que pudiera dejarla satisfecha.

—Por eso es que vamos a tener que brillar mucho mucho, para que nos vea.

La vocecita de Milita, la menor del clan, no se hizo esperar.

—Ma, pero a ver… Brillar es MUY difícil.

—No te creas que tanto Milita, hay muchas cosas que nos hacen brillar; por ejemplo: reír, abrazarnos, pensar cosas lindas, rezarle a la Virgen de la Estrella, portarnos

bien, estudiar, ser ordenados, hacer caso a lo que nos dicen los mayores…

—O sea que hay que ser aburrido para brillar…

—¡No le hagas caso, Emilia… Mamá, ya estás inventando! Dijo Ana María rompiendo en una risa irresistible que contagió a las tres Zapata, desviando así por un momento el tren de la tristeza en el que estaban a bordo y del que el Churumbel, hermano mayor y ahora hombre responsable de la casa, parecía no poder bajarse. Sin haberlo elegido, su vida había cambiado para siempre al convertirse en el adulto más joven, uno de diez años, que había existido en el pueblo de La Máquina, al norte del país.

«El hombre de la casa siempre tiene que ver por sus mujeres, cuidarlas y encargarse de que se les respete, mijo», le decía don Elías Zapata hasta el cansancio, por eso el camino que encontró para sentirse cerca de su padre y honrar su memoria fue asumir cabalmente esa responsabilidad desde el primer momento.

Cecilia padecía al ver cómo se diluía la infancia de su hijo con el peso de tantas obligaciones; por más que intentó devolverlo a los últimos años de su niñez, no hubo manera de hacerlo desistir: el Churumbel se había tomado verdaderamente en serio su rol.

Si bien no sobraba, nunca faltó nada en casa de los Zapata Luna; con el afán de hacerle saber a su madre que no estaba sola con los gastos y de impedir a toda costa que se viera orillada a tener que pedir fiado, los primeros años tras la muerte de su padre, el Churumbel corría al supermercado del pueblo después de la escuela para trabajar como cerillito empacando bolsas y poder llevar unos cuantos pesos extras a la mesa, quedándose con un mínimo restante con el que compraba dulces para revenderlos un poco más caros en el colegio durante el recreo.

Por más extraño que pueda parecer, todas estas experiencias de vida a su corta edad lo llevaron a encontrar su verdadera vocación y máxima fuente de ingresos desde entonces: contar historias.

Su habilidad para devorar libros era fuera de este mundo, no había nada que disfrutara más que leer. El Churumbel sentía una profunda necesidad de compartir los personajes, lugares y aventuras que había descubierto en los cientos de páginas que leía en la biblioteca semana tras semana al no tener dinero para salir con sus amigos.

Contrario a lo que se podría pensar, ese talento lo llevó a ser el niño más popular de su secundaria, pues lo convirtió en el héroe de las clases de historia y literatura al cobrar cien pesos a sus compañeros por cada libro que los maestros habían asignado incluyendo por supuesto su respectivo resumen con impecable ortografía.

Tenía una capacidad nata para ver la misma historia desde diferentes ópticas; jamás imaginó que, con el tiempo, este superpoder sería su tabla de salvación en los momentos más difíciles de su vida.

—¿De dónde andas sacando tanto dinero, Churi? ¿Es legal, hijito? Más te vale no estar metido en algo raro…

—¡Claro que no! Usted relájese, jefatura, algo bueno tenía que darnos el estudiar en un colegio de niños ricos.

El Churumbel y sus hermanas se graduaron con honores del Colegio Campestre gracias a su tremendo esfuerzo para mantener la beca que les otorgaron tras haber fallecido su padre. No les fue fácil crecer entre niños que lo tenían todo, pero fueron lo suficientemente inteligentes y, sobre todo, valientes para ganarse el respeto de sus compañeros, además de saber ingeniárselas cuando precisaban algo que les era imposible pagar.

La necesidad lo obligó a convertir su amor por las letras en amasiato. A la hora de elegir una carrera tuvo que poner en pausa la ganancia potencial de su desbordada pasión, y dado que los números y las disciplinas científicas nunca fueron realmente lo suyo, se fue por lo segundo mejor que sabía hacer: cuidar.

Pese a que los números no eran su especialidad, descifrar esa matemática le fue muy fácil. Si la gente de La Máquina sufría algún accidente o necesitaba rehabilitación tras alguna lesión, tenían que ir al fisioterapeuta más cercano, que se encontraba a ciento cincuenta kilómetros,

si él se convertía en el primer fisioterapeuta del pueblo, forzosamente habría una gran oportunidad de negocio para él, y así fue: apenas terminó sus estudios montó un pequeño consultorio administrado por Cecilia, la sonrisa encantadora al frente de la recepción.

La demanda no se hizo esperar y fue así como el Churumbel resultó ser precursor y fundador no solo de un negocio prolífico en su pueblo, sino de un nuevo gremio familiar.

El consultorio de los Zapata Luna no los hizo millonarios pero fue lo suficientemente noble como para dar a cada uno de ellos un buen pasar sin carencias. Por mucho, la mayor bendición de ese lugar fue mantener a su pequeña familia unida y es que ellos tenían claro que juntos podían con y contra todo.

Su vida sentimental fue un caos desde siempre por una simple y sencilla razón: vivía enamorado del amor por culpa de las incontables ficciones románticas que había consumido desde niño en libros y películas. En esos menesteres, lo único que siempre tuvo claro fue que no había nacido para conformarse con lo típico, con una narrativa simple en la que, cual designio divino, los personajes están juntos «hasta que la muerte los separa». Él había venido al mundo para ser el protagonista de una historia rebuscada, con todo en contra, de la que nace un gran amor incondicional, de esos que permanecen a través del tiempo sin importar su formato.

Por eso no era extraño que, pese a su tremendo carisma, nunca tuviera suerte con las mujeres que le gustaban, pues solía poner el ojo en imposibles que no tenían nada que ver con él y que terminaban convirtiéndolo en su mejor amigo y confidente, aunque no por eso renunciaba a luchar aún más por esa relación.

Así fue como el Churumbel aprendió a vivir acostumbrado a tener el corazón roto, pero eso no lo hizo perder la fe en el amor, todo lo contrario, lo incitó a añorarlo aún más.

El día que conoció a Diana lo entendió todo. Ese torrencial de emociones contenidas en una veinteañera de

tez blanca, pecas y pelo rojo, que vivía eternamente a la defensiva y sin una mínima noción de empatía, lo cautivó desde el primer momento; no pudo pensar en un mejor proyecto de vida que rescatar a esa mujer para resanar sus heridas.

Diana y su orfandad emocional llegaron a la familia calzando como un zapato a medida, era imposible no hacerlo estando entre gente buena y resiliente que solo sabe querer bien.

Su relación se basó en el amor descomunal del Churumbel y la frágil arquitectura sentimental de Diana, cuya mayor deficiencia eran nada menos que sus cimientos. Él confió ciegamente en que podría construir un hogar sobre un pantano y ella en que la fuerza de él sería suficiente para resistir el peso de las carencias de los dos.

Una tarde, saliendo de misa, Cecilia percibió a Diana más ausente que de costumbre y aprovechando que estaban solas le invitó uno de sus famosos cafés, de esos que preparaba con puro calor de hogar y que se tomaban en la mesa de su cocina.

—¿Estás bien, mija? Esa cara de angustia la conozco bien… ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó Cecilia, con un instinto maternal que a esas alturas estaba ya deslumbrado ante tantos focos rojos.

—Todo bien señora, gracias. Es solo un día gris —respondió frágil y a punto de romperse sin mirarla a los ojos.

—Ojalá sea mi imaginación, pero como que ya llevamos muchos de esos seguidos, ¿no, hija?

—Hay rachas así…

—Tú necesitas otra cosa, ven conmigo muñeca linda.

Caminaron hacia el jardín, Cecilia la abrazaba con amor de madre, de ese que Diana nunca conoció y que no tenía las herramientas para apreciar. Al llegar, se acostó en el pasto invitándola a que la acompañara, aun sabiendo que su futura nuera podría no ser del todo receptiva a sus nunca tradicionales métodos catárticos; pero para sorpresa suya se acurrucó junto a ella.

—No recuerdo una sola vez en que haya hecho esto

sin haberme levantado con otra perspectiva de las cosas que me tienen desconfigurada… ¿Sabes? Siempre he encontrado en el cielo las respuestas que necesito, con un poquito de fe, te prometo que van a llegar las que tú pidas.

Diana la escuchó en silencio mirando fijamente las nubes del atardecer sin percatarse de las lágrimas que rodaban por sus mejillas. No volvió a pronunciar palabra alguna durante el resto de la tarde.

Esa noche, Cecilia se fue a la cama con la firme convicción de que se avecinaba una fuerte tormenta en la vida de su amado hijo, y esta vez no fue el cielo quien se lo dijo sino su corazón.

No estaba equivocada. Para Diana, sus miedos, conjugados con el entusiasmo desbordado de su prometido, fueron un lastre de ansiedad cada vez más pesado que logró sumergirla un par de días antes de la gran boda y la orilló a desaparecer.

Lo último que supieron de ella fue gracias a un mensaje de tres palabras que llegó después de cuatro días de intensa búsqueda y mil y un posibles teorías de conspiración tras su partida: «Perdón. No pude».

Tres palabras en un celular fueron suficientes para provocar la catástrofe emocional más importante en la vida del Churumbel, la que logró opacar por primera vez su brillo.

No conforme con el torrente de emociones que tenía a flor de piel tras la cruel ruptura de su brújula emocional, tuvo que cargar con una cuota sustancial de vergüenza al haberse convertido en el «novio dejado» del pueblo que —por si fuera poco— tuvo la atención de devolver uno a uno todos los regalos que hasta entonces habían recibido, ofreciendo de paso una disculpa por el inconveniente a sus invitados.

—No puedo creer que TÚ estés pidiendo disculpas… Estás a tres de ser tan pero tan correcto y buena gente que ya estás rayando en lo pendejo, hermano.

—¡ANA MARÍA!

—Mamá, perdón pero es la verdad…

Como buena hermana protectora, Ana María estaba

verdaderamente furiosa y no había dejado de manifestar su ira contra Diana desde el día que desapareció.

—Piensa lo que quieras, para mí es importante dar la cara y hablar con la gente, no tengo nada que esconder —dijo la voz de un Churumbel desconocido, completamente desganado y sin fuerza.

Ana María enseguida se acercó para abrazarlo.

—Perdóname Churito lindo, soy una bestia.

—Yo si la veo la mato —declaró contundentemente y sin rodeos, Milita, ahora convertida en Emilia, mientras dejaba una jarra de café y tacitas en la mesa para los demás.

—Yo la mato contigo —afirmó Ana María.

—Que Dios me perdone, pero yo por supuesto que también —dijo Cecilia sorprendiendo a todos pues nunca había hecho una declaración de ese calibre.

—Yo la abrazaría y le diría cuánto la amo.

Por primera vez, el pobre y desolado Churumbel se dio permiso de romperse y con la cabeza sumergida entre sus brazos cruzados sobre la mesa, lloró como no lo había hecho ni siquiera a los diez años tras la partida de su padre.

Cecilia se levantó a abrazar su espalda temblorosa mientras sus hermanas lloraban discretamente junto a él tomándolo de una mano cada una. Ana María, con la voz entrecortada, no tuvo filtros para decirle a su hermano lo que pensaba.

—¿Ya ves que sí estás muy pendejo?

De no ser por su agudo sentido del humor, ese lamento pudo haber durado al menos un par de horas más, pero afortunadamente fue interceptado por unas cuantas risas.

Al día siguiente devolvió el último regalo, sin saber que estaba por recibir aquel que en el fondo había añorado toda su vida.

Ahí estaban nuevamente los Zapata Luna sentados en la misma mesita frente a cuatro tazas de café. Todo podría haber parecido exactamente igual y sin embargo, era completamente diferente a la noche anterior.

Las mujeres de la familia traían algo entre manos. Él

no entendía muy bien qué estaba pasando, pero por esos días no entendía mucho o más bien, prácticamente nada de lo que sucedía a su alrededor, por lo que se limitó a observar y guardar silencio.

Dada la notable dimensión de la caja que estaba junto a ella, la primera en hablar fue Emilia.

—No puedo decirte que este regalo era de «bodas», porque en realidad siempre lo pensamos solo para ti y ahora pues… con mucha más razón. Hermano, ya te toca dejar de cargar. Tienes que empezar a ir ligero por la vida, así que empaca tus chivas y vete a conocer todas esas historias que pasan afuera de La Máquina, mi Churi.

Con cada palabra se fueron empañando un poco más sus ojos, pero esta vez no eran lágrimas de tristeza sino de una emoción disfrazada de prisa que lo llevó a arrancar enérgicamente el papel blanco que envolvía la caja del juego de maletas que Emilia le regaló.

—No, no, no… Ni se te ocurra llorar otra vez, Churis. Esto es un festejo —pidió Ana María previniendo una debacle como la de la noche anterior.

—Tú déjame ser, pues… ¡Soy un hombre con sentimientos! —dijo mientras llenaba de besos la frente de Emilia en agradecimiento por tan hermoso regalo.

—Ana María, por favor deja en paz al llorón de tu hermano.

—Oiga, ¡anda muy llevada también usted, jefatura!

Cecilia se limitó a soltar una carcajada, patrocinada por el esbozo de su Churi risueño y entusiasta de siempre que tan perdido andaba últimamente.

—¿Y qué dijiste, Churis chillonis? La culebra de Milita me da unas maletas y no tengo a dónde ir, pos no chiquitito… Aquí tu hermana consentida…

—¡Oye! —respingó enseguida Emilia.

Ana María estaba tan emocionada que no sabía por dónde empezar ni cómo decirlo.

—Bueno pues, tu OTRA hermana MÁS consentida, pensó en todo y… toma ya, hombre, que yo no soy buena para estas cosas como ustedes.

Ana María entregó un sobre con un boleto de avión de

ida a la ciudad. Pese a su euforia ante semejante regalo, notó que no había un boleto de regreso a La Máquina. Atribuyó el error a un mero descuido, y eso no impidió que también abrazara y besara a Ana María sin reparo.

—O sea, entre las dos te armamos las maletas y el viaje. No vayas a creer que fue nomás su idea, ahora besuquéame y abrázame otra vez —dijo Milita uniéndose al abrazo y convirtiéndolo en uno de los más entrañables que atestiguó alguna vez Cecilia, quien para esas alturas también tenía los ojos hechos agua, pensando en la felicidad de su Elías al ver —desde donde fuera que estuviera flotando— el destello incandescente de esas tres almas tan amorosas que había logrado criar sola, pese a todas las dificultades que se presentaron en su camino.

—Falta el mío… Y es que yo te conozco mosco, soy tu madre y te conozco mejor que nadie. Ya sé que viste el boleto y notaste que no hay uno de regreso al pueblo, ¿verdad, hijo?

—Verdad madre.

—Pos no fue descuido ni casualidad, corazón mío.

Cecilia puso en sus manos la pequeña caja que tenía para él mientras Ana María y Emilia se miraban con una mezcla de tristeza y complicidad, pues la historia de su familia como la conocían, estaba a punto cambiar.

Al abrir la caja, se encontró con un juego de llaves.

—Mi vida, tú ya encontraste todo lo que La Máquina tenía para ti, este pueblo ya te queda muy chiquito. Llegó la hora de que empieces una nueva historia en otro lugar en donde no te persiga nada de lo que has tenido que vivir aquí y que la gente se encarga de recordarte todos los días desde que tienes diez años.

El Churumbel no podía creer lo que estaba pasando, su emoción se había transformado en profunda nostalgia con la sola idea de irse de ahí y separarse de las tres mujeres de su vida.

A Cecilia le fue imposible contener las gotas de sal que rodaban por sus mejillas pero intentó contrarrestarlas con una dulce sonrisa que brotó desde sus entrañas.

—Estas llaves son de la casa de Rosy, la hermana de

mi comadre Joaquina, ella renta un cuartito para estudiantes bastante cómodo. Ya está pagado por un año, hijo, estoy segura de que antes de eso vas a encontrar un buen trabajo para mudarte a un lugar mejor, mientras tanto, ya tienes a dónde llegar.

El Churumbel jamás imaginó que el regalo que su familia le tenía preparado era un par de alas para volar. Por primera vez, se quedó sin palabras.

—Pero… pero… ¿y ustedes?

—Nosotras vamos a estar bien. Ya cumpliste aquí, mijito, es hora de que te preocupes por ti.

Esa noche se convirtió en un inesperado festejo a la vida, si algo tenían claro los Zapata Luna, era que la mayor forma de honrarla y hacerle frente a las tragedias, es viviéndola al máximo.

Una semana después, estaría en la ciudad enviando un correo con su currículum en respuesta a un aviso en el que buscaban a un fisioterapeuta para personas de la tercera edad, publicado por una residencia de reposo llamada «La Paz».

El día de su entrevista hubo mucho movimiento en el lugar, pues estaban mudando un piano al cuarto de uno de los nuevos residentes. Lo primero que llamó su atención fue la mujer que daba indicaciones por demás precisas a los mudanceros sobre cómo tratar al piano. Pensó en sus hermanas y en cómo le gustaría verlas convertidas en mujeres así. De tanto mirarla, se acercó a él.

—¿Tú trabajas aquí?

El Churi había salido del pueblo pero el pueblo aún no había salido de él, jamás imaginó que una mujer como ella se acercaría a dirigirle la palabra. No pudo evitar responderle completamente sonrojado.

—No todavía, hoy es mi entrevista de trabajo.

—¿Te puedo pedir un favor enorme? Necesito acomodar ese piano ahí adentro, crees que me puedas ayudar dos minutos con mi papá? Está demasiado inquieto con tanto caos, solo hay que platicarle y distraerlo.

No supo si era correcto hacerlo o no, pero fue incapaz de negarle la ayuda.

—Claro que sí. ¿Cómo se llama?

—Por favor no me hables de usted que me haces sentir de mil años, me llamo Tamara.

Pablo sonrió con un dejo de ternura que era imposible tomarse a mal.

—No, yo me refería a tu papá.

Tamara se sumó al momento sonriendo apenada.

—¡Ah! Se llama José ¿y tú?

—Pablo Zapata, a tus órdenes.

Estaban en el parque cuando se lo contaron a Lolo, la cara que puso ante la descabellada idea de Inés y Tamara era algo que siempre recordarían.

—Par de dos, antes que nada, quiero decirles que yo las quiero muchísimo, pero ustedes están verdaderamente zafadas, ¿lo saben, verdad?

Inés inmediatamente asintió orgullosa.

—Completamente mi Lolo, lo sabemos.

La abogada por supuesto sacó su artillería pesada de explicaciones respaldando su decisión.

—Si lo piensas bien no es descabellado. Las dos tenemos claro que desde hace mucho que queremos ser mamás, no lo hemos querido hacer solas porque simplemente nosotras no nos vemos haciéndolo así...

Lolo la miraba fijamente tratando de rebatir lo que decía para hacerlas entrar en razón pero Tamara no se detuvo, gracias a los juzgados tenía cancha para dar discursos irrefutables.

—Lo nuestro no es parir por parir, Lolo, no es el capricho del mes. Si hoy hay tantos modelos diferentes de familias modernas, ¿por qué estaría fuera de lugar que dos mejores amigas lo hagan?, ¿acaso porque no se le ha ocurrido a nadie?

Lolo por un momento se quedó sin palabras, pero pronto lo alcanzó la moral del deber ser.

—Porque un hijo no en vano viene de un hombre y una mujer, necesita de una figura materna y una paterna.

Inés estaba fascinada presenciando esa discusión, por

un momento recordó los sermones de su madre en el comedor de su casa cuando juzgaba a quien no hacía las cosas como ella y su iglesia creían que debía ser. Aquel intercambio de posturas con Lolo le hizo reafirmar que Tamara era la persona correcta para hacer esto.

No quiso interrumpir hasta que realmente le fue necesario.

—Mira nada más… Me imaginé una reacción conservadora de todos menos de ti, mi Lolo.

—No Inesita, sabes que no soy ese tipo de persona, no me expliqué bien. Yo apoyo el amor por sobre todas las cosas y aplaudo a las parejas responsables del mismo sexo que forman familias fantásticas. Solo quiero que entiendan que tener un hijo es una responsabilidad que no me alcanzan las palabras para describir. Si creen que estos bichos —refiriéndose a los perros— son demandantes, es que no dimensionan lo que es un hijo.

Tamara miró a Inés haciéndole saber con un gesto sutil que tenía la respuesta perfecta para aniquilar a Lolo, por lo que nuevamente tomó la palabra.

—Tal vez tienes razón en que no dimensionamos todo lo que implica tener un hijo, querido Lolo, pero creo que si quienes los tienen lo hicieran, es más, si fueran también conscientes del gasto que representan, este mundo estaría despoblado.

Lolo era un viejo sabio que, por mucho, era más noble que soberbio y sabía aceptar cuando carecía de razones para invalidar a su interlocutor, por lo que respiró hondo y sacó su celular del bolsillo para hacer una llamada. Inés y Tamara intercambiaron miradas de desconcierto esperando su respuesta.

—Soledad, buena tarde… Necesito que por favor le llame al doctor Weber de mi parte, dígale que es personal, que necesito una cita cuanto antes para evaluar un in vitro… Sí, a nombre de Inés Arango y Tamara Be…

—¡Becker!

—Y Tamara Becker.

Apenas pronunció la última «r», tenía encima cuatro brazos que lo estrujaron fuertemente. Inés,

desbordantemente emocionada, ahora sí tenía mucho que decir…

—Gracias, ¡gracias infinitas, Lolo!

—Señoritas, si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo con el mejor.

Así fue como Lolo se convirtió en el primer cómplice del viaje sin retorno que Inés y Tamara estaban por emprender y quien estuvo incondicionalmente presente en los mejores y peores momentos de esta aventura.

El doctor Weber fue todo lo que esperaban y más. Inés y Tamara se encontraron con un médico austriaco que tenía una vasta experiencia en tratar con parejas del mismo sexo que deseaban tener hijos, por lo que tenía claro el camino a seguir.

El cuestionario para elaborar su historial médico fue sumamente revelador para ambas, pues si bien se conocían mejor que nadie, había información importante con la que no contaban, sobre todo Tamara. Cuando el doctor Weber preguntó los antecedentes de enfermedades crónicas en sus familias, le quedó claro que no sabía prácticamente nada de su genética dada la parquedad para hablar de su padre; en ese momento reparó por primera vez en que había cosas de su vida que nunca iba a saber, sin embargo, eso no fue lo más sorprendente para ella durante esa cita.

—Yo, único caso en mi familia: hepatoblastoma maligno a los siete años.

Weber no pudo esconder su asombro.

—Vaya, lo lamento mucho Inés. Un cáncer siempre cambia la vida del paciente, no importa la edad que tenga… ¿Cuánto tiempo estuviste en tratamiento?

Tamara sintió un puñal en el estómago al escucharla.

—¿¿¿Un queeé??? ¿¿Un cáncer, Nesi?? ¿¿Es en serio?? ¿¿Cómo puede ser que tuviste cáncer y no me lo contaste?? No lo puedo creer… ¿Cáncer, Nesi?

Inés respondió relajada, sin mayor aspaviento.

—Pues es que fue hace tanto que se me olvida… Perdón doctor, somos MUY intensas como podrá darse

cuenta. Fueron seis meses de quimioterapia, la operación para remover lo que quedaba del tumor y un ciclo de radiación. Por suerte, se convirtió en algo del pasado que nunca más volvió a dar lata.

—No entiendo cómo se te puede olvidar algo así, Nesi… No entiendo. No entiendo…

Cuando Tamara estaba desconcertada, nerviosa o fuera de sí, solía repetir sus propias palabras. Inés había aprendido a reaccionar a esto no dándole mucha importancia, porque de hacerlo, tenía el potencial de convertirse en una discusión bucle.

El doctor Weber al parecer tenía experiencia hasta para este tipo de situaciones, por lo que tampoco se enganchó en ese drama.

—Me alegra mucho que no haya habido reincidencia, sin embargo, tengo que ser sincero contigo Inés, he tenido pacientes con casos similares que tuvieron muchos problemas de infertilidad por los tratamientos que se usaban en ese entonces, tenemos que ser muy conscientes de ello.

Inés dominaba el tema, y esto no la exaltó ni un poco, a diferencia de Tamara que ya estaba hecha un manojo de nervios, nervios, nervios, nervios…

—Ah, no se preocupe, doctor, ya también pasé por eso. Cuando estuve casada me hicieron tres in vitro.

—¿Alguno se logró?

Tamara supo que se avecinaba un tema que le costaba mucho a Inés y ante el que siempre se quebraba, por lo que pausó su conmoción para darle la mano a su amiga, quien respondió pese al nudo en la garganta que irremediablemente se hacía presente cuando hablaba del tema.

—Los dos primeros no; el tercero sí, pero a la semana diez tuve un aborto involuntario.

Weber cambió el tono de voz a uno mucho más compasivo y menos técnico.

—Nuevamente, lo lamento mucho Inés, debe haber sido profundamente triste y desgastante para ti.

Inés asintió, limpiándose con la mano el par de

lágrimas que se le escaparon al decir esto.

—Tamara, ¿tú has tenido algún embarazo?

Tamara respiró profundo y respondió sumamente seria y con un dejo de culpa ante la necesidad de blanquear su pasado tras las revelaciones de Inés.

—Antes que nada, no le dije que soy comedora compulsiva rehabilitada, doctor, no sé si eso sea hereditario o si sea importante ponerlo en mi expediente.

Inés no pudo contener la carcajada que le provocó escuchar a Tamara decir esto públicamente, lo cual le hizo entender a la abogada que, efectivamente, había dicho algo completamente fuera de contexto traicionada por los nervios del momento.

—¡No te rías, tonta! Lo dije en serio —respondió Tamara en medio de otra carcajada que el doctor Weber, como buen austriaco, simplemente no supo cómo leer por lo que prosiguió con las preguntas de rutina.

—Entonces, ¿algún embarazo, Tamara?

—No, ni por descuido, doctor. Con mi exmarido prácticamente no nos cuidábamos y jamás quedé embarazada, aunque tampoco puedo decir que nos preocupamos por «buscarlo» mucho. Siempre he sido un relojito con mis periodos, jamás he tenido temas, pero bueno, nunca lo he averiguado realmente.

—Bueno, pues ahora sí lo vamos a averiguar. Quiero ser completamente transparente con ustedes. Inés, tú que tienes más camino recorrido en esto no me vas a dejar mentir. Un in vitro puede ser un proceso agotador que tiene muchas probabilidades de no salir como esperan y eso es importante que lo sepan. Puede no implantarse el óvulo fecundado y ser desechado inmediatamente, puede implantarse y ser desechado unos cuántos días o semanas después, puede venir un producto con deficiencias genéticas por su edad o pueden tener un embarazo múltiple, de riesgo, en fin… Es importante que hablen y tengan todas estas posibilidades claras y proyecten cómo procederían en cada uno de estos escenarios.

Inés y Tamara solamente asintieron pues ya lo habían hablado y estaban conscientes de algunos de estos

escenarios, aunque no de todos.

—Dado que por su edad estaríamos hablando de un embarazo geriátrico…

Cuando Weber dijo «geriátrico», la cara de Tamara se transformó por completo ante la idea escabrosa de verse como parte de este selecto grupo al que tanto pánico le tenía. Inés discretamente apretó su brazo, frenándola de decir cualquier otro sinsentido.

—Mi recomendación sería empezar el proceso en paralelo con las dos, de manera que si las condiciones son óptimas, estimulemos con hormonas sus ovarios para extraer la mayor cantidad de óvulos, analicemos su calidad y procedamos con la donación de esperma e implantación posterior. A todo esto, ¿tienen a un donador voluntario o van a comprarlo?

—Comprarlo, evitemos problemas a futuro —respondió firmemente Tamara.

—Correcto. ¿Tienen claro quién de las dos va a ser el vientre de este bebé o bebés?

Ahora las dos pusieron cara de pánico cuando Weber dijo «bebés», pero contestaron al unísono y sin siquiera haber cruzado miradas.

—No.

Weber por primera vez esbozó una sonrisa ante tal determinación.

—Muy bien, entonces tienen mucho que hablar. Mientras tanto, mi recomendación sería comenzar con los estudios pertinentes para iniciar cuanto antes con las hormonas y ya con base en eso, tomaremos la mejor decisión para el bebé, ¿estamos de acuerdo?

—OLA bebé —contestaron en simultáneo.

—Por último y antes de que se me olvide, les recuerdo que las hormonas suelen ser una montaña rusa emocional, tomen precauciones y prevengan a la gente con la que conviven para no desconcertarlos.

—Así lo haremos, doctor, así lo haremos…

Antes de levantarse del asiento y despedirse, Inés miró al doctor para hacerle saber con un simple gesto a espaldas de Tamara que ésta no lo había dicho todo aún.

—Así lo haremos.

Capítulo VII

Sebastián Müller y Alexia Barón estuvieron casados solamente siete meses, sin embargo, su matrimonio en actas duró dos años, cuatro meses y veintiún días debido al rechazo de incontables propuestas de acuerdos de divorcio.

Fue una pésima idea desde siempre, pero no hay algo más atractivo para quien lo tiene todo que conseguir lo que parece imposible y vaya que Alexia lo era. Sebastián se encaprichó con una mujer posesiva y bipolar que vivía atrapada en el cuerpo perfecto de una yogui eternamente ataviada en Gucci —una «yogucci» como se le llama a este tipo de practicantes—, que empezaba a sentirse como la «quedada» en su núcleo social por tener treinta y cinco años y no haberse casado nunca.

Una personalidad complicada como la suya, junto a un guapo arquitecto divorciado, con muy buen pasar en su cuarta década, cuyo trabajo lo obligaba a viajar todas las semanas, solamente podía dar como resultado un corto circuito y lo fue.

Después de innumerables intentos tratando de descifrar la contraseña del teléfono de su marido, Alexia por fin logró desbloquearlo y encontró decenas de mensajes íntimos y fotografías con distintas chicas de no más de veinticinco años alrededor del mundo.

Decir que ardió Troya es poco.

Como la manipuladora profesional que era, la señora Müller fingió un intento de suicidio que no resultó ser más

que la punta del iceberg, el principio de una guerra que parecía interminable, pues al ver que el montaje de ese incidente no había tenido en Sebastián el efecto que esperaba, optó por ir tras lo segundo que creyó más podría dolerle: su dinero, así que pidió la mitad de absolutamente todo lo que él tenía y lo amenazaba constantemente con ahora sí quitarse la vida —no sin antes culparlo públicamente de su muerte—, si es que no se lo daba.

Quienes la conocían bien sabían que la bipolaridad de Alexia era cosa seria, no en vano la gente siempre terminaba alejándose de ella.

Había pasado ya por cuatro abogados diferentes sin éxito alguno. Llegó a Tamara gracias a la recomendación de un par de clientas de su estudio de yoga a quienes consiguió extraordinarios acuerdos de divorcio.

Tras un par de juntas con ella, la abogada Becker estaba preparada para confrontar a ese depredador infiel y prepotente que era el futuro exmarido de Alexia, y pelear por lo que a ella le correspondía tras el infierno que le había hecho vivir sin tenerle respeto ni compasión alguna.

Haberse divorciado un par de meses atrás le había dado una fuerza distinta para pelear este tipo de casos, Tamara tenía claro que podía ganar.

Como siempre, la abogada Becker entró unos minutos antes de la cita a la sala de juntas, en donde encontró al hombre más espectacular que había visto en su vida. Un tipo alto de piel mediterránea, ojos dulces y pelo oscuro lo suficientemente largo y prudentemente despeinado para no parecer adolescente incomprendido, apenas teñido por algunas canas que se habían empezado a asomar, Tamara lo describiría después como «un adonis de carne y hueso».

Para colmo, vestía impecable: pantalón gris, camisa blanca perfectamente planchada, saco azul marino italiano claramente hecho a su medida y mocasines de piel lustrados con total pulcritud.

Podría haber logrado ser inmune a él si no hubiera sido por su olor: las notas de ébano, cuero, madera, ámbar y cardamomo de su loción se impregnaron en la sala de juntas convirtiéndola oficialmente en el escenario de una

fantasía erótica que jamás pensó tener.

Contra todo pronóstico, inhabilitó la torpeza que brillaba en momentos así y logró sobreponerse a sí misma, intentando con todas sus fuerzas ser una profesional, lo que la orilló a ser un témpano de hielo.

—Perdón, pero tengo reservada esta sala.

Disimulando el temblor de sus manos, Tamara buscó su agenda en el teléfono.

—Sí, sí la tengo reservada… Está reservada.

Él se levantó de la silla y no pudo evitar sonreírle, ella descendió a -20° Celsius de frialdad para no derretirse.

—Una disculpa, soy un maniático de la puntualidad y llegué un poco antes, pero si molesto puedo esperar afuera a mi cita, vengo a ver a la abogada Becker.

Tamara confirmó que el hombre era altísimo, que tenía la espalda ancha como a ella le gustaba, que era perfecto y por si fuera poco, estúpidamente carismático.

—Entonces tiene cita conmigo, tome asiento por favor.

Ley de Murphy: la única persona que no le hubiera molestado que la saludara con un beso, extendió la mano para saludarla.

—Soy Sebastián Müller; mucho gusto, entonces… Tamara Becker. ¿Le molesta que la tuteé?

No pudo ni siquiera calibrar su respuesta.

—Por supuesto, señor Müller, tome asiento por favor, tome asiento.

Él cambió la voz a un tono más seductor.

—¿Por supuesto que sí o por supuesto que no?

Tamara no supo de dónde sacó el valor para no irse encima de él.

—Por supuesto que no. No pierda su tiempo, señor Müller, trato con hombres como usted todos los días y no caigo en este tipo de jueguitos que les encantan.

Sebastián nunca pudo olvidar la primera vez que vio los enormes ojos grises de Tamara en aquella sala de juntas de Soto, Martínez, Jackson y Asociados, porque en ese momento supo que por fin había encontrado su famosa kriptonita, esa que un día iba a llegar a romper todos sus esquemas, y es que le bastó con ver a Tamara interpretando

su papel de abogada seria y formal para saber que a esa mujer jamás podría negarle lo que le pidiese.

La ingenuidad de Tamara quiso convencerla de que había logrado establecer un límite entre ellos y la ayudó a recobrar la cordura que por un momento pensó estaba a punto de perder.

Había un solo escenario en el que ella podía disfrazar por completo su vulnerabilidad y ser un soldado de guerra inquebrantable, y ese era su despacho, por eso se había convertido en la abogada familiar más exitosa de la firma, porque no tenía piedad a la hora de exigir lo justo para sus clientes. Sin embargo, a pesar de su profesionalismo, fracasó en este intento; la tensión sexual entre ambos se podía cortar hasta con un cuchillo sin filo.

Sebastián disfrutó a una Tamara impoluta ejerciendo con tanta determinación, esa mujer lo estaba eclipsando como nadie lo había hecho antes y eso también lo hacía sentir en desventaja frente a ella, la gran diferencia es que él tenía mucha más experiencia en aparentar estar bajo control.

—Abogada Becker, antes que nada déjeme decirle que si algo tengo claro es que usted y yo nos vamos a entender. Así es que cuente con mi total disposición, créame cuando le digo que no puedo más con este pleito y quiero que termine cuanto antes.

Tamara no quiso siquiera contemplar que lo que él decía podría tener un doble significado.

—¿Está usted dispuesto entonces a dar la mitad de todos sus bienes y pertenencias a la señora Barón?

—Abogada, a leguas se ve que usted es una mujer justa y de una sola pieza, por lo que le voy a proponer algo para que no perdamos tiempo dándole vueltas a lo mismo sin llegar a una conclusión. Pase un día con Alexia, conviva al menos ocho horas ininterrumpidas con ella, conozca mejor a su clienta para que pueda entender cuál es la realidad y cómo se diferencia de lo que ella cree que es real; después, pase un día conmigo y cotejemos todas y cada una de sus observaciones…

Tamara sonrió involuntariamente, pero enseguida

recobró la seriedad poniendo su mejor cara de interrogación ante la propuesta de Sebastián.

—No le voy a negar las infidelidades ni las voy a justificar, usted sacará sus propias conclusiones. Si considera que ella está en lo correcto, yo le doy mi palabra y firmo el acuerdo que me está proponiendo, es más, se lo puedo dejar por escrito en este momento; pero si usted, al igual que yo, cree que es injusto, acordemos entonces tres millones de dólares de compensación y una pensión vitalicia de veinte mil dólares mensuales, ¿le parece bien?

Tamara estaba verdaderamente sorprendida con las cantidades estratosféricas que manejaba Sebastián, pero sobre todo, con su porte y seguridad. No podía negar que le emocionaba la idea de pasar un día con él, aunque sabía que eso tendría un gran potencial de salirse de control y no por él, sino por ella.

—Vaya claridad la suya, señor Müller. Esto es poco convencional, pero sin duda, de estar usted en lo correcto es un extraordinario arreglo para mi clienta.

—Entonces, ¿acepta el trato?

Tamara involuntariamente extendió la mano dejando por fin escapar la enorme sonrisa que logró contener durante una hora.

—Acepto el trato.

Le bastaron tres horas conviviendo con Alexia para entender a lo que se refería Sebastián, pero cumplió cabalmente con las ocho horas mínimas reglamentarias del acuerdo. Concluyó que si bien no parecía ser un santo, prácticamente era ella quien tendría que haberle pagado a él una compensación por aguantarla siete meses bajo el mismo techo. Tamara le habló de las cantidades que él puso sobre la mesa y Alexia aceptó de inmediato sin chistar, por lo que este caso definitivamente sería concluido en breve.

Su deber ser la hacía sentir que ella no había hecho realmente nada, más que encandilarse con el aún marido de su clienta; sin embargo, ahora sí se sentía libre de culpa

ante cualquier tentación. Su trabajo estaba prácticamente hecho, la clienta tendría un muy buen arreglo y próximamente ambos serían personas libres.

Nina, la mujer de confianza y asistente de Sebastián, solicitó vía telefónica a la abogada Becker una cita en sábado por la mañana para poder tener, sin interrupciones, las ocho horas que habían establecido.

Era imposible pasar por alto su acento; cediendo ante la curiosidad, Tamara preguntó si era originaria de Rusia, y dio al blanco en el primer intento. Cuando menos cuenta se dieron ambas, habían pasado ya veinte minutos hablando como si se conocieran desde siempre. Ese día supo que para Nina y su marido, Sebastián era lo más cercano que tenían a un ángel de la guarda desde que llegaron de su país.

Finalmente, Tamara confirmó el encuentro con la condición de que fuera en las oficinas del despacho, por aquello de no dar pie a malentendidos.

Trató de evitarlo con todas sus fuerzas pero le fue imposible no pensar todo el tiempo en él los días anteriores. Había llegado a la conclusión de que un hombre como Sebastián, acostumbrado a tener a quien se le antojara a sus pies —incluyendo a veinteañeras y yoguccis a destajo— jamás se fijaría en una exgordita abogada común y corriente como ella.

Irónicamente, ese pensamiento tóxico le jugó a favor, pues anuló toda expectativa. Ese sábado llegó al despacho relajada, al punto de cambiar sus faldas y amados stilettos por jeans, playera y un saco para no perder por completo la formalidad.

Con un café, un éclair de chocolate en mano y sus audífonos puestos con el audiolibro del momento, al entrar a la oficina una corriente eléctrica encogió su estómago otra vez, al hacerse presente ese olor que ahora le parecía tan extrañamente familiar.

Levantó la mirada y se encontró con la sonrisa perfecta del hombre que, muy a pesar de su propia resistencia, se convertiría en su dulce condena.

El siguiente lunes por la mañana, una bolsa sellada con cuatro sándwiches de milanesa hechos por Martita

llegó al 201 del Tándem en manos de una nueva Candelaria con el pelo corto.

Cansado de saltar hasta el techo por los constantes portazos del piso dos, y de paso, para evadir los gritos que resonaban hasta en la portería, Ismael optó por subir el volumen de sus audífonos, el suficiente para mitigar el riesgo que corría al estar solamente a veintiocho escalones de dos mujeres transitando una ciclotimia fuera de órbita.

Inés y Tamara, en un acto de valentía total y sin pensarlo dos veces, habían oficialmente aterrizado en la primera escala de la aventura colosal que estaban emprendiendo juntas.

De todas las interrogantes que les había planteado el doctor Weber, en la única que no habían podido estar del todo de acuerdo —pero sobre la que se tomó una «decisión ejecutiva», como decía Tamara— fue en el capital para fondear su gran proyecto.

Inés no contaba realmente con ahorros más que el fideicomiso de sus abuelos que le ayudaba a cubrir sus gastos básicos, el resto de sus ingresos eran por su trabajo como lectora profesional en el grupo editorial Sifuentes, las clases de Literatura Inglesa en el Colegio Parker y sus talleres de teatro, los cuales impartía prácticamente por amor al arte pues pagaban una miseria. Pese a todo, lograba vivir tranquila y eso era lo único que necesitaba hasta ahora; ante este gran plan de vida, no pudo evitar sentir un poco de culpa y hasta un dejo de vergüenza por su estado financiero.

—Estás loca, mi amora, no y no, me niego rotundamente. ¡No vas a pagar tanto tú sola! Déjame ver cómo consigo lo que me falta o preguntemos si lo puedo pagar con la tarjeta a meses pero por favor no hagas eso…

No había tema a discutir para Tamara, este era un proyecto de las dos y el dinero solamente era un trámite, en ningún momento una limitante.

—No te pongas «en digna», por favor. Tengo un ahorro que si no lo uso para algo así de importante, no

tiene sentido. No es mucho, pero es lo suficiente como para poder cubrir el in vitro y prácticamente la mayoría de los gastos que puedan venir los primeros meses. No seas necia.

No era necedad ni dignidad, lo de Inés era una preocupación genuina. Sabía que a la abogada le iba bien económicamente pero sabía también que era la única persona responsable de mantener a su papá y que no contaba con ningún otro tipo de apoyo económico en caso de emergencia. La conocía tan bien que, pese a saber que Sebastián le daría lo que fuera si lo llegara a necesitar, Tamara ni muerta le pediría un solo centavo.

Mal que mal, Inés tenía a sus padres. No hablaban hacía casi tres lustros pero a veces fantaseaba con que, como buenas personas de fe, ahí estarían si realmente los necesitaba.

Tamara, como último recurso para hacerla entender que todo lo que decía era un sinsentido, tomó las dos manos de Inés y mirándola fijamente a los ojos, le dio esa razón única y contundente por la que no podría rechazar su ayuda.

—Dime algo, María Inés Arango Michaud y sé completamente honesta, si yo estuviera en tu situación, ¿no lo harías tú por mí?

Inés inclinó la cabeza con una dulzura que brotó desde lo más profundo de su corazón, por un momento recordó a esa gacela neurótica que vio por primera vez subiendo y bajando escaleras y pensó en cuánto había cambiado a lo largo de estos años, cuántas cosas juntas habían pasado ya… En un acto de amor total, acercó a su pecho sus manos entrelazadas

—Lo haría sin pensarlo.

El profundo amor que sentían la una por la otra, conjugado con el morbo y la diversión que les causaba ver catálogos de donadores de esperma fue lo que las ayudó a sobrevivir aquellos primeros doce días del infierno en los que sus hormonas desorbitadas las hicieron reír, llorar, comer, dormir, gritar, enfurecer y entristecer ante la más mínima

provocación como jamás lo habían hecho en sus vidas —dicho por ellas mismas—, que si en algo tenían doctorado, era en comer y sufrir.

En medio de tantas decisiones importantes por tomar, lograron establecer varios acuerdos, el primero y más determinante: el método ROPA, una de ellas aportaría la dotación genética y la otra gestaría, de esta forma ambas podrían sentirse madres del ser que con tanta ilusión querían traer al mundo. Pensaban siempre en singular, el simple hecho de contemplar que podrían ser dos o hasta tres bebés, las paralizaba de angustia.

Con respecto a quién sería el controversial donador, contrario a lo que se podría pensar, no les fue complicado decidirlo pese a sus gustos radicalmente opuestos en materia de hombres, gracias a su bendita ingenuidad de madres primerizas —patrocinada por la cantidad industrial de hormonas ingeridas—, pues asumían que todas las características físicas y emocionales de la criatura vendrían de ellas y no de él, por lo tanto, su segunda decisión unánime como madres responsables fue elegir a un progenitor con un historial médico impecable.

La revolución hormonal de Tamara la llevó a abocarse a la cocina para calmar la ansiedad que le provocaba saber los resultados de esta primera parte del proceso; Inés, en cambio, decidió hacer un reacomodo de plantas y libros en su departamento, aprovechando para ordenar estos últimos por colores, algo que el trauma obsesivo compulsivo de Tamara rechazó terminantemente pues no podía entender cómo ese acomodo sería práctico a la hora de buscar un libro entre cientos.

Esa discusión sobre el orden estético y alfabético de la biblioteca de Inés fue una de las más álgidas e innecesarias que tuvo este par en su historia.

Hubo posturas diametralmente opuestas, gritos, portazos, frustración, llanto y como en toda buena pelea, hubo también un abrazo largo de reconciliación como antesala a un festín épico e inolvidable de galletas de chocolate amargo sumergidas en helado de vainilla con chile piquín.

La fase culinaria que por esos días exploraba Tamara fue la «medio oriental», lo que se tradujo en una sobreproducción de humus, falafel, hojitas de parra, jocoque y pan pita, algo que los vecinos del Tándem agradecieron tras verse beneficiados con múltiples itacates que, a pedido de la chef, Isma repartió puerta a puerta.

Para liquidar la última tanda de comida árabe se necesitaba a profesionales de buen diente, o lo que es lo mismo, compañía entrañable para sobrellevar la noche antes de la cita con el doctor Weber que les provocaba tener sus nervios pendiendo de un hilo.

Candelaria y Pablo fueron los elegidos al banquete, Lolo no pudo llegar por quedarse atendiendo una emergencia en el consultorio, Isma no quiso incomodar a la Dulce Candy con su presencia, pero no perdonó su doble itacate.

Como buena hermana menor putativa, la exmujer micrófono estaba al tanto de los planes de Inés y Tamara; sin embargo, no podía entender realmente por qué el afán de este par de ser madres si sus vidas eran increíbles como estaban. Ella pensaba que si a esas alturas no había pasado y no se habían preocupado antes porque pasara, tenían que confiar en que quizá la vida les estaba diciendo que la maternidad no era para ellas.

A punta de malas experiencias, Candelaria había tenido que aprender a incorporar en su lenguaje cotidiano el famoso verbo «fluir» y a entender que absolutamente todas las cosas suceden o no por algo; por eso era de la idea de que hay que dejar a la vida pasar, aunque aquí se trataba de su amada Tamarinda y de la Inecia, a quien para esas alturas ya quería también como una hermana, así que por primera vez fue prudente y se limitó a decir con una enorme sonrisa: «La tía Cande siempre va a estar aquí para ustedes y para su criatura».

Pablo, en cambio, no tenía la más remota idea de lo que estaba sucediendo hasta que vio una cantidad grosera de comida sobre la mesa.

—Yo no sé si creen que me voy a comprar esto de que nomás organizaron una «cenilla» casual, aquí claramente

está pasando algo.

Inés soltó la bomba impulsada por esa tracción efervescente que la habitaba, mientras Tamara sacaba del horno las últimas tres charolas de kibbe.

—Neruda… Con mucha emoción te cuento que Tamara y yo vamos a tener un hijo.

Cada una de sus palabras fue un pequeño proyectil que impactó directamente sobre el pecho de Pablo, sintió la angustia recorrer su cuerpo al no saber qué responder frente a la colisión de sus creencias religiosas mezcladas con los sentimientos que tenía por esas dos, más allá de su eterno enamoramiento platónico por la «Juana», como llamaba a su adorada Inés. Lo único que se le ocurrió fue tratar de disimular su angustia y despejar la primer gran interrogante que le vino a la mente.

—¿Quién está embarazada?

—Ninguna de las dos —contestó desenfadada Candelaria mientras masticaba una bola de falafel.

Tamara e Inés le contaron sus planes sin mayor detalle. Pablo no dijo una sola palabra más, se concentró en intentar acomodar poco a poco las piezas revueltas de su rompecabezas ideológico.

Pese a que sus silencios eran menos frecuentes que el cometa Halley, las futuras madres y sus hormonas ni siquiera percibieron el estado de shock que estaba atravesando, mucho menos se habían percatado de que la agridulce Candy traficaba por debajo de la mesa pedacitos de carne a Juanga y Vita mientras les contaba —con lujo de detalle— todo sobre los intentos desesperados del Isma por reconquistarla.

Ante la paz acallada que solo puede dar un helado perfecto de dulce de leche bañado en chocolate, Pablo finalmente se pronunció:

—Está bien… Acepto.

Las tres mujeres se miraron entre sí sin entender de dónde venía esa inesperada respuesta tan determinante. Tamara asumió lo que para ella era obvio.

—Sí aceptas… ¿Un café? ¿Un té? ¿Más helado? ¿Doble itacate?

Pablo respiró hondo y con absoluta seriedad respondió.

—Nunca me imaginé que sería de esta manera pero… Acepto ser el padre de su hijo.

Un estallido involuntario de carcajadas se apoderó de la mesa. Inés, se levantó rápidamente para abrazarlo.

—Eres un sol, Neruda, ¿lo sabes, verdad?

No entendía nada, pero esas risas armonizaron su angustia.

—Se los estoy diciendo en serio. Claramente me invitaron a cenar y me contaron esto para proponérmelo; si no fue así ¿para qué?, ¿para venir a tragarme la ansiedad de Tamara transformada en comida deliciosa?, ¿eso soy yo para ustedes… una aspiradora gourmet humana?

Inés y Tamara lo llenaron de besos, le dijeron cuánto lo querían, lo importante que era para ellas y le agradecieron con todo su ser el haberse ofrecido para hacer realidad su más grande anhelo; luego le explicaron que esa parte del proceso ya estaba resuelta.

—Híjole, chavas… Porfa sí éntrenle duro al ácido folclórico para que su criatura no les salga así de inteligente como mi compadre…

—Ay, ya cállate y ven a mis brazos tú también, Candelaria, no te hagas la lista —dijo un Pablo tan sonriente como profundamente aliviado.

Tomar un café más era seguir atentando contra sus nervios, por lo que decidieron llegar media hora antes a la cita agendada, la angustia las estaba sobrepasando.

Weber, con la calma que lo caracterizaba, revisó nuevamente los resultados sin gesticulación alguna, lo cual estaba desquiciando particularmente a Inés, quien por primera vez sentía que su intuición había perdido el norte y no lograba leer lo qué estaba pasando.

—Tengo noticias buenas y no tan buenas para ustedes, primero quiero explicarles que el proceso que corrimos…

Desbordada de impaciencia lo interceptó.

—Directo a los resultados doctor, se lo pido por favor,

me está matando.

—Bien… La buena noticia es que tenemos tres embriones útiles, la no tan buena es que, dadas las circunstancias, la probabilidad de éxito podría ser muy baja.

—¿De cuánto? —preguntó una Tamara tan cabal como angustiada, mientras apretaba fuerte la mano helada y temblorosa de su hermana por elección.

—Quince a veinte por ciento.

Se miraron con la profunda tristeza de sus ilusiones rotas envueltas ya en los pedacitos de ese maravilloso futuro que habían imaginado como una familia de tres, sin haber reparado en que Weber aún no lo había dicho todo.

—Sin embargo…

Una luz apenas perceptible se encendió en la voz de Inés.

—¿Hay un «sin embargo»?

Tamara inmediatamente sintió cómo la mano de Inés empezaba a palpitar.

—¿Tenemos un «sin embargo», doctor? ¿Lo tenemos… un «sin embargo»?

Weber asintió.

—Sin embargo… No estoy hablando de imposibles. Es mi deber compartirles las estadísticas pero cada caso es diferente, yo prefiero irme a los hechos y aquí la única realidad es que tenemos dos vientres y tres buenos embriones: dos Becker y un Arango.

Tamara no estaba consciente de la descompresión emocional que sentiría al saber que podría ser madre hasta que escuchó al doctor Weber.

—Dado que son muy pocos embriones útiles, tenemos dos caminos a considerar: que procedan individualmente a una inseminación con sus respectivos embriones o sigan con el método ROPA como habían acordado, siendo muy conscientes de que solo tendríamos un intento alterno si es que el primero no llegara a funcionar. Otra opción y la que menos recomendaría, es dejar pasar unas cuantas semanas e iniciar nuevamente con la estimulación ovárica pero estas cosas no suelen mejorar, chicas, por el contrario, cada día

que pasa es una oportunidad menos para obtener óvulos de buena calidad. Piénsenlo, y si les parece bien, platicamos mañana en la noche. No hay mucho tiempo para decidir, pero tampoco tiene que ser inmediato.

Inés pidió una pausa, era demasiada información; necesitaban descomprimir a solas el torrente de emociones que acababan de vivir.

—¿Nos da cinco minutos, doctor?

Si algo había corroborado Tamara durante todo este proceso, era el enorme deseo de Inés de ser madre.

—Nesi, por mi parte yo no tengo nada que pensar; nuestro proyecto de familia es perfecto. No me interesa hacerlo sola, por algo no congelé óvulos antes.

Inés sintió una combinación de alivio y ansiedad al escucharla pues por un momento pensó que, dadas las noticias, quizá preferiría deslindarse del plan. Antes de tomar una decisión, necesitaba decirle lo que realmente la angustiaba tras saber que sus probabilidades de poder cumplir ese sueño juntas eran realmente limitadas.

—Amora mía… No me alcanzan las palabras para agradecerte esto pero yo necesito decirte que a mí me da pavor pensar en…

Inés ahora fue interceptada por la Tamara más calmada y congruente que había conocido, quien secó con mucha ternura y con la manga de su amado saco blanco —señal inequívoca de su amor— el cauce del río de honestidad que corría por sus ojos.

—Lo sé, lo sé perfecto, mi Nesi. Yo no puedo decirte que no tengas miedo, mucho menos qué va a resultar de esto porque la decisión que tomemos es un volado, pero lo que sí puedo prometerte es que vamos a hacer lo que a ti te dé paz y sabes que cuentas conmigo incondicionalmente, no importa lo que eso sea.

Profundamente conmovida, Inés solo pudo responder con el mantra que tantas veces las había salvado en los mejores y peores momentos que hasta ahora habían compartido.

—¿Qué sería de mí sin ti?

Capítulo VIII

El hijo «menor-menor» de Cástulo Salazar y Concepción Martínez llegó al mundo gracias a un arrebato pasional de sus padres, quienes entrados en su cuarta década entendieron el significado del famoso «segundo aire» tras despachar a su hijo menor a Estados Unidos para trabajar con sus hermanos en Johnson & Müller —empresa constructora del reconocido arquitecto Felipe Johnson y el millonario alemán Niklas Müller, que necesitaba gente eficiente y capaz como los Salazar Martínez para cimentar las bases de un nuevo emporio en territorio americano.

Los tres hijos de Cástulo fueron aprendices del impecable trabajo que su padre había desempeñado durante más de veinticinco años como maestro de obras del «Arqui», como cariñosamente lo llamaban.

Felipe Johnson fue testigo del constante sacrificio de los Salazar por sacar adelante a sus hijos y hacer de ellos hombres honestos, de bien, por eso quiso darles un «regalo» para esta nueva etapa que comenzaba en su vida tras la partida del Benjamín.

—Mi estimado Cástulo, ¿tú te acuerdas de las torres Johnson?

—Claro que sí, Arqui, el Tándem fue la primer obra que hicimos juntos, la última en la que trabajó mi papá con usted.

—¡Es cierto! Lo había olvidado… Entonces con mayor razón sabes mejor que nadie lo especial que es para mí ese

lugar.

Cástulo afirmó con la cabeza de paso, con mucha nostalgia, recordó esa obra a la que él tenía un cariño muy particular pues ahí también había conocido a su mujer.

—Resulta que llegó el momento de jubilar a don Pancho, el portero, y necesito a alguien que le tenga tanto amor como yo a esas torres. No puedo pensar en alguien mejor que tú, ¿qué dices, maestro, te animas?

No podía creer semejante oferta, si bien todavía estaba en forma para construir unos cuantos años más, su espalda estaba ya cansada. Trabajar en el Tándem era para él un boleto de lotería ganador, de pronto no parecía una casualidad que su difunto padre y él hubieran construido juntos esa casita en la planta baja para el portero; sabía de memoria sus dimensiones y recovecos, en los que rápidamente pudo imaginar una vejez perfecta junto a su amada Concha.

Tres meses después de la llegada de los Salazar al Tándem, sucedió lo que consideraban prácticamente improbable.

—Viejo… Te tengo una noticia que no ves venir —dijo tímidamente Concepción, nerviosa pero en el fondo muy feliz.

—¿Y ahora tú? Esa cara compungida no te la veía hace muchos años, Concha, nomás falta que estés…

Las lágrimas confirmaron las sospechas de Cástulo, quien corrió a cargarla y llenarla de besos sin poder ocultar la alegría que a él también le daba esta noticia.

—Ni hablar viejo, vamos a tener un hijo muy menor.

—Nuestro menor-menor…

—Ese mocosito o mocosita es el que nos va a mantener jóvenes, vas a ver.

Y así fue.

A falta de hermanos y primos con quienes jugar, Ismael Salazar Martínez fue un niño que creció entre adultos y que en vez de bloquecitos de plástico o madera para jugar, tenía dos edificios unidos únicamente por el

segundo piso, construidos por su linaje, a su disposición.

El Tándem se convirtió en su mejor amigo, sus paredes habían sido testigos de su nacimiento, cómplices de su infancia y el refugio sagrado de su vida adulta.

Pasar tanto tiempo junto a su amado progenitor lo llevó a conocer todos y cada uno de los detalles de esas torres, nunca cuestionó que su destino fuera otro que seguir con la tradición que involuntariamente había sido establecida en su familia: heredar la plaza del patriarca tras su jubilación.

Afortunadamente para Isma, Cástulo fue un viejito necio que se negó a jubilarse antes de los setenta y cinco años. Así, a diferencia de sus hermanos, le dio la oportunidad de continuar con sus estudios y hacer una carrera de técnico electricista gracias a su extraordinario talento para no saber decir «no». Fue incapaz de romper el corazón de sus padres confesando que su verdadera pasión no era la construcción ni mucho menos las instalaciones eléctricas, sino la música.

Aunque tratara de ocultarlo, llevaba el ritmo por dentro. Desde chiquillo movía los piecitos en su sillita apenas escuchaba la música que Concha ponía cuando hacía el aseo; conforme esos pies crecieron bailaron cada vez más, mientras que sus manos se convirtieron en percusiones que cobraban vida con todo aquello que se le pusiera enfrente: un lápiz, un trapo mojado, un cajón de madera.

Su debilidad siempre fue la cumbia sonidera, le bastaban unos cuántos acordes para sentir un tornado que hacía tierra en esa enorme sonrisa de perlas que iluminaba su piel morena.

Su pasión lo fue acercando a diferentes personas que compartían el mismo interés por el género y con la suerte que siempre bendijo su carisma innato, estuvo en el lugar correcto en el momento exacto cuando, en un baile de la colonia, falló el percusionista de uno de los sonideros más populares.

Siempre recordaría esa noche como una de las más felices de su vida, no podía creer que ese sueño que le

parecía tan lejano, de una manera tan inesperada se hiciera realidad.

Aquel escenario fue testigo de la versión más radiante y plena del Isma que hasta entonces solo él conocía, desafortunadamente todo fue tan apresurado que ni siquiera tuvo tiempo de avisar a Cástulo y Concha para que lo fueran a ver… ¡Ah, cómo lo hubieran gozado!

Nunca imaginó que afuera de ese baile lo estaría esperando su primer fan oficial: una mujer que había podido vislumbrar a lo lejos, no precisamente por bailar como si fuera la dueña y única persona en la pista, sino por su extravagante peinado que la hacía destacar de entre toda la gente.

Apenas cruzó el umbral de la puerta de salida, la chica debajo del afro le pasó pluma y papel.

—¿Me das tu autógrafo, por favor?

Incrédulo, se detuvo nada más que por total y absoluta curiosidad.

—¿A mí me hablas? No… Yo no soy famoso.

—Ya sé que no, pero vas a tener tu grupo y va a ser más famoso que estos. Por eso necesito tu autógrafo.

Isma no pudo evitar una sonrisa, tan tímida como agradecida, con la cual derritió las ínfulas de coquetería de esa chica.

—No pos… muchas gracias por eso. Oye, nunca he dado un autógrafo, ¿qué se pone?

—Pones tu teléfono y tu firma, mira… así.

Nuevamente lo había hecho reír, su objetivo estaba cumplido. La chaparrita partió la hoja en dos y enseguida escribió su nombre y su teléfono para dárselo a la futura estrella del mundo sonidero con la ilusión de recibir aunque fuera un poco de su atención.

Repasaron, con la emoción de dos niños saliendo de un parque de diversiones, todos los detalles de esa noche sin darse cuenta de que habían emprendido la huida juntos, no lo notaron hasta que llegaron al parque Mirabent. Habían caminado más de dos horas embelesados hablando de música.

—¡No inventes, Cande! Ya casi llegamos a mi casa.

¿Tú dónde vives?

Candelaria sabía perfectamente en dónde estaban, pero se hizo la sorprendida.

—¿A poco? Yo no muy lejos de aquí, pero no tengo prisa…

—Yo sí, ya estoy bien cansado la verdad, pero te acompaño si quieres.

Ella no podía pensar en lo que era o no correcto, solo quería seguir hablando con él.

—No te preocupes, te acompaño yo.

Sin siquiera contemplar la mínima posibilidad de un romántico beso de despedida, Isma aceptó la compañía de esa fan a quien dijo adiós en la puerta del Tándem con una amistosa palmadita en el brazo.

—Cámara, pues. ¡Qué chido conocerte!

La alegría que la invadía por haber conocido a su nuevo ídolo de las percusiones le impidió mostrar la decepción que sintió ante una despedida tan desabrida, pero no bajó la guardia.

—Sale, Isma. Igualmente, nos estamos hablando.

Lo llamó al otro día y al siguiente y el día después del siguiente… La inocencia del Isma y la herida aún fresca de su relación con Sayu —la mujer que había hecho añicos su corazón— le impedían verla como algo más que una amiga con quien compartía el amor por la cumbia.

Nadie nunca había visto a Isma con los ojos de amor y devoción de Candelaria por aquella época; después de ser testigo del enorme potencial que tenía, estaba convencida de que él sería el rey del sonidero, que podría hacer todo lo que quisiera y más, que era el tipo de hombre que a ella le gustaría tener a su lado.

El tiempo volaba cuando estaban juntos, cuando menos se dieron cuenta eran ya una dupla que tenía siempre un plan pendiente, una película por ver, un baile al que ir. Habían desarrollado un lenguaje propio que hacía insostenible la convivencia con más personas pues tenían un sinfín de bromas internas que necesitaban mucho contexto para ser explicadas.

Candelaria estaba lista para amarlo como nunca lo

había hecho; desafortunadamente para ella, él no estaba ni remotamente cerca de poder corresponderle.

Hay algo con los amores desfasados que muchos adoptan como un reto sin darse cuenta de que lo único que están haciendo es forzar al corazón a habitar un futuro inexistente, he ahí cuando la brújula se descalibra y pierde el norte.

El día que Tamara decidió comprar el departamento, Candelaria, desesperada porque el tiempo pasaba y él no tomaba ninguna iniciativa para evolucionar la relación, finalmente se lanzó al vacío como la guerrera valiente que siempre fue y declaró su amor con todas y cada una de las letras que él le hacía sentir.

Isma la escuchó atento deseando desaparecer, en lo único que podía pensar mientras ella hablaba era en lo útil que le sería en esos momentos el superpoder de ser invisible.

Sabía que su respuesta cambiaría por completo la relación de ambos, que muy probablemente la perdería y eso no podía dolerle más.

—Por favor, seamos mejores amigos para siempre, la Candis. Yo te quiero mucho y de verdad me pesa un buen, pero no puedo ofrecerte nada más que eso.

Candelaria se mordió los labios conteniendo la rabia y se armó de valor para no desvanecerse en lágrimas al escuchar esas palabras que la atravesaban como puñales. Respiró hondo un par de veces y respondió con la voz desconocida de una hechicera que ni ella misma sabía que llevaba dentro.

—Sale pues, Isma, te tomo la palabra: tenemos un trato. Nomás una cosa… Acuérdate muy bien de lo que me acabas de decir porque tú te vas a enamorar de mí y cuando eso pase, vas a querer que estemos juntos y yo ya no voy a querer estar contigo.

No supo ni qué contestarle, solo se limitó a abrazarla fuerte sin haberse percatado de que, a partir de ese momento, estaba conjurado a arrepentirse el resto de muchos de sus días por no haberle dado una oportunidad a esa chaparrita fiel y leal que lo único que hizo fue ofrecerle

todo su amor de manera incondicional sin pedirle nada a cambio.

Fue un contrato multinacional de cifras obscenas lo que mantuvo a Sebastián Müller fuera del país durante más de tres meses. Las negociaciones lo obligaron a hacer una serie ridícula de viajes alrededor de África y Europa en —relativamente— poco tiempo para la cantidad de ciudades que visitó. A su regreso, solo quería calma, comida casera, un buen vino y, principalmente, a una jirafa terca con ojos de gato enredada en él. Salvo por el tinto que siempre corría por su cuenta, el resto lo encontraba en el 201 del Tándem.

El timbre y los ladridos del neurótico Juanga anunciaron su llegada.

Al abrir la puerta, Tamara lo abrazó con una ternura diferente, impregnándolo de un calor de hogar completamente inesperado.

Dado que —a petición de ella— sus encuentros eran meramente sexuales y no «debían» involucrar sentimientos que pudieran confundirse con otro tipo de vínculo, encontrarla descalza, de cara lavada, con gafas en vez de sus lentes de contacto, leggings y un suéter de hilo bordado, con una ligereza hasta ahora desconocida en ella, era algo nuevo para Sebastián, quien al verla así no se excitó menos que con la lencería y stilettos con los que solía recibirlo.

Dejarían de ser kriptonitas mutuas si no se hubieran besado como lo hicieron ese día al reencontrarse; lo que él no podía entender era por qué Tamara evadía y redirigía sus manos cuando intentaba tocarla en esos sitios que conocía a la perfección y que solían llevarla a la gloria.

—No, señor Müller, hoy no hay ese platillo en el menú.

Algo raro estaba pasando.

A bote pronto, maquinó dos opciones: que Tamara hubiera empezado una relación formal con alguien más (uno de sus constantes miedos), o quizá, que la distancia

finalmente había logrado traspasar la barrera de la licenciada Becker y estaba lista para evolucionar su eterno *affair* a una relación formal como él tantas veces le había pedido.

Como buen optimista serial, decidió aferrarse a la segunda opción y para dar pie a esa conversación no pensó en algo mejor que ir a la cocina por dos copas y destapar el Abadía Retuerta.

—Muy bien, licenciada, anda usted muy misteriosa, así que le cedo la palabra el día de hoy. Cuénteme, ¿qué se le antoja? ¿qué es lo que SÍ tenemos esta noche en el menú?

Por más que lo intentó, Tamara no pudo esconder la sonrisa que parecía llevar tatuada desde hacía cinco semanas; se moría de ganas porque él descifrara por sí mismo lo que estaba pasando aunque sabía que eso era imposible.

—Fíjese, señor Müller que esta noche tengo mucha hambre, pero sobre todo, una gran noticia que darle.

—Usted con mucha hambre… ¡Eso sí que es un milagro! Pero por tanto preámbulo, seguramente la noticia merece un importante brindis, licenciada.

—Sin duda…

Sebastián le sirvió una copa sin dejar de mirarla fijamente a los ojos mientras ella se sentaba en la barra de su cocina.

—Aunque por mi parte, un brindis *petite* porque no debería beber, señor Müller.

—¡No me diga! Déjeme adivinar… Abandonó a la comunidad judía para migrar al cristianismo o se me convirtió en Testigo de Jehová… ¿Qué habrá hecho en mi ausencia para estarse arrepintiendo así de sus pecados, licenciada?

Tamara soltó una carcajada que, por costumbre, estuvo a punto de aterrizar en un trago de ese vino que solían disfrutar juntos, pero se detuvo a tiempo.

—Nada de eso… ¿No lo ves?

—¿Ver qué?

—A mí. ¿No notas nada?

—Bueno, ahora que lo dices, sí: ¡llevas ropa!

Sebastián enseguida se acercó para besar su cuello mientras entrelazaba sus manos por detrás de su cintura para meterlas por dentro del pantalón

—Déjeme decirle que me encanta el look, pero en este momento me estorba un poco…

Al besarse cada vez con más intensidad y sentir los dedos de Sebastián recorrer su piel, Tamara por un instante pensó en dejarse llevar y no decirle lo que estaba pasando; aunque de hacerlo, sería una situación incómoda que no hubiera sabido cómo contar a Inés, porque lo único que sí tenía claro era que no podría ocultar la sonrisa delatora con la que inevitablemente amanecía después de ver a Sebastián.

En contra de su voluntad pero apelando a la prudencia, Tamara rápidamente se incorporó y tomó un poco de vino, de distancia y de aire para tener la fuerza de apretar el botón rojo que detonaría para siempre su relación —nunca asumida por ella— con él.

—Estoy embarazada.

Por un instante, su mundo se detuvo. De todos los escenarios que pudo haber imaginado, este sin duda era el último, la noticia lo paralizó por completo. Quiso pensar que no había entendido bien lo que Tamara acababa de decir.

—No bromees con esto, Tamara, no es gracioso.

—No es broma, tengo cinco semanas de embarazo. Estoy esperando un hijo con Inés.

Sebastián inmediatamente tomó de un solo trago su copa de vino y empezó a caminar por toda la casa como si la explicación que necesitaba estuviera en algún rincón.

—¿Escuchaste bien el tamaño de sinsentido que acabas de decir?

Su reacción no tomó por sorpresa a Tamara, era exactamente lo que esperaba de él.

—No es ningún sinsentido. No tengo que darte explicaciones, Sebastián, solo quería compartir contigo esta noticia que ha cambiado por completo mi vida y que me hace profundamente feliz.

Apenas dijo «feliz», los ojos grises de Tamara se inundaron de agua salada que palpitaba mientras se quebraba su voz.

—No espero que lo entiendas, no espero que te alegres por mí, pero me era importante decírtelo.

Sebastián se dio cuenta de que estaba frente a una Tamara completamente nueva para él: hormonal a niveles interestelares, sensible y extremadamente vulnerable, por lo que puso en pausa la avalancha de sentimientos que la noticia provocó en él para contenerla. Nunca la había visto llorar, la sensación de abrazar su cuerpo tembloroso entre sollozos que parecían interminables, lo conmovió profundamente.

Se sentaron en el sillón abrazados hasta que, sin preguntas de por medio, ella misma contó todos los detalles de su nuevo plan de vida con Inés.

Se limitó a escucharla, era claro que la abogada tenía ya todas sus razones perfectamente bien argumentadas para defenderse de cualquier cuestionamiento. Sin embargo, no pudo evitar hacer la única pregunta cuya respuesta lo ayudaría a abandonar de una vez por todas la idea de que Tamara Becker Fink era la mujer junto a quien envejecería sentado en las bancas de los parques viendo jugar a sus nietos.

—Si querías tener un hijo ¿por qué nunca me diste una oportunidad? Siempre me evadiste y te saliste por la tangente…

Recargada en su pecho, Tamara solamente lloraba al escucharlo a falta de una respuesta contundente que pudiera contradecirlo.

—No logro entender por qué no te animaste a conocernos realmente, por qué nunca quisiste apostar por nosotros… ¿Sabes? Me frustra mucho no haber podido traspasar ese muro que levantaste para no dejarme entrar a tu vida de lleno, porque mira que hice todo lo que pude para hacerte saber lo que significas para mí.

Una tormenta se manifestó en el cauce de los ríos que fluían por las mejillas de Tamara y que habían empapado ya la camisa de Sebastián. En un simulacro de entereza y

ante la imposibilidad de esconder sus ojos desdibujados y su característica nariz de reno, se sentó frente a él tomando entre sus manos su cara, acercándola hacia ella.

—¿Sabes por qué siempre regresas a mí? ¿Sabes por qué tienes tantas ganas de estar conmigo? ¿Sabes por qué crees que me amas como a nadie, y que soy la mujer de tu vida? Por la simple y sencilla razón de que no me tienes, Sebastián, en ese sentido, tú y yo somos iguales. Si las cosas hubieran seguido su curso como a ti te hubiera gustado, no hubiéramos estado más de seis meses juntos… No estás acostumbrado a no tener lo que quieres y soy la primera vez que estás frente a una situación así, por eso sientes la «necesidad» de tenerme pero te juro que es pasajera, no es real.

No podía evitar sentirse frustrado, las palabras de Tamara hablaban de alguien completamente diferente a él, parecía no conocerlo en lo más mínimo.

—No estoy de acuerdo contigo, tú y yo no merecemos ser un «hubiera».

—Exacto, yo nunca lo quise saber. Tuve a bien ahorrarme el dolor de enamorarme perdidamente de ti y tener una relación soñada y fugaz. Yo ya cumplí con mi cuota de dolor en esta vida, te juro no quiero ni puedo con más, Sebastián, hoy solo busco paz y mucho amor, justo lo que Inés me da.

—Pero no vas a comparar…

Tamara frenó una discusión interminable, por lo que inmediatamente acercó el dedo índice a la boca de Sebastián para callarlo.

—Bueno, ya… En realidad, «nosotros» no fuimos porque no podía ser abogada de nuestro divorcio y tercera exesposa al mismo tiempo, para entonces ya habría perdido el superpoder de negociar contigo y nadie iba a poder defenderme.

En ese momento, Sebastián pronunció un último «te amo» en silencio maridado con un sinfín de besos en la frente de Tamara, quien para no variar había apelado a una falsa tangente como salida de emergencia al no poder justificar sus carencias emocionales.

—Sabes que sin importar qué, siempre te voy a apoyar en lo que decidas, ¿verdad?

Tamara secó sus últimas lágrimas discretamente con la manga de su suéter, a pesar de su estado desastroso, intentó ser la mujer seductora que él conocía.

—¿Qué tanto, señor Müller?

—Mucho… Todo…

—¿Mucho como para pedirnos un pho, curry verde, una pizza de cebolla y un par de gyros para cenar?

Lo logró, había hecho reír a Sebastián.

—Quiero pensar que no está dejando a un lado el postre, abogada…

—¡Ah, claro! ¿Éclairs de chocolate, señor Müller?

—¡Madre mía! Es verdaderamente increíble que te hayas dado el lujo de despreciar estos genes alemanes tan perfectos… A ver con qué cara sale esa criatura con semejantes antojos tan eclécticos de su madre, aunque he de reconocer que esos éclairs sin duda son un acierto.

—Menos queja y ¡más acción, señor Müller! Agarre el teléfono y empiece a pedir, que tengo hambre. Ya de paso, tómese ese vinazo a mi salud, le juro me lo bebería todo de un trago en este momento…

—Ni hablar… Lo que diga la comandanta.

Cuando pensaba en embarazarse, Tamara no podía evadir la angustia que le provocaría verse ganando peso día con día; realmente la torturaba la idea de despertar y de pronto encontrar en el espejo a esa adolescente gordita que la convirtió en el ser inseguro y sin autoestima que tanto trabajo le costó dejar de ser.

No existía ni un ápice de compasión por esa niña, todo lo contrario, le bastaba con solo pensarla para sentir una total repulsión por ella.

La persona más dura, cruel y exigente en la vida de Tamara era ella misma; por eso, descubrirse acariciando todo el tiempo su vientre con la ilusión de verlo crecer, e incluso ingenuamente sacrificar sus sofisticados stilettos y trajes sastres para evitar poner en riesgo al bebé por sufrir

una caída o asfixiarlo con sus faldas entalladas, fueron las primeras señales que le hicieron saber que la decisión de ser madre había sido la correcta.

Tal vez fue por el hecho de haber por fin resuelto una de las eternas interrogantes en su vida, porque lo estaba haciendo junto a su hermana elegida o quizá por el simple hecho de ya no sentirse sola en este mundo, pero conforme pasaban los días, los ojos grises de Tamara poco a poco parecían llenarse de color.

Inés gozó más de lo que imaginó al conocer a una Tamara tan plena y alegre desde el primer momento de la implantación. Le bastaba verla entrar cantando a su casa todos los días y preguntar con mucha ilusión «si ya se le notaba panza» (mientras hacía un esfuerzo por sacarla) para reafirmar su amor incondicional por ella.

El síntoma más característico del embarazo de Tamara no fue su hambre voraz —«Eso es solo hambre que has guardado por años», argumentó Inés cuando la vio comer sin contar calorías— sino el asco que, de un día para otro, le provocó el olor de las flores, particularmente de los jazmines, el azahar y las gardenias, lo cual podría parecer algo relativamente fácil de evitar de no ser porque, desde aquel abril que las unió para siempre, tanto en su casa como en la de Inés había flores y plantas por todos lados.

Por obvias razones, para evitarle el malestar concentraron todas en el 202, que se convirtió en un invernadero de emergencia.

A lo largo de seis semanas rieron y gozaron juntas como nunca antes lo habían hecho.

A ratos, Inés parecía haberse olvidado de lo que era disfrutar el inicio de un embarazo y simplemente entregarse a la ilusión de conocer, en unos cuantos meses, a ese pedacito que consideraba tan parte de las dos; eso sucedía cuando el recuerdo de sus tres fallidos intentos por ser madre la obligaban a poner los pies sobre la tierra y aterrizar también a Tamara para que no gritara a los cuatro vientos su embarazo y comprara cosas para el bebé antes de las veinte semanas de gestación, como habían acordado.

Llegaron al consultorio comiendo dos helados enormes

de yogurt con mango; sus carcajadas al hojear juntas por decimoquinta vez las mismas revistas viejas de la sala de espera, anunciaron al doctor Weber su llegada.

Todo parecía estar en orden salvo por un fuerte calambre que Tamara había sufrido por la mañana y que le desencadenó una importante crisis de ansiedad, pues sobrepasaba su umbral del dolor.

—Tranquila mi amora, el cuerpo duele cuando empieza a hacer espacio para el bebé, estos dolores son normales, vamos a respirar… Ya en un ratito te ve el doctor.

Una Inés aparentemente calmada, pero al igual que la otra madre del bebé, profundamente preocupada, acudió al método infalible que hasta ahora las había salvado en los peores momentos: respirar profundamente.

Tamara estaba ya con las piernas en los estribos cuando Inés entró al cuarto de ultrasonido. Trató con todo su ser de no enfocar la mirada hacia el evidente punto de atención, pero, inconscientemente, vio sin discreción alguna exactamente ahí.

—Si te gusta y me convences Nesi, podríamos cumplir nuestro sueño de enamorarnos perdidamente y ser la mejor pareja del mundo, de lo contrario, EL ESPECTÁCULO ES DE ESTE LADO.

—No te preocupes, mi amora, solo quería saber si nuestro bebé heredó mi nariz original.

Tanto Weber como la enfermera presente tuvieron que contener la risa de ese par mientras se preparaban para ver en pantalla al controversial saquito vitelino por ahora llamado: «Becker Arango».

—¿Será que podremos escuchar su corazón hoy? —preguntó Inés emocionada, mientras tomaba la mano de una Tamara ansiosa por ver a su amada lenteja.

Por un momento se pudo confundir con concentración, pero el silencio de Weber se adueñó de ese consultorio. La manipulación inusual del aparato disparó todas las alarmas del instinto maternal de Inés, quien sintió su alma colapsar por cuarta vez en su vida, apretando más fuerte que nunca la mano de su amada amiga, quien,

desconcertada, exigía una respuesta del doctor.

—¿Todo bien, doctor? ¿Doctor, todo bien? Por favor, doctor, díganos que todo está bien.

—¿Nesi…? ¿Qué está pasando? ¿Por qué nadie habla? ¿Por qué nadie habla, Nesi, qué está pasando?

Las manos temblorosas de Inés, con sus ojos a punto de tempestad, bastaron para hacerle saber que nunca escucharían palpitar a esa amada lenteja que había dejado de crecer en su vientre y cuyo latido inexistente rompió por completo el corazón de sus dos madres.

Capítulo IX

Era imposible pensar en Esteban Arango sin Rosalina Michaud: desde que se conocieron en el Club de Raqueta Cedros, a los 15 años, se convirtieron en una célula indivisible para el resto de sus vidas.

Benefactores destacados de los Legionarios de Cristo y protagonistas de los eventos de las más altas esferas del país, fueron una pareja modelo, no solo ante la sociedad sino ante todos los asiduos feligreses que orbitaban alrededor de la parroquia de la Divina Providencia, de la cual eran un importante sostén.

«Y que el Señor nos bendiga por siempre a la familia Arango Michaud: Esteban, Lalina y a sus hermosos hijos por su generosidad, compromiso y entrega para con nuestra amada congregación», decía siempre el padre Héctor al terminar cada una de las misas que allí oficiaba.

Dios les mandó ocho bendiciones: Jorge Esteban, José Manuel, Juan Pablo, Pedro, Diego Alberto, Sergio, Alejandro y Francisco. Y después una María Inesperada.

María Inés Arango Michaud tenía todo para ser una niña rica insoportablemente mimada, empezando por sus deliciosos ojitos color miel, ventanas de su dulzura y carisma innatos.

A su madre le fue más fácil disfrazar su depresión postparto que confrontar el miedo a dejar de ser el centro de atención ante la llegada de otra mujer al emporio matriarcal que había construido. Lalina no estaba dispuesta

a compartir los reflectores y no dudó en hacérselo saber a su hija, a quien siempre hizo sentir como jugadora visitante en un equipo que la relegó a la banca desde el primer minuto del partido.

María Inés no fue la típica niña que inventa un amigo imaginario, ella se armó de un escudo invisible para que, bajo su protección, el hilo de comentarios hirientes de su progenitora no le arruinara la vida.

Su ternura siempre estuvo en el frente de batalla, persiguiendo el cariño de su madre con la ilusión de poder ganarlo algún día, pero con una sabiduría propia de jamás sacrificar su honestidad en el intento.

—¿Cuando sea grande voy a ser tan bonita como tú?

Lalina no tenía un solo gramo de inteligencia emocional, mucho menos filtros, por lo cual elaborar una respuesta de este tipo le era imposible.

—No, pero cuando te operemos esa nariz tan «Arango», vas a estar un poco mejor.

—A mí me gusta mucho así, ma.

Lalina era una mujer muy básica, que no sabía querer ni a sus propios hijos, menos aún educarlos amorosamente.

—Pero a los niños no les gustan las niñas con nariz de periquito como tú, María Inés, ¿así cómo vas a encontrar un buen muchacho para casarte, tener hijitos y formar una familia como la nuestra?

La pequeña María Inés enseguida se sintió asqueada.

—¡Guácala! ¿Y yo para qué quiero una familia como la nuestra? Mis hermanos son malos conmigo, papá siempre está triste, tú nunca estás con nosotros… Solo estamos juntos cuando nos obligas a ir a misa.

Si Lalina no tenía argumentos suficientes para minimizar al prójimo, automáticamente lo desacreditaba.

—Cómo te encanta decir mentiras, María Inés, eso no es verdad. Estamos todos muy ocupados con distintas actividades, que es muy diferente. Deja de decir tonterías y ve por mis cigarros que están en el salón, anda…

María Inés estaba obligada a ser la mujer ejemplar sobre la que el día de mañana recaería el compromiso de mantener en alto los estándares sociales impuestos por sus

propios padres, quienes bajo ningún motivo iban a permitir que se perdiera su inmaculado legado con el paso de los años. Por eso educaron a una niña incapaz de decir groserías, un miniadulto que respondía sin omisión «gracias» y «por favor», que siempre estaba impecablemente vestida, perfectamente peinada, que hablaba cuatro idiomas, bailaba ballet, tocaba el violín, era una lectora empedernida y destacaba siempre como la mejor estudiante de las clases de catecismo.

La máxima interacción que tenía con sus hermanos era cuando ellos jugaban a destruir con saña los escenarios que con tanto esmero había construido durante horas para protagonizar con sus muñecas los cuentos que ella misma escribía. Con un llanto desesperado que nadie escuchaba, María Inés les reclamaba por ser tan injustos.

—¡No se vale! Ustedes se portan así conmigo porque soy chiquita y no puedo defenderme. ¿Por qué vienen a destrozar mis cosas? ¿Les gustaría que yo hiciera lo mismo con sus coches? No, ¿verdad? Yo no les hago nada, no me meto con ustedes.

Nunca les conmovió ni un pelo ver a su hermanita devastada, pues a pesar de todos los sermones que habían escuchado, no habían mamado en casa un gramo de compasión.

—No te atreves, María Inés… Ni siquiera eres valiente para acusarnos.

—Además, mamá a ti te castigaría horrible si le haces algo a nuestros coches.

Sus hermanos tenían razón, María Inés no se atrevía y traducía su furia en un dramatismo extremo que se veía impregnado en sus tramas y traumas de la infancia tras los sismos, pelotazos y estampidas fraternales de las que fue víctima.

Había un solo lugar en el mundo en el que dejaba de ser invisible y encontraba paz, en donde lograba abstraerse de esa incomodidad tan frívola e incongruente que era su familia: la casa de sus abuelos.

Catalina y Jorge Arango fueron un matrimonio amoroso y relajado, cuya muy afortunada posición

económica no fue más que el producto de mucho trabajo y esfuerzo propio.

Nunca aceptaron realmente a Lalina por su ultraconservadurismo extremo y devoción por «la secta», como ellos llamaban a los Legionarios, pero sobre todo, por haber diluido por completo la esencia de su amado Esteban sin dejar rastro alguno de su explosiva y excéntrica personalidad, convirtiéndolo en una máquina depresiva de orar, ir a misa, obedecer a su esposa y hacer mucho dinero —no en ese orden, sí todo a la vez.

Si bien Esteban y Rosalina establecieron con los padres de él un importante distanciamiento a partir del matrimonio, nunca pudieron cortar del todo el vínculo, como a la señora Michaud de Arango le hubiera gustado. No fue por mantener la unión familiar, sino por perseguir una generosa herencia de por medio que ella no estaba dispuesta a regalar a su cuñada.

Una navidad, Catalina y Jorge repararon en que la pequeña María Inés —de apenas cuatro años— imitaba a la perfección y con total sarcasmo la voz y los modos de su mamá cuando jugaba a las muñecas; en ese momento se enamoraron de su nieta, confirmando así que más allá de su nariz aguileña —insignia de la familia— esa criatura era una Arango de pura sangre.

Ese día conformaron el «trío galaxia» —como ellos mismos bautizaron a su exclusivo club de tres— y nada nunca pudo separarlos, salvo lo inevitable.

Todos los viernes, a las dos en punto, el chofer pasaba por María Inés a la escuela para llevarla a comer a casa de sus abuelos, quienes sembraron en ella la inquietud de ser auténtica, de no estar obligada a ser quien le habían dicho que tenía que ser, a seguir sus pasiones, a buscar su felicidad cualquiera que esta fuera, pero sobre todo, a hacerle entender que eso de la perfección es una trampa, una mentira dicha por quienes necesitan desesperadamente demostrar todo lo que no son.

Apenas llegaba Mariné, como cariñosamente la llamaban, corría a llenarlos de besos y abrazos para después ir con su Aba al cajón secreto en donde guardaban

la ropa que un día había suplicado le comprasen en el súper para poder jugar cómoda y sin riesgo de arruinar su ropa, evitando así el escrutinio de su madre.

Su atuendo favorito era un overol de mezclilla roto y deslavado que usaba con unas botitas impermeables de plástico rojas, algo completamente opuesto a los carísimos vestidos de punto y zapatos españoles de tres hebillas que tenía prohibido ensuciar.

—Estas botas ya me quedan chicas, Aba, pero me hacen sentir la Mujer Maravilla.

—Claro, ¡porque TÚ ERES la Mujer Maravilla, mi amor! Con o sin esas botas, no se te ocurra jamás dudar ni por un segundo de eso. ¡Tú lo puedes todo, María Inés!

Aquel día, visiblemente derrotada a sus escasos seis años, se vio orillada a confesar a su abuela sus más grandes frustraciones.

—No, no puedo todo… No puedo ni acusar a mis hermanos cuando me molestan porque mi mamá no me cree… No puedo decir que odio ir a misa… No puedo hacer reír a mi papá…

La Aba siempre se conmovía con la manera que tenía su nieta de decir las cosas, pues lo hacía con un dejo de nostalgia que le estrujaba el corazón.

—Tal vez haya muchas cosas que aún no puedas hacer, pero eso no quiere decir que en el futuro no vayas a poder hacerlas, Mariné. Es más, empecemos por lo que sí puedes; vamos con el abuelo para que nos diga cómo ponerle un alto a tus hermanos, él es un genio para estas cosas.

Efectivamente, Abo le regaló a su amada Mariné un pequeño tubito con pegamento de contacto para que, con total discreción y cautela, pusiera una gotita en el rin de la rueda posterior izquierda del coche favorito de cada uno de sus hermanos, de manera que supieran que este «accidente» no era una casualidad; o se dejaban de meter con ella o arruinaría minuciosamente todos y cada uno de sus coleccionables favoritos sin que hubiera pruebas suficientes para poder culparla.

El plan fue un éxito: tal y como estaba planeado, la

furia e impotencia que este incidente causó en los herederos Arango Michaud, logró que no volvieran a meterse con su hermana y se limitaran a seguir inmersos en su indiferencia habitual.

Poco tiempo después de aquel altercado, Catalina y Jorge notaron que su pequeña Mariné estaba pálida, exageradamente demacrada y con muy baja energía. Todo podía —hasta cierto punto— ser normal en ella menos el silencio de su voz de campanita alegre y de su siempre enérgica carrera hasta sus brazos, de modo que, sin preguntar ni pedir permiso a sus padres, la llevaron de inmediato al hospital.

El tumor en el hígado de María Inés fue sumamente inoportuno para Lalina, quien estaba en medio de los preparativos del viaje anual de la congregación al Vaticano, pues justamente coincidía con el inicio de las quimioterapias de su hija. Elegir entre una u otra cosa nunca fue opción, sus prioridades eran muy claras.

Con un forzado (pero muy obligado) agradecimiento a sus suegros por hacerse cargo de la niña, se fue, no sin antes dejar todos los datos de sus hoteles, para que durante el mes que iba a estar fuera le mandaran mensajes sobre la evolución de su hija, dado que a ella, con tanta responsabilidad y estrés por el viaje, le iba ser imposible llamarla.

Dos semanas después de su regreso, una vez superado el infame jetlag, fue a casa de sus suegros a visitar a su hija, quien aún se encontraba sumamente débil tras su quinta quimioterapia.

Al llegar, le dio un beso en la frente, se sentó en la orilla de su cama y sacó una cajita de su bolsa.

—Mira María Inés, mamá te trajo una sorpresa de su viaje. Ábrelo.

No era una madre amorosa pero era la única que tenía, por eso a María Inés en el fondo la alegraba verla de nuevo después de tanto tiempo, aunque no tuviera fuerzas para manifestarlo.

—Gracias, ma, al ratito lo abro.

—¿Cómo que «al ratito»? No seas grosera y ábrelo

ahora.

Se incorporó con mucho esfuerzo para tratar de abrirlo pero le fue imposible, sus manos estaban muy torpes, el vértigo provocado por el cóctel de fármacos en su cuerpo le impedía coordinar.

Con nula paciencia, Lalina le arrebató el regalo para romperle la envoltura.

—Qué bruto, ¡qué inútil estás, María Inés! Cómo se nota que te tienen consentidísima aquí, qué barbaridad. Toma...

Cuando apenas pudo ver lo que era el regalo, no logró disimular su desilusión. Su mamá le había traído justo lo que tenía prohibido.

—¿Y esa cara de velorio? No seas dramática, te encantan estos dulces, María Inés, te los compré en el aeropuerto. Mira, dicen «R-O-M-A».

—Muchas gracias, ma, sí. Voy a pedirle a Aba que me los guarde para cuando el doctor me dé permiso de comerlos.

Lalina no podía creer la pesadez de su hija ni que sus abuelos le hubieran enseñado a tomar el papel de víctima, algo que ella bajo ningún motivo fomentaría.

—Pffff… No, bueno… Hasta entonces se van a hacer feos. ¿Sabes qué? Mejor me los llevo para tus hermanos y después te compro otros. La verdad, María Inés, me frustra mucho que por más que me esfuerzo, nunca hay forma de darte gusto.

Catalina y Jorge salvaron la vida de su adorada nieta llevándola a vivir con ellos durante un par de años con el pretexto de tener tiempo de sobra para poder dar el seguimiento y la atención que necesitaba durante y después de su tratamiento.

Cuando no estaban regando plantitas juntos en el jardín, inventando cuentos, pelando naranjas o mirando las estrellas debajo del manto de su enorme gardenia, Mariné acompañaba al Abo a su estudio de pintura cerquita del parque Mirabent; ese era, por mucho, uno de los planes

favoritos de ambos. Después de pintar un rato, la llevaba a andar en bicicleta y a visitar a Laurent, un chico francés recién llegado al barrio que acababa de abrir una panadería muy pequeñita cuyos croissants eran adictivos, particularmente para Aba, quien no les abría la puerta si no regresaban con un par para ella.

Esas tardes en las que con tanto amor la cuidaron, en las que podía pasar horas buscando las sorpresas que Aba le escondía por toda la casa y que se tiraba al piso con ella a jugar con sus dos perritos para después tostar bombones en los candelabros; en las que escribía y actuaba sus cuentos envuelta en carcajadas interminables, le regalaron a ese amoroso par una vejez inesperadamente feliz.

Cuando María Inés y Gerardo se casaron, Catalina y Jorge ya no tenían la salud ni la energía para hacerles entender que era mejor si esperaban unos años más, que no había prisa, que veintidós primaveras eran muy poquitas, que aún había mucho mundo por descubrir... Lo único que les daba paz era que su niña por fin se iría de casa de sus padres, pues cualquier ambiente iba a ser mejor que estar bajo el mismo techo con Lalina Michaud, quien por esos días estaba especialmente insoportable por los fuertes rumores sobre la homosexualidad de Jorge Esteban.

—Bueno y si tu hermano es gay… ¿Qué más le da a tu madre?

María Inés no pudo evitar reír al ver a su abuelo opinando sobre el tema tabú que en su casa era un absoluto pecado.

—Abo, tú porque eres un adelantado a tus tiempos, pero te prometo que mi mamá literalmente se va a suicidar si es verdad lo que dicen. Imagínate el escándalo, lo que dirían de ella en su parroquia…

—El problema, hija, es que tu mamá se jura tan poderosa como el Dios en el que cree… Como si pudiera controlar absolutamente todo y a todos como se le da la gana. Mejor debería de preocuparse por dar el ejemplo de ser feliz y dejarlos ser felices a ustedes con lo que sea que

elijan, con quien elijan y cuando lo elijan.

—Ay vidita, eso sí que sería un milagro que ninguno de los que estamos aquí va a ver pasar —se le escuchó decir a Aba desde el fondo de la habitación, apenas con un hilo de voz que parecía romperse en cualquier momento.

Gerardo parecía un buen chico para su amada Mariné, era un nobel abogado, hijo de una de las familias más adineradas del país, amoroso y aparentemente muy centrado. El único «pero» que encontraron era que no veían a su nieta realmente enamorada, sino más bien desesperada por huir de su madre, dispuesta a sacrificar su sueño de irse a vivir a Londres y estudiar en la Royal Academy of Arts and Literature por un matrimonio aprobado por sus padres y bien visto por la sociedad.

Apenas volvieron del espectacular viaje por África que les regalaron de bodas, Aba y Abo partieron —con tan solo diez días de diferencia— a una eterna luna de miel. Antes, dejaron una última sorpresa para su amada Mariné: un sobre con una tarjeta de puño y letra firmada por ellos que decía: «Cuando te sientas perdida y no tengas a dónde ir, aquí nos vas a encontrar» y un número telefónico al reverso.

Inmersa en su propia nube de tristeza, por muchos años le fue imposible recordar el paradero de aquella nota, que se perdió en medio de las decenas de cajas y muebles nuevos que iban llegando a la que era ahora su casa.

Se obsesionó hasta el cansancio buscándola durante mucho tiempo, pero parecía haberse desvanecido en la nada, como si nunca hubiera existido, como si fuera un invento de ella.

Ocho años después, la estabilidad de los Arango Michaud pendía de un hilo y no por culpa de María Inés, sino tras la valiente confesión que Jorge Esteban finalmente hizo a sus progenitores, quienes, como era de esperarse, reaccionaron con total asco y repulsión llamando inmediatamente al padre Héctor para que hablara con él y le hiciera entender que todo era una confusión, que esto no era más que una enfermedad que la iglesia podía curar.

Dados los tiempos difíciles que estaban atravesando,

María Inés estaba muy consciente de que su divorcio podría provocar una reacción aún más incendiaria en su familia y que su madre trataría de persuadirla de todas las formas posibles para que no lo hiciera, por eso alejó el momento de notificarles hasta que su decisión fuera totalmente irreversible.

Como cada domingo, fue a misa de cinco con sus padres para después tomar el té en su casa. Lalina —como siempre— prendió un cigarro para empezar a despotricar sobre gente de la parroquia que a nadie interesaba más que a ella.

—Por cierto, ¿y Gerardo, María Inés? Llamó la atención del padre Héctor y de Maru que no viniera contigo, les dije que no se sentía bien, pero sabes que no me gusta mentir. Espero que no se haya ido de viaje, porque acaban de regresar de uno, y si eso está pasando es una clara señal de que ya no te soporta, ¿en dónde está?

El monólogo mucho más agresivo que pasivo de Lalina hizo recordar a María Inés aquel día en que en esa misma sala se armó de valor y firme, como la niña fuerte y valiente que fue, por fin puso un alto al abuso de sus hermanos.

Antes de responder, respiró hondo invocando a sus abuelos de la guarda para que le dieran todo el coraje y la confianza que necesitaba en esos momentos.

—Mamá, papá… Le pedí el divorcio a Gerardo, estamos separados desde que volvimos del viaje, mañana vamos a firmar.

Lalina estrelló la taza de porcelana al ponerla en el plato cuando la escuchó decir eso. Esteban, descafeinado como siempre, no dijo absolutamente nada.

—¿¿¿QUE TÚ QUÉEE??? ¿Quién te crees que eres como para tomar una decisión así sin consultarla antes con nosotros?

María Inés se mordió los labios y consiguió así no llorar, pero le fue imposible controlar el calor que sentía en el pecho y que la obligaba a no quedarse callada esta vez e imponerse como una mujer adulta y responsable ante su madre. La miró de frente y sin titubear.

—Mamá, mi vida no es algo que tenga que consultar con ustedes; estoy muy consciente de lo que estoy haciendo. Tengo treinta años, soy una adulta y puedo tomar mis decisiones sola.

Lalina estaba verdaderamente sorprendida pues jamás había visto con tanta garra y determinación a su hija, por eso se plantó cara a cara para intimidarla como siempre lo hacía.

—¿Adulta? Por favor, María Inés, no eres más que una niña estúpida de treinta años que no sabe hacer nada; vamos, ni siquiera sirves para algo tan primitivo que todas las mujeres, menos tú, pueden hacer.

Sabía que ese era el punto más débil de su hija y había atacado sin compasión directamente ahí para desarmarla, augurando que agacharía la cabeza y reflexionaría sobre lo que había hecho mal, tal y como pasaba cuando era una chiquilla. Para su sorpresa, por fin logró despertar la furia de la fiera que la habitaba, de su pecho surgió una voz hasta ahora desconocida en ella.

—¿Y tú de verdad te crees la más prolífica y perfecta mujer del planeta por haber parido nueve hijos? ¡Despierta, Rosalina! Eres tan soberbia que no te quieres dar cuenta de que fuera de tu circulito social de mierda, no existes. Haber dado a luz no te hace ser madre, tuviste nueve hijos porque tu puto apego a la religión te prohibió usar anticonceptivos y las cuentas te fallaron, pero no eres más que una pobre retrógrada infeliz a quien la gente le rinde pleitesía por conveniencia. ¿Quieres que te cuente lo que realmente dice de ti a tus espaldas esa gente de la parroquia que tanto te preocupa? Les das lástima porque no es suficien…

María Inés fue interrumpida por la ira descontrolada de Lalina convertida en un bofetón histórico que surgió desde sus entrañas y cuya fuerza enraizada a uno de sus anillos, abrió hasta sangrar el labio superior de su hija.

—No te quiero volver a ver, María Inés, lárgate de aquí.

Al ver tan alterada a su mujer, Esteban finalmente pronunció unas palabras con el vigor de una hoja seca de otoño.

—Vete ya, María Inés, esta familia ya no existe para ti.

Fue tal la adrenalina del momento, que María Inés ni siquiera se percató de la sangre que escurría por su boca.

—Honestamente papá, no es como que hayan servido de mucho estos treinta años.

Tomó su bolsa y salió aprisa, como si tuviera dónde ir. En el momento en que cruzó la puerta, Inés enterró a su «María» en esa casa en la que nunca fue feliz, y se fue para no volver jamás.

Al subir a su coche, con las manos aún temblorosas por todo lo sucedido, se descubrió irreconocible en el retrovisor y no por la sangre, sino por la mirada que estaba estrenando.

Buscando un pañuelo para detener la mancha roja que manaba por su boca, encontró debajo del forro de su bolsa la preciada tarjeta del Abo que llevaba tantos años buscando, finalmente sus palabras la habían hallado por casualidad.

Los Arango Michaud habían perdido una hija pero, por fortuna para ellos, recuperaron a Jorge Esteban, quién regresó de un «largo viaje» totalmente ausente, callado y profundamente deprimido, pero, a Dios gracias, heterosexual, o lo que es lo mismo, transformado en el vivo retrato de su padre.

Los días que le siguieron a aquel en que Tamara conoció el dolor de quien no consigue ser madre, no fueron fáciles para nadie, empezando por ella, que se limitó a lo que su ser le permitió en esos momentos y no a presentarse como el muro impenetrable al que estaba acostumbrada.

Lolo, Pablo y Candelaria se turnaron para cuidar de ella por las mañanas mientras Inés iba al colegio a dar clases. Pedirle a la maestra que tomara licencia era atentar contra el ciclo natural de su propia resiliencia. Necesitaba concentrarse en enterrar nuevamente el deseo revivido de ser madre y en recuperar el ritmo de su vida como la conocía, para fungir como el soporte emocional que su entrañable cómplice necesitaba en esos momentos, pues

pese a los esfuerzos de cada uno de sus amorosos enfermeros por animarla, podía olerse a kilómetros de distancia su alma completamente marchita.

Había un clima raro entre ellas: evitaban quedarse solas, no hablaban más allá de lo indispensable y en ningún momento apelaron a su siempre infalible sarcasmo, que solía ser su salvavidas hasta en los momentos más difíciles. En cambio, se limitaban a repasar cómo había sido su día, forzar algún comentario simpático y expresar cuán agotadas estaban para, bajo esta excusa, irse a dormir pronto, con la ilusión de que el día terminara más rápido y pudieran así acumular tiempo. Tiempo, sabían que eso era lo único que las ayudaría a sobrellevar semejante golpe de realidad.

Si había algo que alegraba a ambas era la buena comida, por lo que Lolo aplicó una medida verdaderamente extrema para él: volver a cocinar. Fue así como el día menos pensado estaba con Pablo y Candelaria preparando la receta para hacer —por primera vez en más de treinta años— su infalible «lasagna bolognessa da la nonna», invitándolas con esta excusa a cenar a su casa aquel martes.

Tamara no podría negarse a probar por fin uno de los secretos mejor guardados de Lolo, ese que tantas veces había intentado descifrar; Inés jamás dejaría pasar la oportunidad de degustar semejante manjar.

Al ver sus caras en total éxtasis saboreando su lasaña, supo que iba por buen camino, por eso no fue casualidad que las confrontara al llegar la panna cotta, pues había sido estratégicamente pensada para endulzar la tensión del momento.

—Bien… Porque las quiero y me importan más de lo que se podrían imaginar, siento la necesidad de meterme en lo que no me corresponde, pues estoy muy preocupado por ustedes. Entiendo que es un momento muy difícil, créanme, lo entiendo bien, pero para serles muy sincero, independientemente de esa tristeza que están transitando, pareciera como si los hilos de ese vínculo tan especial que tienen se estuvieran estirando al grado de correr peligro de

romperse por lo tensos que están.

Mientras Lolo hablaba, Inés y Tamara lo escuchaban como niñas regañadas que no podían ni siquiera levantar la mirada. Tamara jugaba con la cuchara en el plato mientras que Inés acariciaba en simultáneo a Apolo y a Febo, quienes parecían estar escoltándola en un frente de guerra.

—Algo me dice que no han hablado a fondo de lo que pasó y no pueden seguir postergándolo, por experiencia puedo decirles que el dolor no desaparece así nomás; si lo guardan, se parte en miles de pequeños demonios que crecen conforme pasa el tiempo y después son prácticamente imposibles de exorcizar. Al dolor se le confronta y se aprende a vivir con él.

Lolo las había tomado por sorpresa, la realidad es que ninguna de las dos sabía cómo era reconciliarse con una hermana tras un distanciamiento pasivo, menos aún sabían lo que significaba tener como mediador a una figura paternal y amorosa que se preocupara tanto por ambas.

Inés finalmente dejó salir todas las lágrimas que había contenido.

—Amora mía, no quise alejarme de ti pero no quería tampoco transmitirte mi frustración al no poder entender por qué la vida se empeña en decirme que la maternidad no es para mí y yo sigo insistiendo en intentarlo una y otra y otra vez. Estoy furiosa conmigo por aferrada, porque ya tenía esto resuelto y lo desenterré, y ahora volví a recordar mis peores pesadillas. No me lo perdono…

Tamara la abrazó fuerte.

—Tengo mucha culpa contigo, mi Nesi, siento que fui yo la que te convenció de hacer esto y fue muy egoísta de mi parte, nunca pensé en todo lo que podrías revivir si no se lograba. Yo juré que todo iba a salir bien, de verdad estaba segura… Perdóname.

—¡No seas tonta! Perdóname tú a mí por alejarme en vez de estar más cerquita que nunca de ti, si alguien puede entender lo que sientes en estos momentos soy yo.

La abogada no pudo ni un segundo más con la angustia que la estaba asfixiando desde el momento en que supo que su embarazo no había evolucionado.

—No Nesi, perdóname tú a mí por favor, perdóname tú a mí por…

Era tal su insistencia, que Inés la interrumpió tratando de contenerla.

—¿Pero qué voy a perdonarte si esto no fue culpa tuya?

Sumergida en un llanto honesto que emergió desde el fondo de su alma, finalmente pudo verbalizar el caudal de sentimientos hasta ese momento contenidos.

—Perdóname por no haber sido capaz de dar vida a la última oportunidad que tenías de conocer un pedacito de ti, de reconocerte en alguien más. Te juro que hice todo lo que estuvo en mis manos para cuidarlo con todo el amor que te tengo y que le tuve mientras existió, pero…

Inés no había reparado en eso, sin embargo, tomó la decisión de abrazar ese misil para no ahondar en ese sentimiento que la haría estancarse en un infinito de incógnitas sin conclusión, por lo que se limitó a limpiar con una servilleta y mucha ternura las lágrimas de Tamara.

—No te tortures con eso, amora mía, no fue culpa de nadie, tenemos que pensar que esto fue como estaba destinado a ser. Tal vez hoy no podemos entenderlo pero confío en que algún día lo haremos.

Tamara e Inés se fundieron entre sollozos en un largo abrazo que enterneció profundamente a Lolo, a quien le era inevitable pensar en sus hijas cada vez que atestiguaba su amor fraternal.

A partir de ese día, en un principio más por gula que por costumbre, quedaron instauradas las cenas familiares de los martes en las que Lolo preparaba «lasagna bolognessa da la nonna» y el resto de los comensales llegaba con mucha hambre y llenaba de amor, risas, y alguna que otra lágrima, su hogar.

El regreso triunfal de la abogada Becker a Soto, Martínez, Jackson y Asociados, fue con la exitosa firma del convenio de divorcio entre Agustín Montesinos y Lorena Cisneros.

Invariablemente —e incluso a modo de cábala para su

siguiente caso— las abogadas Becker y Escoto celebraban cada caso ganado en una barra itamae que estaba frente al despacho.

Esa tarde, una pequeña jarra de sake tibio fue suficiente para que Tamara rompiera su acostumbrado hermetismo y sacara a flote su tristeza; necesitaba decirle a alguien que no fuera tan cercano a ella cuánto le costaba abandonar la idea de ser madre tras haber experimentado la sensación de llevar una vida en su vientre aunque fuera solo por unas cuantas semanas.

Hacer realidad su anhelado plan era imposible por varias razones, la primera y más obvia, por la falta de recursos; la segunda y más difícil, convencer a Inés de hacerlo nuevamente, pues bajo el método que habían acordado, esta vez tendría que ser ella quien gestara los últimos dos óvulos de Tamara.

Paulina en vez de hacer un esfuerzo por ser empática con ella, maquinó algo imposible de adivinar.

—Abogada, ¿de casualidad tú te acuerdas qué plan de prestaciones firmaste cuando entraste al despacho?

Tamara no entendió a qué venía al caso una pregunta tan fuera de lugar.

—¿Es en serio que me estás preguntando eso? Yo contándote algo tan privado y tú hablándome de prestaciones…

—Trata de acordarte, tengo un punto, lo juro.

—No sé, Escoto, creo que era algo así como Gama seis, no sé. No tengo mucha cabeza ahorita.

A la abogada asistente se le dibujó una sonrisa que dejó asomar algo de travesura.

—Ajá, ¡lo sabía! Gama seis.

Su emoción despertó la curiosidad de Tamara.

—Esa cara te la conozco, Paulina, ¡suéltalo ya!

—Sé que puede ser muy arriesgado abogada, pero no pierdo nada con decírtelo: teniendo ese paquete firmado hace más de diez años, hay una manera en que la compañía puede pagar al cien por ciento un segundo in vitro, cubrir el parto e incluso darles una nada despreciable cantidad para todos los gastos del primer año del bebé.

Tamara no podía creer lo que estaba escuchando, ¿cómo era posible que esto no se le hubiera ocurrido a ella antes?

—Estamos hablando de algo muy serio, no juegues con esto, Escoto, ¿estás segura? ¿Estás completamente segura? No juegues con esto que es muy serio...

—Estoy completamente segura abogada, porque el licenciado Rivera me pidió revisar un expediente la semana pasada y me llamó mucho la atención esta prestación del despacho, solamente que…

—Venga… Ya sabemos que siempre hay letras chiquitas, ¿cuáles son?

—Aplica únicamente para matrimonios.

Tamara soltó una fuerte carcajada.

—¿Ves? Ya decía yo que no podía ser tan fácil. En tu defensa, te aplaudo la iniciativa, es brillante.

Paulina en ningún momento consideró que lo que estaba diciendo fuera un disparate, sino todo lo contrario.

—¿Cómo que no? Es tan fácil como ir a un registro civil con Inés, casarse y listo. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Que vayan al mismo registro civil después y se divorcien. ¿Qué es lo mejor que puede pasar? Que logren tener un hijo e incluso faciliten todos los trámites que puedan proceder al ser producto de un matrimonio legalmente conformado.

A Tamara le cambió por completo el gesto, su cabeza estaba a punto de estallar al racionalizar el disparate que acababa de plantear su asistente.

—¡Es una locura pero una genialidad a la vez! El matrimonio entre dos personas, en el estricto uso de la ley, no está acotado a las preferencias sexuales de los cónyuges.

—¡Exactamente! Si hay amor fraternal sin sexo, ¿por qué estaría prohibido tener un compromiso legal con tu mejor amiga y formar una familia juntas?

La emoción crecía en Tamara a la par de la taquicardia que le generaba pensar en la respuesta de Inés al proponerle semejante locura, pues pese a su enorme apertura, en este contexto era imposible que dejara a un lado su pasado ultraconservador.

—Pero estaríamos manipulando a nuestra conveniencia un derecho que le costó muchísimo ganar a una comunidad, abogada. Me parece que podría ser una falta de respeto y, honestamente, Inés y yo no nos sentiríamos cómodas con eso.

—Lo que ante todo defendemos y por lo que peleamos en la comunidad, es que la gente pueda entender y respetar que el amor es amor, abogada, mientras sean aliadas ¿por qué habría problema? De hecho, si me preguntas a mí, creo que sería un granito de arena más para normalizar el sistema y obligar a empresas retrógradas como este despacho a hacer valer nuestros derechos sin cuestionarnos. Si lo ves así, sería un ejercicio interesantísimo que abriría las puertas a mucha gente que no se anima a hacerlo por creer que su entorno no está preparado para un cambio.

Esa tarde, Tamara regresó al Tándem con las emociones muy enredadas. Llegó corriendo, pasó a su casa por Juanga, se puso un par de tenis y fue volando por Vita e Inés con tal acelere que no se detuvo a pensar en cómo poder plantear esta nueva opción a su amiga para no escandalizarla, solo sabía que tenía que hablar con ella cuanto antes y así lo hizo.

No habían siquiera llegado al parque Mirabent cuando ya había transcrito a Inés, sin filtros, su plática con la abogada Escoto.

—Y pues eso Nesi, sé que es una locura y que quizá no tiene ningún sentido pero no pierdo nada compartiéndolo contigo.

Inés se limitó a guardar silencio mientras seguían caminando. Al no tener respuesta de su parte, Tamara sintió la necesidad de sobreexplicar el punto.

—Dime loca, pero algo me dice que tenemos que intentarlo una última vez. Yo sin ti no me veo haciéndolo, Nesi, yo te juro que no voy a usar esos dos últimos óvulos si no es contigo. Sé que es injusto pedírtelo luego de todo lo que has pasado, pero siento que esta es la buena, te lo juro.

Vita las obligó a hacer una escala en medio del monólogo de Tamara. Finalmente, Inés pronunció unas palabras.

—Me prestas tu bolsa para reco…

La abogada inmediatamente se agachó a recoger las minúsculas heces de la siempre adorable Vita. Inés volvió a su silencio sepulcral y Tamara a su incontrolable verborrea nerviosa.

—Nesi, no quiero ponerte en una disyuntiva tan grande, entiendo que esto no es fácil de digerir pero necesitaba decírtelo. Creí que no perdía nada con…

Inés la interrumpió con total seriedad y un tono de voz hasta ahora desconocido para Tamara.

—Tamara… No puedo creer que tú, sobre todo tú…

Tamara la miró apenada e inmediatamente trató de resanar la situación.

—No, no, no, no… Nesi, discúlpame si crucé la línea o si te ofendí proponiéndote esto, de verdad discúlpame, yo nunca quise…

Nuevamente la interrumpió, pero ahora de manera mucho más agresiva y enérgica.

—Déjame terminar Tamara, yo escuché tu monólogo, me toca hablar a mí.

Tamara jamás había visto una reacción así de Inés, parecía como si estuviera a punto de anular con argumentos contundentes cada palabra dicha por ella, por lo que se limitó a cerrar la boca y escucharla.

—No puedo creer que tú, sobre todo tú, Tamara Becker Fink, reina de las formas y de todo lo más elegante y bonito del mundo, me propongas matrimonio con una bolsa de caca en la mano y sin haberlo consultado primero con mis padres.

Tamara empezó a carcajearse de nervios dejando escapar unas cuántas lágrimas pues, pese a compartir el mismo sentido del humor, necesitaba cerciorarse de que Inés estuviera en la misma sintonía que ella y no en medio de un brote psicótico.

—Entonces, solo para tenerlo claro… ¿Eso es un sí de «actriz perfecta de método que casi provoca mi primer

infarto con su impecable interpretación de perra maldita sin misericordia»?

Inés no pudo contenerse más y la abrazó fuerte.

—Tengo mucho miedo, pero no tengo la menor duda de que no nos vamos a arrepentir de intentarlo una última vez. Vivámoslo día a día y veamos qué sale, lo mejor que puede pasar es que logremos lo que tanto anhelamos. ¡Hasta la victoria juntas, amora mía!

Los ojos grises de Tamara se pintaron de felicidad.

—Hasta la victoria juntas, mi amada Nesi.

Capítulo X

Tamara Becker llegó a la Universidad completamente cambiada. Al alcanzar la mayoría de edad, su herencia genética finalmente se manifestó, transformando su cuerpo en una calca de la espigada silueta de su madre (sin su talento para el baile), combinada con la altura de su padre.

De aquella adolescente regordeta insegura solo quedaba la baja autoestima, pues pese a ser un espectáculo de un metro con ochenta y un centímetros, de pelo oscuro, facciones sumamente delicadas, nariz respingada y ojos de gato, en el fondo seguía sintiéndose como aquella niña necesitada de amor que pedía a su padre no avergonzarse de ella.

El departamento de la coquetería nunca fue su fuerte, por el contrario, en aquel entonces hacía brillar aún más la ausencia de una figura materna en su vida; vestía siempre de negro y no por moda, mucho menos por pose, sino por mera practicidad.

Fue en la primera clase de Teoría del Derecho cuando llegó a sentarse junto a ella una rubia preciosa, parecía salida de una revista; todo en ella era impecable: su piel, su pelo, su forma de vestir, sus accesorios, sus manos… Le fue imposible no prestarle atención y sentir un poco de envidia. Su naturaleza antisocial la orilló a asumir que era insoportable.

Todo cambió con la famosa dinámica grupal de presentación rompehielo del primer día de clases que la

obligaría a hablar con ella.

—Tamara Becker, tengo dieciocho años, quiero ser abogada porque me considero una persona justa y quiero ser un canal para que haya justicia en la vida de quienes más la necesitan.

La rubia enseguida le sonrió mirándola a los ojos, no tuvo reparo en presentarse sin filtros y con total franqueza.

—Soy Carolina Marín, veintiún años y no tengo idea de lo que quiero en la vida. Hice un semestre de Psicología, dos de Medicina y estoy aquí para ver si el Derecho es lo mío.

Tamara la miró anonadada, no recordaba haber sido testigo de tanta sinceridad, ¿cómo era posible que esa chica tan perfecta resultara ser un caos? No pudo evitar comentar al respecto con discreción y en voz baja.

—Te prometo que jamás lo hubiera imaginado.

Carolina contestó divertida.

—¿Qué, que soy un desastre?

—¡No! A lo que me refería es a que… O sea, lo que quería decirte es… Bueno sí, prácticamente eso.

Congruente con su franqueza y disimulando media sonrisa frente al profesor para evitar un regaño, le respondió.

—No tienes idea de la cantidad de cosas que no te imaginas de mí, ojalá tuviera todo tan claro como tú.

Carolina fue para Tamara una dulce y entusiasta cómplice que la animó a conocer su lado femenino y llevarlo a su máximo esplendor, mientras que Tamara la ayudó a poner los pies sobre la tierra en la búsqueda de su verdadera identidad, que finalmente descubrió tras dos semestres estudiando Derecho al migrar a la carrera de Medicina Veterinaria Zootecnista, última y muy afortunada escala en su historia académica.

David se cruzó por primera vez con Tamara en el patio de esa misma universidad. El entonces estudiante de Diseño Industrial era en realidad un tímido artista amante de los fondos y las formas que se enamoró del porte siempre elegante y belleza de bajo perfil de la futura abogada, quien, sin saberlo, se había convertido en la musa

de aquel adolescente tardío que podía pasar horas contemplándola desde distintos rincones cegado por un amor platónico.

Gracias al sobrepeso mórbido de sus inseguridades y a su —prácticamente— nulo pasado amoroso, Tamara era incapaz de asumir que alguien podría tener interés en ella, pues solía convertirse en amiga y confidente de todo aquel que llamaba su atención sin lograr culminar romance alguno.

Afortunadamente para ambos, existía Carolina, quien ya lo había visto rondar a su amiga varias veces. A la primera oportunidad, confrontó a David en un pasillo.

—¿Tú no le quitas los ojos de encima a mi amiga porque mueres por ella o porque eres un asesino serial que está esperando un mínimo descuido para secuestrarla y matarla?

David no pudo esconder su vergüenza tras haber sido descubierto. Al ver la determinación y seguridad de Carolina, respondió como solo un niño inseguro y enamorado podría hacerlo.

—Soy un descaro, ¿verdad?

Carolina asintió.

—Un total y absoluto descaro.

—¿Ella te mandó?

—No, vine por pie propio para no tener culpa si la matas.

La espontaneidad y transparencia de Carolina eran contagiosas, resultaba imposible no responder en el mismo tono.

—No te preocupes, si acaso, la mataría de aburrición. Qué más quisiera yo que matarla de amor.

Pese al empalague colosal que le provocó la melosidad de su respuesta, Carolina se sintió conmovida por sus palabras.

—Vaya, vaya… Estoy frente a un romántico empedernido de esos que están prácticamente extintos, eso sí que no lo vi venir.

Su dulzura y nula malicia al hablar de Tamara, la orillaron a convertirse en un puente para unir a ese par.

La historia de amor de Tamara y David tuvo varias etapas.

Los primeros seis años, David jugó el papel que Tamara estaba acostumbrada a interpretar: el del amigo incondicional. Le fue muy difícil moverse de ahí, pues al calor de la convivencia, Carolina, Tamara y él habían conformado una tripleta indestructible.

Fue tal la magnitud de la confianza y autoestima que lograron sembrar en Tamara, que indirecta, inesperada e incómodamente —sobre todo en el caso de David—, resultaron ser confidentes en primera fila de su despertar sexual, así como comprensivos testigos de su cada vez más fallido historial amoroso.

Esa época fue la dosis exacta de descontrol que Tamara necesitó para ahorrar una reserva importante de amor propio, que aprendería a racionar a conveniencia en el futuro.

Al volver de su pasantía en una de las más importantes firmas de abogados en Boston, la ahora graduada con honores sintió la necesidad de validar su rechazo a la oferta de quedarse permanentemente allá pues le era esencial corroborar que no se había equivocado al tomar la decisión de estar cerca de los suyos.

Para su sorpresa, todo había cambiado en su ausencia: su padre estaba más abrumado que nunca con la posibilidad de una nueva gira, Candelaria lidiaba con su insoportable adolescencia, Martita vivía corriendo tras Candelaria, Carolina estaba completamente abducida por los preparativos de su boda, y David, su incondicional enamorado, por primera vez tenía una relación estable.

Tocó fondo el día del casamiento de Carolina y Johanna Teske. Tamara conoció los celos en medio de una gran fiesta sin precedentes, y es que ver a David bailando y gozando a todo trapo con su ahora novia la hizo sentir la mujer más estúpida del mundo por haber ignorado durante años a ese hombre tan bueno, cariñoso y divertido que solía estar de cabeza por ella.

A Carolina le bastó con ver la cara de Tamara contemplando a la feliz pareja para saber que algo estaba

pasando.

—¿Se te quedó la sonrisa en Boston o qué pasó? ¡Venga, vamos a bailar!

De la manera más forzada del mundo y con su torpeza insignia para bailar, Tamara llegó a esa pista pretendiendo ser feliz brincando cual botarga, cumpliendo cabalmente con la tradición de jamás negar absolutamente nada a una novia el día de su boda.

Apenas las vio, David corrió a bailar con ellas dos como tantas veces lo habían hecho en los viejos tiempos: abrazados.

—¡Por fin los tres mosqueteros juntos al ataque otra vez! Cuánto te extrañamos, Tamu…

A Tamara le fue imposible contener su frustración, pero hizo todo para disimularla.

—Mmmmmm… Difiero, no es igual, las cosas cambiaron; ahora somos más de tres… No es como antes, todo cambió.

David no estaba seguro de a qué se refería exactamente Tamara, pero debía ser algo importante, pues no en vano entraba en *repeat mode*. Ante la duda, era mejor preguntar y procedió a hacerlo con toda su ingenuidad por delante.

—No entiendo, ¿lo dices por…?

Por el bien de todos, pero principalmente de la dignidad de su amiga, Carolina interceptó el inminente derrumbe emocional de Tamara frente a David.

—Lo dice por Johanna, ¡obviamente! Sin duda somos más…

La ahora señora médica veterinaria de Teske, sacó de la pista a la abogada con un giro, mitigando así el desastre que podrían ocasionar sus confesiones mezcladas con gin & tonics.

Ese día, Tamara empezó a cuestionarse seriamente si todos estos años en realidad había estado enamorada de David y por miedo a arruinar su relación con él había enterrado inconscientemente ese sentimiento. Lo único que tuvo siempre claro en medio de tanta confusión, era que quería estar cerca de él toda su vida.

Después de sobrepensar y de no atreverse a hablarlo con alguien más, el lunes siguiente Tamara invitó a David a cenar.

Ese plan lo habían hecho cientos de veces, pero en esta ocasión, estaba particularmente nerviosa por estar sola frente a él; de pronto le resultaba imposible dejar de pensar en lo bien que le había sentado este último año y lo guapo que estaba.

Él, para variar, se encontraba tranquilo y relajado tomando su infalible Moscow Mule.

—Vamos a ver… ¿Y ahora quién te tiene sufriendo por amor y a dónde tengo que ir a amenazarlo de muerte, Tamu?

Tamara sonrió nerviosa mientras revolvía una y otra vez con el popote los hielos de su agua mineral.

—No, nada de eso. Para nada, no hay nadie, nada que ver…

—El problema es que a mí no me puedes mentir, te conozco demasiado bien.

El corazón de Tamara no pudo más y en un arranque completamente irracional, se escapó por su boca.

—David, perdóname. Sé que esto es lo más injusto del mundo porque estás en una relación, pero necesito decirte que yo no sabía lo enamorada que estaba de ti hasta que te vi en la boda de Caro con tu novia.

Un largo silencio se hizo presente.

Había esperado seis años ese momento. Al escuchar a Tamara, una sinfonía de fuegos artificiales recorrió todo su cuerpo, pero tenía que ser sumamente estratégico, pues su reacción sería la verdadera carta que pondría en juego el futuro de su relación, o al menos, de la relación que desde siempre había soñado tener con ella. No había algo que Tamara valorara más que todo aquello que no le había sido fácil conseguir y él lo sabía.

Con sus manos sobre las manos siempre frías y suaves de ella, finalmente respondió.

—Tamu… Tú mejor que nadie sabes que me tomó muchos años darme cuenta de que «tú y yo» nunca íbamos a pasar. Agradezco tus palabras y no dimensionas cuánto

las aprecio porque sé lo difícil que fue para ti decirlo, pero en estos momentos yo estoy muy feliz en mi relación y no voy a ponerla en juego solo porque hoy amaneciste convencida de que sientes algo más por mí.

Las palabras de David se transformaron en una tormenta de arena en el corazón de Tamara, quien ante su propia confusión intentó articular un argumento convincente para demostrarle que esto no era un capricho, pero su ego herido no se lo permitió. El beso en la frente que David le dio lo sintió como un ácido recalcitrante en la herida.

—¿Pero sí sabes que yo te adoro por sobre todas las cosas verdad, Tamurita?

—Yo a ti.

Por valiente, por haber apostado la nada por el todo, David tuvo como recompensa reforzar los sentimientos de Tamara hacia él tras haber agregado el componente de «amor imposible».

Al año siguiente, el ahora dúo dinámico se casó en el mismo jardín en el que alguna vez la hoy novia lloraba por los rincones al ver a su amor ser feliz con otra.

Por la extraordinaria relación que tenían, Tamara Becker y David Fontán fueron la pareja que todos sus conocidos creían querer ser.

Él fue siempre amoroso con ella y ella aprendió a anteponerse a sus carencias afectivas correspondiéndole cariñosamente al no haber sido capaz de admitir que tan solo un par de meses después de su enlace, el amor pasional que alguna vez sintió por él se diluyó, dejando como salvavidas de la relación los vestigios de su entrañable amistad.

Las dos razones que mantuvieron a Tamara seis años en ese matrimonio fueron: el miedo a perder para siempre a David y el alejarse de Ofelia, su madre, quien la adoptó como una hija desde el primer momento y se convirtió en ese calorcito al alma que le enseñó todo aquello que después la ayudaría a hacer y ser el hogar que nunca tuvo.

Le bastó una navidad como miembro de la familia Fontán y la oportunidad de preparar junto a Ofelia toda la

cena para convertirla en su festividad favorita; por eso, en la víspera de la primera nochebuena en que David y ella fueron anfitriones, su emoción la arrastró a comprar el «Porsche» de los árboles de navidad: un pino sintético de dos metros, con luces integradas, además de esferas, muñecos, poinsettias, guirnaldas, adornos para la casa y una cantidad desmedida de regalos.

Su casa era tan ridículamente navideña, que al sobrino más pequeño de David le dijeron que era la sucursal citadina del polo norte y no lo dudó ni un segundo.

Los años anteriores, José Becker había sido amablemente invitado a cenar por los Fontán, esta vez, al ser la fiesta en casa de su hija, no encontró una excusa válida para declinar la invitación.

—No entiendo por qué de pronto te volviste tan argüendera con la navidad TamTam, eso no es de nosotros… Es un sinsentido de principio a fin.

La amargura de José a veces exasperaba a Tamara, sobre todo cuando involuntariamente parecía atentar contra su felicidad.

—¿Cómo que por qué? Es increíble, ¡es pura tradición! La familia se reúne, comen rico, se dan regalos, escuchan villancicos… ¿Qué puede salir mal?

—Nada que no hagamos nosotros en Pesaj, Rosh Hashaná o Hanukkah, insisto, no entiendo el alboroto.

Si algo tenía siempre a la mano Tamara para defender todo aquello en lo que creía, eran argumentos.

—¿Nosotros, quienes? Candelaria y Martita se van a su pueblo en estas fechas, tú no festejas nada desde hace años y por ende, yo sola tampoco lo hacía. Antes de que me casara siempre iba de arrumbada a casa de Carolina en navidad, ahora tengo una familia increíble que me ha adoptado y me da mucha ilusión recibirlos este año en casa y que vengas con nosotros, papá, ¿de verdad no puedes hacer un esfuerzo por mí y venir?

Era un gruñón, pero había cosas que el tiempo jamás cambiaría, una de ellas, su incapacidad para negarse ante una petición de su hija.

—Ándale pues, ya qué… Nos vemos ahí. Ahora ven y

dame un beso antes de irte.

Esa navidad, Ofelia llegó con una caja perforada con discretos agujeros perfectamente bien camuflajeados en una aparatosa y espectacular envoltura. Fue imperativo por parte de la matriarca que la anfitriona abriera ese regalo lo antes posible.

—Tamarita, este regalo es para ti, cariño, para que vayas entrenando…

No fue el tipo de suegra que presionó con el tema de los nietos, pero esa noche Ofelia dejó claro que moría de ganas porque Tamara y David se animaran por fin a tener un hijo.

Al abrir la caja, Tamara volvió a ser una niña y para su sorpresa e incluso la de su padre, una niña desbordantemente feliz como nunca pudo ser y es que el regalo que Santa Ofelia le había dado esa noche era una miniatura color miel de cuatro patas, un leoncillo canino perfectamente bien peinado que sacó a relucir con garbo su excéntrica personalidad a pesar de sus tiernos tres meses y del ridículo gorro de Papá Noel que llevaba puesto.

A lo largo de su matrimonio, David fue un hombre fiel y comprometido que atravesaba un momento clave en su carrera y tenía que esforzarse el triple para poder figurar en la escena del diseño local mientras Tamara crecía paralelamente a velocidad meteórica en el despacho, ganando cada vez más prestigio en el ámbito legal y cobrando bonos que muchas veces llegaron a triplicar las ganancias mensuales de su marido.

Jamás se lo reprochó, nunca fue un problema para ella hasta el día que empezó a serlo para él, pues esa grandeza que solía enaltecer su espíritu se vio inmersa en una espiral de inseguridades que lo llevó a sentirse completamente emasculado frente a su mujer, aunado a que su vida sexual —que nunca había sido realmente extraordinaria— estaba a punto de la extinción total y no precisamente por su culpa: bastaba con que tomara la iniciativa para inmediatamente ser rechazado.

—No me siento muy bien hoy. Ha sido un día de locos, ¿verdad que me vas a dejar compensarte mañana?

A esas alturas, la tolerancia de David era ya nula.

—¿Y cómo le vas a hacer mañana, Tamurita? Te recuerdo que mañana es viernes y los viernes estás agotada porque tus semanas SIEMPRE son aniquiladoras. Los sábados sales a correr a las siete de la mañana y, por ende, te vas a la cama temprano dado que no quieres desvelarte ni hacer planes porque el domingo a primera hora vas a desayunar con tu papá y para cuando llega la noche, estás «agotada» de nuevo. ¿Cuándo es que me vas a «compensar» las incontables deudas que tienes conmigo desde hace años?

A falta de argumentos —como pocas veces— y con tal de evitar una pelea, Tamara era capaz de ofrecer una disculpa y hacer lo posible para no fallarle.

—Tienes razón, perdóname. Voy a hacerme un té y vengo a hacerme cargo de esto de una vez.

Nunca imaginó ser la clase de esposa capaz de fingir un orgasmo para ahorrarse un problema marital; sin embargo, ese día se descubrió siéndolo, pero si algo tenía Tamara Becker era palabra. Ella había jurado amar y respetar a David todos los días de su vida y lo iba a cumplir con todo y sus respectivos votos de fidelidad que cada día sentía más frágiles.

Pensó mil veces en divorciarse, pero la simple idea de planteárselo a David e imaginarse cortando el vínculo que había establecido con Ofelia, le rompía el corazón.

Sabía que estaba siendo egoísta, que David merecía estar con alguien que lo admirara y que muriera de amor por él, como aquella chica en la boda de Carolina, también sabía cuánto la quería él: por eso, bajo ninguna circunstancia se atrevería a hacerle daño.

Lo que jamás imaginó fue que un lunes por la noche, David, tras uno de sus desesperados y frustrados intentos por tocar y sentir presente a la mujer con la que se había casado hacía ya seis años, oficialmente declararía su derrota.

—Tamu… Tamu… Despiértate.

No era tarde, pero ella —como siempre— fingía estar dormida.

—¿Todo bien? Perdón, caí rendida. Hoy el despacho fue un verdadero infierno.

En un tono tan extremadamente sarcástico que rayó en lo amable, David por fin pudo poner en palabras lo que tanto tiempo había pensado.

—No te preocupes, bonita, ya vas a poder descansar tranquila, ese maldito letargo que no te suelta va a desaparecer como por arte de magia.

Tamara sonrió y suspiró aliviada mientras se reacomodó en la cama para abrazarlo.

—Ufff… ¡Por favor! ¿Y cómo va a ser eso? Cuéntame…

David se incorporó, prendió la luz y se levantó enérgicamente de la cama para vestirse, ya no soportaba estar ahí.

—Porque finalmente entendí que esto terminó hace mucho y no voy a seguir ni un minuto más así. Se acabó, mañana te busco para qué me digas qué papeles necesitas de mí, cuanto antes terminemos con esto, mejor.

Agustín Vitale había encontrado por fin el pretexto perfecto para que su maestra favorita accediera a verlo después de diez meses de no poder (o querer) hacerlo: pedir su ayuda para analizar *El rey Lear*, pues pronto la montaría con su compañía de teatro.

Siete años atrás, ese uruguayo que parecía esculpido a mano había sido alumno de Inés en el taller de teatro «Obras clásicas de la lengua inglesa», gracias al cual ella se coronó como la reina de sus fantasías eróticas. Le bastaba con escucharla hablar del Bardo de Avón para que en unos cuantos minutos todo terminara como empezó aquel día tras bambalinas: con una erección.

La cita fue la misma de siempre: Edificio Tándem, departamento 202, ocho de la noche.

A las siete cincuenta, Inés se encontraba en pijama, tumbada en su sofá, mientras Tamara le hacía el peor

masaje de manos de su historia.

—Qué paz que eres tan buena abogada, mi amora, porque como masajista de manos, te juro morirías de hambre. Menos mal que no te acepté el de espalda.

Tamara estaba concentrada intentando seguir al pie de la letra el tutorial que había encontrado en su celular.

—¿Pero qué tal te alimento? Unas por otras, mamacita, unas por otras… Además, yo ya tengo que desaparecer, no tarda en venir tu chambelán de telenovela.

Inés, entregada como nunca al confort y al fodonguismo, se había olvidado por completo de la cita, el recordatorio no le causó ni un solo gramo de estrés.

—Pfff… ¡Es verdad! ¿Me creerías si te digo que me mata de flojera ver ahorita a Acuamán?

La sorpresa de Tamara fue genuina.

—¿Quéeeee? No, Nesi, ahora sí te trastornaron las hormonas. Ver a ese hombre es un espectáculo siempre, permíteme le llamo a Weber urgente.

—Tonta… ¡Es en serio!

—No te lo creo ni tantito.

—A ver… Siendo completamente sincera, nunca hemos logrado hablar más de dos horas sin que se salga de control y así como que digas, qué ganas tengo en estos momentos… Para que me entiendas: preferiría tener tres horas de masaje de manos contigo y chantajearte para que me hagas de cenar ravioles de espinaca y ricotta con mantequilla.

A Tamara le bastó con escuchar la palabra «ravioles», para salivar de antojo.

—Con salvia y nuez moscada….

Inés se convirtió en un perro de Pavlov.

—¡Y parmesano! MUCHO parmesano.

—Nesi, si te digo: una tina de ravioles de espinaca y ricotta con mantequilla, nuez moscada, salvia, un kilo de queso parmesano con…

Sin pensarlo dos veces, respondió enseguida.

—¡¡¡¡Sí!!!! ¿En dónde firmo?

—Espera, con….

—¿Qué más les quieres poner?

—Con Acuamán adentro, ¿cómo te caería?

Inés suspiró decepción, Tamara exhaló una carcajada.

—Te estoy diciendo que no ando con ganas de carne pero no me quieres creer…

—Es que Nesi… ¡ES ACUAMÁN! Nunca te ha fallado, ¡no nos hagas esto!

Antes de adoptar a Inés como una hermana, uno de los hobbies favoritos de Tamara era espiar a través de su ventanal las apasionadas despedidas de Inés y «Acuamán» mientras cocinaba. Nunca vio telenovelas, pero el culebrón que imaginaba alrededor de ellos, por mucho era su favorita.

—¡Ya sé! ¿Por qué no te quedas a conocerlo? Así evitamos que esto se torne sexoso.

No le gustaba ser mal tercio, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de ver y oler a ese hombre en primera fila, menos aún, ese viernes en el que su plan era lavar ropa y buscar más tutoriales de masajes de manos para convertirse en una experta y hacer que Inés se tragara sus palabras.

Al tocar el timbre, Agustín no tenía manera de saber que una garrocha de ojos descoloridos estaba del otro lado, así que su efusividad, desbordada al abrirse la puerta, fue la primera recompensa de Tamara por haberse quedado a presenciar el show de esa noche. Cuando Agustín se fue sobre ella con un abrazo apasionado, vio en el fondo a una Inés inmóvil en el sillón, ataviada con una horrible pijama; él estaba completamente confundido. La maestra no tardó en decirle lo que estaba pasando.

—Agus, te presento a Tamara, ella es…

La pena lo obligó a disculparse, interrumpiendo a su maestra antes de que terminara su explicación.

—Discúlpame Tamara, asumí que Ine me iba a…

Tamara estaba roja de vergüenza, no podía creer lo que era ese hombre «en vivo». Lo vio tan apenado, que enseguida lo interrumpió para que ya no se sintiera incómodo.

—Ni te preocupes, Acua…stín, a cualquiera le hubiera pasado.

Al ver a la abogada convertida en su versión colegiala

perdidamente enamorada de Dylan McKay y a su exalumno confundido como nunca lo había visto, Inés tomó la decisión de regalarse un poco de diversión; realmente la necesitaba después de estar ocho meses en reposo total, alternando entre su cama y ese sillón con una que otra visita al consultorio del doctor Weber. En esos meses, leyó, vio la tele y convivió con su computadora lo que no había podido en toda su vida.

—Exactamente, ella es mi vecina y ahora también es mi esposa.

Tamara quiso mirarla con odio pero le fue imposible, le bastó con ver la picardía en sus ojos para no contradecirla, además, no estaba mintiendo.

El modelo y actor enmudeció, mientras pensaba en una forma correcta de responder ante tal declaración, pues ahora la noche tenía el potencial de ser una de las más memorables de su vida al tener todos los elementos para cumplir la fantasía sexual más recurrente que tenía con su maestra de teatro.

Dado que esa respuesta estaba tardando en llegar, Inés no pudo esperar más y tiró otro misil.

—Y esto que ves aquí… —dijo descubriendo su vientre abultado hasta entonces escondido entre los cojines del sillón y la enorme pijama— es «nuestre amade bebé».

La otra madre estuvo a punto de escupir el té al escucharla, mientras que el invitado, al ver su sueño tan rápida y repentinamente derrumbado, respondió inocentemente haciendo jaque mate involuntario a la reina.

—Decime una cosa Ine, ¿vos estás hablando así por pelotuda o porque todavía no sabés el sexo del bebé?

De todas sus posibles respuestas, ninguna de las dos vio venir ese comentario, tan merecido que obligó a Inés a liberar por fin esa carcajada que ya estaba a punto de asfixiarla. Tamara procedió a responder.

—Yo te contesto, la respuesta correcta es la uno, pero también es la dos.

—¿Cómo pueden aguantar, chicas? Yo estaría loco pensando si es una nena o un varón para comprarle de todo, hacer fiestita para que me regalen cosas…

Inés había subestimado al galán de novelas, nunca había sido bueno para improvisar y dada la naturaleza de las cosas, imaginaba una escena de total confusión y juicio.

—¿Te digo la verdad?

A esas alturas, Agustín ya se había subido al tren del sarcasmo.

—Dale, hacé un intento Ine…

—Ya sé que suena a cliché, pero que este bebé sea lo que quiera ser, que sea libre, que sea valiente, que se deje amar, que se ame, que sea un ser feliz… Y no sigo con mi discurso porque estoy insoportablemente sensible y en cualquier momento voy a…

Agustín se acercó para abrazarla fuerte, Inés no pudo contener unas cuantas lágrimas que cayeron sobre su hombro; parecía haberse olvidado de lo que era ser contenida por brazos tan musculosos y feromonas masculinas, no sabía cuánto los necesitaba.

Al verlos, Tamara supo lo que tenía que hacer.

—Bueno gente, yo me tengo que ir. Agustín, aprovechando que estás aquí, ¿te puedo pedir un favor?

—Decime.

—¿Podrías quedarte con ella esta noche? No es que haya mucho que hacer, pero como no debe moverse, hay que alcanzarle ciertas cosas, traerle de comer y ayudarla a estar cómoda. ¿Puedes con eso?

Inés la miró sin poder creer lo que acababa de hacer, aunque en el fondo agradeció su intuitiva iniciativa.

—Por supuesto, va a ser un placer.

—Si me aguantas a medio día, mañana te traigo el mejor desayuno de tu vida.

—De acá no me muevo hasta que vuelvas.

—Cerrado. Adiós mi Nesi, ¡pórtate mal!

—Adiós, mi amora, ¡pórtate peor!

Apenas se cerró la puerta, Agustín se puso cómodo para recostarse junto a Inés en el sillón y abrazarla de cucharita, como estaban acostumbrados.

—Maestra…

—No empieces.

—Maestra, tengo dos preguntas.

—¿Solo dos?

—Solo dos, ni una sola más, prometo.

—A ver…

—Lo de que se casaron… Era una joda, ¿no?

—Nop, es en serio, de hecho, tampoco es broma que es la otra mamá de este bebé.

—Maestra, necesito que me lo cuentes todo con lujo de detalles por favor, TO-DO.

Inés no pudo evitar reír, cuánto cariño le tenía a ese hombre con quien tantas noches había compartido.

—Vitale…

—Maestra, por favor…

—Con base en tu experiencia y conocimiento, ¿cuál consideras que es la respuesta?

—Yo creo que conozco a la perfección lo que a mi maestra le gusta y, para su desgracia, la vecina no parece tenerlo aunque… si me lo permiten, yo podría contribuir a…

Si bien era obvio que a esas alturas del embarazo una interacción sexual resultaba por demás complicada, este nuevo formato de cachondeo a ambos les estaba encantando.

—Siempre con espíritu solidario ayudando desinteresadamente al otro Vitale, qué bonito eso…

—¿Y no crees que sería una idea genial que…?

—Esa ya sería una tercera pregunta, ¿qué hacemos, Vitale?

—¡Un trío maestra! Eso estaría espectacular.

—La verdad, yo también lo creo, Vitale… Mi recomendación sería que tú lleves el güiro, la vecina la guitarra y yo el requinto, ya entre los tres como sea entonamos unos cuantos boleros…

La noche transcurrió entre besos, risas y cosquillas mientras que en el 201, junto a un enorme pino sintético de navidad rodeado de cajas de lucecitas y decoración de temporada, la otra madre primeriza lavaba con jabón neutro y mucha ternura: sábanas, mantas de hilo y ropita de bebé: había llegado el momento de tener todo listo para su llegada.

Capítulo XI

Lo que parecía ser un sábado cualquiera, resultó ser uno como ninguno. Para variar, todo y nada pasaba aquel día en el Tándem.

Inés se quedaría leyendo hasta la madrugada, ese era el gran lujo de sus fines de semana, pese a que amanecer más tarde le resultaba imposible por la vejiga incontinente de Lola, a quien había sacado temprano a dar una vuelta corta para poder volver a meterse en cama y dormir unas cuantas horas más, al fin y al cabo, no había prisa.

A unos cuantos pasos de distancia, Tamara cumplía cabalmente con su ruta sabatina, que consistía en ir temprano a la Ciudad Universitaria para hacer su carrera larga semanal y regresar a prepararse un desayuno digno de reina. Planeaba revisar un par de documentos pendientes de la oficina y maratonear alguna serie desde su amada tina. En cualquier momento se manifestaría Candelaria en compañía de su imprudencia, para no variar; probablemente sería justo cuando ella metiera el primer pie al agua caliente.

Hacia el mediodía, Inés estaba tan aletargada, que se quedó más tiempo de lo normal bajo la regadera. Tenía en mente ir por pan a lo de Laurent y pasear con Lola por el parque Mirabent; con un poco de suerte, estaría ahí Lolo y lo sonsacaría para ir a comer, ese plan nunca tenía pierde.

A las doce horas con catorce minutos, Tamara apagó el sartén en el que había preparado sus famosos huevos

revueltos de término perfecto con jamón serrano que acompañaba con una rebanada recién tostada de su pan casero de masa madre, no podría haber en el mundo combinación más sublime.

Inés, con el pelo aún empapado y la nevera vacía, se sentó en la barra de su cocina, dio un sorbo a su café y empezó a redactar un mensaje para Lolo a las doce horas, catorce minutos y veinte segundos, hora exacta en que el terror convertido en una alarma ensordecedora golpeó su casa, pronosticando que su vida tal y como la conocía, estaba a punto de ser sacudida para siempre.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

El sonido era apabullante, tener calma resultaba imposible. Su intensidad anunció lo inminente: en menos de un minuto, un fuerte sismo estaría ahí.

Corrió a calzarse como pudo con lo primero que encontró, agarró su teléfono, su bolsa, las llaves y la correa de Lola, a quien empezó a buscar desesperadamente.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

Tenía solo doce años cuando aquel famoso terremoto derrumbó prácticamente la mitad de la ciudad. Recordaba haber estado jugando con sus abuelos en el jardín cuando la tierra empezó a moverse como si se hubiera convertido en un juego de feria. Al no haber vivido nunca algo similar, le pareció divertido, pero al ver las caras de pánico de sus abuelos haciendo su mejor esfuerzo por mantener la calma para no asustarla, entendió que era algo grave, por lo que abrazó a ambos fuertemente, como si esa vez fuera ella la que tuviera el don de protegerlos.

Apenas pasó el movimiento telúrico, los tres salieron de inmediato a las calles. Hacía falta mucha ayuda pues había personas que en un santiamén lo habían perdido todo, ahí dimensionó la verdadera magnitud e impacto de un evento así.

Hoy las cosas eran completamente diferentes, para empezar, estaba sola y a diferencia del enorme jardín de sus abuelos, se encontraba en el segundo piso de un

edificio.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA

No encontraba a Lola, parecía haberse esfumado entre su pequeña selva. Fue inevitable que el miedo se apoderara de ella al escuchar a los vecinos bajar velozmente las escaleras, desalojando el Tándem. Su alma palpitaba a diez mil por minuto, no podía concebir salir de ahí sin su compañera fiel, su única familia.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

—¡¡¡LOLAAAA!!! ¡¡¡LOLAAAA!!! —gritaba desesperada mientras ponía de cabeza su casa— VEN CHIQUITA, NOS TENEMOS QUE IR…

Por primera vez desde el día que llegó a ella, Lola no respondió a su llamado y eso estaba empezando a sobrepasarla, orillándola a imaginar cualquier cantidad de escenarios catastróficos en segundos.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

Finalmente, escondida entre los almohadones gigantes del sillón, la encontró temblorosa y aturdida ante ese ruido aterrador. Inés la cargó y corrió hacia la puerta de su departamento para salir cuanto antes del Tándem. Al abrirla, el silencio se hizo presente: el sismo había comenzado.

…

…

…

Cada latido de la alarma sísmica le robó a Tamara uno propio, convirtiéndose en una opresión en el pecho que no la dejaba respirar. Todas y cada una de las variables que a lo largo de su vida había creído aprender a controlar en una situación así, la traicionaron.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

Empezó a dar vueltas en círculo por su casa sin saber

qué hacer.

—No tengas miedo Tamara, no tengas miedo, mientras suene la alarma, puedes salvarte. Veinte segundos… tú puedes salir de aquí en veinte segundos… veinte segundos… —Es lo único que se repetía a sí misma una y otra vez para intentar tranquilizarse.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

Desde niña había ensayado infinidad de veces, con distintos terapeutas, el protocolo a llevar a cabo en un momento así. Realmente lo intentó, luchó con todas sus fuerzas para sobreponerse al miedo.

No había cosa que deseara más que bloquear su mente, entrar en piloto automático y salir corriendo del edificio en menos de veinte segundos, pero la vida difícilmente va de lo que uno quiere.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

Era la primera vez que un sismo la encontraba completamente sola, estaba consciente de que si no corría por su vida, nadie vendría por ella.

—Veinte segundos Tamara, veinte segundos… veinte segundos… veinte segundos…

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

Logró meter a Juanga en el compartimento especial de la sofisticada mochila de emergencia que vivía detrás de su puerta. Rompiendo y rompiendo el trazo perfecto de su ruta de evacuación, corrió a la terraza por su gardenia; había crecido mucho, por eso unos meses atrás la había traspasado a una maceta más grande y ligera.

Tanto ella como su pragmatismo eran conscientes de la nula lógica de ir corriendo por una planta en una situación así, pero esta no era cualquier situación ni cualquier planta, sino su infalible compañera de insomnio, el aroma que en los días más oscuros la abrazó con el recuerdo del perfume de su madre y es que si había algo que necesitaba tener con ella en esos momentos, era precisamente su olor.

OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA OOOOAAAAUUU ALERTA SÍSMICA.

Cuando creyó estar lista para salir, fue demasiado tarde.

El temblor empezó con un latigazo que provocó que las piernas de la niña asustada de treinta y seis años que alguna vez pareció una gacela veloz subiendo y bajando esas escaleras, se paralizaran por completo ocasionando una dura caída. Por el fuerte movimiento, no pudo hacer otra cosa más que quedarse tirada en el marco de la puerta.

Su impotencia se tradujo en llanto, en un llanto tan resignado como desgarrador. Por la intensidad del sismo, juró que el Tándem colapsaría con ella adentro.

No pudo evitar pensar en su madre y pese a no creer en la vida después de la muerte, en esos momentos la reconfortó la idea de volver a verla. Lo único que pedía a cualquier dios que pudiera escucharla fue que no hubiera agonía, que su muerte llegara pronto.

—Veinte segundos, veinte segundos, veinte segundos… —repetía en estado de shock una y otra vez.

Soltó a Juanga con la intención de que su instinto animal lo obligara a correr hacia la salida, pero el pequeño león no se despegó de ella, demostrando que no por ser adorable era menos leal. Con toda su ternura, lo metió dentro de su chamarra pegándolo a su pecho y, ahogada en sus propias lágrimas, se colocó en posición fetal esperando su fin.

Para entonces, sentía que habían pasado ya horas, que este sismo era interminable, sin embargo, apenas habían transcurrido unos cuantos segundos.

Inés estaba a punto de intentar bajar las escaleras cuando se percató de la presencia de Tamara en el piso al otro lado del pasillo.

—Veinte segundos, veinte segundos…

Inés jamás podría perdonarse el abandonar a alguien en una situación así, por lo que, pese a la oscilación cada vez más intensa, como pudo corrió hacia ella.

—Vamos Tamara, levántate. Tenemos que salir.

Tamara parecía completamente ida.

—Ya pasaron veinte segundos… No hay nada que hacer.

—Nada de eso, levántate… Estamos a tiempo.

Inés trató de ayudarla a incorporarse pero le fue imposible. Se percató de su mochila y de la maceta con la gardenia; en medio del caos, eso la enterneció profundamente y a la vez la hizo sentir un poco de culpa por haberla juzgado como lo había hecho todo este tiempo.

—Escúchame: no estás sola, yo me voy a quedar aquí contigo y vamos a estar bien…

Cubrió a Lola con su vestido y se tumbó junto a Tamara bajo el marco de la puerta, entrelazando fuerte sus manos para hacerle saber que no la iba a soltar.

Tamara solo temblaba, no podía afirmar algo de lo que no estaba segura. Inés intentó distraerla cambiando el tema, con un poco de suerte, podría hacerla reaccionar.

—¿Tú conoces Sifnos?

Logró su cometido.

—¿De qué me estás hablando? No sé qué es.

—Dicen que uno no puede morir sin conocer Sifnos.

Los sonidos durante un temblor son tan inesperados y aterradores como el propio movimiento. De fondo escucharon el estallido de los vidrios de una de las torres del tercer piso junto con el ruido de las cosas al caer de las repisas, mesas y libreros de los diferentes departamentos mientras las puertas se azotaban.

—Es una isla en el mar Egeo… griega… Casi nadie habla de ella, mi sueño es conocerla.

A esas alturas, Tamara estaba empapada en sudor y le costaba respirar, por ende, hablar, pero no dejaba de apretar fuertemente la mano de Inés, quien dicho sea de paso también estaba aterrada, pues por un instante juró que no saldrían con vida de ahí y pese a todo fue la más entera de las dos. Tamara juntó fuerzas para poder hablarle.

—Corre, Inés… Sifnos te espera.

—No me voy a ir de aquí sin ti.

—Pero…

—NO ME VOY A IR DE AQUÍ SIN TI, DIJE... ¡Hasta la

victoria juntas!

Tamara nunca entendió a qué vino al caso una frase del Che Guevara en esos momentos, pero lo que pudo captar, pese a estar atravesando el peor ataque de pánico de su vida, fue que Inés también estaba peleando contra sus propios demonios, por lo que apretó aún más fuerte su mano en señal de agradecimiento.

Habían pasado veinte segundos ya y el sismo, en vez de cesar, aumentó su intensidad.

—A mí siempre me calma respirar lento y profundo, hagámoslo juntas aunque sea tres veces nada más, te prometo que cuando terminemos ya habrá pasado esto.

Las manos de Tamara temblaban sin control mientras sus ojos de gato lloraban al mirarla con toda su atención.

—Inhala profundo… Aguanta el aire… Exhala…

Tamara era presa de una angustia que no la soltaría fácilmente, sentía que sus pulmones no se podían expandir, que no corría oxígeno por sus venas. Sin perder de vista a Inés ni soltar sus manos, sobrevivía segundo a segundo.

A lo lejos, alcanzaron a escuchar la voz de Ismael desde el piso de abajo:

—Tamara, Inés, solo faltan ustedes, estamos ya todos afuera.

Inés respondió como pudo.

—Isma, ve tranquilo. Nosotras aquí nos vamos a quedar.

No lo pensó dos veces, subió por ellas a una velocidad que cualquiera hubiera jurado que tenía alas por pies.

—¡Están locas!, ¡qué se van a andar quedando! ¡Vámonos ya!

—Tamara no puede caminar, me voy a quedar aquí con ella.

—Aquí nadie se queda.

Con una fuerza desconocida hasta por él, Ismael levantó a Tamara cual costal sobre sus hombros mientras que Inés, como pudo, bajó aferrada a su brazo sin soltar la mano de Tamara junto con su mochila, la planta y los dos perros.

Pese a los movimientos, ahora trepidatorios, lograron

salir ilesos del Tándem en un tiempo récord que Tamara ni en sus más remotos sueños pudo haber imaginado: quince segundos, justo cuando el temblor paró.

Apenas pisó tierra firme, Tamara perdió el conocimiento, Inés alcanzó a sostenerla.

Isma abrió la mochila asumiendo que ahí tendría que haber algo para reanimarla y sí, efectivamente, el pequeño botiquín tenía sobrecitos con gasas empapadas en alcohol junto con otros elementos en versión miniatura que cualquiera podría necesitar en una emergencia. Por la cantidad de cosas y la manera en la que estaban perfectamente acomodadas, esa mochila pudo haber sido una obra de arte moderno.

Llamó particularmente su atención el único ítem capaz de auxiliar a una sola persona en una situación extrema, se trataba de una foto plastificada de una niña que, por sus impresionantes ojos, parecía ser Tamara abrazando a una mujer hermosa y distinguida.

Isma le mostró la foto a Inés; a ella le pareció sumamente familiar, pero en esos momentos no logró recordar por qué, su intuición la obligó a guardar la imagen en uno de los bolsillos de la chamarra de Tamara; si la tenía ahí, seguramente la querría cerca en estos momentos.

Al volver en sí, la abogada tardó unos minutos en entender el escenario en el que se encontraba, de pronto se vio tirada en la acera frente al Tándem, en brazos de su vecina incómoda, como si estuviera dentro de un muy mal sueño.

Al recordar lo que había pasado, solo pudo pensar en ellos, los suyos.

—Papá… Juanga.

Inés tenía a los dos perros con sus respectivas correas pegaditos a ella.

—Tranquila, Juanga está aquí.

—Mi teléfono… Necesito hablar con mi papá.

Inés, con su voz siempre dulce y compasiva, hizo lo que pudo para responder en calma, con tal de hacerle saber que todo estaba bajo control.

—Tu teléfono está en tu mochila pero es imposible hacer llamadas, todas las líneas están colapsadas. Vamos a esperar un poco, te prometo encontrar la forma de contactar a tus papás, ¿te parece bien?

Tamara no dejó pasar la oportunidad de aclarar el punto.

—A mi papá nada más.

Ahora la fotografía tenía mucho más sentido. Para Inés fue inevitable sentir su corazón estrujarse al recordar a su familia, muerta en vida, que lo último que se estaría preguntando en esos momentos era su paradero.

No pudo detenerse a ahondar en ello y quebrarse como le hubiera gustado, pues escuchó una voz conocida gritando su nombre mientras dos hermosos labradores chocolate se abrían paso entre los vecinos, buscándola.

Al verla, el alma le volvió al cuerpo. El buen Lolo se agachó para abrazarla, entonces se percató de que había una mujer recostada en sus piernas.

—¡Inesita! Estaba tan preocupado por ti… ¿Quién es ella? ¿Están bien?

Inés no se pudo levantar pero devolvió el abrazo con un tierno beso en su mano.

—¡Lolito lindo! Estamos bien, qué paz que ustedes también. Justo te estaba escribiendo para irnos a comer cuando empezó a sonar la alarma. Ella es Tamara, mi vecina de enfrente.

No pudo evitar sorprenderse al ver a Inés contener a quien conocía por tantas quejas como su némesis.

—No me digas que ella es la famosa jirafa insoportable…

Ante la reacción sin filtros de Lolo, a los tres no les quedó de otra más que descomprimir un poco y reír, porque eso también se hace después de un momento traumático.

—¿Pero qué te pasó, niña, me dejas revisarte? Soy doctor.

—Pues… me pasó un temblor y una vecina necia que no se ha despegado de mí desde entonces, como si yo hubiera sido una buena persona con ella.

Inés sonrió agradeciendo que Tamara estuviera consciente de lo insoportable que había sido. Lolo, mientras tanto, la examinaba como podía, sin más instrumentos que los muy precarios que había en la mochila.

—¡Caray! Muy bien… Podemos ver que la honestidad está intacta, eso siempre es una buena señal. Tienes a una buena mujer tan sincera como tú a unos cuantos pasos de tu casa, aprovéchala.

—No lo dude, doctor, ella no me soltó a mí, yo no la pienso soltar a ella.

—Lolo, por favor. Me siento raro cuando me dicen doctor fuera del consultorio o del hospital. En fin, independientemente del tremendo susto que acabamos de pasar, todo parece estar bien pero te confieso que no me gusta cómo se escucha ese corazón ¿tienes alguna afección cardíaca, niña?

—No que yo sepa…

—Mmmmmmm… ya veremos. ¿Me puedes prometer algo?

—Sí.

—Apenas pase esto y se tranquilice todo, date una vuelta por mi consultorio para que pueda revisarte bien y hacerte un electro como Dios manda, hay un par de pruebas que me gustaría hacerte.

—Claro que sí doc… Lolo.

Las manos de Tamara seguían temblando, su corazón latía a mil por hora.

—Dime Tamara, si yo en estos momentos pudiera darte o hacer lo que sea que necesites para que ese corazón esté en paz, ¿qué crees que sería?

No dudó ni un segundo su respuesta.

—Saber que los míos están bien, eso sin duda me daría mucha paz.

—No se diga más.

Inés, Tamara, Lolo y los cuatro canes, emprendieron una larga caminata hacia la Residencia La Paz mientras que Isma, tal y como lo había hecho su padre veintiocho años atrás, organizaba las brigadas de vecinos voluntarios para llevar ayuda a las zonas más afectadas.

Después de estar más de dos horas en la calle, los residentes de La Paz finalmente pudieron volver a sus habitaciones tras una exhaustiva revisión de daños por parte de Protección Civil. Afortunadamente, solo hubo un par de incidentes mínimos que con un poco de cal y pintura pronto estarían reparados.

Al ver la casita casi intacta, una brisa de calma impalpable abrazó a Tamara.

—¿Quieres que te acompañemos o prefieres que nos quedemos afuera esperándote? —preguntó una Inés solidaria y respetuosa.

—Si no les molesta, acompáñenme. Ya sé que parezco una niña asustada y les juro que no suelo ser así, pero este momento no es fácil y no quiero estar sola.

—No tienes nada que explicar, vamos contigo —dijo Lolo.

Los residentes de La Paz estaban tan desorbitados tras el sismo, que les vino fantástico distraerse con la visita de los cuatro perros que esperaban a sus dueños en el patio mientras recibían una cuota insuperable de mimos y pedacitos de pan, de ese que les habían dado «para el susto».

Apenas se vieron, Pablo y Tamara se fundieron en un abrazo en el pasillo, soltándose a llorar como los dos hermanos que no eran. Cuando logró articular palabra, Pablo por fin pudo decir lo que Tamara desesperadamente necesitaba escuchar.

—Él está bien, tranquila, él está bien.

Tamara lo abrazó aún más fuerte. Pablo sacó sus múltiples pañuelos del bolsillo para secar sus lágrimas y, de paso, las de la abogada, para por fin hablar de lo sucedido.

—No debe haber sido fácil estar con él, GRACIAS por no dejarlo solo y por… —Tamara de pronto reparó en que se había olvidado de presentar nada menos que a quienes no la habían dejado sola, así que los acercó para incluirlos en la conversación.

—¡Perdón! Te presento a Inés, ella me salvó la vida hoy. Lolo es gran amigo de Inés y… espero un día mío también.

—Lolo, Inés, él es Pablo, algo así como el ángel de la guarda de mi pequeña familia.

—Qué pena con ustedes tanta chilladera… Mucho gusto Lolo, Inés.

Pablo miró a Tamara e Inés sorprendido.

—¡La vecina de la gardenia!

—Exactamente… ¡La de la planta!

Pablo estaba impresionado por la belleza de la vecina salvadora.

—Inés, como mi Sor Juana Inés de la Cruz.

Conectó de forma inmediata con Pablo después de tan atinado comentario para una amante de las letras.

Tamara los miró divertida.

—¿Ves? Tú también eres famosa por mis rumbos.

—Gracias por no soltar a mi Tama linda, me acongojaba pensar que esta mujer estuviera solita reviviendo esta pesadilla, qué tranquilidad saber que los tuvo a ustedes.

—No hay nada que agradecer —dijo un Lolo sonriente, pero en el fondo un tanto desconcertado por la fuerte declaración que Pablo acababa de hacer, pues inocentemente había develado algo que ni la misma Tamara había podido decir hasta ahora. La abogada no se percató en ese momento de ello.

—¿Cómo lo tomó papá? ¿Cómo te fue con él?

—Don José tenía visita cuando empezó a sonar la alarma, entre todos hicimos equipo para calmarlo y convencerlo de desalojar.

—No me digas… ¡El cuadro!

—Exactamente, no se quería ir sin él pero logramos sacarlo de aquí antes de que empezara a temblar.

No le extrañó que en una situación así don José se aferrara a la imagen de su esposa, lo que no tenía presente es que era sábado a medio día y su papá podría tener visitas.

—¿Y quiénes estaban con él?

—Ahí siguen, asómate. Por lo calladitos que andan, se deben haber quedado dormidos todos. A tu papá le tuve que dar un calmante porque estaba muy inquieto y a las

otras dos, un té bien cargado de valeriana y pasiflora.

En ese momento, Tamara supo a quienes se refería, por lo que, con un gesto, pidió a Lolo e Inés que la acompañaran a pasar. Prudentes como siempre, ellos se quedaron en la puerta para no invadir.

Al entrar al cuarto, Tamara encontró a don José pacíficamente dormido en su cama, a Martita recostada en el reposet junto a él y a Candelaria sentada en el piso con la cabeza apoyada en el regazo de su mamá. Apenas la vio entrar, se levantó de inmediato a abrazarla, haciéndole saber lo importante que era para ella saberla bien.

Tamara, que la conocía mejor que nadie, sabía perfectamente bien cuál era la angustia de esa chaparrita que tanto adoraba, así que devolviendo el acto de amor de Lolo e Inés, hizo lo que estuvo en sus manos para darle paz.

—Él está bien, cual superhéroe, vino a rescatarnos en pleno temblor, bajó las escaleras más rápido que yo en mis mejores días, cargándome como costal en su espalda…

El suspiro de Candelaria dijo más que mil palabras.

—Si quieres ir a verlo, está organizando a todos los vecinos de la colonia para ayudar en los derrumbes.

Candelaria volteó a ver a Martita, quien solo pudo hacer lo que cualquier madre al ver a su hija enamorada.

—¡Córrele, hija! Ya te estás tardando en ir a ayudarle… Ven que te doy la bendición y ven tú también, mi Tama linda, que me tenías con el alma en un hilo. No me quise mover de aquí porque sabía que este iba a ser el primer lugar al que te ibas a reportar.

Tamara abrazó fuerte a Martita antes de llenar de besos la frente de su padre, quien entregado a los brazos de Morfeo no se enteró de la visita de su hija.

A Lolo e Inés les bastó con ser observadores para entenderlo todo, la mujer del cuadro arriba del piano era nada menos que Tali Fink, la famosa *prima ballerina* del Ballet Nacional, tanto ella como su marido fueron personajes muy famosos en la escena cultural, por eso su historia fue muy sonada.

Veintiocho años atrás, todos hablaban de la desaparición de la bailarina que se encontraba ensayando

en el Teatro de la Ciudad cuando vino aquel sismo devastador.

La controversia giró en torno a que toda la gente que en ese momento se encontraba en el teatro, incluidos los bailarines que estaban con ella en la sala de ensayo, habían logrado desalojar el lugar en veinte segundos, incluso aseguraban que Tali había bajado con ellos las incontables escaleras.

Los principales medios montaron guardia en el perímetro de las ruinas del ahora extinto teatro. Dada la coyuntura del momento, hicieron transmisiones remotas en las que expertos compartían distintas teorías sobre lo que pudo o no haber pasado con la bailarina, no faltó quien dijo que quizás había huido sigilosamente en medio del caos sin que los demás se percataran, y que en cualquier momento aparecería sana y salva en un lugar lejano.

Cuatro días después del derrumbe, en medio del polvo y los escombros, los rescatistas percibieron un olor intenso que distaba mucho del hedor de la descomposición, se trataba de un fuerte aroma a gardenia que los llevó a eso que tanto buscaban y que en el fondo deseaban no encontrar: los restos de Tali Fink.

«Un día a la vez», con la ayuda de esa filosofía que cada veinticuatro horas salvaba la vida de Lolo y que repetía al considerarla el mayor aprendizaje de su vida, Inés aprendió a disfrutar minuto a minuto su embarazo geriátrico de alto riesgo.

A Tamara le costó mucho más relajarse, pero la serenidad y determinación de Inés, pese a su doloroso pasado, la obligaron a mantenerse en el hoy y dejar a un lado cualquier futuro catastrófico que pasara por su mente.

Era un hecho que su bebé había logrado llegar a término, ya solo faltaba que quisiera salir a respirar la cantidad estratosférica de amor e ilusión que le esperaba afuera del vientre de su madre.

A lo largo de cuarenta interminables semanas habían hablado absolutamente de todo aquello que en algún

momento creyeron podría complicarse en su esquema de maternidad compartida.

Por mucho, el escenario más difícil fue cuando Inés le hizo jurar a Tamara que si en algún momento ella y su bebé se encontrasen en peligro de muerte y solamente uno de los dos tuviese la oportunidad de ser salvado, sin dudarlo, y por sobre todas las cosas, eligiera al bebé, pues a través de ese ser ella viviría por siempre.

Esa noche lloraron juntas como no solían permitírselo. La sola idea de contemplarlo fue escabrosa, les resultaba imposible concebir sus vidas sin la otra.

En cuanto al tema de mantener su individualidad como mujeres libres, viviendo en sus respectivos departamentos, llegaron a una serie de acuerdos a los que se comprometieron poniendo su bien más valioso de por medio: su propia palabra.

Entre los puntos más importantes estaban: tener un cuarto armado en cada departamento, pues apenas tomara fórmula, el bebé alternaría las noches con ellas; tener a una persona responsable de cuidarle mientras ellas trabajaban; encargarse sin excusas del retoño en caso de que una de las dos necesitara tiempo a solas… o acompañada; dividirse equitativamente los gastos; tomar cualquier decisión relacionada con su vástago siempre en equipo; jamás faltar a sus eventos del colegio y, en caso de que alguna (o, por un milagro, las dos) tuviera una pareja formal, la otra tenía que darle el visto bueno antes de que conviviera con su cría.

Con la aprobación remota de Inés y el expertise en compras en línea que desarrolló a lo largo de sus interminables semanas en reposo, Tamara tenía todo milimétricamente listo y organizado para la llegada del bebé, desde sus habitaciones hasta su carriola, bambineto, sillita para el coche, pañales, pañaleras, toallas, toallitas, mamilas, chupones, pijamas minúsculas, ropita y todo aquello que Carolina les había apuntado en la lista básica de lo que toda madre primeriza necesita tener.

En la última revisión, el doctor Weber encontró las cosas en orden, por lo que acordaron no programar una

cesárea a menos que lo considerara necesario de último momento. Si para la semana 42 no había señales de un posible parto natural, procederían a provocarlo con la ayuda de una inyección de oxitocina.

Corroborando la teoría de «la sincronía perfecta del tiempo», Tamara estalló de felicidad cuando Weber mencionó que la criatura nacería alrededor de la navidad.

Ese año, su amado árbol gigante de tienda departamental vomitaba regalitos y regalotes para bebé que provenían de la gente de su despacho, clientes, alumnos y maestras del colegio y talleres de Inés, la gente de la Residencia La Paz, Carolina, sus vecinos y por supuesto, su pequeña familia por elección: Lolo, Candelaria, Martita, Pablo e Ismael.

La abogada nunca se atrevió a confesar que, cada vez que llegaba un nuevo regalo, revisaba inmediatamente la tarjeta pues de la única persona que no había vuelto a saber nada era de Sebastián, lo cual le resultaba extraño pues se había encargado de que, con el pretexto de llevarle a firmar un recibo de parte de Alexia, la abogada Escoto lo pusiera al tanto de las novedades; incluso Nina, su asistente, había hablado con ella en repetidas ocasiones. Con un poco de suerte, al saber que ya no estaba embarazada, podría buscarla para tener un encuentro… a esas alturas, no le vendría nada mal. Tenía fe en que, como siempre, su nostalgia lo haría aparecer cuando estuviera cercana la navidad pero conforme pasaron los días, perdió la esperanza.

El 22 de diciembre por la noche, Inés estaba tan emocionada como intolerante, su panza era ya gigante y no lograba dormir por las noches al ya no encontrar una postura cómoda. Unos días atrás, Tamara le había propuesto mudarse al 201 para ver si cambiar de atmósfera, sillón y colchón lograba hacerla sentir un poco mejor.

No sucedió, Inés ya no soportaba absolutamente nada, y menos que menos el playlist navideño de Tamara que para entonces sonaba en su casa.

—Amorcita mía, este año retacaste dos departamentos

de esferitas, luces, duendes y Santa Clauses, nuestro bebé va a nacer en tu semana favorita del año, llevas un mes tomando ponche, has hecho cinco kilos de galletas de jengibre, te comiste ya dos asquerosos fruitcakes patrocinados por tu ansiedad, ayer hiciste un pavo, hoy lo rebanaste y acomodaste perfectamente en una charola para el refrigerador por si el alien nace en los próximos tres días, dejaste tuppers e instrucciones de cómo calentar el resto de la cena, ya tienes la mesa puesta... ¿Acaso sería mucha molestia pedirte que, POR FAVOR, PONGAS «STOP» A ESE MALDITO PLAYLIST QUE LLEVA SONANDO DOS VIDAS? Es que te juro que si suena «Los peces en el río» una vez más, voy a entrar en labor de parto con tal de que me saquen de aquí.

Tamara amaba, aún más que a la navidad, esa versión mordaz e insoportable de Inés, le parecía una de sus facetas más divertidas pues, además, tenía el don de despertar a su pequeña bully interna.

—Pero entonces no entiendo, Nesi, ¿me estás diciendo que quieres escucharla otra vez? —dijo Tamara con teléfono en mano cuando empezó a sonar una versión sinfónica con el coro de los niños cantores de Sevilla entonando: «Pero mira cómo beben los peces en el río… Pero mira cómo beben por ver a dios nacido».

—¡¡¡VAS A PAGAR ESTO, JIRAFA INMUNDA!!! Por piedad, quítalo y ven a auxiliarme que tengo que ir al baño.

—Tus deseos son órdenes, Nesita linda, solo permíteme…

Tamara subió el volumen y le cantó a Inés mientras la ayudaba a levantarse del sillón «Beben y beben y vuelven a beber». Nunca nadie la había visto con tanto odio en su vida.

La futura madre tardó mucho más de lo normal en el baño. Dado que ya era una amenaza de bomba a punto de explotar, Tamara finalmente silenció la música y fue a cerciorarse de que todo estuviera bien.

Tocó la puerta del baño pero no recibió respuesta. Esperó afuera asumiendo que se había pasado de la raya y

que su adorada esposa realmente estaba molesta. No perdió la oportunidad de tocar la puerta de nuevo.

—Nesita… Ya te quité la música, ya puedes salir.

—Mi amora…

—¿Todo bien? ¿Estás bien?

—Ya.

Era extraordinaria actriz aunque no tan buena como para fingir ese tono de voz tan determinante.

—¿Ya qué? ¡Inés, no juegues con eso!

—YA.

—Te juro no te vuelvo a poner villancicos en lo que resta del año… Te lo juro.

—No, no… No es broma. Llámale a Weber y ve preparando todo porque tenemos que irnos al hospital.

Inés no se había percatado de que eso que ella llamaba «incomodidad e intolerancia extrema», eran en realidad las primeras contracciones de parto.

Habían acordado no avisar a nadie de la llegada del nuevo integrante del clan hasta no estar tranquilas con él o ella en sus brazos. Querían que ese momento fuera solo de ellas, sin tenerse que ocupar de terceros.

El doctor Weber las recibió sereno y tranquilo en el hospital.

—Todo parece venir bien. Inés, necesitas dilatar más, así que te voy a poner a caminar.

Inés se había convertido en una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

La embarazada dulce y prudente que fue no tenía nada que ver con su rol de madre furiosa en trabajo de parto.

—¿Es en serio, Weber… Me tuviste cuarenta semanas acostada y justo ahora quieres ponerme a caminar? ¿Tú tienes idea de lo que duele «dilatar»?

Tamara tuvo que ser la embajadora de la calma para mantener en control la situación.

—Nesi, qué tal que respiramos juntas mientras vamos a caminar.

—¿No parece que esté respirando o cómo…?

—Tres veces… Respiramos profundo…. Aguantamos

el aire…

Inés volteó a verla con ojos de muerte. Tamara estaba haciendo todo lo que estaba en sus manos para ser una versión bizarra de Inés en tamaño garrocha.

—Piensa en Sifnos, imagínate ahí…

—Te odio, Tamara.

Tamara no pudo evitar soltar una carcajada.

—Yo te amo y mucho. Ándale, vamos a caminar que tengo mucha fe en que esta criatura del señor haya heredado tu carácter y con «tu carácter» me refiero a este, no al de todos los días.

Entre risas, quejas y blasfemias, Inés y Tamara caminaron por el pasillo del aula de maternidad ida y vuelta al menos quince veces, porque cuando Inés se armaba de valor y tomaba una decisión, no se andaba con medias tintas.

En un momento de su recorrido, Inés, con la sensibilidad más a flor de piel que nunca, escuchó a lo lejos una voz que, desde una habitación, se transformó en un escalofrío, helándole la piel.

Intentó con todas sus fuerzas hacer caso omiso y justificar que probablemente era una alucinación del mismo trabajo de parto, pero si algo jamás le había fallado era su intuición y sabía que esta vez no era la excepción.

Por su repentino silencio y seriedad, Tamara notó que algo estaba pasando.

—Vamos al cuarto, por favor, vamos rápido.

Trataron de meter velocidad en la medida en que la condición de una mujer con cinco centímetros de dilatación lo permitió, lograron llegar hasta el cuarto, en donde creyó estar a salvo. Sin embargo, no contaba con que un letrero con su nombre y el apellido de su esposa, serían la excusa perfecta para despertar la curiosidad de esa voz que sentía perseguirla.

—Toc, toc… ¿Inés Becker…? ¿Acaso eres tú, María Inés?

No, no era una alucinación, la voz la había alcanzado, logrando convertir el momento más importante de su vida en una maldita pesadilla.

—¿Qué haces aquí?

Tamara no podía creer que el famoso demonio convertido en madre, ese del que tantas historias de terror había escuchado, se estuviera manifestando.

Su tono hipócrita era aún peor de lo que había imaginado. Apretó fuerte la mano de Inés; nadie mejor que ella sabía lo que esa visita le causaba.

—Fíjate que vine a conocer a Salvador, hijo de tu herm… de Jorge Esteban y me pareció verte de lejos. Obviamente, dudé que fueras tú, porque hasta donde me quedé eras incapaz de tener un hijo o, bueno, ya a tu edad, un nieto, pero ni hablar… ¿Y en dónde está el supuesto señor Becker?, si existe ¿o es otro invento tuyo?

El dolor tan intenso que el trabajo de parto le estaba provocando la empoderó, y la hizo sentir como la mujer más fuerte que alguna vez existió, capaz de lidiar con cualquier cosa en este mundo, incluyendo la amargura y el resentimiento de su madre.

Inés cambió el semblante y hasta su tono de voz, no iba a mostrar debilidad frente a esa mujer que alguna vez fue su madre.

—Lalina, te presento a Tamara Becker, mi esposa. Mi amora, ella es Lalina, la mujer que me parió.

Su memoria privilegiada tenía registrados los detalles de las incontables conversaciones que había tenido con Inés, por lo que Tamara estaba dispuesta a llevar esto hasta las últimas consecuencias con tal de que esa mujer se fuera cuanto antes de ahí.

—Qué tal, Lalina. ¡Ah, claro! ¿A ella es a quien se refería el padre con el que hablaste el otro día para ver lo del bautizo del bebé?

Ese comentario oficialmente había sacado a Lalina de su zona de confort. Trató de ocultar su preocupación pero no le fue fácil, no había manera de que María Inés hubiera hablado con el padre Héctor… ¿O sí? ¿Por qué éste no le había dicho nada a ella al respecto?

Inés le siguió la corriente, no podría haber dado mejor estocada a Lalina, su esposa era un genio.

—¡Ay sí! Lalina, no sabes el gusto que me dio hablar

con el padre Héctor. Creo que lo confundí un poco cuando le conté sobre lo de los óvulos de mi esposa y el semen que compramos de un desconocido, cómo lo implan…

Lalina estaba a punto de colapsar, pero antes de hacerlo, no perdió la oportunidad de interrumpir a Inés para dejarle bien claro que para ser perversa y despiadada, no había nadie como ella.

—¿Tú de verdad crees que estás atentando contra mí con todo este numerito? Tu estupidez no deja de sorprenderme María Inés, verdaderamente no tiene límites. Mira que ser incubadora del bastardo de una lesbiana es ya caer muy bajo… Porque sí estás consciente de que «eso» que llevas entre las piernas no es ni remotamente tu hijo y que no tienes ningún derecho como madre sobre él, ¿verdad?

Inés no permitió que Lalina se saliera con la suya, por lo que, echando mano de sus dotes histriónicos y transformando el intenso dolor que le estaba causando sentir cómo ese bebé parecía estarla partiendo en dos, empezó a reírse.

—¿Ves que no me equivoqué cuando te hablé de ella, mi amora? Esta mujer se jura una autoridad en absolutamente todo y como es incapaz de leer e informarse, pues… hace estos papelones.

Tamara estaba a punto de irse a golpes sobre Lalina, pero con una enorme sonrisa, la puso en su lugar.

—No se preocupe Lalina, esto pasa mucho con la gente mayor, pero cuando quiera le platico sobre derecho familiar para que no vuelva a hacer el ridículo emitiendo tan ignorante opinión.

Dada la humillación, Lalina finalmente emprendió la huida arropada en su acostumbrada pasivo-agresividad ahora dirigida a Tamara.

—Por cierto, no sé si María Inés te contó que todos los «hijos» que han pasado por su vientre están muertos, para que lo tengas contemplado.

Tamara no podía creer lo que la mujer que parió a Inés acababa de decir, todo lo que le contó sobre ella era poco.

Tras la innecesaria visita de Lalina, finalmente Inés sintió un dolor que le desgarró las entrañas. Le fue imposible no gritar, estaba pálida y empapada en sudor, sólo tuvo fuerzas para pedir ayuda.

—Llama a Weber, por favor, algo no anda bien.

No tardaron en llevarla al quirófano de emergencias.

A partir de ahí, todo pasó tan rápido que Tamara y su corazón no pudieron procesarlo sino hasta mucho tiempo después.

El ruido de las máquinas, la sangre derramada, enfermeras corriendo, doctores desesperados, gente de un lado para otro, ver a Inés completamente inconsciente tendida en una camilla…

Pese a la confusión e incertidumbre, Tamara siempre tuvo claro que no podía irse de ahí, no cuando los grandes amores de su vida corrían peligro.

—Por favor, déjenme estar aquí, necesito quedarme con ella. No puedo dejarla sola, ella nunca me dejó sola. Por favor, se lo suplico, no me saquen, no hago ruido, me quedo aquí calladita, por favor…

Pese a su necedad y resistencia, la enfermera encaminó a Tamara hacia la puerta de salida.

—Tiene que salir, señora, no puede estar aquí.

—Es que no me está entendiendo, señorita; si le pasa algo, ¿qué va a ser de mí sin ella?

Tamara suplicó a Weber le dejara quedarse aunque fuera en una esquina. Logró hacerlo bajo la amenaza de que al primer movimiento, reacción o ruido, la sacarían de ahí.

Hubiera elegido escuchar un millón de alertas sísmicas en simultáneo antes que el ruido ensordecedor de aquella sola nota en el monitor de signos vitales.

Esa madrugada, Tamara fue el epicentro de un devastador sismo emocional, cuyo derrumbe esta vez presenció sola y en primera fila.

Había pecado de sofista cuando dijo que su cuota de dolor y pérdida en esta vida estaban ya cubiertas, pues ninguna experiencia del pasado podría haberla preparado para ese momento.

Libro 2

Capítulo I

No existe un enero sin mañanas contradictorias y bipolares. Hay en ellas una bruma espesa de entusiasmo, empeñada en comenzar el año con nuevos bríos, al mismo tiempo se lucha contra la humedad que se cuela desde el flanco más débil de la cama, postergando su abandono; de ahí que confrontar los días más crudos del invierno sea un reto hasta para los más valientes.

La puntualidad nunca había llegado tan temprano como aquel día, faltaban ocho minutos para las nueve de la mañana cuando un ruidoso camión afuera del Tándem anunció la llegada del momento que Tamara deseó evitar con todas sus fuerzas: la mudanza del 202.

Poco quedaba ya de lo que alguna vez fue la selva particular de Inés. Fue sumamente revelador descubrir que el follaje verde vivo con vetas amarillas que durante tantos años abrazó ese hogar, partía de un modesto potus que se había salido de control. Eso era tan típico de ella: hacer de algo pequeño un espectáculo.

Hasta ese momento Tamara había sido un soldado en pie de guerra, pero al ver la gardenia en medio de tanta soledad, no pudo evitarlo.

—No, mi amora, no llores, solamente son dos años. Cuando menos te des cuenta, ya estaremos de vuelta.

Abrazó a Inés tan fuerte como el día en que creyó haberla perdido para siempre. Había en su voz un halo de resignación ondeando entre tanta tristeza.

—Va a ser más tiempo, Nesi…Tú y yo lo sabemos.

—No vayas ahí, no hay nada escrito. Si algo sabemos tú y yo es que la vida da demasiadas vueltas y nada resulta ser como lo imaginamos. ¿O tú te imaginaste hace once años que nuestra vida iba a ser así?

—Jamás —respondió con la voz entrecortada.

—Exactamente. Las cosas buenas han sido mejores, y las malas que hemos pasado… Han sido un palazo seco en la cara que no vimos venir.

—En eso (pero nada más en eso) tienes razón. Es solo que…

—¿Qué?

Tamara sintió su ventana de vulnerabilidad abrirse, era ahora o nunca, pues en breve tendría que hacer una pausa para guardar la compostura y volver a ser fuerte.

—Es solo que… Que sabes que estoy feliz por ti y que te apoyo incondicionalmente pero… Me da mucho miedo que no volvamos a ser «esto» que somos, que hemos sido, que nos ha rescatado… ¿Qué va a ser de mí sin ti, Nesi?

Sus palabras finalmente lograron quebrar a Inés, llevaba siete años posponiendo esa despedida por miedo al dolor de tener que confrontarla. La había repasado tantas veces en su mente, que creyó estar lista para mantenerse serena y tranquila pero despedirse de la incondicional cómplice de su vida era peor de lo que había imaginado, sobre todo porque, en el fondo, sabía que nada volvería a ser igual aunque quisiera convencerse de lo contrario.

—Yo siempre voy a estar para ti, no importa en dónde me encuentre, eso no puedes ponerlo en duda jamás. Después de las que hemos pasado juntas, ¿crees que van a poder separarnos unos cuantos kilómetros? Porque yo no.

—¿Me lo prometes, Nesi?

—Te lo prometo, nosotras siempre hemos podido con todo. Mírame a los ojos y escúchame: vamos a estar bien.

Del llanto angustiado de Tamara brotó un poco de alivio.

—Igual… Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión, por favor piénsalo.

No respondió, sabía que no era una opción ni siquiera remota para ella. Lloraron y se abrazaron tan pero tan

fuerte, que empezaron a hablar entre sollozos hidroacústicos imposibles de entender para cualquier otro que no fueran ellas.

Para entonces, todos y todo había cambiado, menos lo único constante: el Tándem.

Después de morir clínicamente durante cuatro minutos, Inés nunca volvió a ser la misma. De esa sobreviviente emergió un nuevo ser resiliente con un objetivo firme y claro: cumplir sus sueños.

En el camino, Tamara también había transitado su propio viaje, las circunstancias la habían obligado a rendirse ante sus viejos patrones y desacelerar. Además de un radical cambio de hábitos, había empezado a correr menos y a hacer más yoga.

Mientras bajaban los muebles, Candelaria e Isma pasearon una última vez con su pequeña debilidad y Vita por el parque Mirabent.

—Tía Cande, cuéntame otra vez a dónde se fue Juanga.

—¿Otra vez?

Victoria le sonrió, era imposible negarse a sus peticiones con esa sonrisa de dientes de leche.

—Bueno, pues… El Juanga se fue a un planeta en el que hay nubes de tocino y montañas de jamón en donde los perritos pueden comer todos los chocolates que quieran sin que les duela nada.

—¿Y qué otros perritos están ahí?

—Pues todos los mejores amigos del Juanga. No sabes la fiesta que se armó cuando llegó ahí y se reencontró con la Lola, con Apolo, con Febo…

No solo a Victoria le hacía bien imaginarse a los perritos así, la teoría de Candelaria sobre la vida después de la muerte canina resultaba sanadora para todos alrededor.

—¡Ay! Qué ganas de ir a ese lugar con ellos, ¿me llevas un día?

Candelaria no pudo disimular la honestidad de su respuesta.

—¡Ni de chiste milagrita! No podemos…

—Pero si…

Enseguida la interrumpió.

—No podemos, aunque seamos muy perras, no nos van a dejar entrar.

La ingenuidad de Victoria no cedió ante la chispa de Candelaria.

—¿No deberíamos conseguirle a mamá un nuevo Juanga para que no esté sola, tía Cande?

—Ah, no… No te confundas mijita, como mi Juanga no hay dos. Pero fíjate que no es mala idea. A ver si el Isma sabe de algún perrito guapo en adopción.

Victoria suspiró y bajó la mirada, algo que hacía cuando estaba a punto de llorar.

—Ustedes van a cuidar mucho a mamá, ¿verdad?

Isma salió al rescate con una actitud aparentemente entusiasta, pero en el fondo, profundamente triste.

—¡Claro, mi Vicky! Tú despreocúpate de eso y nomás ocúpate de pasarla súper y echarle muchas ganas al inglés.

—Pero es que… Yo no me quiero ir, no quiero dejar a mamá, a papa, a ustedes, a los abuelos, a mis amigos,…

Con el afán de no convertir ese momento en un valle de lágrimas aportando las propias, Candelaria se contuvo echando mano de su recurso más habitual.

—¡Qué bárbaro! Heredaste el talento de tu mami pa la chilladera mocosita. Fíjate que yo sí necesito que te vayas para que me cuentes si es cierto que hay esos camionsotes rojos en la calle y si sirve el reloj ese bien alto que sale en las películas. Si no vas tú, ¿quién me lo va a decir? A ver, ¿quién?

Enternecido, Isma abrazó a Candelaria por la cintura y le dio un beso en el hombro, sabía mejor que nadie el amor que le tenía a esa chiquilla y cuánto la iba a extrañar.

—Nadie, pero… Mamá me dijo que va a venir a visitarme ¿Por qué no vienen con ella? —respondió Victoria mientras se limpiaba las lágrimas con sus manitas llenas de tierra por haber estado en el pasto jugando con Vita, que si bien ya no era una cachorra, siempre tenía fuerzas para jugar con ella.

Candelaria se tragó el nudo en la garganta para

rescatar desde el fondo de su ser un poco de optimismo.

—¡Súper, sí! Vamos a empezar a ahorrar para poder ir a verte, ¡ojotes llorones de agua puerca! Así es que ponte abusada para que nos lleves a pasear y puedas traducirnos todo.

—Sí, tía Cande —dijo Victoria aún entre suspiros.

De entre los árboles del parque, emergió un hombre con un par de pañuelos en mano tomando por sorpresa a Victoria al cargarla y llenarla de besos.

—¡¡¡Papá!!!

—A ver, a ver… Explíquenme por favor qué está pasando aquí, ¿por qué esta tormenta de lágrimas y mocos?, ¿o qué te crees, zucchini broccolini mugroso? ¿que te me vas a escapar así nomás sin darme un abrazo-oso rompe costillas?

El semblante de Victoria cambió de la noche al día. No había terminado de limpiar su carita, cuando ella lo abrazó fuerte.

—¡Claro que no, «potato»! —dijo Victoria, acompañada de su risa contagiosa, ella sí solía festejarse sus propios chistes sin importar lo malos que fueran.

—¿Y *nonno?*

—Está en el Tándem esperándote.

Nuevamente, la pequeña bajó la mirada.

—¿Ya nos tenemos que ir?

Ismael, Candelaria y Pablo se miraron entre sí, no necesitaron hablar para saber lo que estaban pensando: nadie quería que Inés y Victoria se fueran.

Al ser emocionalmente el más estable de los cuatro, de nuevo Isma se vio obligado a responder.

—Eso quiere decir que primero nos vamos rápido a la panadería por uno de esos «cruasanes» que tanto les gustan para que se los coman en el viaje y ya de ahí nos echamos unas carreritas a la casa, ¿cómo ves, mi Vicky?

Victoria lo miró con un poquito de alegría puesta en sus ojos aún llorosos.

—Yo veo que el último queeeee… —Miró a todos desafiándolos con cara de travesura—. Llegue aaaaa… —Poco a poco iba emocionándose más, como un vagón de la

montaña rusa a punto de bajar por la pendiente—. Laaaaaa. —Los tres adultos la miraban con absoluta atención y complicidad, de pronto parecían cuatro niños en el patio del colegio planeando un gran escape—. PAAAAN… —Candelaria cargó a Vita—. AAA… DEEE… —Ismael puso una rodilla en tierra porque tenía que atarse la agujeta del zapato derecho—. RIIIII… AAAAA…

Pablo se apresuró en guardar los pañuelos limpios sobrantes en el bolsillo de su pantalón, consciente de que muy pronto tendría que repartir varios.

—DEEEEE… LAUREEEEENT… —Estaban listos y atentos—. EEEEESSSSS…

—¡¡¡CORCHOLATAAAA CHIMUEEELAAA!!! —gritó fuerte Pablo en el momento en que tomó la mano de Victoria para salir disparados corriendo hacia el recinto de los más deliciosos croissants.

Hay cosas que los adultos creen que los niños no van a notar y hacen todo por disimularlas, eso creyó Tamara al fingir ser un roble cuando se despidió de Victoria; mientras, una aparentemente estoica Inés atestiguaba el momento, contenida en los brazos de Rafael.

—Pórtate muy bien, abre bien esos ojitos y disfruta esta nueva aventura en grande para que me lo cuentes todo con detalle.

Los farolitos color aceituna de Victoria estaban a punto de despintarse.

—¿Me prometes que vas a estar bien, má?

—¡Claro que sí! Esta es una gran oportunidad para ustedes. Tú vas a conocer otro lugar, aprender un idioma, tener nuevos amigos, mientras que mami va a cumplir un sueño que ha tenido toda su vida.

Victoria escuchó a su mamá atenta mientras la estrujaba con todas sus fuerzas, Tamara pudo percibir su angustia.

—Mi vida, tú no te tienes que preocupar por mí, yo siempre voy a ser muy feliz si tú eres feliz.

La genética de Victoria iba sobrada de astucia.

—¿Entonces vas a estar triste si estoy triste?

Las madres cruzaron miradas, sus preguntas nunca dejaban de sorprenderlas.

—Más bien, muy preocupada de saberte triste y lista para salir corriendo a ayudarte en lo que sea que necesites para que ya no lo estés… Pero no entiendo por qué estamos hablando de tristezas aquí; muy pronto voy a ir a verte y la vamos a pasar como no tienes idea de bien. Así que quita esa cara larga y regálame una sonrisa grande, grande, grande. Acuérdate: no importa en dónde estemos…

Victoria se esforzó para regalarle esa sonrisa a su mamá.

—¡Hasta las estrellas, juntas!

—Hasta el fin de todas las galaxias ida y vuelta, mi sol.

La otra madre no pudo más y se fundió en un abrazo que abarcó todo el firmamento.

—Hasta el infinito juntas, siempre… —dijo Inés antes de encaminarse con Victoria hacia el auto que las estaba esperando.

Rafael se despidió cariñosamente de Tamara.

—Por favor ven, alcánzanos. Nos vas a hacer mucha falta.

Ya habían tenido esa plática y no la iba a repetir en ese momento. Estaba agotada de hablar del tema.

—Dejo en tus manos a mi ventrículo derecho y a mi ventrículo izquierdo, Rafa. Prométeme que no va a pasar un solo día sin que les digas cuánto las amas y lo importantes que son para ti.

—Así va a ser, te lo juro. Te quiero mucho, Amam, ¡GRACIAS! No puedo ni imaginarme lo difícil que es esto para ti —respondió Rafael con voz quebrada antes de darle un beso sentido en la frente a modo de despedida.

Al encenderse el motor de aquel auto con su corazón a bordo, Tamara sintió el piso resquebrajarse y a la tierra partirse en dos.

Un par de brazos aún fuertes lograron contenerla.

—Tú y yo sabemos que esto es lo correcto, mi niña. Es un acto de amor puro y desinteresado que te reafirma como

la gran madre y amiga que eres.

Se sentía completamente sola, pero en el fondo sabía que no lo estaba y eso lo agradecía profundamente.

—Gracias Lolito, gracias por siempre estar, pero sobre todo, gracias por seguirme diciendo «niña» a estas alturas.

Los ríos de tristeza de Tamara, que resbalaban discretamente por el abrigo de Lolo, se vieron opacados por un llanto escandaloso, cuyo protagonista no tenía ya ni un solo pañuelo limpio en sus bolsillos.

Inés y Tamara creyeron estar preparadas para prácticamente todo lo que conlleva la llegada de un nuevo ser, pero lo que jamás tuvieron ni remotamente contemplado era el amor incondicional que su hija recibiría de esas personas entrañables que se habían convertido en su familia.

Después de veinte días en el hospital, la nueva inquilina por fin llegó al Tándem.

Su pequeña gran comitiva de bienvenida: Candelaria, Lolo, Pablo, Ismael y Martita, preparó los brazos para cargar y mimar a la nueva integrante de la familia mientras sus madres disfrutaban de un tremendo festín de sándwiches de milanesa, globos y flores.

Tamara e Inés no quisieron elegir cualquier nombre armónico o de moda para su hija; tenían claro que era lo único que le pertenecería durante toda la vida y, como buenas madres primerizas, tenían terror de equivocarse. Mientras no lo descifraran, la identificarían como el brazalete microscópico de hospital que la muñeca llevaba en su ídem: «Bebé Becker Arango».

Candelaria fue la primera en cargarla. La leyó con la mirada de pies a cabeza, como si estuviera descifrando el mapa de un nuevo mundo recién descubierto. Una vez obtenidas las respuestas que buscaba, confirmó sus sospechas con Martita.

—Efectivamente, jefatura, sí es.

La nueva abuela por elección miró a Candelaria dándole la razón, mientras Inés, Tamara y el resto de los

presentes las miraban sin entender qué estaba pasando. Finalmente, Martita y su sabiduría tomaron la palabra.

—Bueno, esta niña nació las primeras horas de un 23 de diciembre, día en que se celebra a la santa…

Tamara estaba aterrada, eso pintaba para ser un desastre de proporciones épicas y probablemente no tendría a la mano una respuesta para objetarlo.

Martita prosiguió asertivamente y sin espacio a dudas mientras cargaba a la pequeña, contemplando enamorada sus dos canicas color uva aplastada.

—A la santa que se llama como lo que esta chiquita es para ustedes: una Victoria.

Siempre estarían agradecidas con Martita por haber encontrado el único nombre en el mundo que realmente le pertenecía a su hija.

Adaptarse a su nueva vida no fue fácil para ninguna de las dos. Victoria era un solecito risueño de buen carácter, mas no por eso dejaba de: comer cada tres horas, llorar desconsolada cuando tenía cólicos, necesitar una cantidad industrial de pañales diarios, gritar en la madrugada como si la estuvieran matando por todo lo mencionado, o simplemente, por el hecho de despertar sin haber dormido lo suficiente.

Eran conscientes de que todo esto venía en el paquete «bebé». Creyeron que sería menos complejo por el hecho de hacerlo juntas; sin embargo, esos primeros meses en los que Inés no estaba aún recuperada del todo, ambas estuvieron a punto de enloquecer.

Después de haber logrado dormir a la niña tras dos horas de llanto ininterrumpido sin razón aparente, Tamara, sus nervios y sus ojeras tocaron fondo para sincerarse con Inés.

—¿Tú sabes en dónde se compra esa felicidad de las mamás con hijos recién nacidos que salen en las películas y anuncios?

Inés se sintió aliviada al escucharla.

—¡Ah, qué paz! Me sentía fatal por ser la única sintiéndose así.

—¿Me explicas por qué en ningún lado te dicen

deliberadamente y sin censura cómo son los primeros tres meses de un bebé y de su madre? ¿Por qué no hay reality shows de esto? ¿Por qué esa información está velada y no en primera plana? ¿Será un pacto de las «mamis perfectas»? No lo sé, Nesi… Piénsalo.

—No lo dicen porque entonces la humanidad estaría oficialmente en extinción… —Inés hizo una pausa reflexiva —, aunque con los Arango cohabitando este planeta y reproduciéndose como conejos, eso sería imposible. ¿Te confieso algo horrible que he pensado?

—¡Suéltalo!

Tomó aire para juntar valor.

—Fui la novena hija, ergo, mi mamá pasó por esto ocho veces antes. Con razón me odia tanto.

La abogada soltó una carcajada.

—¡DEFINITIVAMENTE! Ni toda la terapia del mundo te pudo haber dado una conclusión así de sólida y concreta.

—Mi amora, dime por favor que no soy la única aquí que está agotada y que se siente atrapada en una vida infeliz que no le corresponde.

—No entiendo… ¿Me lo estás diciendo a mí o a este despropósito que vive en leggings, sudaderas y tenis, trabaja vía remota, hace yoga media hora frente a un monitor porque se queda dormida y pide comida cuatro veces por semana? —respondió Tamara, quien en ese momento notó que tenía vómito de su hija en el hombro.

Ahora fue Inés quien rió fuerte.

—¿Sabes qué? Tengo setecientas cervezas permitidas que no me he tomado en meses. Considero que dado que nuestra «bendición» está con fórmula, merecemos tomarnos una o tres. Las pobres cervezas del refrigerador deben de pensar que nos morimos...

El rostro de la abogada se iluminó como si acabaran de proponerle una estadía ilimitada en un spa o un viaje todo pagado en primera clase al mar.

—¿Cómo es posible que no hayamos pensado en esto antes? ¡Eres una genio!

Destaparon un par de cervezas, percatándose de que no habían tenido ni un solo momento tranquilas y a solas

para brindar por la más grande y hermosa victoria de sus vidas.

Ese primer trago de cerveza helada les supo a gloria.

Siguieron quejándose de la maternidad, sin filtros ni destajo; sus quejas mordaces aterrizaron en carcajadas que se frenaron en seco al escuchar a través del monitor una minúscula tosecita.

Enmudecieron y quedaron paralizadas, como si el hecho de no hablar ni moverse fuera a evitar el llanto monumental que se desataría unos cuantos segundos después.

Ahora era el turno de Inés, quien tomó su cerveza para darle un último trago y brindar con su amiga en total resignación antes de volver a la realidad.

—¡Hasta con la Victoria juntas, mi amora!

—¡Hasta con la Victoria juntas, mi Nesi!

Los días pasaron —unos más lentos que otros— y con mucha paciencia se fueron habituando a esa nueva vida.

En cuanto Victoria logró dormir cinco horas seguidas, todo cambió. De pronto se descubrieron teniendo una nueva rutina que se sentía cómoda y que, poco a poco, las fue devolviendo a su estado natural o, al menos, a lo que recordaban ser antes de la llegada de su heredera.

La abogada había empezado a ir tres veces por semana al despacho, ocasionalmente volvieron a sonar sus famosos stilettos por los pasillos; también relegó la ropa deportiva a los fines de semana y a los paseos que ahora incluían una carriola con una niña que se arrullaba con el trote de su madre por el parque Mirabent.

Después de más de un año de inactividad laboral y de sentirse la persona menos productiva del mundo, Inés comenzaba por fin a recuperar su autoestima profesional diseñando nuevos talleres e integrando sus horarios con los de Victoria para regresar a la docencia.

El momento de retomar por completo sus actividades estaba cerca y era evidente que necesitarían ayuda para cuidar a la pequeña, pero les costaba más trabajo

contemplar ese escenario, pues más allá de estar embelesadas con su hija y disfrutando del tiempo de calidad que compartían con ella, se habían enamorado de su vida tal y como estaba. Siempre recordarían esa época como una de las más felices.

La fecha de caducidad de aquellos días llegó desde Londres en forma de una carta membretada de la Royal Academy of Arts and Literature dirigida a la señora María Inés Arango Michaud. La oportunidad que toda su vida soñó y nunca tuvo el valor de explorar por miedo al rechazo, finalmente estaba en sus manos.

Tenía completamente olvidado que un año atrás, fastidiada de estar acostada en un sillón, por mero aburrimiento había solicitado una beca en dicha institución. Por su edad, juró que sería imposible pero en aquel momento le pareció importante hacerlo, pues no querría un día contar a su bebé esa historia que hasta entonces, empezaba y terminaba con un «Pero nunca lo intenté…».

El siguiente paso consistía en tomar un vuelo a Londres la entrevista presencial: era una de las tres finalistas.

Pese a estar más convencida que nunca de querer cumplir su sueño, no veía ningún esquema bajo el cual pudiese ser posible hacerlo, al menos no en ese momento. Quizá este era uno de los sacrificios de los que tanto se habla que las madres hacen por sus hijos, por amor a su familia.

Le dio mil y una vueltas antes de responder esa carta, cuyo envío sería el principio del fin.

Capítulo II

En el tren de adaptarse y adaptar a Victoria a su nueva vida en Londres, Inés no tuvo tiempo para detenerse a pensar en cómo se había transformado también la vida de Tamara sin ellas dos.

La abogada, de un día para otro, se había convertido en la viuda del piso dos, cuya compañía son los fantasmas de todos aquellos que alguna vez fueron felices ahí, incluido su amado Juanga, quien también le hacía mucha falta.

No era una persona particularmente sociable y ya no tenía paciencia para hacer nuevas amigas; para su fortuna se había reencontrado con Carolina, con quien ahora sí tenía muchas más cosas en común y resultó ser la dosis perfecta de compañía y contención que Tamara necesitaba en esos momentos.

Inés tampoco la había pasado del todo bien: adaptarse a vivir de nuevo con un hombre, ahora con una niña de por medio y en otro país, no estaba siendo fácil.

Londres era empezar desde cero un nuevo capítulo, tal y como lo había hecho casi veinte años atrás. No pasó un solo día en que no extrañara su vida de antes, a su amada Tamara y a cada uno de los personajes que formaban parte de su incondicional red de protección.

Inés y Rafael montaron una casa, madre e hija iniciaron clases en sus respectivos e imponentes colegios mientras él estaba al frente de la nueva sucursal de Garota

en Londres e intentaba aterrizar un plan concreto para poner su propia panadería. Poco a poco empezaron a adaptarse a sus labores en un país extranjero mientras descifraban las nuevas dinámicas familiares en esta ecuación.

Estaban ansiosos por recibir a Tamara: tres meses sin verse parecían una eternidad.

Todo había sido planeado al detalle para sorprender a Victoria durante su primera exhibición en la Feria de Primavera del colegio, Rafael e Inés habían calibrado una logística perfecta para no levantar ningún tipo de sospecha, lo cual no fue fácil tratándose de la niña más curiosa y preguntona del planeta Tierra y alrededores.

El avión aterrizaba a las nueve de la mañana, la cita del evento era a las tres de la tarde; tenían tiempo de sobra para charlar un rato, descansar, darse un baño y sorprender a su hija en el colegio en punto de las tres y cinco.

La emoción desbordaba a Inés, quien de manera inaudita había llegado media hora antes al aeropuerto. Cada vez que la puerta automática se abría, sentía aleteos en el estómago. Cuánto necesitaba reencontrarse con el otro pedazo de su corazón, cuánta falta le hacía hablar horas con ella, qué difícil estaba siendo lidiar con la distancia después de vivir tantos años juntas.

Percibió una larga silueta a través del vidrio polarizado y corrió disparada hacia ella, al verla, frenó en seco. Tamara había llegado acompañada a Londres, lo cual no estaba contemplado en los planes que con tanta ilusión había armado.

Un coctel de ira y frustración se apoderó inmediatamente de Inés y no hubo manera de disimularlo. A la abogada le bastó con verla para darse cuenta de que estaba muy molesta, no por eso dejó pasar la oportunidad de abrazarla amorosamente.

—¡Mi Nesitaaaaaa linda! ¡Qué felicidad por fin estar aquí!

Por más que intentó, los brazos de Inés apenas y le correspondieron. Con el fin de aligerar tanta tensión, la visita saludó.

—¡Hola Ine! Qué gusto verte, seguramente te extraña que esté aquí…

Su nula tolerancia interrumpió; Inés respondió en un tono inusual en ella, que rayó en lo descortés.

—Es correcto, no entiendo nada, Caro, pero ya que lo dices, ¿qué haces aquí?

Afortunadamente, Carolina era una persona de sangre muy ligera.

—Es que Leo se fue dos semanas con Johanna, yo justo tengo vacaciones estos días y coincidió que platicando con Tamu…

Tamara vio cómo la furia de Inés iba tomando fuerza cual avalancha que muy pronto arrollaría a Carolina con cada una de sus palabras, interrumpirla fue su intento para evitarlo.

—Y yo le dije que por favor viniera, que no tenía caso que se quedara sola y por suerte, la convencí.

El duelo de las mariposas en su estómago hizo enfurecer diez veces más a Inés con esa respuesta; le resultaba imposible entender por qué Tamara había dinamitado de esa forma un viaje tan simbólico y especial para su pequeña familia.

El trayecto del aeropuerto al hotel fue por demás incómodo, Tamara era un cascabel que trataba de matizar un negro sobre oscuro contando viejas anécdotas durante su internado en Inglaterra y chistes sin réplica mientras Inés respondía monosílabos.

Carolina se sintió muy apenada pero no lo tomó personal, desde el primer momento en que su amiga le pidió acompañarla, fue advertida sobre la posible reacción inicial de Inés al verla. No en ese momento, pero un día entenderían por qué Tamara no podía hacer ese viaje sola.

Al llegar al hotel, Carolina aprovechó para dejarlas hablar mientras hacía su check in.

—¿Me puedes explicar qué está pasando?

En realidad, en esos momentos no había mucho que la abogada pudiera explicar.

—¡Nesita, perdóname! Si estás así porque vino Carolina conmigo, ¡lo siento! Fue todo tan rápido que se

me pasó avisarte.

Inés estaba radiactiva.

—¿Es en serio que esa es tu excusa? ¡Somos nosotras! Nos mandamos ochocientos mensajes diarios, nos contamos todo, ¿y ahora resulta que «se te pasó avisarme»? Rafa y yo llevamos semanas planeando este viaje, cómo hacerlo especial para ti, para que disfrutes a Victoria con toda la ilusión de tener la casa lista para recibirte, consentirte, pasar el mayor tiempo posible juntas, quedarnos hasta las mil horas hablando como siempre…

Se quebró ante tanta impotencia. Tamara sintió el impulso de acompañarla en sentimiento, pero no iba a hacerlo.

—Nesi, yo te agradezco profundamente el amor que Rafa y tú pusieron en la organización de tan lindos planes, no tengo duda de que lo hicieron desde el corazón y desde ahí mismo te voy a responder.

Inés no tuvo de otra más que escucharla. Si bien, no era su persona favorita en esos momentos, era imposible no reconocer que algo había cambiado en Tamara. De la mujer eternamente aferrada a los planes exactos y perfectos, poco parecía quedar.

—No ha sido fácil la vida sin ustedes dos. Caro ha sido una gran compañera para mí estos meses, hace un par de días me confesó que está muy deprimida y no tuve el corazón de dejarla sola, yo sé que tú tampoco lo hubieras hecho. Por supuesto mi prioridad son ustedes, ella tiene su propia agenda pero en algunas cosas coincidiremos…

Ahora Inés se sentía la peor persona del mundo, pero antes de decirlo, dejó que Tamara terminara de hablar.

—No te lo conté antes porque sabía que te iba a molestar y no quise discutir, no a la distancia; acordamos nunca hacerlo sin estar frente a frente y sabes que cumplo mi palabra. Por eso mismo, no te dije que estoy muy agradecida con ustedes, pero no me voy a quedar en su casa.

Inés abrió los ojos cual platos.

—¿¿¿QUÉ??? ¿Y eso qué tiene que ver con todo lo demás? La idea de quedarte en casa no es otra más que

estar las tres juntas.

—Las tres juntas Y Rafa, mi Nesi, esa es una fórmula muy diferente a «las tres juntas» que solíamos ser.

—¿Me estás diciendo entonces que Rafa es el problema?

Inés estaba completamente descolocada frente a una Tamara hablando con su honestidad por delante.

—Por favor, Nesi, Rafa nunca va a ser un problema, ese hombre es puro amor. Creo que simplemente tenemos que entender que las cosas no son como antes, tú ahora vives con tu pareja y eso implica que nuestra dinámica naturalmente cambió. No podemos ser las mismas de siempre con un tercero en la ecuación, no hay forma de comportarnos igual, hablar de lo mismo… Empezando porque ni siquiera vamos a poder hablar de él y no me vas a poder contar todo lo que me muero de ganas que me cuentes. Además, yo también quiero estar sola con mi hija y gozarla en un espacio neutro, quiero que me cuente sus cosas sin sentirse presionada a decir lo que sabe que a ti te haría bien escuchar.

Nunca dudó de la astucia de la abogada para encontrar razones de peso que sustentaran sus acciones. Ahora era ella quien no tenía mucho más que decir.

—Y ya por último…

—Para ya, por favor, ya entendí…

—Ya por último, solo quiero decirte que yo necesitaba venir acompañada porque no veo cómo podría despedirme otra vez de ustedes. Te pido que no me vuelvan a pedir que «lo piense» o que «cambie de opinión», tú sabes mejor que nadie que me iría al fin del mundo con tal de estar cerca, pero no podría perdonarme el dejar abandonado a mi papá por perseguir un sueño que ni siquiera es el mío.

Finalmente, Inés la abrazó y le dijo al oído:

—No me odies por venir a ser feliz tan lejos, Tamarga…

Tamara sonrió complacida al ver que había bajado la guardia, pero sobre todo, por finalmente recibir ese abrazo que tanto necesitaba desde hacía tres meses.

—¡Tarada! Sí te odio y mucho… Pero agradece que

todavía tienes bastante saldo de amor incondicional conmigo por haber parido a nuestra «bendición» y casi mo…

—MORIR EN EL INTENTO, cuatro minutos, pero morí. Recuérdalo siempre, cada vez que quieras pensar que mi cuenta está en ceros…

—No te soporto cuando sacas ese comodín. «Y morir en el intento», pues.

—Para que le abones el triple, y dimensiones cuánto te he extrañado, solo te quiero decir que equivaldría a la distancia de mi casa a este puto hotel en el que te vas a quedar, diez mil ochocientos treinta y seis novenallones de veces ida y vuelta en pasos de hormiga coja después de haber sido atropellada por una catarina.

—Y yo inocentemente pensando que de verdad me extrañabas, Inesia.

Las nubes que se habían tornado grises en los últimos meses se despejaron irradiando la felicidad que sólo emana el reencuentro entre dos almas que se aman.

La carita de Victoria al ver llegar a su mamá a la exhibición de arte fue algo que a ninguno de los presentes se le olvidaría jamás, sus ojitos vivarachos estallaron en un grito de alegría.

A partir de ese momento y durante las próximas dos semanas, Victoria y Tamara fueron una, sin lugar para un tercero… Vivieron un amor primaveral disfrutándose quizás como nunca lo habían hecho.

Tal vez la distancia era la causante de que ese encuentro fuera tan amoroso y perfecto, o quizá simplemente eran una madre y su hija que tiraron del hilo rojo invisible que las une porque necesitaban estar juntas: la sangre llama.

La primavera anunció galopante su llegada mientras disfrutaban de una tarde en el Victoria Park, en donde después de perseguir a Vita y a la niña por todo el parque, la abogada necesitó una pausa para recuperar el aire y descansar un poco.

Tiradas en el pasto, tomaron un respiro y una leche chocolatada con galletas de limón.

—Déjame ver si lo tengo claro, caradura, entonces aquí tienes: este parque, una calle muy importante, un museo, una estación de tren, varios jardines, una torre en un palacio, un puente, una plaza… ¡Victoria, esto es una locura! Eres una celebridad aquí y no lo sabíamos, menos mal que te trajeron.

La chiquilla se rio disfrutando de los cariños que su mamá le hacía en la cabeza hasta que sintió en la cara el aire que levantó las hojas secas que estaban a su alrededor.

—A ver si no nos llueve… Estoy harta de que aquí siempre llueva.

Tamara no pudo evitar burlarse del tono en que Victoria dijo eso, parecía una anciana con dolores reumáticos quejándose de la humedad.

—¡Eso es algo que dice la gente mayor! ¿De dónde lo sacaste?

—¿La gente mayor como mami?

Jamás contempló que el sarcasmo se pudiera heredar, por eso cada vez que Victoria hacía un comentario de ese tipo, no podía sentirse más orgullosa.

—Un poquito más mayor… Como el abuelo. Pero a ver Eduviges, explícame ¿por qué estarías harta de la lluvia a tus avanzadísimos siete años?

Victoria soltó una carcajada al escuchar el nombre de «Eduviges» —así se llamaba la señora de la frutería que estaba a la vuelta del Tándem, era famosa por no dejar pasar la oportunidad de quejarse y hablar de sus dolencias. Candelaria la imitaba con exactitud.

—Pues es que má, por ejemplo, por más que busco, aquí no encuentro ardillas en los parques, estoy segura de que se esconden porque siempre llueve. Ve… fíjate…

Tamara trató de buscar en los árboles a su alrededor y efectivamente, no había ardilla alguna.

—Y es que siempre, siempre, SIEMPRE cuando va a llegar la primavera, se asoman… ¡Siempre, má!, pero aquí nomás no.

Todo parecía indicar que Victoria también había

heredado el modo repetitivo de su madre que, dicho sea de paso, llevaba varios años en «off».

—¿Ya habrán llegado las ardillas a mi parque?

—¿A cuál de todos?

Victoria la miró como si la pregunta fuese más que obvia.

—¿Cómo que a cuál de todos? ¡Pues al Mirabent!

El corazón de Tamara se llenó de amor y, sobre todo, de mucha paz. Pese a la distancia, la niña no olvidaba el lugar que la vio crecer.

—Es que estás enloquecida de poder con tantas propiedades, Victoria, cómo voy a saber a cuál te refieres.

—Má… ¡Ya en serio!

—No que yo sepa mi amor, tendríamos que preguntarle al *nonno.*

—¡Ah qué bueno que me recordaste! Mándale un mensaje de mi parte por favor diciéndole que lo extraño mucho y que no se olvide de llevar nuececitas para las ardillas.

¡Bingo! La niña también era mandona. Tamara no podía estar disfrutando más de su risa, de la tarde, de la plática… ¿Cómo era posible que creciera tanto en tan poco tiempo? A falta de una respuesta inmediata, se vio obligada a atacarla con una larga ráfaga de besos.

—Claro que sí, quédate tranquila que yo se lo recuerdo.

—¿Qué más quería preguntarte…? Qué más… Qué más… ¡Ah sí! ¿Cómo está papá? ¿Llora menos o sigue igual?

—Ay Victoria… Es más fácil que Londres tenga una sobrepoblación de ardillas en los próximos dos minutos a que pase eso.

La niña soltó una carcajada cómplice que maridó a la perfección con la de su mamá.

—¿Y tía Cande y tío Isma? ¿Te dijeron cuándo van a venir a visitarme?

—No, pero lo que sí te puedo decir es que todos mueren de ganas de verte.

La carita de Victoria se nubló.

—Ojalá vengan todos pronto porque yo los extraño muchisisisísimo.

—Y todos te extrañan muchisisisísimo por allá, siempre me preguntan por ti y les enseño las fotos que me mandan mami y Rafa, les cuento lo bien que estás y me piden que te mande muchos pero muchos abrazos y besos.

Victoria se incorporó para poder mirarla a los ojos.

—Má… ¿Te puedo decir algo y no le dices a nadie?

—Tú me puedes decir absolutamente todo siempre.

Su voz se quebró al son que sus ventanitas se nublaron.

—Yo no estoy feliz aquí. Prométeme que si mami y Rafa se quieren quedar más tiempo, tú me vas a llevar contigo a casa.

Tamara no esperaba esa declaración. Por supuesto que si por ella fuera en ese mismo instante empacaba sus cosas para llevarla de vuelta al Tándem.

—¿Cómo que no estás feliz, qué pasa? ¿Hay algo que no te guste de aquí, algo que yo no sepa mi vida?

—No, nada, má… Es solo que… Siempre llueve, hace mucho frío, la gente es muy rara, no me entienden cuando hablo, no tengo amigos…

Podía comprenderla más de lo que imaginaba. Tamara también fue esa niña que pedía a gritos volver a casa y era muy frustrante no sentirse escuchada por los adultos.

—Mi cielo, pero llevas siete años viviendo allá y solo tres meses aquí, claro que no lo vas a sentir como tu hogar. Pero dale tiempo, que es un lugar hermoso y vale la pena que lo disfrutes al máximo. Vas a ver que apenas empieces a entender mejor el idioma y llegue el calorcito, las cosas van a cambiar.

—¿Me lo prometes, má?

—Te lo súper prometo.

Esa plática fue un parteaguas por muchas razones, una de ellas, porque por primera vez Tamara no estaba del todo segura de que había sido correcta la decisión que Inés y ella habían tomado pensando en lo que sería mejor para la niña.

Antes de volver, le fue necesario discutirlo con la otra

madre. Inés trató de hacerle entender que los niños en una situación así suelen magnificar y dramatizar al extremo las cosas, Tamara le recordó que ambas fueron esa niña que los adultos describían exactamente como ella acababa de hacerlo.

—Mi amora, jamás obligaría a Victoria a estar en un lugar en donde no sea feliz, te juro que ella está bien.

—Te lo creo, pero conozco a mi hija y no dice ese tipo de cosas al aire.

Ese comentario descolocó a Inés porque no era en absoluto justo ni para ella ni para Rafael, pues había de por medio mucho sacrificio y esfuerzo de ambos para que la estancia de Victoria en Londres fuera feliz y estuviera llena de buenos recuerdos.

Sin pensarlo dos veces y con las hormonas rampantes de la menopausia centrifugando sus emociones, reaccionó a la defensiva.

—Yo también conozco a mi hija, Tamara. A veces me toca ser la mala del cuento porque la niña está acostumbrada a que yo ponga límites mientras tú eres la mamá divertida, la que consiente. Así fue desde el primer momento y estuvimos de acuerdo en apoyarnos y jamás desmentirnos frente a ella, ¿sí o no?

Ese día, Tamara conoció a Inés en la piel de una leona herida defendiendo a su cría con uñas y dientes.

—Sí.

Inés prosiguió con la misma ira e intensidad.

—Victoria está creciendo y de pronto tiene comentarios o actitudes que deben ser frenadas y que no podemos permitir ni aquí ni en China. Sí, efectivamente, no le ha sido fácil entender que las cosas cambiaron y ahora tiene que convivir con una cultura diferente, adaptarse a otro idioma, clima, nuevas costumbres, a otro estilo de vida y es NORMAL. No dudes que le estamos explicando todo con mucho amor y haciendo hasta lo imposible para ayudarla a adaptarse, por eso era tan importante que te quedaras con nosotros esta vez, para que entendieras su día a día e hiciéramos equipo para que ella esté mejor y disfrute al máximo esta experiencia.

Tamara también sabía aceptar cuando se equivocaba, no por ello le era fácil hacerlo, así que optó por guardar silencio. Al ver que estaba ganando la discusión, Inés no pudo guardar ni un segundo más lo que tantas ganas tenía de decirle.

—Perdóname que te lo diga, pero en este viaje te he desconocido, desde que llegaste te he sentido muy evasiva conmigo. Siento que… siento que… —la furia la desbordó —. Siento que en el fondo estás celosa porque tengo una relación maravillosa y estoy cumpliendo un gran sueño en mi vida y que tu manera de arruinarlo es queriendo manipularme a través de Victoria. Por eso la niña está respondiendo a tu actitud nefasta como si fuera hija de padres divorciados…

Tamara estaba acostumbrada a rebatir argumentos y pelear, pudo haber llevado la discusión a la estratósfera y ganarla si hubiera querido, el problema es que no sabía cómo defenderse de una de las dos personas que más amaba en este mundo.

—No tengo nada más que hablar contigo en este momento, Inés, solamente te suplico que sin importar cómo creas tú que soy, bajo ningún motivo dejes de recordarle a Victoria todos los días cuánto la amo.

Inés esperaba un contraataque, un remate que la hiciera pedazos para poder emparejar el marcador, para no sentirse culpable. Pero esa respuesta le dolió en el alma, pues cayó en cuenta de que la ira la había traicionado, en ningún momento había querido lastimarla así.

En efecto, se había equivocado y no supo qué hacer. Trató de ofrecer una y mil disculpas, de convencerla de hablar un poco más, de que se quedara unos días para poder estar juntas, pero a partir de ese momento, Tamara no volvió a dirigirle la palabra.

Tomó su bolsa y se fue, Carolina la esperaba ya en el aeropuerto.

Después de sentirse atrapada en una nube de improductividad, Martita fue diagnosticada con depresión

clínica. El amoroso gesto de su hija al jubilarla para que por fin se dedicara a «disfrutar de la vida», había resultado contraproducente.

Haber trabajado desde niña la convirtió en una «anciana» joven que necesitaba desesperadamente reinventarse para poder disfrutar de los treinta o cuarenta años que con el «favor de Dios» aún le quedaban en esta tierra.

En algún momento, Inés y Tamara pensaron en ella para cuidar de Victoria, pero Martita no confiaba ya en su agilidad para perseguir a una ratona inquieta que en breve empezaría a caminar.

Su gran distracción en medio de tanto pesar, era su visita sabatina a «La Paz», que invariablemente se traducía en aire fresco para el buen Pablo.

Sí algo tenía don José, era un oído privilegiado, mismo que no por haber mudado su cabeza a otro planeta, había perdido. Estaba siempre atento a todo y cuando tenía un poco de ánimo para interactuar, no dejaba pasar la oportunidad de quejarse.

—Ay Marta, qué pena que los años te hayan convertido en una mentirosa.

—Y ahora… ¿Mentirosa yo por qué, don?

—Pues porque nomás andas de habladora y no me traes mis sándwiches de milanesa.

—No pos usted nomás se acuerda de lo que le conviene… Ya se comió los que le traje hoy.

Don José creía que lo estaba engañando pero no podía asegurarlo, esos sándwiches eran imposibles de olvidar.

—¡No es cierto!

—Que sí don José, de verdad.

—Ahorita que venga la señora Tali le preguntas y vas a ver cómo me da la razón.

Nunca lo había confesado, pero lo que más disfrutaba Martita de esas visitas de los sábados, era poder discutir otra vez con don José después de tantos años de haber compartido una vida bajo el mismo techo.

—Ah no, a mí no me va a llamar mentirosa, en este momento le marco a la señora.

A Martita también le encantaba ser histriónica, de algún lado lo había sacado Candelaria. Tomó de su bolsa el celular e hizo la finta de marcar un teléfono.

—¿Me puede comunicar con la señora Tali, por favor? Sí… De parte de Marta… ¿Señora Tali? Perdóneme que la moleste… Sí… Es que fíjese que estoy aquí con don José… Que dice que yo no lo quiero porque no le traigo sándwiches… Ajá… Sí… Exactamente… Es lo que le estoy diciendo, que usted vio cómo yo llegué con dos sándwiches y que se los comió.

Don José la miraba atónito.

—¿Ya ve, don José? Dice que se comió también el de ella.

Como buen hombre siempre correcto, se sintió muy apenado.

—Ah caray…

Martita no abandonó su papel.

—Sí señora, no se preocupe… Aquí la vemos al rato… Hasta luego.

—Por qué me dejaste comer tanto, Marta, con razón me está matando la acidez… Caramba.

Pablo se había quedado discretamente y en silencio gozando a ese par desde la puerta. Martita y él eran las únicas personas que podían interactuar con don José sin verlo como una tragedia en cuenta regresiva, cuán diferente resultaba ser espectador.

En ese momento, su mente confirmó lo que su corazón ya venía sintiendo desde hacía varios meses atrás: su ciclo en la residencia de La Paz había terminado.

—Aquí tiene su antiácido, don José.

Don José tomó sus medicamentos habituales sin drama, eso del antiácido era realmente innecesario después de un almuerzo de caldo de pollo, arroz y pacholas.

—Gracias muchacho. Marta, dale una buena propina al mensajero, por favor.

Victoria era una beba hermosa y sonriente, de muslos y cachetes deliciosos que, para entonces, ya gateaba por

ambos departamentos persiguiendo a los perros. Su gracia del momento era cuando Inés le preguntaba si de casualidad había visto al conejito que estaba suelto por ahí y ella arrugaba la nariz presumiendo con maña sus dos únicos dientes frontales. Verla hacer eso mientras comía con las manos una zanahoria hervida, era una gozada.

Desde el primer momento en que Pablo la tuvo en sus brazos, Victoria y él tuvieron una conexión muy especial; algo tenía ese hombre que lograba hacerla reír a carcajadas o calmarla de inmediato si es que le sobraba energía. Era tal su amor por la niña, que no dejaba pasar más de tres días sin ir a verla, casi siempre llegaba después de la hora del baño para poder contarle un cuento antes de dormir, aunque no pudiese aún entenderlo. Ya de paso, aprovechaba el viaje para quedarse hablando horas con sus madres y gorronear lo que Tamara hubiera preparado para cenar, eso sí, sin perdonar la sobremesa en la cocina con café o en el caso de las madres, té; eso venía en su ADN.

Las tres mujeres se habían convertido en lo que él ahora entendía por hogar al estar tan lejos del suyo; al final de cuentas, su configuración no era tan diferente.

Se sinceró con ellas.

—Tama, Juana Inés… Llevo rato pensándolo, pero hoy que vi a la Martita feliz chacoteando con don José, confirmé que me urge un cambio de vida. No recuerdo la última vez que disfruté una plática así con mis viejitos…

Las madres de Victoria estaban desconcertadas, si quería regresar a La Máquina, por mucho era la peor idea del mundo y harían lo que fuera para convencerlo de no hacerlo.

—Cuéntanos Neruda, qué necesitas, cómo te ayudamos.

—Por favor no me odien, pero siento que mi ciclo en La Paz terminó.

Tamara sabía que eso iba a pasar algún día, de hecho, había aguantado ya bastante ahí.

—Tama, sabes mejor que nadie el cariño que le tengo a don José y, de verdad, es a quien más me va a doler dejar, pero estar todo el día en una residencia de viejitos no

me está ayudando a tener una vida más divertida, a conocer gente nueva…

No lo habían notado hasta ese momento, pero Pablo efectivamente se veía afligido y muy cansado, de hecho, parecía mucho más grande de la edad que tenía.

—Te quiero matar por pensar que te odiaría por irte de La Paz, al contrario, no tengo cómo agradecerte todos estos años en que has sido un ángel para mi papá. Tú eres y vas a ser siempre parte de nuestra familia no importa en dónde estés, lo único que queremos es que seas muy feliz.

A Inés le enterneció ver a Pablo tan conmovido ante esas palabras.

—Tú mereces todo lo más bonito del mundo, mi Neruda, poca gente es tan buena y amorosa como tú.

Estaba profundamente agradecido, ni en sus más remotos sueños se imaginó rodeado de gente que lo quisiera tanto sin algún interés de por medio.

—Gracias mis reinas, gracias por siempre apoyarme y estar ahí.

—¿Y ya tienes pensado qué te gustaría hacer?

—Por supuesto que no… He pensado en regresar a mi pueblo pero creo que esa ya no es opción para mí.

Tamara e Inés sintieron tremendo alivio con esa declaración. Pablo no soltó el monólogo, enredándose en un debate consigo mismo.

—Escribir cuentos y dar clases de literatura así como tú es lo que yo más querría, mi Juana Inés, pero sabemos que para ser maestro se necesita un título y pues… Ya ves que yo me vi forzado a estudiar otra cosa que nada que ver... A menos que me aventara la licenciatura en letras pero ni cómo darme el lujo de dejar de trabajar… ¿En dónde y de qué vivo mientras? No sé, no está tan fácil, morras…

Ante tantas interrogantes, Tamara lo escuchó preocupada por su situación tratando de descifrar cómo poder ayudarlo mientras que Inés de inmediato supo la solución.

La renuncia de Pablo fue entregada a la Residencia La Paz junto con la aplicación de una cuidadora con amplia

experiencia en ancianos que cumplía con todos los requisitos de la vacante para su puesto: Marta Estela Gutiérrez Muñoz.

Capítulo III

El día que se conocieron en aquel baile, años atrás, Candelaria e Ismael jamás se imaginaron que llegarían tan lejos juntos, menos aún hasta el Reino Unido.

Era la tercera vez que se subían a un avión, pero al ser un vuelo tan largo, se sentía como si fuera la primera.

Más allá de cumplir una promesa y de las ganas que ambos tenían de conocer el otro lado del charco, su objetivo principal era traer a Victoria, quien pasaría el verano con Tamara para después regresar a los brazos de Inés de la mano de Carmen, la hermana de Rafael.

Lo que nadie sabía es que Ismael tenía una misión extraoficial infinitamente más complicada que viajar once horas en avión con una niña por demás inquieta. Después de cinco años viviendo juntos, había decidido pedirle a Candelaria que se casara con él.

No tenía planeado nada especial más que hablar directo y sin rodeos, sabía que eso de las sorpresas rebozadas en cursilería no era para ella.

Después de un par de películas, y tras comer y beber todo lo que les ofrecieron en el avión, intentaron, sin éxito, dormir un rato.

—Oye Chapi, aprovechando que estamos en un avión y que no tenemos nada que hacer ahorita…

Candelaria le lanzó una mirada fulminante traducida en reto y aventura.

—Esa lujuria tuya…

Cómo le gustaba a Ismael su capacidad de malentender eternamente todo aquello que le convenía.

—¡Noooo! Nomás quiero platicar contigo bien.

A la dulce Candelaria le fue imposible ocultar su desilusión.

—Pues qué mal, sí me andaba dejando encerrar contigo en el baño. Pero a ver pues, ¿de qué quieres platicar «bien» tú? Si de por sí nos la vivimos platicando…

Era consciente de que esa charla tenía exactamente las mismas probabilidades de ser un éxito como un desastre, mas no por eso podía posponerla más.

—¿Cómo nos ves a ti y a mí en un futuro?

Ni en los sueños que no había podido conciliar vio venir semejante pregunta, la tomó completamente desprevenida pero cual ninja profesional que era, Candelaria trató de esquivarla.

—¿Que cómo nos veo? Muy, pero muy guapos. Tú en zorro plateado y yo en diva del estilismo.

—Ya en serio Chapi, cómo nos ves a nosotros, en nuestra relación.

Sí, esta vez Isma hablaba en serio y no podía inventarse una excusa para salir corriendo de ahí.

—Pues… Sí me gusta imaginarnos juntos. Así como hemos estado estos años, pero en viejitos.

—Y ese zorro plateado y esa diva hermosa del estilismo que ves, ¿cuántos chamacos tienen?

Un silencio sepulcral se apoderó de Candelaria.

—¿Chapi?

—…

Mientras sus manos jugaban nerviosas con sus dedos, como si estuviera preparando pequeños pases mágicos para desaparecer, hizo una larga pausa antes de responder.

—No flaco, no nos veo con chamacos. O sea, lo que te quiero decir es que seguro sí nos imagino con muchos chamacos alrededor, pero no nuestros pues.

Candelaria fue clara con Isma desde el primer momento, pero él quiso convencerse de que Victoria había revertido esa idea. Era imposible que una mujer tan amorosa y entregada con una niña que no era su hija no

quisiera ser madre.

—No te creo, a ti te encantan los niños. Ve nomás cómo eres con la Vicky, no me digas que no quieres tener tus propios chiquillos para malcriarlos como se debe.

La forzó con éxito. A regañadientes, Candelaria finalmente estaba dispuesta a hablar en serio con él.

—¿Flaco, tú si quieres ser papá?

—Yo claro que quiero. Antes soñaba con tener a mis niños y llevarlos a jugar fut como mi papá nos llevaba siempre, pero por culpa de la Vicky ya también me emociona sentarme a jugar a las comiditas y pintar orugas en el piso con mis niñas.

Con su incansable espíritu optimista y ternura, Isma vivía jugando con todos los niños a su alrededor, quizás por eso hasta ese momento Candelaria pudo reparar en su profundo deseo de ser padre.

—Imagínate nuestros chiquillos, Chapi… Eso sí que sería diversión garantizada.

—Mejor imagínanos teniendo mil aventuras juntos, tú armando tu propio grupo sonidero, viajando mucho, conociendo nuevos lugares, así como ahorita; gastando en nosotros lo que tanto nos cuesta ganar, flaco… Disfrutando de nuestro tiempo sin tener que sacrificarlo por chamaquitos chillones.

Isma estaba completamente desencajado, jamás contempló esa respuesta.

—Te estoy hablando muy en serio, Candelaria.

Candelaria se quebró como jamás lo había hecho ante él.

—Yo también. Me encantan los niños pero yo nunca he tenido instinto maternal, pocas cosas he sabido desde siempre y esa es una de ellas. Yo a ti te amo y quiero hacerme viejita contigo, pero a lo de los hijos no le entro. Es algo que siento que mi cuerpo y mi cabeza me piden no hacer.

Isma no se quiso rendir a la primera.

—Chapi, pero ahorita tal vez dices eso porque estás en edad de hacerlo y puedes decidir, pero ¿y si con el tiempo cambias de opinión y te arrepientes cuando ya no haya

vuelta atrás?

—No, mi corazón, vueltas le he dado muchas estos últimos años y nomás no logro pensar diferente. No todas nacemos pa ser mamás. Yo no necesito parir chamacos para entender eso de que «entonces no voy a saber lo que es el amor de verdad, ni el dolor, ni el sacrificio». Yo no soy esa.

Su respuesta tan contundente fue un balde de agua fría para Isma. Evidentemente, era imposible hablar de matrimonio con anhelos tan divorciados. Lo mejor sería poner pausa a ese tema hasta aclarar sus sentimientos y definir si lo que él deseaba en realidad era una esposa e hijos o envejecer junto al amor de su vida.

Estacionaron esa plática con un beso y un abrazo sentido tras el que ambos, agotados frente a tanta honestidad, finalmente lograron dormir un poco.

Los últimos años de su séptima década llevaron la presión arterial de Lolo a las nubes, se negaba a ser un hombre «achacoso», pero era un hecho que ahora debía llevarse la vida con mucho más calma que antes.

Una de las cosas que ya no tenía la misma energía para hacer, era la cena de los martes, razón por la cual se vio obligado a ceder la receta de su lasagna bolognessa da la nonna a Tamara, quien ahora se encargaba de cocinar dos versiones todo: «normal» y «sin sodio».

Aquel martes, después de una velada exquisita que, como era de esperarse, Victoria había protagonizado contando todas sus aventuras en Inglaterra con el carisma que la caracterizaba, fue imposible pasar por alto el inusual silencio de Candelaria e Ismael, quienes partieron temprano argumentando que el cambio de horario los estaba matando.

Candelaria mantuvo mucho tiempo en secreto que una parte de ella se había quedado en Londres, que su cabeza no regresó del todo, que sus ilusiones también se habían mudado de país.

Tras despedirse, la más pequeña del clan empezó a bostezar sin control. Como la niña «mayor» que ya era, fue

sola a lavarse los dientes y a ponerse la pijama. Apenas se levantó de la mesa, Pablo fue por dos tés y un café para comentar lo sucedido.

—No, pues, de haber sabido que así iba a estar el clima entre esos dos, me hubiera traído unas tijeras bien afiladitas para cortar la tensión.

Pretendió abrir el debate en la mesa para dar pie a las múltiples observaciones que asumió habría.

—Cosas del amor que seguramente no entendemos ninguno de los aquí presentes —dijo una Tamara introspectiva que, sin realmente quererlo, frenó en seco el debate al respecto.

—Exacto, mejor dicho, imposible —remató la voz más sabia de la mesa.

Cuánta falta le hacía a Pablo su Juana Inés para hablar horas de lo sucedido y construir juntos al menos diez versiones de lo que podría estar pasando; sin duda le llamaría a primera hora para contárselo todo, seguro tendría información del viaje a Londres con la que el resto no contaba.

Victoria regresó con los dientes limpios a dar las buenas noches, despedirse de su amado *nonno* con un gran abrazo, darle otro gigante a su mamá y pedirle a su papá que le contara un cuento para ir a dormir como en los viejos tiempos. Desde siempre tuvo claro que jamás debía despreciar la oportunidad de ir a dormir escuchando las historias fantásticas de Pablo en voz del propio autor.

Como era ya una nueva costumbre, Lolo y Tamara se quedaron solos.

—No puede ser cuánto creció en estos meses, está tan grande mi Victoria.

—¿Qué te digo? La veo y no lo creo. Mientras más tiempo paso con ella… —A Tamara se le quebró la voz— más me duele saber que nos vamos a despedir.

Lolo inmediatamente la contuvo.

—No, no… No te vayas ahí, no ahora. Hoy estás con ella y eso es lo único que importa.

Tamara se secó de inmediato con la mano el par de lágrimas que se le alcanzaron a escapar.

—Tienes razón.

—Por cierto, ayer hablé largo rato con Inesita —dijo Lolo con su mejor cara de preocupación, esa que tan bien conocía Tamara y que tan en serio escuchaba.

—¿Por qué? ¿Qué le pasó?

El viejo lobo de mar sabía perfectamente lo que estaba sucediendo y había lanzado el anzuelo con toda la intención de verla reaccionar así.

—Tu cara me podría dar a entender que siguen sin hablar pero quiero pensar que estoy equivocado…

Tamara respondió evasiva y orgullosa como buena experta en ponerse a la defensiva.

—Por supuesto que hablamos, no hay forma de no hacerlo por Victoria.

—Tamarita… ¿A mí me quieres engañar?… ¿A mí?

Era imposible escaparse de Lolo cuando quería confrontar pues, desafortunadamente, solía tener la razón.

—Es que no fue nada más lo que me dijo, su actitud desde el primer momento que llegué fue insoportable, como si estuviera esperándome para descargar todas sus frustraciones.

—Dime algo, conociéndola como la conoces, ¿tú de verdad crees que Inés es esa horrible persona que dices y que te has querido convencer los últimos meses que es o quizás pudo coincidir con que probablemente esté atravesando un momento difícil y no le diste la oportunidad de contártelo?

De todas las teorías que había pensado sobre el cambio repentino de Inés, justo esa, no la había contemplado.

—Bueno Lolo, pero es que si vamos a hablar de los momentos difíciles que hemos pasado últimamente, cómo te lo explico…

—No, no, no… No confundas la leche con la magnesia, no te quieras engañar. No puedes pretender que todos peleen las mismas batallas que tú para calibrar un mismo nivel de sufrimiento porque eso nunca va a pasar. No importa lo que tú creas, si algo le duele al otro o le es difícil, entonces le duele y es difícil y punto, he ahí la

verdadera empatía. Si asumimos que no hay problemas mayores a los nuestros, nos condenamos a estar solos.

—O a ser como Eduviges.

Lolo soltó una carcajada y con eso confirmó a Tamara que sacar a colación el nombre de «Eduviges» en medio de una conversación, era garantía para todo aquel que la conocía.

—Ustedes lo que tienen que hacer es descifrar juntas una nueva fórmula que incluya muchos kilómetros de por medio para seguir siendo ese dúo dinámico que son.

—¿Y qué tal que ya no lo somos? La gente cambia…

—Afortunadamente. Imagínate qué terror seguir siendo los mismos que éramos hace diez o veinte o treinta años… Pero en el caso de ustedes, después de traer al mundo a esa ardillita parlanchina que hasta aquí escucho hacer preguntas cada vez más sofisticadas sobre el mismo cuento que ya escuchó mínimo cuarenta veces, no puedes tener la menor duda de que juntas lo pueden todo.

Las palabras de Lolo dejaron a Tamara más pensativa que de costumbre, mas no por eso había relegado su curiosidad.

—Lo único que sé es que me duele mucho estar así, la extraño y me hace más falta que nunca.

—¡Díselo! Así… Sin más rodeos.

—Pues sí, ya encontraré la forma y el momento. Pero bueno… Independientemente de eso, ¿ya me vas a contar qué le está pasando?

—Yo no dije que le estuviera pasando algo, ¿o sí?

—Anda dime…

—Yo lo que te voy a contar es… Que ya es tarde y es hora de irme a casa.

—¡Arrghhhh, eres insoportable!

—Yo también te quiero, niña.

El viejo era astuto, no podía quererlo más. Lo ayudó a levantarse con toda la paciencia que llevaba de sobra los últimos meses.

—Te acompaño, no nos va a caer mal una caminata después de todo lo que comimos.

No había duda de que el tiempo había pasado sobre

él, su movilidad no era la de antes. Caminaron juntos hacia su casa, la misma de siempre, cruzando el parque Mirabent.

Dentro de todo lo que Tamara extrañaba de su «vida pasada», como ahora la llamaba, estaban también los paseos caninos nocturnos por esos rumbos.

—¿Y si buscamos un perrito para que te haga compañía y te obligue a salir a caminar? No me gusta que estés tan solito.

Lolo empezaba a sentirse cómodo con su edad avanzada y, por primera vez, estaba aprendiendo a dejarse consentir y cuidar.

—Con Pablo tengo compañía de sobra… Yo ya no tengo la misma energía, Tamarita, los animalitos son muy demandantes.

El viejo sintió que no habría mejor momento que este para tocar un tema sensible que llevaba meses sin saber cómo plantear.

—¿Pero y tú? A mí tampoco me gusta que estés tan solita. ¿Un perrito… Un amor… O ambos…? ¿No serían una buena opción?

Tamara respondió con el mismo tono de resignación que él había usado.

—¿Amor? Con todo el que me dan ustedes y Victoria, me sobra. Yo me siento muy amada, mi Lolo. Por fin entendí que una pareja no es la única fuente de amor en mi vida y me siento muy liberada. Además, ya no tengo la misma energía, los animalitos de dos patas son muy demandantes para mí también.

No tuvo de otra más que darle la razón.

—Quizá simplemente esta es la vida diciéndonos que nos llegó el momento de adoptar gatos, niña.

Si bien la mayoría de los niños aprenden a observar antes que a hablar, lo de Victoria fue diferente. Ella sabía perfectamente cómo comunicarse sin tener que hacer el mínimo esfuerzo de pronunciar una palabra.

Las torres de libros sobre maternidad que Inés y Tamara habían leído decían que no era algo de lo que

debían preocuparse en ese momento; sin embargo, las inquietudes de las madres primerizas suelen ignorar por completo, o bien adaptar a modo, los cientos de páginas que leyeron en aquellos tiempos de la dulce espera, cuando la crianza pintaba para ser mucho más fácil. Por eso, más allá de las incontables llamadas de auxilio «porque el viento los rozó», la comparación de sus criaturas con otros niños de la misma edad es lo que oficialmente da pie a una constante tortura al pediatra de confianza.

Por aquellos días, la paz mental de las madres de Victoria se sostuvo gracias a la paciencia de Lolo, quien consideraba un placer recibirlas en su consultorio cuantas veces les fueran necesarias.

—Esta pequeña no tiene un problema de aprendizaje, de hecho, me atrevo a decir que es más viva que ustedes dos juntas y ya con eso les dije todo. Va a hablar cuando quiera hablar, y en ese momento, prepárense porque nadie la va a parar…

Inés no pudo contener a la pequeña Rosalina Michaud que llevaba dentro, pues se asomaba con más frecuencia de la que le hubiera gustado.

—Pero ya tiene un año Lolito, todos los niños de su grupo de estimulación ya prácticamente hablan…

Lolo miró con complicidad a Victoria, quien involuntariamente trajo a la superficie un pedacito de su vida, que por tantos años había enterrado en su propia oscuridad.

—*Bambinetta mía, farai meglio a dire «mamma» presto o questi due mi faranno impazzire*.

Victoria soltó una fuerte carcajada al escucharlo mientras Tamara e Inés trataban de descifrar la conversación de Lolo con su risueña hija.

—¿Ven? No hay de qué preocuparse: tienen a una políglota en casa.

Se fueron del consultorio un poco más tranquilas pero no del todo convencidas y decidieron hacer eso que hasta entonces se habían prometido no hacer: repetirle todo el día a Victoria durante dos meses las tres palabras básicas que tendría que saber decir: A-GUA, LE-CHE y por

supuesto, MA-MÁ.

A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ… A-GUA - LE-CHE - MA-MÁ…

Una noche de martes en la que quizás no por casualidad estaban todos reunidos en casa de Lolo, bastó con un primer bocado cargado de su tradicional lasaña para que la pequeña no pudiera esconder el placer que le provocó probar, por primera vez, esa boloñesa tan perfecta que a partir de ese momento y por el resto de sus días sería su platillo favorito.

Agradecida desde lo más profundo de su párvulo ser, Victoria miró con ojitos de amor verde aceituna a Pablo, su adorado niñero, para regalarle un suspiro y exhalar la que sería su inolvidable primera palabra: «PA-PA».

Una carcajada histórica protagonizada por el anfitrión resonó en toda su casa mientras las madres clavaban la mirada en el presunto culpable de semejante catástrofe.

—A mí no me vean así… Fue ella solita, se los juro —dijo el siempre amoroso Pa-pablo con tremenda sonrisa.

Al llegar a su cuarto, de inmediato llamó a Cecilia, necesitaba contar a alguien que había recibido uno de los más grandes honores de su vida: ser esa persona a quien Victoria eligió nombrar por primera vez.

A partir de ese día, Victoria empezó a hablar rápido, fluido y sin escalas, sosteniendo importantes conversaciones unilaterales con sus amados perros y arrancando sonrisas a «Amam» y «Mamin», a quienes con el tiempo llamaría «mamá y mami».

Una de las novedades del barrio era Garota, un restaurante de comida brasileña que resultó ser un éxito rotundo en tiempo récord.

Inés y Tamara solían pasar siempre por ahí con Victoria, Vita y Juanga; alguna vez intentaron ir a comer pero el tiempo de espera era infame.

Los fines de semana, las madres solían estar vestidas con las mismas garras de casa que usaban desde el nacimiento de Victoria, se tiraban en un sillón frente a una botella de vino rosado y elegían comida a domicilio dado que, por mandato oficial de la cocinera de la familia, los viernes no abría la cocina del piso dos.

Esa noche, Pablo llegó de la universidad con la esperanza de que la telepatía hubiera funcionado y se cumpliera su antojo de comida tailandesa, pero para sorpresa suya se encontró con dos irreconocibles mujeres listas para salir a apoderarse de la noche.

—¿Qué es toda esta belleza? ¿Qué está pasando? ¿De qué me perdí?

—Se acabó, Neruda, nos cansamos de ser «mamitas en pijamitas» —dijo una Inés sorprendentemente maquillada, con el pelo alaciado y enfundada en un vestidito color verde esmeralda que hacía años no usaba.

A lo lejos, se escuchó por el pasillo el «clic» de los stilettos abandonados de Tamara, quien apareció en una impresionante minifalda que dejaba al descubierto sus largas piernas.

—Ustedes están conscientes de que hoy tienen que salir con guardaespaldas, ¿verdad?

Inés aceptó el cumplido un tanto sonrojada, había perdido la costumbre.

—Gracias Neruda, eres un sol.

—Cualquier cosa, nos llamas, estamos a tres cuadras, en el Garota. Por cierto, tu pad thai ya está junto al microondas —dijo una Tamara perfumada y sonriente tras darle un beso en la frente a Pablo y otro a Victoria, quien también las miraba atónita despidiéndose con un «bye» acompañado de su manita que abría y cerraba cada vez que alguien entraba, salía o simplemente se asomaba por la puerta.

La fila para cenar en el restaurante, para no variar, era interminable; pero esa noche Inés y Tamara iban con tiempo y ganas de sobra. Cuánta falta les hacía tener una noche que les recordara quiénes eran antes de la llegada de su hija.

No habían pasado ni cinco minutos de espera cuando un mesero apareció frente a ellas con un par de cocteles.

—El señor Vala les envía estas caipirinhas y me pide que les diga que están invitadas a cenar a su mesa.

—¿Y quién es el señor Vala? —preguntó Inés desconfiada.

—El dueño del lugar, es el caballero que está ahí sentado en el fondo.

Tamara levantó la copa coquetamente, agradeciéndole el gesto.

—Pues… Déjame decirte que no está de mal ver el tal señor Vala.

El sexto sentido de Inés no era infalible, sin embargo, rara vez erraba, de inmediato sintió un fuerte rechazo por él.

—No es para nada mi tipo pero te reconozco que es guapo.

—¿Y si le tomamos la palabra y nos sentamos en su mesa?

—Mmmmm… No sé. Me da la impresión de que es insoportable.

—¡Apiádate de mí como en los viejos tiempos, Inesia! Es el dueño del lugar, se ve bastante simpático de hecho.

Inés estaba sorprendida con la actitud de Tamara, sabía bien que una sola vez en su vida le había gustado tanto alguien a primera vista y no creía que ese hombre fuera digno de una segunda.

—Además, podríamos sentarnos pronto, ya no aguanto los tacones.

—¿Quién eres y qué hiciste con Tamara?

—Anda ya, nada malo puede pasar.

En contra del instinto de Inés pero absolutamente a favor del deseo de Tamara, se dirigieron a la mesa.

Flavio Vala se rindió ante la belleza de Tamara al ver de cerca esos ojos de gato enmarcados con delineador negro. La atracción inmediata que hubo entre ellos fue imposible de disimular.

Originario de Sao Paulo, con un pésimo «portuñol», se describía a sí mismo como un «hombre de negocios» que

había creado el concepto «Garota», que rápidamente convirtió en una exitosa franquicia en expansión por todo el mundo.

Pese a su innegable carisma, Inés se sintió obligada a cuestionar absolutamente todo a falta de la siempre asertiva Licenciada Becker, quien estaba completamente hipnotizada entre el carioca, las caipirinhas y los incontables pao de queijos que comió sin culpa alguna.

—Y cuéntame Flavio, ¿tienes familia?

—Por supuesto, mis padres y hermanos viven en Sao Paulo.

—Yo me refería a esposa e hijos…

Inés no se iba a levantar de la mesa sin saber el estado civil del hombre, éste malabareaba la pregunta astutamente mientras Tamara lo miraba embobada.

—Ah eso… Mi sueño es salir a pasear con mi esposa e hijos por los parques los domingos, pero ¿qué tal tú, Inés, tienes familia?

—Sí, de hecho eso que tú sueñas hacer los domingos yo lo hago pero todos los días.

Tamara aterrizó de Flaviolandia para lanzarle una mirada letal a Inés, sabía perfectamente hacia dónde iba con ese comentario y no tenía ganas de dar explicaciones.

—¡Nesi…!

—¿Qué, mi amorcita? Yo paseo todos los días por el parque contigo y con Victoria, no estoy mintiendo.

La cara de Flavio cambió de inmediato.

—¡Vaya! No pensé que fueran amigas TAN cariñosas, qué grata sorpresa.

Tamara sintió la necesidad de aclarar la situación de inmediato dándole detalles de su amistad, del arreglo que habían hecho para ser madres, del inmenso amor que se tenían… Mientras hablaba, él fingía escucharla con atención aunque en realidad solo podía imaginarlas desnudas, besándose y tocándose frente a él. No sería el primero en hacerlo, pero sin duda fue el más obvio.

—Vaya, qué interesante arreglo… Yo apuesto a que por lo menos UNA vez se han besado.

—Nunca —contestaron ambas, firmes, al unísono.

—Pues es una verdadera lástima, hoy debería ser esa inolvidable primera vez y qué mejor que en Garota.

Inés se contuvo para no responderle mal. No logró disimular su cara de pocos amigos.

—Garota parece ser el escenario perfecto para muchas primeras veces, pero no de una mía con mi hermana —le respondió Tamara, tan asertiva como sugestiva, mientras Inés sentía la incomodidad apoderarse de ella por segundo, ante el tono y la insistencia del sujeto.

Flavio, adelantándose a que Inés quisiera irse en breve y llevarse a su presa, llamó al mesero.

—¡Tito! Trae al chef por favor, tenemos aquí a una señorita que dice que ama cocinar. Con esos ojazos, seguro logra sacarle la receta secreta de ese pao de queijo que tanto le gustó.

A Tamara le brillaron los ojos enseguida, Flavio era un sueño que, además, parecía compartir con ella el amor por la comida.

De la cocina llegó un hombre muy alto y sonriente de tez apiñonada, pelo oscuro y manos grandes, llevaba una filipina negra con restos de harina y un trapo limpio al hombro.

A diferencia de Flavio, emanaba pura dulzura.

—Inés, Tamara: les presento a Rafael Aponte, mi socio y el chef de Garota.

Rafael no pudo esconder su atracción por Inés.

—Qué gusto conocerlas. ¿Qué les ha parecido la comida? ¿Cómo las han tratado?

Tamara enseguida respondió.

—Ha sido una noche fantástica que…

Inés interrumpió antes de que Tamara hiciera algún cumplido que recayera en el insoportable señor Vala.

—Por mucho, lo mejor ha sido la comida. Todo ha sido exquisito.

—Podría vivir en un prado de tus panes de queso. He tratado de hacerlos mil veces pero nunca llego a esta consistencia, por favor dime cómo lo logras —dijo Tamara en su momento más cuerdo y congruente de la noche, sonrojando al chef con el cumplido.

—Ah, es que el pan es mi especialidad. Te prometo que solo a ti te lo voy a decir, pero por qué no vienen un día entre semana a mediodía cuando no haya tanta gente y les enseño a hacerlos.

A Tamara de inmediato le brillaron los ojos.

—¡Cuenta con ello! Por favor, pon una panadería YA. Yo me asocio contigo.

Rafael sonrío agradecido tomando su intención como un cumplido.

—Muchas gracias. Un día va a pasar, ya verás.

—No lo dudo ni un segundo, ahí voy a estar en primera fila.

El chef no quitaba el dedo del renglón con Inés, quien estaba poco o nada interesada en su plática.

—¿Tú también vienes, verdad Inés?

—No, yo no cocino.

—Pero eso no quita que vengas con esa bebé con la que siempre estás en el parque.

Inés se quedó helada ¿cómo era posible que ese hombre al que jamás había visto supiera de sus paseos por el parque con su hija?

—¿Cómo sabes eso?

Él explicó sonriendo.

—Te veo diario… Paseas con una nena preciosa que dan ganas de morderle los cachetes y con dos perritos. A veces te acompaña un señor mayor con dos labradores o un chico que se ve bastante relajado y que, asumo, es el papá de la chiquilla.

Inés sonrió por primera vez en toda la noche.

—No, no es el papá, es el «papa», pero esa es una larga historia que no viene al caso en este momento. Se llama Victoria, es nuestra hija… de Tamara y mía.

La prudencia de Rafael no supo qué decir ante esa inesperada respuesta. Flavio evitó el potencial silencio incómodo.

—Las chicas tienen una fórmula muy interesante y quizá muy moderna para nosotros…

—Pues sea como sea, suena fantástica si ese es el resultado, enhorabuena por esa hermosa hija que tienen.

Las tres son siempre bienvenidas aquí y están más que invitadas a hacer pan de queso cuando quieran.

Pasaban de las doce, Inés consideró que era buen momento para ir a casa, seguramente Tamara no volvería con ella.

—Es tarde. Yo me voy a casa, mi amora, ¿vienes o te quedas?

Flavio tomó la mano de Tamara.

—Te vas a quedar conmigo un rato más, ¿verdad?

Por supuesto, Tamara quería todo menos irse. Pese a su encandilamiento, sabía que la mejor estrategia para que Flavio no dejara de pensarla en toda la noche, era precisamente hacerlo.

—Nos vemos Flavio, un placer conocerte.

El carioca estaba seguro de que la tenía en la bolsa, no era posible que se fuera así nomás.

—Tamara, no… Me vas a romper el corazón si te vas. Quédate y te llevo a tu casa en un ratito, anda…

—No *corazao,* me voy a ir. Un placer conocerte, gracias por todo.

Inés estaba orgullosa de Tamara, quien parecía haber recuperado la sensatez.

—Al menos dame tu teléfono, tu dirección, algo…

—Yo sé que tú eres tan inteligente que me vas a encontrar.

Las dos madres volvieron a casa recapitulando la noche con varios grados Gay Lussac encima. En el camino, fue imposible no hablar de los personajes que acababan de conocer.

—Te dije que el Flavio ese era un nefasto…

—A mí me pareció todo lo contrario, es guapo, es encantador, divertido…

—Sí, sí… ¡Me di cuenta! Estabas en adolescente totalmente flasheada por el carioca, nunca te había visto así. Si tanto te gustó, ¿por qué no le diste tu teléfono?

—Según yo para hacerme la interesante…

Inés soltó una fuerte carcajada al escucharla.

—Tienes quince años.

—Cállate «quince años», que ese chef te tenía bien

checada desde antes, no dudes que de ahí sale algo.

—Yo te voy a decir qué: una nueva adicción por los panes de queso.

Inés también lo había sentido pero no quiso hacerse ilusiones, además, si ese hombre era socio de Flavio, algo podrido debía tener también.

Era la semana en que Victoria dormía en casa de Inés, así que Tamara dejó a un lado su rol de mamá con pijama llena de manchas de yogurt y sacó del cajón del olvido uno de sus hermosos camisones de seda que, al igual que sus juguetes y sus casi extintos stilettos, pensaban que se había mudado a otro planeta.

Se fue a la cama recordando las manos del carioca entre sus piernas tocándola por debajo de la mesa, agradeciéndole por haberla hecho sentir otra vez como la mujer deseada que alguna vez fue.

Capítulo IV

Rafael Aponte era parte de una familia amorosa y de bases sólidas que siempre lo apoyó en absolutamente todo. Pese a venir de una dinastía de ingenieros, cuando externó su inquietud por estudiar gastronomía nadie lo cuestionó; por el contrario, sus padres hicieron un gran esfuerzo para que estudiara en las mejores cocinas del mundo y llegara muy lejos con ese enorme talento que tenía, principalmente para la panadería y repostería.

El talón de Aquiles del buen Rafael siempre fue la pareja: pese a ser un alma entregada y con las mejores intenciones, no lograba encontrar a alguien con quien realmente se sintiera pleno y correspondido.

Al igual que tanta gente, tomó un sinfín de malas decisiones, su problema siempre fue dar mucho más de lo que recibía y conformarse con ello, por eso, al final del día, pese a sus siempre buenas intenciones, inevitablemente estaba solo.

La familia en que creció fue su modelo, así que siempre tuvo la ilusión de convertirse en la cabeza de la suya. Era una de esas personas que parecía haber nacido para ser padre, pues su paciencia y dulzura para con los niños era de otro planeta; a la hora de interactuar con ellos tenía el superpoder de sumergirse en su mundo y convertirse en uno más.

Su relación más larga fue con Isabelle, una sous chef francesa a quien conoció durante la temporada que trabajó

en Mónaco. No estaban realmente enamorados, pero se llevaban bien y la relación entre ambos era cordial y respetuosa.

Isabelle fue lo más cercano a un buen amor, y por eso, después de tres años juntos decidieron ser padres pero sus intentos fueron en vano; los estudios finalmente apuntaron a que el verdadero impedimento para lograrlo era nada menos que Rafael. El amor de Isabelle no fue suficiente para sobrellevar esa noticia, y lo dejó a la deriva.

Su corazón se rompió en mil pedazos por lidiar con la desintegración de uno de sus más grandes anhelos, un sentimiento que, sin saberlo en aquel entonces, compartiría con el verdadero gran amor de su vida.

Se tomó un año sabático para sanar, necesitaba replantear su futuro borrando de su mente la fotografía de una familia propia. Así lo hizo, viajó por distintos países buscando consuelo hasta que en Brasil se reencontró con su amigo Serginho.

—Rafa, por favor, necesito a alguien de confianza en mi cocina. No puedo meter a cualquiera ahí. Piénsalo, es una buena excusa para volver a casa con un trabajo sólido y bien remunerado.

No tenía planeado volver en ese momento a su país, sin embargo, la oferta era por demás atractiva.

—Amigo, suena fantástico, pero sabes que yo tengo mi propio proyecto de panadería.

Serginho no iba a dejarlo ir tan fácil, necesitaba a un hombre como Rafael supervisando al vividor de Flavio Vala, hermano de uno de sus inversionistas.

—Y te prometo que esto te acercará ahí, vamos Rafa, es solo una escala antes de emprender. Te va a venir muy bien ver cómo funciona el negocio.

Finalmente, Rafael cedió y una vez más cambió el rumbo de su destino, acercándose finalmente a él.

Cuando, tomando su café por las mañanas en el parque Mirabent, veía pasear a Inés con Victoria, le era imposible no pensar en esa vida que nunca tendría; qué afortunado debía ser el esposo de esa hermosa mujer.

Ni en sus más guajiros sueños pudo imaginar que él

desempeñaría un rol tan importante en la vida de ese par, y por eso, desde hacía seis años no había un solo día en que no se sintiera el hombre más afortunado del mundo y diera gracias por ello.

Inés y Rafael eran dos personas que parecían haberse buscado toda la vida, estaban tan hechos el uno para el otro, que en el momento en que dejaron a un lado sus miedos y formalizaron, jamás se plantearon separarse; por el contrario, se encargaron de fortalecer los pilares que sostendrían su relación, ilusionados con estar juntos por el resto de sus días.

Ella sabía que esos amores sí existían, lo había visto en sus abuelos; él tenía el ejemplo de sus padres, por lo que no dudaron en que después de tantas batallas peleadas luchando por encontrarse, no se iban a soltar.

Tamara celebraba todos los días este amor, si hubiera tenido la oportunidad de diseñar un hombre a la medida de Inés, seguramente no hubiera sido tan perfecto como Rafael, quien además se había convertido en un entrañable maestro y amigo. Se había ganado su corazón al ver cómo trataba y, sobre todo, cuánto quería a su hija; además, por entender de manera tan respetuosa los acuerdos establecidos entre ellas alrededor de la crianza de Victoria. Su amistad fue más allá de su devoción por el pan, habían logrado construir un vínculo en nombre del amor que ambos tenían a Inés.

El resto del clan lo adoptó de inmediato, era imposible no quererlo. Cuando menos cuenta se dio, se vio horneando todos los martes baguettes para la lasaña de Lolo. Nadie sabía cómo habían podido sobrevivir sin él y sus panes perfectos tanto tiempo.

Al igual que al resto de los integrantes de esa cena, en el momento menos esperado la vida también le había regalado una nueva oportunidad de tener una maravillosa familia.

Un frío martes londinense, a diferencia de sus mañanas siempre enérgicas y positivas, Inés despertó mucho más

temprano de lo habitual. Estaba especialmente agitada, desconcertó por completo a Rafael.

—¿Qué pasa, mi Necesita? ¿Todo bien?

Sus ojos no eran capaces de mirar, su voz sonaba a un hilo que, de tan delgado, en cualquier momento podría romperse.

—Fue… Fue la peor pesadilla de mi vida.

Apenas y pudo entender sus palabras, con toda su ternura (que no era poca) la rodeó con sus brazos como a una niña asustada.

—Tranquila mi amor, ya pasó. Respira… Fue solo eso, un muy mal sueño, ¿quieres contármelo?

Intentaba respirar para recuperar la calma como tantas veces lo había hecho, sin embargo, esta vez no parecía ser suficiente.

—Soñé con ella, estaba furiosa conmigo como nunca la había visto y…

Rafael la tomó de sus manos mientras la escuchaba.

—Y nos quitaba a Victoria, se la llevaba Rafa… Pude… Sentí que me arrancaban el alma.

Inés desbordó el tsunami emocional que oprimía su pecho con tanta angustia.

—Salí corriendo detrás de ellas para tratar de alcanzarlas… Corrí y corrí y corrí y corrí hasta que las perdí de vista.

Para entonces, un mar de lágrimas rodaba por sus mejillas. Rafael trató de calmarla pero fue imposible.

—No me puedo imaginar un dolor así… pero fue solo un mal sueño, mi vida. ¿Por qué no intentas dormir otra vez?

—Te juro que lo intenté para ver si así lograba encontrarlas, pero… No lo logré...

Rafael nunca la había visto así de frágil y angustiada, de hecho, ni ella misma en sus peores momentos se había sentido como aquella noche.

—Nos la va a quitar, yo sé que nos la va a quitar…

—Pero Nes, estás hablando de tu hermana… Ella jamás te haría algo así.

Inés parecía haber perdido toda objetividad.

—¿Y si sí? ¿Y si se la quiere llevar? Victoria lleva su sangre, ella es abogada, se dedica a eso Rafa. Puede quitármela sin esfuerzo alguno.

Para su fortuna, si alguien podía aterrizarla en medio de ese ataque de ansiedad, era justamente él.

—Escúchame bien, Inés: ES TAMARA. La misma que dio un óvulo para tener una hija contigo, la que prácticamente te obligó a tomar esta oportunidad a miles de kilómetros para que cumplieras tu sueño, la que siempre quiere lo mejor para ti y para su hija…

Tras un largo silencio acompañado de una mirada perdida en la nada, la angustia de Inés empezaba a oscilar entre la añoranza y una profunda tristeza.

—A esa Tamara no la he visto desde que nos mudamos aquí, hace casi un año…

Hasta ese momento, él no había realmente dimensionado el profundo dolor de Inés por estar tan alejada de ella, más allá de los kilómetros de distancia.

—Sí, esa visita fue muy desafortunada y… —Rafael hizo una pausa y cambió drásticamente su acostumbrado tono dulce.

—A ver, Inés… ¿Quieres que te diga por qué ustedes dos no han arreglado las cosas desde que Tamara vino a Londres?

Alcanzó a vislumbrar que estaba a punto de ser impactada por una granada que sería todo menos sutil.

—Lo de ustedes dos es mero instinto de supervivencia, porque les es más fácil estar peleadas que aceptar lo mucho que se extrañan y la falta que se hacen. Si estuvieran amalgamadas en el amor eterno de siempre, este año hubiera sido un infierno aún peor para ambas. Tú no hubieras puesto el corazón que necesitabas para instalarnos aquí y ella no hubiese podido soportar tu ausencia. Actuaron desde la ira y eso siempre resulta más «práctico».

Rudo y crudo, una vez más salió a relucir el Rafael del que Inés se enamoró perdidamente, ese que dice lo que nadie más se atreve, sin endulzantes.

Su ansiedad se fue diluyendo en sus palabras.

—No lo había pensado así pero quizá tienes razón.

Rafael la abrazó con la fuerza y ternura que un hombre puede tener unos cuantos minutos antes de las seis de la mañana, limpiando con besos las gotas de sal que aún rodaban por su cara.

—Te voy a decir lo que vas a hacer: te vas a volver a dormir y ahora sí vas a alcanzar a Tamara y a Victoria para abrazarlas fuerte. Yo mientras voy a sacar a Vita, preparar el desayuno, llevar a la cachorra a la escuela y hacer todos los arreglos para que en un par de días Victoria y tú se adelanten a casa.

—Pero no puede faltar a la escue…

Antes de levantarse de la cama, él no perdió la oportunidad de interrumpirla como medida de prevención ante un inminente diluvio de excusas.

—No, señora, eso no está a discusión. Se graduará de doctora diez días más tarde, no pasa nada. Ustedes tres necesitan estar juntas como antes… Como siempre.

Inés había agradecido muchas veces al universo, y hasta al Dios en el que había dejado de creer, por la fortuna de haber encontrado a Rafael, pero nunca lo había hecho como aquella madrugada en que la contuvo con tanto amor y claridad en medio de la peor crisis de angustia de su vida, tras haber experimentado la desgarradora sensación de perder a las dos piezas más importantes del rompecabezas de su alma.

—Ahora bien… ¿Doctora… Victoria…? ¿Es en serio, Rafael?

—Tienes razón, fui un loco: diva stravaganzza y cotorrita parlanchina.

Tamara había transformado el primero de diciembre en una tradición, pues era el día en que, año con año, oficialmente llegaba el espíritu navideño a su casa sin importar si era lunes, miércoles o domingo.

Ese día se tornó cada vez más especial con el paso del tiempo, siendo Victoria, por supuesto, el elemento más importante y por mucho, su mejor regalo de todas las navidades pasadas y futuras.

Lo único que la animó a vestir la casa de invierno ese año fue la ilusión de volver a ver a su hija. Aquel primer primero de diciembre, sin ella como su principal ayudante y sin Juanga haciendo gala de sus ridículos vestuarios de temporada, simplemente no sabía a navidad.

La necedad de Candelaria la convenció de no perder la tradición y poner el árbol ese día; el estómago de Pablo de que horneara las galletas de jengibre, y la añoranza de Lolo de que los acompañara tarareando erróneamente villancicos. Así transcurrió el arranque de un diciembre en el que predominó el azul nostalgia por sobre el tradicional rojo y dorado.

Para las nueve de la noche, la navidad ya había llegado al ala norte del piso dos del Tándem, lo único que faltaba era una niña con espíritu sobrado, corriendo alrededor del árbol y suplicando que esa noche la dejaran dormir con sus perros debajo de él.

Ahí estaban los mismos de siempre remojando la melancolía en ponche mientras contemplaban aquel pino frondoso e impoluto que, para no variar, cualquier tienda departamental envidiaría.

Con un «ro pom pom pom» de fondo, se escuchó un nada sutil forcejeo de la cerradura de la puerta.

No había muchas opciones: se había metido un ladrón al Tándem (algo improbable mas no imposible) o Inés, la única persona (además de Candelaria y Pablo) con un juego de llaves de la vieja cerradura, estaba del otro lado de la puerta (algo tan imposible como improbable).

Ante el desconcierto, Tamara se acercó a la puerta. La mirilla estaba tapada.

—¿Quién está ahí? —preguntó con aparente seguridad.

Nadie respondió. Preguntó nuevamente.

—¿Quién está ahí?

Solo el silencio contestó.

El intercambio de miradas entre los presentes dijo más de lo que se escuchó en esos momentos.

—Le voy a marcar al Isma —dijo Candelaria en voz baja para evitar que quienes aún insistían en abrir la

puerta, la escucharan.

—¿Quién es? —preguntó Tamara por tercera vez mientras pensaba en escenarios improbables de todas las catástrofes que podrían pasar en los próximos segundos.

Lo que jamás imaginó, es que un timbre femenino en plan de farsa le respondería.

—Somos un par de ladrones que venimos a robar las galletas de jengibre más ri…

Una vocecita sumamente familiar no quiso desaprovechar la oportunidad de oro que tuvo enfrente.

—Y… y… y… también venimos a dormir debajo del árbol… Aunque sea sin perros.

El corazón de Tamara se aceleró de inmediato, Lolo corrió hacia ella con una velocidad que no había tenido en mucho tiempo, mientras que Pablo y Candelaria, pese a estar rebasados de alegría, entendieron que la abogada necesitaba un poco más de tiempo antes de abrir.

Ante la falta de respuesta, una muy orgullosa Victoria susurró a su madre:

—¿Y si lo hicimos tan pero tan bien, que va a venir la policía por nosotras? Ya hay que decirles quienes somos, mami.

Inés intuyó que algo estaba pasando: quizá Tamara, al percatarse de que era ella quien estaba del otro lado de la puerta, no quería verla y necesitaba un par de minutos para reaccionar ante su apremiante llegada, pero no… No iba a torturarse con eso. La conocía bien y por más distanciadas que estuvieran, sabía que jamás haría algo así frente a su hija.

—¡Tienes razón, pedacita mía! A ver, toca…

La exinquilina del 202 reparó en que Victoria logró por primera vez alcanzar el timbre con la punta de su dedo índice, cuánto había crecido en este último año.

—Somos…

En ese instante, una Tamara menos pálida pero exponencialmente más feliz, abrió la puerta.

—¡Son los amores de mi vida! —dijo entre lágrimas de emoción en medio de ese inolvidable y largo abrazo que las reconfiguró como el trinomio perfecto que solían ser.

Ninguna de las tres olvidaría jamás ese momento, por el contrario, aun en las más oscuras tormentas, ese recuerdo las rescataría siempre.

Aquel diciembre juntas volvieron a ser invencibles, fueron capaces de apoderarse de esta y todas las galaxias. Revisitaron su vida sin dejar a un lado todos aquellos rincones que habían sido testigos de su historia a lo largo de los años, era como si los viejos tiempos hubiesen vuelto mejores que nunca.

A todos les hizo bien ese viaje, especialmente a un alma en pena que llevaba meses esperando audiencia con su infalible consejera.

—Ya en serio Ine, ¿me juras por la mismísima Vicky que es imposible convencerla de que cambie de opinión? —preguntó un desolado Ismael desde una banquita del parque Mirabent.

—A ver, hay muy pero muy pocas cosas definitivas en esta vida Ismita, claro que todo puede cambiar pero estamos hablando de la Candelaria, ¿a quién conoces más obstinada y terca que ella?

—A nadie.

—¡Exactamente! Pero más allá de eso, ser mamá nunca estuvo en sus planes y fue clara contigo desde siempre. ¿Qué quieres? ¿Convencerla y que tenga hijos para darte gusto como tantas mujeres lo hacen con tal de no perder a sus maridos?

Sabía que Inés tenía razón, él ya había pensado todo lo que le estaba diciendo pero le gustaba pensar que estaba en un error.

—Claro que no, yo quiero como mamá de mis chamacos a alguien que los desee tanto o hasta más que yo.

En todos los años que tenía de conocerlo, Inés jamás había visto a su amigo tan afligido.

—Pues es que así debe ser, hay papás y mamás que les arruinan la vida a sus hijos porque en realidad no querían tenerlos. Si tienes tiempo, te cuento cómo fue mi vida con una mamá así.

Pese a que estaba consciente de que en esta conversación no había forma de escuchar en voz de Inés

eso que él desesperadamente necesitaba, no dejaba de ser un optimista serial para quien la esperanza es lo último que debe morir.

—Pero entonces, ¿de verdad no crees que haya manera de que logre darle la vuelta y seguir con la chaparrita como estamos, pero con niños?

En ese momento, Inés pudo palpar el velo de ingenuidad y tristeza que cubría el alma del siempre incondicional Ismael.

—Me temo que no, corazón.

Él no quiso perder la oportunidad de poner sobre la mesa algo que también había pasado por su cabeza pero que no se había animado ni siquiera a decir en voz alta.

—¿Y si yo decidiera no tener chamacos?

Nunca había reparado en lo profundo que era el amor del buen Isma hacia Candelaria.

—¿Realmente podrías sacrificar el más grande anhelo de tu vida con tal de estar con ella?

Isma fijó la mirada en el piso evadiendo la respuesta.

—¿Estás seguro de que podrías perdonarte por haber cedido, cuando un día amanecieras y te dieras cuenta de que el tiempo pasó y no fuiste el papá que soñaste por una decisión que ella tomó hace años? ¿Crees que podrías seguir amándola como la amas hoy?

—No pues es que nada de eso lo puedo saber —respondió Isma a pesar del nudo que atravesaba su garganta.

—Si ser padre es algo que siempre has deseado y te llena de ilusión, temo decirte que es muy fácil saberlo, Ismita.

Inés abrazó con tanta compasión a Isma, que él se dio permiso de quebrarse y romper en un llanto desconsolado en el hombro de ella.

Fue ese el momento exacto en que, por primera vez, el amoroso portero del Tándem entendió que su relación con Candelaria tenía fecha de caducidad y que ésta estaba próxima.

—Ay Ine… ¿Qué va a ser de mí sin mi chaparra? Nomás no me imagino.

—Ahh, eso sí lo tengo clarísimo pa que veas.

—¿De verdad…? —respondió entre sollozos.

—Un día, mucho más cercano de lo que hoy crees, vas a saber que estás listo para darte la oportunidad de conocer a chicas que también mueren de ganas de ser mamás, porque te tengo noticias: abundan y están buscando hombres buenos, nobles, responsables y trabajadores como tú. Tú vas a ser muy, pero muy feliz y siempre te vas a alegrar de todo lo lindo que le pase a la dulce Candy.

La incredulidad por un momento se apoderó de Ismael.

—Na… No creo, Ine. O sea, sí me voy a alegrar si a ella le va bien y así, pero lo que sí sé es que no voy a querer a nadie como a mi chapis.

Nadie podía entenderlo mejor, las únicas dos veces que Inés estuvo verdaderamente enamorada, pensó exactamente lo mismo.

—¡Efectivamente! ¿Y qué paz da eso, no? Imagínate qué horror querer a toda la gente igual… La vas a querer diferente y diferente no tiene por qué ser menos o necesariamente malo.

El planteamiento de Inés sembró un poco de esperanza y mucha curiosidad en él.

—Bueno y entonces cuéntame qué más va a pasar cuando salga a conocer chavas y le tire buena onda a la chaparrita y así…

La voz de la experiencia tenía claro el futuro.

—Eso está muy fácil. Te vas a entregar y a dejar que la vida te lleve hasta quien sea tu destino.

—Mmmchale… ¿Ya ves, Ine? Yo quería saber mi final feliz.

—¡Ah!, de eso no tengas la menor duda: eres la crónica anunciada de una vida muy feliz.

En medio del furor de su reencuentro, Tamara e Inés hicieron de todo para evadir la plática incómoda que tenían pendiente; sin embargo, eso no sería sostenible a largo plazo pues una de las dos tenía un tema

verdaderamente urgente del que hablar.

Tras dejar a Victoria con su tía Candelaria, las dos madres se vieron obligadas a sentarse frente a frente en la cocina del 201, ese mismo escenario que había sido testigo de la toma de sus más importantes decisiones.

Ignorar la tensión que ocupaba el espacio entre ellas fue imposible, sin embargo, Tamara dio el primer paso.

—¿Nos dejamos de pendejadas?

Sus palabras fueron un bálsamo para Inés, quien esa noche estaba dispuesta a todo menos a contradecirla.

—¿Queremos ahondar en esto o simplemente reconocemos que estábamos en una fase muy oscura con un pésimo *timing* que se nos salió de control?

Cuánto extrañaba la honestidad brutal de su alma espejo. La abogada la estrujó como necesitaba hacerlo desde hacía meses y ahí, entre sus brazos, Inés sintió cómo la paz que tenía perdida poco a poco regresaba a ella.

—Absolutamente. Este caso está cerrado entonces.

Eran las mismas de siempre, o al menos parecían serlo. Con una sonrisa y el corazón en calma, levantaron sus vasitos de mezcal para brindar por el elefante que habían logrado sacar no solo de la habitación sino de su ser.

—Ahora bien… Pasemos a lo verdaderamente importante, amorcita mía.

—Victoria…

Inés desaprobó con total ironía la respuesta de la abogada.

—No, no, no… Llegó la hora de la verdad, chiquitita, de mi escrutinio no te vas a escapar; podrás marear a Lolo, a Pablo y a Candelaria si quieres, pero a mí sí estás obligada a decirme. ¿Quién te está dando mantenimiento? ¿Qué demonios está pasando contigo y el amor o el desamor?

Tamara soltó una carcajada que relajó la angustia que por un breve instante se había asomado.

—¿El qué…?

—¡No te hagas! ¿Me vas a engañar a MÍ? ¿A MÍ, Tamara Berckenstroyker?

No les tomó mucho tiempo darse cuenta de la falta que les hacía a ambas revivir la complicidad que las unió.

—¡Jamásmente! A ver: gente para pasar el rato nunca falta, pero alguien como para apostarle a algo más, te recontraconfirmo que no hay; de hecho, he de confesarte que no me interesa.

—Nada, pero de verdad, ¿nada rescatable? No te creo.

Como era su costumbre, Tamara respondió determinante.

—Nada. Ya sabes que yo no creo en esos cuentos de «y vivieron felices por siempre». La probabilidad de que me pase algo así es de uno en un millón y, si tomamos en cuenta que en este edificio la que se ganó esa lotería fuiste tú pues… Mis posibilidades son nulas.

Uno de los tantos pensamientos inútiles y recurrentes de Inés durante el último año era haberse sentido reemplazada por Carolina, pero fue ese el momento en que descubrió que quien realmente se había convertido en la mejor amiga y compañera fiel de Tamara, era la soledad.

—Dime loca, pero yo no quito el dedo del renglón contigo, te conozco bien y sé que aunque lo niegues, en secreto sigues comprando «boletitos» de esa lotería en cada sorteo.

Había cosas que nunca cambiarían y la abogada, siendo drástica ante un juicio emitido por ella misma, tampoco lo haría.

—Efectivamente, te digo LOCA, loca de atar.

—Y ya no volviste a saber nada de…

Inés fue interrumpida tajantemente, sin dejar lugar a que se ahondara en ese tema.

—No, y no vamos a hablar de él. Mejor dime tú… ¿Después de tantos años con el arcángel Rafael, no extrañas ni un poquito tener primeras veces?

Llevaban más de un lustro juntos y a Inés le seguía siendo imposible esconder el amor que sentía por su novio. Cuando hablaba de él, tenía una forma especial de inclinar la cabeza y sonreír.

—¿La verdad? Al principio me daba pánico pensar que él podría ser mis últimas «primeras veces», pero poco a

poco ese miedo se me fue transformando en paz. Estoy muy agradecida de, a estas alturas de mi vida, ya no tener que pensar en primeras veces.

Nada podía hacer más feliz a Tamara que ver a su amiga profundamente enamorada de un hombre como Rafael, mas no por eso dejaría a un lado la diversión de ponerla a prueba.

—Si, digamos… por ejemplo, te dijera que viene Acuamán en camino…

Inés soltó una fuerte carcajada al escuchar «Acuamán», como si los años no hubieran pasado. A veces se le olvidaba lo bien que se conocían, ella misma se había hecho esa pregunta varias veces.

—Uff… Acuamán, qué delicia. ¿Te acuerdas? ¿Cómo estará?

—¡Ajá! Llega tal cual lo recordamos, joven y sabroso como siempre y por error se quedan encerrados aquí. Sé honesta y dime ¿qué harías, Inesia?

—Pues… Pondría agua para un té, porque tampoco toma café.

Un manojo de carcajadas habitó el 201.

—¡Tarada! En serio, ¿nada de nada? Mira que nadie se enteraría…

Aun frente a un planteamiento ficticio, prácticamente imposible de rechazar, la fidelidad siempre había sido importante para Inés.

—Nop, nada de nada.

En menesteres románticos y sexuales, la carta de «Acuamán» con Inés era infalible, los primeros dos años con Rafael aún doblaba las manos y la aceptaba pero esta vez era muy diferente.

—¿O sea que ya te quedas ahí para «siempre»? O lo que sea que «siempre» signifique.

—Mi amora…

Inés bebió de un solo trago lo que quedaba de su mezcal. La abogada le había dado el pie perfecto para compartir las noticias que, por temor a su reacción, aún no había desempacado.

Por el tono de voz y mirada temerosa, Tamara pudo

avistar el aterrizaje forzoso de una noticia verdaderamente importante.

—Quita esa cara y dilo ya por favor, me estás asustando.

En medio de su propia turbulencia, Inés tomó aire y lo dijo sin escalas.

—Rafa y yo nos vamos a casar.

Tardó en reaccionar, la abogada jamás contempló que esta plática desembocaría en semejante anuncio. Inés no supo qué hacer durante esa pausa que sintió durar un par de días enteros.

—Muchas, muchas felicidades, Nesi. Te prometo que estoy muy feliz por ustedes, es solo que… No me esperaba este notición, no… No me lo esperaba para nada, para nada... Cuéntamelo todo, empezando por cómo pudiste guardar el secreto todos estos días…

Finalmente, estaba protagonizando la escena que tantas noches le había arrebatado el sueño. Lo único con lo que podría hacerle frente era con la verdad

—Mi amora, la Academia me ofreció una plaza permanente como docente, necesitamos casarnos para facilitar todo el papeleo…

Su experiencia en la materia la arrolló en cuestión de segundos cual tren en colisión.

—¿Papeleo para…? No estarán pensando en radicar definitivamente allá, ¿verdad? Porque para eso tendrías que haberlo hablado conmigo antes de tomar una decisión que involucra directamente a nuestra hija.

No pudo mirarla a los ojos en ese momento, Tamara sintió cómo su cabeza daba vueltas cual ruleta mientras sus oídos zumbaban amenazándola con perder la conciencia. Esos fantasmas de abandono con los que llevaba toda una vida luchando habían regresado galopantes para apoderarse de ella, desvaneciéndola en el piso completamente indefensa ante la inminente disolución de la pequeña familia que creyó haber construido con Inés.

La única vez que su amiga había visto así a Tamara fue aquel día que las unió para siempre, y su reacción otra vez fue tumbarse en el piso junto a ella, rompiendo en

llanto sin poder decir que solo había intentado ser fiel a los acuerdos que desde el primer momento en que emprendieron esta aventura hicieron: hablar lo importante frente a frente para evitar malentendidos. Dado el clima entre ambas, no había creído pertinente hacerlo.

La abogada volvió en sí, mas no por eso tenía fuerzas para pelear. Era tal su desolación, que el panorama en ese momento era de total oscuridad para ella.

—El día que se fueron lo supe y te lo dije, pero tú me juraste que no iba a ser así, Inés. Me lo juraste.

Inés no podía articular palabra alguna, estaba ahogada en su propio mar.

—¿Por qué me estás cambiando la jugada así? ¿Por qué nos estás haciendo esto?

Los sollozos de Inés se apoderaron de cada uno de los rincones del segundo piso del Tándem.

—No… No es así. Te juro por Victoria que no es como dices.

Un mar de decepción estaba asfixiando a Tamara, el llanto apenas y la dejaba hablar. En esos momentos no tenía la fuerza anímica para soportar tantos cambios simultáneos, se sentía completamente desechable en su vida, como si su presencia ya no le sirviera para nada después de haberla ayudado a cumplir su más grande sueño.

—Por favor no me jures ya nada. Ahora entiendo que la verdadera razón por la que vinieron con tanta premura es porque necesitas que te dé el divorcio para poder seguir adelante con esto.

Inés sabía que esta conversación no iba a salir bien, había contemplado una reacción incendiaria de Tamara, pero no esa.

—Pero cómo se te ocurre, ¿qué clase de persona crees que soy?

—No sé, pero no eres mi Nesi, ella jamás me haría esto.

Esas palabras fueron como una daga en el pecho para Inés.

—No tienes idea de la cantidad de veces que en mi

mente tuve esta conversación contigo. Ensayé mil formas de decírtelo para evitar un malentendido y que pudieras comprender que solo estoy tomando una maravillosa oportunidad que la vida me está ofreciendo, que sin ti no puedo hacer nada de esto y no por el puto trámite Tamara, sino porque te necesito más que nunca cerca de mí. No me imagino dando este paso sin ti, sin tu apoyo, sin tus palabras. Victoria y tú son lo único que realmente tengo, son mi familia y mi hogar y el casarme con Rafael y vivir en Londres no lo cambia.

Lo intentó, pero a Tamara le fue imposible creer en sus palabras, las sintió como una serie de frases conciliadoras con el único fin de llevar esta conversación a buen puerto y nada más. Si algo tenía claro, es que esta decisión cambiaría absolutamente todo.

—No: ahora Londres, Rafa y Victoria son tu hogar.

Inés la tomó de las manos y las acercó a su corazón.

—Tú me hiciste conocer el amor incondicional, estás tatuada en mi alma y lo vas a estar siempre, aunque en estos momentos creas que soy la peor persona del mundo, y te quieras o me quieras alejar.

Ahí estaban otra vez las dos tumbadas en ese piso, sintiendo cómo su mundo se sacudía más fuerte que nunca, resquebrajando todo aquello que habían construido a lo largo de estos años.

En medio de la intensa oscilación de emociones, Inés entendió que esa discusión podría ser interminable al ser ambas posturas igual de válidas, la gran diferencia es que ella había tenido más tiempo para racionalizarlo.

Si había que encontrar culpables en esta situación, eran ellas dos, pues al momento de plantear una maternidad utópica compartida, jamás contemplaron este escenario.

Quiso confiar en el buen juicio de Tamara y se aferró a la idea de que, con el inmenso amor que se tenían, sí o sí llegarían a nuevos acuerdos que mantuvieran a salvo a su pequeña familia; respiró profundamente un par de veces y recurrió a su arsenal de recuerdos, priorizando los más amorosos y entrañables.

Aún con los ojos diluidos y el alma hecha añicos, Inés extendió una mano a la amora de su vida.

—Vamos Tamara, levántate. Estamos a tiempo.

Sus palabras terminaron de romperla en un millar de partículas, pero finalmente abrieron paso a la claridad. El profundo dolor, la confusión y la incertidumbre, combinados con sus heridas de la infancia, la habían hecho olvidar que esa mujer años atrás había arriesgado su propia vida para salvarla de ella misma. Tamara tomó su mano y se aferró a ella como señal de perdón.

—Perdóname, Nesita. Tengo las emociones regadas por todos lados, todo está cambiando tanto y tan rápido que no estoy pudiendo procesarlo.

Inés secó sus lágrimas

—Escúchame bien: no estás sola. Vamos a estar bien. ¿Qué sería de mí sin ti?

—No, ¿qué sería de mí sin ti?

Fueron unos minutos, o quizá un par de horas, los que permanecieron tiradas en el piso tomadas de la mano llorando, esta vez nadie llegó para obligarlas a salir de su propio infierno. Si bien los verdaderos vínculos de amor son indestructibles, nada los exime de transformarse a través del tiempo. La confusión se hace presente cuando entre tantos cambios llegamos a desconocerlos, pero para fortuna de quienes realmente saben amar, la fuerza del corazón es y será quien siempre los rescate.

Para Tamara, esa noche —al igual que su vida— no salió como la había planeado.

Se fue a la cama agotada, en medio de un circo de emociones y sollozos remojados en un mar de culpa, con la única certeza de que aquella plática que tanto necesitaba tener con Inés debería postergarse indefinidamente.

Le bastó con verlo actuar en medio del caos tras el sismo, para saber que Pablo era un fuera de serie.

Después de tres décadas viviendo solo, Lolo no planeaba tener compañía más allá de Apolo y Febo, sin embargo, aceptó sin chistar cuando Inés y Tamara le

propusieron rentarle al oriundo de La Máquina la casita abandonada de su jardín.

La llegada de ese divertido torbellino llamado Pablo a su rutina le recordó el placer de convivir con un «buenos días» en su cocina y una infusión tibia de lavanda al anochecer. Lolo no tardó en acostumbrarse al calor de hogar que creyó haber perdido para siempre.

Se llegaron a conocer desde lo más profundo y entrañable, él le contó con corazón en mano la gran tragedia de su vida, sin edición, mientras que Pablo correspondió esa confianza convirtiéndolo en la bóveda humana de todos sus secretos.

Una noche, Pablo estaba tirado en el jardín mirando al cielo. Solía hacerlo, aunque no con la confusión que Lolo había percibido en él las últimas semanas. Algo extraño debía estar sucediendo; por su prudencia, fue incapaz de interrogarlo. Debía haber alguna razón poderosa por la cual Pablo no tomó la iniciativa de decirle nada, así que procedió a actuar como solo los verdaderos amigos hacen: acompañando en silencio.

Hizo un esfuerzo por acostarse junto a él para tratar de entender qué era eso que podía contemplar durante horas. Pablo agradeció su compañía hasta que las palabras se le escaparon sin su permiso.

—¿Te cuento algo? Esto es de familia… Mi mamá nos enseñó a ver las estrellas desde que éramos muy morrillos, ella dice que ahí están todas las respuestas que no encontramos aquí. Imagínate que cuando murió mi papá nos dijo que la estrella más brillante es él, cuidándonos desde ahí.

Pese a no compartir esa concepción de la vida después de la muerte, le fue imposible no enternecerse ante una declaración tan empapada de inocencia.

—Ya decía yo que tú eres de otro planeta… Ahora todo tiene sentido. Si tu papá es esa estrella de ahí, te puedo confirmar que está cerquita de ustedes todos los días aunque a veces no se deje ver.

Pablo respondió con un profundo suspiro.

—¿Y has podido encontrar las respuestas que estás

buscando hoy, churumbelillo?

Sin planearlo, oficialmente el confesionario había iniciado sesión.

—Es una sola y esta vez no logro encontrarla… Me siento muy perdido, mi Lolo.

No era momento de aleccionar sino de empatizar.

—El universo a veces tarda en responder porque no estamos listos para lo que tiene que decirnos. El mejor consejo que te puedo dar es que tengas paciencia, ya sabrá cuándo y cómo llegar.

Para no hacerlo sentir acorralado, Lolo no preguntó más. Intentó incorporarse con dignidad y sin ayuda para no hacer más evidente su edad, entonces Pablo finalmente pudo gritar eso que lo estaba asfixiando.

—Carlos, se llama Carlos.

En definitiva, no era el momento de irse. Nuevamente y con mucho esfuerzo, se recostó junto a él.

—Suena a que esa es tu respuesta y que más bien estás buscando en el cosmos las preguntas, muchacho…

No requirió de mucha cuerda para desbordar lo que tanto tiempo llevaba guardando.

—Estoy muy confundido Lolo, preguntas me sobran. Algo me pasa con él que no acabo de entender. Es mucha admiración mezclada con una atracción que no había sentido antes y no sé qué hacer con eso.

—Ay, hijo… A lo largo de mi vida son tantas las cosas que no he entendido y que han determinado quién soy hoy, que llegó un momento en que simplemente solté y las acepté… Hay veces en que está bien no entender, somos muy duros con nosotros mismos y nos cuesta mucho permitimos ser libres sin buscar explicaciones, y es que, además, son tan caprichosas las canijas, que se esconden para después aparecer cuando menos las estás buscando.

Pablo se sintió un poco más aliviado al escucharlo, pero su pasado no dejaba de ser un lastre que aplastaba su alma impidiéndole avanzar. Si este sentimiento crecía y Carlos tomaba más protagonismo en su vida, jamás podría volver a su pueblo.

—Ay niño… Como buen cuentahistorias, estás

visualizando un final catastrófico sin saber siquiera si tienes a un digno coprotagonista enfrente.

Finalmente, había logrado sacarle una sonrisa.

—No lo había pensado así… Sí soy puro drama, ¿verdad?

—Sin lugar a dudas: eres drama puro, pero también puro corazón. De hecho, es tan pero tan grande que cabe mucha gente ahí. No descartes que hoy sea Carlos, mañana Sasha o pasado Ariel… Lo único que sí te pido es que nunca dejes de amar por miedo. Eso no se hace. No tú. No en esta vida.

Con toda su juventud, en un solo movimiento Pablo se levantó del jardín ayudando a Lolo a incorporarse. Lo estrujó con toda su alma agradeciendo la serenidad que le había devuelto. El viejo jamás imaginó que ese muchacho sería el receptor del abrazo paternal que pensó jamás volver a dar.

Mientras Ismael y Candelaria festejaban su primer aniversario de novios con la mudanza de la dulce Cande al otrora hogar de los Salazar en el Tándem, ahora convertido en el departamento de su novio, Tamara se intentaba convencer de que lo que tenía con el carioca del barrio era un amor pasional y honesto.

Había algo en él que a Inés no le terminaba de cerrar. Le llamaba la atención su capacidad para evadir preguntas incómodas sobre su pasado, su vida en Brasil y sus frecuentes desapariciones sin explicación, de la mano de sus retornos triunfales con pretextos idiotas que Tamara siempre justificaba.

Al tratar de alertar a su esposa de su comportamiento adolescente y por demás tóxico, Inés notó de inmediato su resistencia; razón por la cual decidió abstenerse de volver a hacer comentario alguno al respecto y procedió, antes que nada, a evitar que Flavio se acercara a su hija (algo que no le fue difícil pues jamás mostró interés por ella) y escabullirse ante la amenaza de cualquier tipo de convivencia, aunque eso implicara cerrarle las puertas a

Rafael, quien no dejaba de pensar en cómo poder acercarse a ella tras incontables intentos fallidos.

Con la esperanza perdida, el chef de Garota encontró a Inés y a Victoria en el último lugar en donde pensó verlas: la pequeña panadería de Laurent.

A la madre la tomó completamente por sorpresa pues no imaginaba que la alta y delgada sombra detrás de ella en la fila fuera Rafael.

—De haber sabido que suelen venir por aquí, me hubiera internado a esperarlas. Las he buscado por todo el barrio pero no he tenido suerte.

No se equivocaba. Inés había cambiado la ruta de los paseos con toda la intención de no encontrarlo en el parque por las mañanas.

Hizo un esfuerzo sobrehumano por esconder la alegría que en el fondo le daba volver a verlo, pero dado que su hija ya estaba deshecha en sonrisas con él, le fue imposible.

Su último recurso: hacer un intento por ser cortante y no entablar una conversación. Fracasó de inmediato.

—¿Y para qué nos buscabas?

—¿Cómo que para qué? Para conocerlas más. ¿Tú no querrías saber cuál es el color favorito de Victoria o por qué una de sus madres no quiere aceptar una invitación a cenar de un humilde chef?

—Esa respuesta es fácil: una de las madres de Victoria cena más en el Garota de lo que debería y la otra… digamos que con esa dosis de «Brasil» tiene suficiente.

Sin hacer más preguntas, Rafael entendió perfecto lo que había querido decir.

—Quizá no me di a entender bien. Yo quiero invitarte a cenar a cualquier otro lado que no sea Garota; de hecho, me encantaría ir lo más lejos posible de ahí, o al menos, de Flavio.

Inés no supo qué la sorprendió más: la respuesta de Rafael o el ver a su hija abalanzándose sobre él.

Con toda su dulzura, pidió permiso para poder cargarla. A partir de ese momento, la pequeña no se le despegó. Se sentaron en la mesa más próxima e hicieron lo único que ahí se hace: tomar café, comer pan y hablar.

—O sea que tu socio tampoco es santo de tu devoción…

—No me gusta hablar mal de la gente, menos aún cuando no están presentes para defenderse pero ¿puedo ser brutalmente honesto contigo?

—Por favor.

—No es mi socio. Ambos somos empleados de Serginho, el verdadero dueño. Yo estudié gastronomía con él en Brasil y nos hicimos muy buenos amigos, por eso me confió la cocina de esta franquicia. No voy a estar mucho tiempo ahí, yo tengo mi propio proyecto y lo que menos quiero es que me relacionen con él.

—¿Y por qué lo dejas decir que es tu socio?

—¡Por supuesto que no lo dejo! Aquel día estaba tan nervioso de verte por fin tan cerquita, que me paralicé y no lo contradije. Después, digamos que no me diste nunca más la oportunidad de aclararlo, mi plan era contártelo para que persuadieras a Tamara de que está saliendo con un timador profesional.

—Uff… ¿Qué te digo? No tenía esta información pero ya lo intuía, me pareció mal bicho desde el primer momento y los hechos me hacen confirmarlo día a día. Ella simplemente no quiere darse cuenta.

Mientras decía esto, Inés no podía evitar deshacerse de amor al ver a Victoria dándole de comer pan en la boca a Rafael y a él corresponderle con tanta ternura.

—Ni hablar, el tiempo tendrá que hacer caer las cosas por su propio peso. Esperemos que el golpe de realidad no sea tan duro para ella.

—Es lo único que pido, que salga lo más ilesa posible.

—Entonces, habiendo aclarado esto, me veo obligado a volver a preguntar…

No lo dejó terminar de hablar, lo interrumpió respondiendo con una sonrisa sobrada de coquetería.

—Está bien, vamos a cenar pues.

Él le correspondió con otra sonrisa aún más grande.

—Mi pregunta en realidad era cuál es el color favorito de Victoria, pero si me quieres invitar a salir…

Inés estaba sonrojada como hacía mucho no sucedía.

—Victoria, dile cuál es tu color favorito…

La pequeña señaló las mejillas de Inés confirmando un:

«ojo».

—El rojo —respondió su apenada madre.

Rafael no pudo ocultar su felicidad. Le dio un beso en la frente a Victoria, otro a Inés en la mejilla más colorada y se despidió.

—Me hicieron el día Inés, nos vemos el jueves a las ocho.

Como empezaba a ser costumbre, Flavio y Tamara habían tenido otra fuerte discusión telefónica que había terminado en gritos. Él argumentaba que estaba «loca» y que sus celos no tenían fundamento, mientras que ella trataba de explicarle la desconfianza que le generaban sus cada vez más frecuentes desapariciones «misteriosas».

Al escuchar sus gritos, Inés corrió de inmediato al 201 para cerciorarse de que estaba bien. Más allá de su sobrada toxicidad, últimamente había algo diferente en ella, que no había podido descifrar pero le preocupaba sobremanera.

Al entrar, se encontró con una Tamara hecha un tsunami de furia, dispuesta a descargar sus emociones como mejor sabía hacer: comiendo.

Esa noche desfilaron por su mesa: sushi, pasta y hasta un par de tacos. Le fue imposible no recordar los días en que Tamara hacía este tipo de combinaciones eclécticas sin medir las porciones ni contar calorías.

Con el último bocado de la rebanada de pastel de queso que Pablo había olvidado, dieron por terminado el festín. Pese a que Inés había comido mucho menos que Tamara, ninguna de las dos podía moverse.

—Nesi, me siento mal. Necesito aire.

—Temo decirte que va a ser una larga noche mi amorcita, ni un ciclón podría ayudarnos a digerir esta cena en menos de treinta y seis horas.

—¿Te digo algo? No me arrepiento, lo volvería a hacer otra vez.

—Igual yo.

En solidaridad, Inés se levantó a abrir la ventana de la terraza de la abogada, esa de la que se había adueñado su ahora enorme y floreada gardenia. Pese a no ser una noche de verano especialmente calurosa, la brisa poco a poco empezó a impregnar de su característico aroma el segundo piso del Tándem.

Las náuseas de Tamara no tardaron en hacerse presentes. Después de un largo rato encerrada en el baño, volvió pálida a la sala.

—Nesi, fe de erratas… Me arrepiento de todo. El sushi me cayó fatal.

El misterio estaba resuelto, Inés lo había descifrado. La miró con una mezcla de resignación y preocupación y la recostó con la cabeza en sus piernas.

—Mi amorcita, creo que es más que evidente lo que te está pasando.

Tamara perdió el poco color que aún le quedaba. De entre todos los pensamientos innecesarios que habían pasado por su cabeza los últimos días, ese en particular lo tenía en automático descartado tras haber sido madre.

Ante la falta de un argumento válido y certero para contradecirla, se llevó las manos a los ojos y rompió en llanto como una niña asustada.

Inés no se había equivocado, aquella fue una noche que pareció eterna.

Capítulo V

Tamara soñó algo que no lograba recordar y se levantó más temprano que de costumbre. Desde el día en que dejó de correr se había hecho amiga de los amaneceres. Aquel lunes se sentía muy distinto a los otros, como si estuviera nublado por un mal presagio.

Para entonces, caminar era la mejor forma de asentar sus emociones. Se vistió como si tuviera prisa y salió únicamente con la llave de su casa y una pequeña botella de agua en mano.

Y caminó… Caminó a paso fijo como si fuera la última vez.

Su obsesión por contar minutos y kilómetros era parte del pasado, pero su cuerpo supo que ese día fueron más que de costumbre. Llegó a pie hasta el bosque y, como quizá nunca antes, aprovechó para regalarse el tiempo de contemplar el instante preciso en que los árboles son tocados por los primeros rayos de sol.

Por un momento, cuestionó todas las decisiones que por convicción propia la llevaron hasta ahí y que hoy la hacían sentir profundamente sola.

Pensó en Victoria, en lo mucho que la extrañaba. En lo lindo que hubiera sido tener una familia amorosa de sangre que la confortara, en la falta que le seguía haciendo su madre y en el amor que le tenía a su padre pese a haberse mudado de planeta desde hacía muchos años.

¿Cómo sería su vida si Tali Fink no hubiese muerto y

José Becker no dejase ir su alma tras ella?

Intentó llorar pero su saldo de lágrimas no fue suficiente, por lo que se limitó a llenar el vacío con el sonido de sus pisadas sobre las hojas secas de otoño.

Rozaban las ocho de la mañana cuando volvió al Tándem. Pablo y Candelaria la esperaban en la puerta, habían llamado incontables veces al móvil que olvidó en casa.

Los latidos de su corazón auguraron una desgracia.

—¿Qué hacen aquí, qué pasó?

Sobraron las palabras, sus miradas lo dijeron todo.

Al sacar su traje sastre negro del clóset, Tamara no pudo creer que estaba vistiéndose para el funeral de su padre y se convirtió en un robot cuya alma navegaba a marchas forzadas en las olas que trae consigo una pérdida así.

Su otra familia se encargó de todo: Candelaria eligió el traje favorito de la única figura paterna que tuvo en su vida, boleó sus zapatos y planchó su camisa, Pablo arregló los trámites pertinentes mientras Martita se cercioró de que todos y todo estuvieran bajo control. Inés y Victoria llegarían en el vuelo de las seis de la tarde.

Las tres tristes mujeres de José Fink llegaron juntas a la casa funeraria. Al ver la placa de entrada con el nombre de su padre, Tamara sintió el peso de la orfandad caer sobre sus hombros.

Una sola persona había llegado antes que ellas, al verlas entrar a la sala, inmediatamente se dirigió a la hija del difunto.

—Ven aquí, tú lo que necesitas es un abrazo —dijo un conmovido Lolo, sentado frente al ataúd.

Ahí estaban: su padre en un ataúd y quien paternalmente había adoptado su corazón. Tamara se limitó a recargarse en su hombro cual niña incrédula y asustada en los brazos de su papá.

Todo pasó muy rápido, la noticia pronto fue de dominio público y las coronas fúnebres no se hicieron esperar. En un par de horas, ese lugar explotaba de flores y

condolencias de personajes de la comunidad artística que admiraban el talento de José Fink y habían convivido en algún momento con él y su esposa en sus mejores años.

Existe un dejo de la más pura belleza al despedir a un ser querido. La gente se reúne para hablar de sus mejores recuerdos con quien acaba de partir y cuenta anécdotas entrañables que, muchas veces, logran acarrear unas cuantas risas fundamentales para ese enjambre de dolor. Tamara se refugió en ese rincón de nostalgia, tratando de memorizar todas esas historias para echar mano de ellas cuando la tristeza la alcanzara y necesitara consuelo.

Al llegar, Inés se encontró en la puerta con Carolina. Creyeron prudente que Victoria se quedase con ella unos minutos antes de entrar, si bien le habían dicho que el abuelo se fue a las estrellas y estaba al tanto de la situación, Tamara debía decidir cómo proceder.

Las cosas entre las dos madres estaban bien y sin tensiones pero definitivamente no habían vuelto a ser lo mismo desde su divorcio. Sin embargo, en ese momento se fundieron en la desolación y se abrazaron como hacía mucho no lo hacían. Ahí, finalmente Tamara rompió en un llanto devastador con el que Inés, como siempre, se solidarizó.

—Amorcita mía, lo lamento tanto, tanto…

—Nesi… Mi papá…

—Sí mi amora… Tú papá. Llora, llora todo lo que necesites.

—¿Sabes que lo soñé anoche? Estaba con mamá.

—Yo sí creo en esas cosas, no dudes que están juntos por fin. Quizá vino a despedirse en tus sueños y a decirte que está mucho mejor de lo que estaba aquí.

Tamara trataba de consolarse con sus palabras.

—Sí, amanecí muy angustiada pero me hace bien pensar eso.

—Fuiste la mejor hija que don José pudo tener. Lo llenaste de amor y compasión ilimitada. Pese a que su buen juicio se había ido hace mucho de aquí, él siempre supo que jamás lo dejaste solo, cómo lo cuidaste y procuraste hasta el último momento con tanta paciencia y ternura

amorcita…

En medio de un llanto proveniente desde el fondo de su alma, Tamara aprovechó para hacer a Inés una de las peticiones más importantes de su vida.

—Nesi, necesito que me prometas algo.

Inés no dudó ni un segundo en responder.

—Por supuesto, lo que quieras.

—Prométeme que el día que yo me muera no vas a hacer pasar a Victoria por esto.

Inés no pudo evitar darle un leve golpe en el brazo como reacción automática a semejante comentario tan fuera de lugar y a la vez tan apropiado en esos momentos.

—Yo sé que hoy es uno de los días más difíciles de tu vida, pero no digas tonterías. Eso no va a pasar, si acaso, me voy yo antes que tú porque soy más «viejita».

Por fin Inés aceptaba sin excusas ser mayor que ella; entre tanta tristeza, eso se sentía como un triunfo ganado.

—Prométemelo, Inés.

Entendió que no era momento para hacer bromas ni discutirle.

—Te lo prometo. ¿Qué quieres que haga entonces?

—Despídanme de la manera en que a Victoria le haga bien. No la hagas pasar por esto, que se haga lo que ella quiera. Si me quiere velar, si me quiere cremar, si me quiere enterrar, si me quiere tirar al mar o ponerme en una planta, lo que ella quiera se hace, ¿estamos?

—Anda pues, si te da paz, trato hecho, pero ten por seguro que la que se va a ir antes, soy yo.

Apenas pudo calmarse un poco, Tamara fue por Victoria, quien la abrazó más fuerte que nunca. No había mejor bálsamo para su alma que el olor de su hija y sentir sus pequeños brazos alrededor de su cuello.

—Mi amor, esto se hace como parte de un ritual cuando la gente se va. No estás obligada a nada, tú dime si quieres quedarte un rato o prefieres ir a casa con Caro, se hace lo que tú digas.

Victoria nació con el don de la empatía, solía comprender sin demasiadas explicaciones las situaciones realmente importantes.

—Ma, el abu ya está mejor que como estaba. Mira, en el avión hice este dibujo y una carta. ¿Te la leo?

—Sí mi vida.

Querido abu: Aunque siempre me confundiste con mamá, yo sé que tú sabes que soy Victoria, tu nieta.

Quiero que sepas que vas a seguir siendo mi persona favorita aunque ya no estés aquí. Salúdame mucho a la abuela Tali, a Juanga, a Apolo, a Febo, al papá de papa y a todos los que andan por ahí.

Espero no verte pronto pero sí vernos otra vez un día y volver a comer juntos panes con chocolate.

Te quiero mucho.

—¡Es preciosa esa carta, mi sol!

Victoria estaba orgullosa de sus letras y de su obra de arte.

—El dibujo es para ti, mira: aquí estamos tú, mamá y yo en el parque, y en las estrellas, está la abuela bailando mientras el abuelo toca el piano.

Tamara la estrujó como si fuera su propio corazón latiendo entre sus brazos.

—Tienes razón, así exactamente es como los tenemos que imaginar.

Tamara e Inés volvieron al velorio, Victoria se fue con Carolina a casa, era innecesario impregnarla de tanta tristeza.

Al caer la noche, un arreglo floral impresionante se abrió paso en medio de la gente, era una especie de manto entretejido con las más hermosas dalias para poner sobre el ataúd. Solamente alguien muy cercano a ellos podría haber mandado algo así.

Le entregaron la tarjeta a Tamara, quien a falta de ánimo y ganas, se la dio a Inés para que la abriera.

—¿De quién crees que es?

—Mmmmmm… Las únicas personas que podrían saber lo que significan esas dalias son tú, Martita y…

Inés la interrumpió.

—Dudo que Martita, ella es más de sándwiches de

milanesa que de flores. A mí descártame, no tengo tan buenas ideas.

—O Pablo…

Inés volteó a verlo señalando el culebrón que el originario del norte estaba protagonizando.

—Ese es más de llanto desconsolado. Míralo nada más, la gente está dándole el pésame a él. Debería alquilarse como plañidero profesional.

Tamara asomó una sonrisa por primera vez en el día.

—Tienes razón… No se me ocurre quién más puede ser.

—Entonces, vamos a ver, a ver…

Inés abrió el sobre y se llevó una tremenda sorpresa.

—¡Madre santa! Te juro que no ves venir esto.

Le bastó con leer la tarjeta para sentir una corriente de electricidad recorrer todo su cuerpo.

> *Lamento profundamente tu pérdida, sé más allá de las palabras lo que la muerte de tu papá significa. Espero que sus flores favoritas lo abracen y acompañen como a mí me gustaría poder hacerlo contigo en estos momentos.*
>
> *Te busco a mi regreso.*
> *Te quiero siempre.*
> *Sebastián.*

Por más que intentaron evitarlo, la inminente ruptura de Ismael y Candelaria se convirtió en una realidad. Al haber sido de mutuo y doloroso acuerdo, todo aquello que trae consigo una separación después de varios años de relación fue bastante civilizado, aunque igual de difícil. La primera opción que le ofrecieron a Candelaria fue mudarse al aún vacío 202, pero la chaparrita lo único que quería era irse lo más lejos posible del Tándem; ambos eran conscientes de que seguir viéndose a diario no facilitaría su proceso.

Al salir la última maleta de Candelaria por la puerta, se fueron con ella todas las ilusiones que habían construido por años, de la mano del anhelo de envejecer juntos.

La dulce Candy difícilmente podía quedarse callada, pero, ese día, su alma se había quedado sin palabras.

—Que te quede claro que esto no se acaba por falta de

amor, mi Chapis. Yo siempre te voy a amar, eso no va a cambiar. Aquí te voy a estar esperando por si cambias de parecer.

Ante semejante declaración, Candelaria no pudo contenerse y respondió aún entre sollozos pero con su infalible sarcasmo.

—No seas ridículo, flaco, si no nos estamos separando para que te quedes aquí esperándome, así cómo vas a encontrar con quién tener a tus chamaquitos. Yo también te voy a querer siempre y nunca vas a dejar de ser una de las personas más importantes en mi vida. No veo con quién pueda entenderme como contigo…

Ismael miraba hacia el piso mientras la escuchaba para evitar el contacto visual y quebrarse.

—Ni yo…

—Que sepas que estoy consciente de que me puedo arrepentir toda la vida por dejarte ir, pero también estoy consciente de que tú también podrías arrepentirte de haberte quedado conmigo y con eso sí yo no podría vivir.

—Sí estaría triste tanto arrepentimiento… Pero pues… Está más triste querernos tanto y no estar juntos.

Esa era una verdad que calaba y profundo. Alguien tenía que ser fuerte y en esta ocasión le tocaba a ella.

—Flaquito, no podemos seguir dándole vueltas, ya lo hicimos más de un año. Tenemos que avanzar y este es el paso que hay que dar.

Por no dejar, Isma lo intentó una última vez.

—Chapis, por favor no te vayas. Quédate aquí conmigo, nos las podemos arreglar y sacar esto adelante.

El corazón de Candelaria estaba deshecho, pero juntó brevemente sus piezas y se armó de valor para salir por esa puerta sin mirar atrás.

—Te amo flaco, gracias por tanto.

—Te amo Chapis, gracias a ti por todo.

Tamara, Martita y Pablo la esperaban en la camioneta para llevarla al aeropuerto. Inés, Rafa y Victoria la recibirían en Londres el tiempo que fuese necesario para empezar a trazar su nueva hoja de ruta.

Flavio Vala había realizado el mejor de sus trucos: desaparecer. Después de su última pelea, Tamara lo buscó sin suerte por todos lados, necesitaba decirle lo que estaba pasando.

Nadie sabía nada de él, hacía una semana que no pisaba Garota. Por primera vez, parecía que la tierra se lo hubiese tragado.

A petición de Inés, Rafael acudió a todos sus posibles contactos a través del restaurante pero no tuvo suerte, resulta que el hombre había pedido vacaciones un par de semanas y no había dejado rastro alguno de su paradero, sin embargo, lo que era prácticamente un hecho es que tenía fecha de regreso, aunque con él, nada era seguro.

Tamara aprovechó esos días para trabajar desde su casa, su malestar constante no le permitía hacer mucho más que dormir, comer y estar tirada en un sofá. La única persona que sabía de su situación era Inés, quien la convenció de ir cuanto antes a una revisión para tener absoluta certeza de lo que estaba pasando.

—¿Puedes creernos dos años después sentadas otra vez en una sala de espera ginecológica?

—Definitivamente no, mi amora, pero mira, la vida nos está dando el regalo de poder hojear nuevas revistas, estas solo son de hace seis años.

Trataba de animar a Tamara a como diera lugar, parecía imposible borrar su semblante marchito pero a ratos lo lograba, sobre todo cuando decía pequeñas estupideces como esa.

La doctora García procedió a hacer las preguntas pertinentes antes de pasar al área de ultrasonido. De acuerdo a la información recabada y al tamaño del saco vitelino, la abogada tenía cuatro semanas de un embarazo geriátrico sin aparente anomalía, por el contrario, en perfecto estado.

—Así es que: ¡felicidades! Tu bebé estará llegando la próxima primavera.

El entusiasmo en el consultorio contrastaba por completo con el ánimo de la futura madre, a quien le fue

imposible disimular su desilusión. Había algo en su inconsciente que le hacía rechazar a ese ser que llevaba en el vientre.

—Por favor no me tomes a mal esto, pero si quisiera interrumpir el embarazo, ¿tú me podrías ayudar?

La doctora se sintió completamente descolocada ante tal planteamiento que en ningún momento vio venir. Inés, igualmente asombrada, se limitó a guardar silencio tomando a su amiga de la mano.

—Tamara, respeto tu decisión pero yo traigo bebés al mundo. Para mí la vida se tiene que defender ante todo y por sobre todo, tengo que ser congruente con mi profesión, por eso no llevo a cabo esa práctica. Si es lo que realmente quieres, hay lugares especializados que realizan el proceso de manera segura. Lo único que te pido es que por favor no te apresures, aún tienes tiempo, piénsalo muy bien.

Inés y Tamara salieron de aquel consultorio en un silencio sepulcral que mantuvieron durante el trayecto a casa hasta que Tamara finalmente lo rompió.

—¿Tú también me vas a querer convencer de tenerlo?

—Jamás, yo estoy aquí para apoyarte sea cual sea tu decisión.

Inés no mentía, no la iba a dejar sola. Tenía una postura propia que no partía de un punto de vista religioso, pero después de todo lo que ella sufrió para poder concebir un hijo, le era muy difícil entender cómo una mujer que lo había logrado de manera natural no querría tenerlo, aunque su padre fuera un reverendo idiota. Era incapaz de persuadirla para hacerla cambiar de parecer, pero no perdía nada hablando con ella.

—Decidas lo que decidas, no estás sola en esto. Sé que tienes claro el por qué no tenerlo, pero no está de más recordarte que me tienes a mí, yo me comprometo a ser la otra madre del hermano de Victoria. Sería muy feliz de crecer nuestra familia con otro chiquito en casa, al fin y al cabo, ya tenemos todo lo que necesitamos. Esta vez tendría que ser mucho más fácil, ya sabemos de qué se trata esto de la maternidad, mi amora, si algo hemos tenido claro, es que no se necesita a un hombre para criar a un hijo, juntas

podemos hacerlo.

Tamara la miró con infinita gratitud, Inés una vez más le estaba demostrando su amor incondicional de manera pura y sumamente generosa. Por eso mismo, tenía que ser completamente transparente con ella sobre su verdadero sentir en esos momentos.

—Nesi linda, antes que nada, te amo y agradezco a la vida por habernos encontrado. Te pido por favor que no me juzgues…

Inés de inmediato la interrumpió.

—Sería incapaz de juzgarte, eso por favor bórralo de tu cabeza.

—A lo que voy es… No se siente bien. Daría lo que fuera por sentirme feliz e ilusionada como cuando estuve embarazada de nuestro bebé que no pudo ser, pero aquí es todo lo contrario. En lo único que pienso durante todo el día es en sentir otra vez un cólico fuerte para poder terminar con esta pesadilla que estoy viviendo. Voy al baño todo el tiempo con la esperanza de tener un sangrado y no tener que tomar esta decisión que, por mucho, es la más difícil de mi vida. Sé que puede ser complejo entenderlo pero creo que si una mujer se siente decepcionada cuando le dicen que su futuro hijo está perfecto y que todo marcha bien, es la señal más clara de que no le espera una vida muy feliz aquí. Para mí, no se trata de la condición de la mujer, de la disposición de su tiempo o de sus posibilidades económicas, sino de su deseo y compromiso para ser madre y criarlo. Todos, absolutamente todos los niños merecen ser deseados y llegar a este mundo llenos de amor.

Ante esa contundente declaración, Inés no tuvo más que decir. Se limitó a abrazarla fuertemente.

—Se requiere de mucho valor para hacer esto, nunca menosprecies esa fortaleza que tienes. Todo va a estar bien, mi amora, te lo prometo.

Sin más preámbulo, la decisión fue tomada.

El proceso fue menos sencillo de como se planteó, al ser un embarazo de cuatro semanas, fue un aborto quirúrgico. En teoría, sería un proceso con anestesia local en el que le harían un aspirado vaginal que no duraría más

de siete u ocho minutos; con lo que ni el doctor ni Tamara contaron fue con la culpa que inconscientemente le jugaría en contra, aminorando el efecto de la anestesia y arrastrándola a un procedimiento complejo y profundamente doloroso que duró mucho más tiempo de lo que pensaron.

Ese día supo lo que realmente significa «que te arranquen las entrañas», así es como ella tatuó silenciosamente en su memoria aquel episodio de su vida para el resto de sus días.

Al salir de ese consultorio, comenzó su proceso de duelo y guardó en su corazón para el resto de sus días el paso de otra vida por su cuerpo, que pudo ser y no fue, esta vez, por elección propia.

Dadas las complicaciones que sufrió, Tamara estuvo en reposo obligatorio una semana después del aborto. No quiso ver a nadie en esos días, ni siquiera a Lolo, quien insistía en hacer una visita médica para ver cómo seguía de esa terrible «influenza» que la tenía secuestrada.

Nunca fue el tipo de persona capaz de pasar mucho tiempo tirada en un sillón, por lo que, apenas cumplió los siete días, se levantó a trabajar y a retomar su rutina como la conocía antes del incidente. Afortunadamente, Victoria estaba más adorable y comestible que nunca, no había mejor medicina para su corazón; ahora pasaba aún más tiempo con ella gracias a que el romance de Inés y Rafael era por fin una realidad y marchaba viento en popa.

Nunca quiso decirle al progenitor lo que pasó, lo único que quería era dar vuelta a la página y no volver a saber de él, pero como buen indeseable, en el momento en que ella arrancó de raíz el hilo invisible que por un momento la unió a él, regresó.

Tras varios intentos fallidos por contactarla, al no tener suerte y ser completamente ignorado por ella, como buen tóxico profesional decidió apersonarse en su departamento con diez docenas de rosas rojas en mano. Afortunadamente, Tamara no estaba en casa pero Inés se encontraba más lista que nunca para confrontarlo.

—Hola Inés, todo indica que a tu amiga le entró otra

vez «la locurita» esa que la hace enfadarse conmigo sin razón.

Capítulo VI

Tras su sorpresiva e inesperada renuncia a Soto, Martínez, Jackson y Asociados, Tamara estaba empezando a enamorarse de su libertad. A ratos parecía incrédula ante la oportunidad que le estaba dando el universo de recalcular el resto de su vida con tanta calma; estaba tan acostumbrada a vivir de prisa que nunca se había detenido a apreciar la cotidianeidad. Había empezado a atesorar cosas sencillas: dormir hasta tarde, hacer largas caminatas sin horario en zapatos deportivos, ir por las compras al mercado con la debida atención que cada cosa merece; comer con calma, leer un libro sin interrupciones, hacer yoga, planear viajes y, sobre todo, pasar tiempo de calidad consigo misma. Ese fue el principio de su metamorfosis.

El cambio más vistoso fue por demás radical al cortar por primera vez su larga melena y llevar un coqueto pixie: la representación más simbólica de su propia liberación.

A falta de Inés y Candelaria para acompañarla a cerrar ese ciclo en su vida, Pablo fue el elegido. Esta vez no estuvo solo en el festival de lágrimas, ambas miradas vidriosas se encontraron a través del espejo antes del primer tijeretazo.

—¿Estás completamente segura?

Con un dejo de nostalgia pero totalmente convencida, Tamara no titubeó al responder.

—No hay duda.

Él no estaba tan seguro, tenía la sensación de que algo estaba sucediendo más allá del duelo por su padre. Sin

embargo, si algo había aprendido a lo largo de los años, era que a Tamara Becker no se le podía obligar a hablar sobre sus sentimientos, ella tenía que tomar la iniciativa si no se quería recibir una rotunda negativa por respuesta.

—¿Entonces esas «de cocodrilo» son de alegría?

—No, más bien creo que son de melancolía. Nunca había pensado en que este pelo ha estado conmigo los últimos años, en todo lo que he vivido con él o, más bien, que ha vivido él conmigo… ¿Alguna vez lo pensaste?

—Nunca, para nosotros un corte de pelo es simplemente un hábito de rutina pero puedo entender a lo que te refieres. ¿Estás lista para dejar tanto atrás, Tama linda? Esto es definitivo, ya no hay «reversa».

—Lo sé. No está fácil, pero estoy lista.

Tamara miró al estilista con un gesto de aprobación para dar el tijeretazo que cortaría esa larga trenza que iría directamente a donación. Como era de esperarse, Pablo no pudo evitar conmoverse al ver el resto del hermoso pelo de la abogada en el piso del salón.

Era un hecho, las cosas estaban cambiando una vez más y el rumbo parecía incierto.

En muy poco tiempo, para Tamara todo resultó ser una ecuación perfecta, la cantidad de tiempo que ahora ahorraba era directamente proporcional al que ganaba haciendo lo que más amaba hacer: vivir. Solo cuatro meses habían pasado desde la partida de su padre y la vida parecía ser completamente diferente.

Era momento de ir a Londres y, por primera vez, empacar una maleta sin límite de tiempo. La ocasión ameritó estrenar una enorme Lucrecia nuevecita.

Era un viaje sumamente especial por muchas razones, la primera y más inmediata, el estreno de la primera obra de Inés producida por la Royal Academy of Arts and Literature, escrita y dirigida por ella.

Dada la relevancia del evento, quiso darle algo muy especial e inolvidable. Le dio mil vueltas hasta que finalmente encontró el regalo perfecto y conspiró para que llegara en tiempo y forma hasta ella.

El día del estreno, por la mañana, un mensajero tocó a

la puerta de Inés, quien en compañía de sus nervios desbordados que no la dejaban estar quieta ni un segundo, abrió la puerta.

Al ver el regalo, una enorme sonrisa que nació desde su corazón, se dibujó en su rostro.

—¿Y esa gardenia tan linda? —preguntó Rafael saliendo de la ducha. Inés, aún conmovida, le dio la tarjeta y él la leyó en voz alta: «¡Mucha mierda, mi Nesi, hasta la Victoria juntas… Te amo, T.».

Una vez que lograron acordar que Victoria cursaría un año escolar con cada madre, justificando una total biculturalidad para su hija, Tamara necesitaba hacerle saber a Inés que por fin había entendido que su nuevo hogar estaba ahí y que en lo que a ella concernía, la liberaba de cualquier culpa que pudiera sentir por hacer realidad su sueño a kilómetros de distancia.

Pero sería muy soberbio de parte de Tamara pensar en una planta como un presente inolvidable en un día tan importante, si bien había cambiado mucho recientemente, dejaría de ser ella. Su verdadero regalo fue el cálido y efusivo aplauso en primera fila de: Rafael, Victoria, Candelaria, Lolo, Pablo y, por supuesto, suyo.

Inés estaba sorprendida y superada ante tanta felicidad

—¿Pero qué hacen ustedes aquí? No puede ser… Esto… Esto es increíble. ¿Qué hiciste, mi amora? ¿Cómo pudiste…?

—No sabía qué traerte para celebrar este momento así que te traje a tu familia —dijo una Tamara orgullosa de haber podido mantener la sorpresa hasta el último momento.

Lolo estrujó fuertemente a Inés.

—No podríamos perdernos este día por nada del mundo Inesita, estamos tan felices por ti.

Pablo, el primero en todo el teatro en levantarse y aplaudir de pie al caer el telón, era el siguiente en la fila para felicitar a la novel dramaturga.

—¡Mi Juana Inés! Qué orgulloso estoy de ti, hiciste magia…

Mientras más los veía, menos podía creerlo. Jamás imaginó poder celebrar un momento tan importante con aquellos a quienes tanto amaba. Tenerlos ahí era el encuentro de sus dos mejores vidas en esta nueva era.

Una vez asentadas las emociones, cenaron en el restaurante indio que Rafael había elegido para el gran festejo. Candelaria no pudo evitar poner sobre la mesa el tema del que, hasta ese momento, nadie había hablado.

—Tamarga, estamos listos para que nos digas qué te inspiró a convertirte en un pelón de hospicio.

Enseguida la interceptó Pablo.

—¿De qué estás hablando, Candelaria? ¡Se ve espectacular! Mira nada más cómo resaltan esos ojazos y esa naricita…

—A mí me parece que le queda pintado, es elegante y chic, así como ella —exclamó Rafa mientras servía una segunda ronda de vino espumoso para brindar.

—A mí también, es muy Audrey Hepburn —opinó Lolo.

—¡ÁNDALE! ¡La Audrey Hepburn! No me acordaba del nombre —dijo el siempre solidario Pablo.

—Tú eres bonita de todas las formas, pero a mí sí me gustabas más con pelo largo, ma —expresó Victoria con toda su ingenuidad por delante—. Yo sé que me voy a acostumbrar.

Tamara no podía parar de reír y hacer muecas ante tanta opinión no pedida pero le pareció divertidísimo escuchar un debate sobre su aspecto como si ella no estuviera presente.

—¿Te digo la verdad, Candelagria? Lo hice por si, en esta nueva etapa de tu vida, se te llega a volver a ocurrir hacer permanentes, a mí me descartes en automático.

—Ah, cómo dices tarugadas, Tamarga...

Inés se apropió de la voz en la mesa.

—Yo brindo por mi mejor amiga, confidente, exesposa y la culpable de que estemos hoy todos aquí reunidos. Mi amorcita, por esta nueva y hermosa Tamara que estamos conociendo y a quien amamos más por segundo. ¡Salud!

Después de una semana en familia en la que gozaron y recorrieron Londres de arriba abajo, no fue una casualidad que Tamara y Candelaria fueran a comer al Borough Market, donde Rafa había contemplado alquilar un local para por fin montar su panadería.

—Me cae que eres otra, Tamarinda… ¿En qué momento pasaste a ser esa persona que se come una torta de cuatro quesos en el mercado sin una ocasión especial de por medio?

Tamara sonrió mientras chorreaba queso de su boca tras darle tremenda mordida al manjar en su mano.

—Ay pero si tú no te quedas atrás, chaparrita, esa ensalada de pollo ¿qué? ¿Quién eres? ¿Qué fue de esa rebelde incontrolable con afro que se iba a sus bailes sonideros? Ve nada más, ya no queda nada de ella. Estás hecha toda una londinense.

Candelaria hizo un fugaz viaje al pasado. Realmente no había tenido tiempo de reparar en todo lo que había cambiado en los últimos años.

—Queda solo lo mejor.

Tamara respondió orgullosa mientras se chupaba los dedos.

—Ándale, yo digo exactamente lo mismo de mí.

La chaparrita no podía dejar de contemplar la escena con absoluta fascinación.

—Ya fuera de broma, ¿sabes qué es lo que te hace ver hasta más joven?

—¿Más joven? ¡Por favor dímelo!

—De todos los años que llevo conociéndote, nunca te había visto así: disfrutando la vida.

Tamara no filtró lo que realmente sentía en ese momento, las palabras brotaron solas.

—Te suplico no me lo tomes a mal, pero esta paz llegó con la muerte de mi papá. Sé que es horrible decirlo pero es que ya no era vida la suya, me da mucha culpa pensarlo.

Si había alguien que jamás la iba a juzgar con respecto a ese tema, era precisamente Candelaria pues había sido testigo en primera fila de la relación de Tamara con su

padre.

—Ah no, olvídate… A mí no tienes que explicarme nada. Llevaba años pidiendo todas las noches a Diosito que se lo llevara pronto, ya no era justo para él ni para nadie.

Tamara dejó por un momento el último pedazo de su torta para tomarla de la mano.

—Gracias mi dulce Candy, gracias por ser esa hermanita que siempre necesité a mi lado.

—No, no… Gracias a ti por ser el mejor y el peor ejemplo de hermana mayor que pude tener.

Ambas rieron.

—Perdón, sabes que no aguanto mucha melosidad.

Tamara ya estaba acostumbrada, dejaría de ser Candelaria si reaccionara diferente.

—Lo sé y te quiero así. Ahora bien, hablando de felicidad, yo a ti te veo muy contenta aquí. ¿Qué has pensado?

Candelaria miró hacia otro lado sin saber qué responder.

—Oh, oh… No, Candelaria, no me escondas la mirada que ya veo venir qué quiere decir eso. Responde como la señora en la que te estás convirtiendo.

—SEÑORITA, eternamente señorita. Ya te entendí Tamarga, es horrible llegar a esta edad y que te digan así.

Como era su costumbre, estaba intentando salirse por las ramas pero Tamara no lo iba a permitir.

—Ya sé, bienvenida a mi mundo. Se supera, no te preocupes. Pero al grano. ¿Te quieres quedar, verdad?

Era oficial, la chaparrita una vez más confirmó que Tamara era la persona que mejor la conocía en el mundo.

—A ti no puedo engañarte. Ahora que mi mamá se regresó al pueblo, realmente no le encuentro caso a volver.

Tamara se alegró como si hubiera terminado por fin un crucigrama cuya última palabra no había logrado descifrar.

—¡Lo sabía!

Candelaria no esperaba esa respuesta de su parte.

—¿Y…? ¿Qué opinas?

—Lo obvio es decirte cuánto te voy a extrañar, pero la

verdad mi dulce Candy, me alegra muchísimo por ti. Tienes que dar este salto de fe en tu vida e intentarlo, hoy no pierdes nada con hacerlo. Además, a Inés, Victoria y Rafa los vas a hacer muy felices quedándote aquí.

Sin pensarlo, ahora sí se levantó a abrazar a Tamara.

—Gracias, gracias por tu apoyo, Tamarinda. Sabes lo importante que eres para mí.

En el fondo, la abogada sintió también un profundo alivio al saber que Candelaria planeaba quedarse en Londres y que su cabeza estaría ocupada ahí. Hasta ahora, había logrado esquivar las preguntas sobre Ismael, pero conociéndola, no sabía cómo tomaría la noticia de que había iniciado una relación formal con Angélica, la manicurista del barrio.

Esa mañana no se respiraba más que emoción en el segundo piso del Tándem. Candelaria llegó en punto de las seis cuarenta y cinco para hacerle un peinado especial a Victoria, no todos los días una niña va por primera vez al kínder.

Todos estaban reunidos para tan importante evento. Pablo preparó su mochila con los útiles, Martita almidonó la pequeña batita de preescolar, Rafa armó la mejor lonchera de su vida con un sándwich, papitas y agua de limón y Lolo estrenó su nuevo celular captando esos momentos a su manera, mientras las madres adolecían la situación al sentir un corte definitivo del cordón umbilical.

Antes de salir, la pobre Victoria tuvo que soportar no menos de quince minutos de fotos ininterrumpidas con ellos. Ese día en que por primera vez se enfrentó «sola» al mundo, quedó para siempre en la memoria de todos los presentes.

Muy en el fondo, al despedirla, sus madres esperaban un culebrón digno de ellas mismas mezclado con una que otra súplica de Victoria de no quedarse ahí; para su sorpresa, la niña no pudo ser más feliz al cruzar la puerta del jardín y ver a tantos niños de su edad.

Antes de dirigirse a su salón, Victoria asomó su carita

por los barrotes de la entrada para tirarles un beso, posteriormente sacó su manita derecha con el pulgar hacia arriba, dejándoles saber que, definitivamente, algo bueno debían estar haciendo en ese «mágico» y complejo camino de la crianza en el que estaban inmersas y del que, al momento de tomar la decisión de ser madres, no habían realmente contemplado a conciencia la infinidad de retos que implicaría. Quizá de haberlo hecho no estarían ahí, pero lo harían una y mil veces más de nuevo con tal de ver esos ojitos color uva aplastada tirándoles un beso a la distancia con tanto amor y ternura.

Los días empezaron a tener una rutina completamente diferente con la pequeña en el jardín de infantes, sobre todo los de Inés, con quien solía pasar toda la mañana. De pronto volvió a tener tiempo para sí misma y no sabía muy bien qué hacer con él; se sintió muy perdida al principio, pero no tardó en sentirse cada vez más y más cómoda conociendo a una nueva Inés, la madre de una niña que comenzaba a ser más independiente.

La prioridad de Inés y Tamara siempre fue ir juntas a todas las actividades alrededor de la escuelita, desde las reuniones de padres hasta los múltiples festivales a los que también asistía el resto de la familia, porque si de algo no había la menor duda, era de la cantidad industrial de amor del que estaba rodeada Victoria.

Al no haber tenido realmente un enfrentamiento directo con la sociedad, en el que pudiera estar bajo la lupa el modelo familiar que habían conformado, estaban convencidas de estar viviendo en un momento de la historia en el que nadie cuestiona la identidad sexual del otro, por eso nunca pasó por su mente el morbo que despertarían.

En el grupo de «mamis vocales» del chat alterno al oficial, se referían a ellas como «Las lesbianas», pues alguien había indagado con la secretaria de la administración que, efectivamente, estaban casadas.

Inés y Tamara fueron el tema central de un sinfín de desayunos. Las opiniones intercambiadas sobre ellas eran no solo ridículas sino atroces.

«Pues ni parecen la verdad, no se ven para nada marimachas…».

«Afortunadamente son discretas».

«Menos mal, yo no sé qué haría si Almudena las viera dándose un beso y me preguntara si eso es normal… porque eso NO es normal».

«Pero está raro porque yo vi a una de ellas en el desfile de la primavera de la manita de un hombre alto, debe ser el papá de la niña».

«Ay no, pobrecita, cuánta confusión… A ver si no les sale lesbiana también».

Como era de esperarse, en algún momento el chisme traspasó los límites del grupo de mamitas cuando uno de sus vástagos escuchó la palabra «lesbianas».

Retomando la tradición que tenía con sus abuelos cuando era niña, Inés había instaurado todos los viernes pasar a buscar a Victoria al jardín de infantes para reunirse con Tamara en el parque Mirabent, tirarse sobre un mantel y hacer un picnic. Era un momento dedicado a ellas tres sin interrupciones.

Estaban concentradas armando el juguete de la cajita feliz, cuando Victoria, con sus manitas llenas de kétchup, soltó la bomba:

—¿Qué son las lesbianas?

Inés y Tamara se miraron atónitas. Trataron de no sobrerreaccionar para no darle un contexto erróneo; en escasos segundos, Inés intentó elaborar una respuesta contundente en silencio, consciente de que quizá la enredaría de más. Afortunadamente, Tamara respondió con un tono casual y en completa calma.

—Ah, pues son dos mujeres que se aman muchísimo y son pareja. ¿De dónde sacaste esa palabra?

Su explicación fue perfecta, Inés respiró mientras buscaba las piececitas faltantes de la micro muñeca de la hamburguesa.

—Ah, porque me dijo Tomás que su mamá les dice a ustedes «las lesbianas», y no sabíamos qué es ni por qué.

En ese momento, muchas cosas les hicieron sentido, como por ejemplo, el constante rechazo que

«amablemente» recibían de las «mamis» cada vez que se ofrecían a ayudar o colaborar en las actividades de los niños.

Inés solo podía pensar en salir corriendo a golpearlas a puño limpio y sin piedad. Por su pasado, conocía perfectamente a esas infelices embajadoras de la moral, inmiscuidas en las vidas ajenas. Ella descendía de una así, había crecido en ese ambiente y no iba a permitir que el rechazo y resentimiento con el que la habían criado rozara a su hija.

Sus manos temblorosas dejaron en evidencia su furia.

—Fíjate mi amor que no tendría nada de malo que lo fuéramos, pero no somos.

Oficialmente, Victoria parecía confundida.

—Mami, pero es que sí son… Ustedes dos se aman mucho.

En qué momento una «mamita» del colegio las había enfrascado en esta conversación con Victoria, a esta altura de su vida en la que no podía entender tantas cosas.

—Somos dos amigas del alma que se aman mucho y que cumplieron un sueño juntas trayéndote al mundo pero no somos una pareja. La pareja de mami es Rafa.

Victoria parecía entenderlo perfecto.

—Ya… Entonces mami y Rafa son lesbianas.

O quizá no, no había entendido nada.

Inés irremediablemente soltó una carcajada e intervino en el diálogo.

—¿Sabes qué, Victoria? Vamos a dejar las etiquetas para la gente que pone los precios en la farmacia o en el supermercado. El amor entre dos personas no tiene por qué clasificarse. La gente que se ama y decide ser pareja, es eso… una pareja. Ya sean un hombre y una mujer, dos mujeres o dos hombres…

Victoria procesaba la información, asintiendo mientras clavaba la mirada en la micro muñeca incompleta…

—Entonces, la próxima vez que alguien te pregunte o te diga que tus mamás son lesbianas, di lo que te nazca, y siente mucha pena por ellos, porque no entienden cómo es el verdadero amor entre dos personas y necesitan ponerle

etiquetas para entenderlo.

Esa respuesta fue tan fuerte y clara que quedó tatuada en ella para el resto de sus días. Victoria nunca volvió a hacer una pregunta al respecto, por el contrario, abrazó esas palabras y las adoptó como parte de su filosofía de vida. Siempre estaría agradecida con sus madres por enseñarle que el amor es libre y nadie tiene derecho a etiquetarlo, menos aún juzgarlo.

Capítulo VII

Inés y Victoria habían partido ya a sus respectivas clases cuando Tamara interceptó a Rafael en su rutina matutina para tomar un café y charlar un rato, aprovechando que era su día libre en la cocina de Garota Londres.

—Te confieso que fui a verlo varias veces y es perfecto…

Rafael no entendió a qué se refería, pero para no perder la costumbre, se mostró entusiasta.

—¿A quién? Quiero saberlo todo…

Tamara reparó en que últimamente iba tan de prisa que omitía el contexto de las cosas, asumiendo que todos entendían de lo que hablaba.

—El local en Borough Market.

No pudo manifestar del todo la emoción que le provocaba ese lugar pues su plan resultaba ser mucho más complejo de lo que parecía.

—Ahh… ese local. Lo sé, es un sueño, pero desafortunadamente va a tener que esperar un poco más. Garota apenas está despegando aquí y no podría soltarlo en este momento, además, la inversión que hay que hacer es mucho más grande de lo que había contemplado, sobre todo por las adaptaciones que necesita el local: los hornos, el material, todo lo que hay que mandar a hacer, en fin…

Tamara no solía tolerar un «no» como respuesta, menos en ese momento de su vida.

—A ver Rafael Aponte de Arango, ¿cuánto tiempo más

vas a darle tus mejores años a Serginho? Has sido el más fiel y leal, su relación ha sido un «ganar-ganar» para ambos, pero principalmente para él, ya es momento de que veas por ti y por tu futuro, Garota no puede ser una excusa.

Sabía que Tamara tenía razón; sin embargo, no mentía cuando decía que la inversión se salía de sus posibilidades.

—Te prometo que lo sé Amam, es solo que no creo que sea el momento de hacerlo, es muy arriesgado.

—Es que este es JUSTO el momento de hacerlo. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Apenas probé tu pan de queso te dije que yo me quería asociar contigo el día que pusieras tu panadería y te lo pienso cumplir. ¿Estarías dispuesto?

—¿Asociarnos tú y yo? Eso sería simplemente perfecto, pero ¿tú estás en condiciones de invertir en un negocio aquí?

Tamara agradeció su preocupación dada su reciente renuncia al despacho.

—Trabajé de sol a sol veintidós años de mi vida para poder hacer justo esto. Creo en ti y confío ciegamente en que esa panadería va a ser un éxito. Va a ser tan pero tan grande que vamos a hacer franquicias y esto va a ser un negocio familiar que nos va a redituar a todos. Anda Rafa, yo también necesito un nuevo proyecto en mi vida y mi corazón me dice que este es el indicado.

Rafael sintió sus manos vibrar al estar a punto de tocar eso que tenía tantos años gestando y que cada día parecía más lejano.

Una vez tomada la decisión, no había más tiempo que perder, inmediatamente se dirigieron al mercado para cerrar el trato con el arrendatario.

Fueron un par de meses de mucho trabajo y dedicación, para ambos fue una grata sorpresa descubrirse como socios, eran respetuosos con las opiniones del otro y podían tomar decisiones en conjunto sin mayor problema. Ese podría ser el sueño de Rafa, pero en el fondo, era también el de Tamara. Cargó con tanta responsabilidad a lo largo de su vida, que por fin podía darse el lujo de ser espontánea y seguir su corazón, sin detenerse demasiado a

analizar los pros y los contras, simplemente, por el placer de arriesgar y disfrutar el momento.

Inés no pudo ser más feliz al verlos formar tan buen equipo juntos. Con Tamara en Londres, junto a ellos, era como si todos los astros se hubieran alineado por fin para darle aquello que con tanta devoción había pedido.

Una tarde, después de una exhaustiva jornada de remodelación y planeación, reunidos en la sede londinense del clan Arango/Aponte, tirados todos en la comodidad de sus sofás, los socios invitaron a Inés, a Candelaria y a Victoria, a participar en una de las más importantes decisiones acerca del negocio.

—Necesitamos encontrar el nombre de la panadería. Queremos que sea contundente, una palabra cálida que denote hogar, que sea universal y fácil de recordar.

Por ese cuarto desfilaron decenas de nombres, pero ninguno realmente se sentía como el indicado. Victoria se dedicó a dibujar en silencio, tirada en el piso con sus colores regados por toda la sala.

—¿Qué dices Victoria, andas muy concentrada y calladita, se te ocurre alguno? —preguntó Tamara.

—No, con eso que dijeron solo puedo pensar en mi *nonno*…

No estaba equivocada, aquel personaje tan entrañable resumía a la perfección todo lo que podría significar ese lugar en sus vidas.

—¡Eres una genio, mi amor!

Victoria corrió con Rafael, quien se vio amenazado por una nube de emociones que lo conmovió profundamente.

Oficialmente tenían una insignia y amuleto de buena suerte para «Lolo», la panadería familiar.

El día de la inauguración fue inolvidable por muchas razones. Borough Market se inundó de un olor irresistible a pan recién horneado del que resultaba imposible escapar. El local estuvo a reventar, los londinenses se enamoraron del pan de Rafael a la primera mordida y lo adoptaron rápidamente como parte de su canasta básica.

No podían creer la cantidad de gente que había en el

local. Rafael, Candelaria, Tamara e Inés pasaron todo el día atendiendo, vendiendo y horneando pan en simultáneo. El cansancio era directamente proporcional a su euforia ante el éxito.

Antes de bajar la cortina, llegaron dos últimos clientes al local. Eran unos mellizos que tendrían si acaso un par de años más que Victoria, debían estar rondando los once años.

Sus miradas eran profundas y parecían alumbradas por la blancura de su piel que contrastaba con sus mejillas coloradas. Al acercarse al mostrador y escuchar a Tamara hablar con Rafael en español, se sintieron más cerca de casa.

—Disculpe, ¿todavía tienen pan?

Tamara se sorprendió gratamente al escuchar su acento.

—¡Qué grata sorpresa encontrar por aquí a un par de paisanos! Bienvenidos a Lolo.

Los niños agradecieron su calidez con un gesto que le resultó extrañamente familiar.

—Ya solo quedan los dos últimos éclairs de chocolate ¿los han probado?

Una sonrisa finalmente se asomó debajo de esas mejillas de melocotón.

—¡Sí! Son los favoritos de papá.

Los niños se miraron y entre ellos acordaron compartir uno y el otro dejárselo a él.

No pudo evitar derretirse de ternura ante su arreglo. Era una lástima que Victoria estuviera dormida en un rinconcito detrás del mostrador, le hubiera encantado que conociera a esos niños.

—Vamos a hacer algo, estos éclairs se los voy a regalar, apostando que a partir de hoy van a ser sus favoritos también y van a venir seguido a visitarnos.

La carita de los niños se iluminó.

—¡Muchas gracias, señora! Seguro vamos a regresar.

—Ay no, por favor no me digan señora, me llamo Tamara. ¿Ustedes cómo se llaman?

—Nicolás

—Emma.

A través del mostrador, Tamara entregó la bolsita de éclairs para después estrechar sus manos cerrando el trato de una nueva amistad. En ese momento, sintió en el aire una mezcla de ébano, cuero, madera, ámbar y cardamomo que se acercaba cada vez más hacia ellos. Ese olor se manifestó en el cuerpo de Tamara cual corriente eléctrica que de inmediato recorrió todo su cuerpo.

—¡Papá! Tenemos una nueva amiga que nos regaló éclairs de chocolate, se llama…

—Tamara Becker —interrumpió aquel hombre alto, canoso y de espalda ancha, embelesado nuevamente por esos ojos de gato imposibles de olvidar.

Ambos quedaron paralizados, como si el tiempo se hubiera detenido en ese segundo. En un arrebato y sin pensarlo, el instinto de Tamara la hizo salir corriendo del mostrador y abalanzarse sobre él para abrazarlo tan fuerte como había querido hacerlo desde hacía tantos años.

Un nuevo aniversario luctuoso de Tali Fink había llegado, y como cada año, Tamara se presentó puntualmente a la Residencia La Paz con un ramo de dalias en mano para visitar a don José, cuya alma parecía tener una cita impostergable con el duelo, pues ese día solía amanecer triste y sin ganas.

A través del tiempo, ese ritual fue más significativo para Tamara que para él, por eso no dejaba pasar ni un solo año sin hacerse presente con las flores favoritas de su madre y pan horneado la noche anterior para rendirle homenaje, muy a su manera, una vez más. La enorme diferencia desde hacía seis años, era ir de la mano de Victoria.

De ser una tarde llena de nostalgia, había pasado a ser un extraordinario pretexto para reunir a la pequeña familia de don José, aunque él no supiera realmente quiénes eran esas personas tan cariñosas que llenaban su cuarto de flores.

Debido a su avanzado Alzheimer, cada vez pasaba más

horas del día sedado, por lo que aprovechaban sus breves lapsos de «lucidez» para poder estar con él. A la única que creía reconocer era a su pequeña Tamara y con eso le bastaba para ser feliz.

Desde que tuvo conciencia, Victoria entendió que el abuelo siempre la confundiría con su mamá y jamás lo contradijo, de hecho, disfrutaba hacerse pasar por ella.

—Tam-Tam, tenemos que preparar el pastel de chocolate para mamá...

Si había algo que unía a Victoria y a don José, era el amor por los chocolates, ese día en La Paz se hacía una excepción en su dieta para darle un permitido.

—Abu, mamá nos hizo unos panes con chocolate que no sabes lo deliciosos que están. Mira, prueba esto.

Victoria metió la mano en la bolsa de pan que había horneado Tamara la noche anterior. Eso de las hogazas de masa madre había quedado en el pasado desde que Rafael le enseñó el arte de la repostería y panadería fina, algo que todos a su alrededor habían agradecido.

Como era de esperarse, Don José no entendía realmente lo que decía Victoria, mas no por eso abandonaba su interacción.

—Por eso, Tam-Tam, vamos a hacerle el pastel con ese betún que tanto les gusta a las dos.

—¡Ah, claro! Tienes razón, mira es este...

Victoria se subió al mundo de su abuelo y compartiendo un poco del suyo al abrir un pan y darle a probar solamente el chocolate con sus dedos. Él podría tener la cabeza en otro planeta, pero sus papilas gustativas vivían en un presente elocuente.

—¡Pero qué bueno te quedó! Con razón les gusta tanto a Tali y a ti, a ver, dame un poquito más…

Ver a don José compartiendo ese momento con su nieta era un deleite para todos los presentes, pero ese día fue especialmente emotivo ante una inesperada declaración.

—¿Te confieso algo pero me prometes que no se lo vas a decir a nadie, ni siquiera a mamá, Tam-Tam?

—Te lo súper prometo —dijo la pequeña con el dedo

meñique listo para entrecruzarlo con el de su abuelo.

—Eres mi persona favorita en este mundo, con nadie me divierto tanto como contigo.

Victoria abrazó fuertemente a su abuelo.

—Te quiero con todo mi corazón, abu.

—Y yo te amo con toda mi alma.

Por el rostro de Tamara rodaron lágrimas de alegría al oír en voz de su padre las palabras que necesitó escuchar cuando era niña. A esa emoción se sumó el recuerdo de ese mismo día siete años antes, cuando, junto con Inés, tomó la decisión de traer a esa niña al mundo.

Una vez que don José se recostó para hacer la siesta, Tamara se acercó a su frente con una ráfaga de besos, no sin antes decirle al oído: «Para mí siempre serás mi persona favorita también, te amo».

Después de abrazar mucho a Martita y platicar un largo rato con ella, Tamara y Victoria emprendieron el regreso al Tándem con el corazón lleno de amor, sin saber que sería el último 22 de octubre que tendrían esa cita impostergable con él.

Pablo logró graduarse de la Facultad de Literatura con mención honorífica, no fue un golpe de suerte sino el resultado de tanto esfuerzo y dedicación; por tal motivo, desde La Máquina se dejó venir toda su familia para acompañarlo en tan importante momento. Cecilia, Emilia, Ana María y su esposo César estaban de visita en la ciudad para compartir el enorme logro de su amado Churi, y de paso, conocer a toda esa gente de quienes tanto les había hablado.

A Lolo le fue imposible esconder su admiración por la belleza de Cecilia y se mostró en todo momento más caballeroso que de costumbre, halagándola de sobremanera con su trato.

Emilia y Candelaria enseguida hicieron migas, rápidamente conectaron al burlarse de lo extremadamente llorón y sensible que podía llegar a ser Pablo, mientras que Ana María y César platicaban con Tamara, Inés y Rafael de

su innegable talento para contar historias.

Al momento de recibir su título y dar unas palabras de agradecimiento, Pablo aprovechó para agradecer a su musa por ayudarle a encontrar su verdadera vocación y por ser su fuente de inspiración para escribir esa tesis que próximamente sería publicada: «Cuentos para Victoria».

—Por ti supe que vine a este mundo a contarle historias a niños inquietos y curiosos como tú. Gracias por siempre ser mis oídos y escuchar todas las noches los cuentos que escribí para ti.

Por primera vez, los papeles se invirtieron y ahora eran las madres de Victoria quienes se pasaban los pañuelos para secar sus lágrimas mientras él sonreía con orgullo desde un escenario.

Al otro día, el Churumbel hizo una larga caminata con Cecilia por su amado barrio, ahí le enseñó todos y cada uno de sus rincones favoritos.

—Mi Churito, no puedo estar más orgullosa de ti, hijo. Te reinventaste y empezaste una nueva vida lejos del pueblo. Todas estas bendiciones te estaban esperando y tú afortunadamente te atreviste a venir a encontrarlas.

Tomó la mano de su madre y la besó como muestra de su amor y agradecimiento.

—Mamita, gracias a ti pude hacerlo. Tú fuiste quien me dio las alas y confió en que podía volar, de otra forma esto no hubiera pasado. ¿Te acuerdas cuando me diste aquella llave del cuarto de huéspedes de tu comadre?

—Cómo olvidarlo, hijo… No sabes cómo me cuestioné si darte esa llave era la mejor decisión, pero me di cuenta de que estaba en mis manos ofrecerte una alternativa para que encontraras la vida que realmente te tocaba vivir, como estaba escrito en las estrellas: este era tu destino. Ese pueblo ya era muy chiquito para ti, hoy que te veo aquí tan feliz, entiendo que no fui yo, sino Dios quien te mandó a este lugar.

—Dios, tu amor y el de mis hermanas.

—Y seguramente también algo tuvo que ver tu padre, que yo sé que te sigue cuidando desde donde está, porque ah, cómo sigue brillando esa mentada estrella todas las

noches…

Pese a estar a plena luz del día, Cecilia miró al cielo dirigiéndose a su difunto marido.

—Mira nada más, Elías, tienes a un hijo con dos carreras terminadas, dos hijas con una carrera, una casada esperando a tu primer nieto y la otra muy enamorada de una persona fantástica. ¡Hoy es un día de fiesta viejo!

—¿Cómo que la Emilia está enamorada? Esa no me la sabía, no me ha contado nada. Necesito saberlo todo.

—¿No la ves? Brilla la condenada, le explotan corazoncitos cuando camina.

—¿Y quién es el afortunado?

—Pues al parecer es una afortunada. No la conozco todavía pero apenas tenga más detalles, te cuento todo. Por lo pronto, me basta con verla enamorada para saber que debe tratarse de una gran persona. Tu hermana siempre ha hecho buenas elecciones en su vida, esta no debe ser la excepción.

Pablo estaba atónito ante la apertura de su mamá con respecto a las preferencias sexuales de su hermana.

—Siendo la mujer de fe que eres, jamás imaginé que serías tan abierta con algo así.

—¡Ay mijito, me extraña! ¿De qué siglo crees que soy? Si no está peleada una cosa con otra, yo lo único que quiero es que ustedes sean profundamente felices, amen y sean amados.

—Lo sé, es solo que siempre asumí que…

—Pues nada Churumbel, no seas retrógrada y no asumas nada. Jamás dudes de que yo voy a apoyarlos incondicionalmente en todo lo que los haga felices… ¡Faltaba más!

Extrañaba tanto a su madre que había olvidado esa capacidad que tenía de ser amor y sabiduría a la vez. Sus miedos y sus propios fantasmas lo habían traicionado, haciéndole pensar que podría ser rechazado si decidiera hacer una vida con otro hombre.

La visita de su familia fue la pieza que le faltaba para cerrar ese capítulo de su vida, ahora estaba oficialmente listo para empezar uno nuevo con un mundo de

oportunidades frente a él y sin pretextos para aprovechar todo lo que ese destino, que tan benévolo había sido con él, le tuviera preparado.

Era un viernes por la tarde cualquiera cuando Tamara, Inés y Victoria regresaron de su tradicional picnic en el parque Mirabent y el siempre entusiasta Ismael las detuvo en la puerta.

—Permítanme un segundo bellezas del segundo piso, tienen correspondencia. Ine, llegó esto para ti.

Al ver el remitente, las manos de Inés comenzaron a temblar, Tamara no pudo evitar notar su nerviosismo.

—¿Todo bien, Nesi?

—Sí… No sé… Sí, todo bien… Supongo. No tendría por qué no estarlo.

Al llegar al segundo piso, Victoria corrió a jugar con Vita mientras sus madres se sentaron en el sillón de la sala del 202.

—Me estás matando, Nesi… ¿Qué pasa?

Inés le dio el sobre, como si no pudiese lidiar con lo que dijera esa carta.

—Ábrela y léemela, por favor.

—¡Es de la Royal Academy of Arts and Literature… ¡NESI! ¡DE LA ROYAL ACADEMY OF ARTS AND LITERATURE! ¿Estás escuchando bien?

Inés parecía un papel traslúcido, no podía creer que recibía noticias de ese lugar otra vez, siempre con la peor sincronía pues aparecían en los mejores y más estables momentos de su vida. Tamara no podía ocultar su emoción.

—Muy bien, dice:

Apreciable María Inés Arango Michaud:

Por medio de la presente queremos informarle que, dado el reciente cambio de administración que tuvimos, hemos revisado por protocolo las mejores aplicaciones que recibimos los últimos años y la suya fue nuevamente…

Tamara hizo una pausa al leer «nuevamente», miró a Inés extrañada pero no quiso deducir nada antes de terminar de leer la carta.

> *elegida para someterse al proceso de evaluación para la beca Esmond. Como sabe, tiene siete días naturales a partir de la recepción de esta carta para confirmar su interés y dos semanas para presentarse a las entrevistas correspondientes al proceso. Quedamos atentos a su respuesta.*

—Mi amora…

Tamara respiró profundamente.

—Me parece que hay MUCHO de qué hablar.

Capítulo VIII

Fue imposible evitar que Tamara, Inés y, por supuesto, Candelaria, se reunieran para hablar de todo aquello que podría ocurrir durante el próximo fin de semana con Sebastián.

Tamara se sabía afortunada de poderlo compartir con ellas. Si hubiera estado sola, probablemente sus nervios no la hubieran dejado en paz.

Al despedirse, Inés tomó sus manos amorosamente, mirándola fijamente a esos ojos casi transparentes que tenían un brillo particular.

—Prométeme que te vas a entregar y a disfrutar del momento, no importa lo que pase después, solo déjate ir.

—Te lo prometo.

—No te quedes con ganas de nada, ¿me oíste? De nada. Apaga el celular, desconéctate del mundo y si te quieres quedar más días con él, aprovéchalos y gocen. Se deben muchos años juntos.

La abogada dejaría de ser ella si no tuviera un «pero» siempre reservado para toda ocasión.

—Bueno, en realidad habrá que ver cuál es su historia…

A veces se asomaba la eterna insegura por ahí pero Inés siempre sabía cómo aplacarla.

—No, no… Esa es justamente la Tamara que no necesitamos empacar para este fin, suelta sin pensarlo.

—Te amo mucho, mi Nesi.

—Yo a ti, incondicionalmente.

Al día siguiente, Tamara despertó ansiosa y emocionada por volver a estar a solas con ese hombre. Tras perderlo, solo el tiempo había podido hacerle entender cuánto lo amaba.

Esta vez fue ella quien lo retó a pasar no un día sino un fin de semana entero juntos y él no puso la menor resistencia, iría a buscarla a las nueve en punto de la mañana del sábado.

Como siempre, Sebastián llegó unos minutos antes. Por inercia, o quizá costumbre, apenas se encontraron no dudaron en besarse como si todos estos años no les hubieran pasado de largo. Tamara podría haber seguido besándolo en la acera por horas, él se detuvo para mirarla de frente, sonreírle y tomar con ambas manos su cara.

—Es como si nada hubiera cambiado...

Tamara inclinó la cabeza acercando su boca a una de sus manos para besarla.

—En realidad todo cambió; pero esto, «tú y yo», se siente eterno.

Sebastián asintió con la mirada y la besó una vez más.

—¿A dónde quiere que me la robe, abogada Becker?

—Al mar, llévame al mar.

—¡Ja! Lo sabía. Me quieres convencer del cambio pero sigues siendo la misma.

Sebastián se había anticipado a planear el fin de semana basándose en la Tamara que conocía: reservó una suite en un hotel boutique a orillas del mar en Brighton Beach.

Lo primero que hicieron apenas cruzaron la puerta de su habitación fue comerse a besos, hasta despojarse de todo; convertirse en uno siempre fue una de sus especialidades.

En medio de una pausa necesaria, Sebastián se levantó de la cama para sacar de su maleta un Abadía Retuerta reserva especial que había guardado desde hacía mucho tiempo con la esperanza de poder beberlo algún día con ella.

Ahí, enredados entre las sábanas, brindaron por ellos,

y dieron lugar a una de tantas conversaciones pendientes que tenían en el tintero.

Tamara arrancó con lo que, a su parecer, era lo más urgente. Sin filtros, sacó de su ser la pregunta que no dejaba de dar vueltas en su cabeza.

—¿Estás casado?

Sebastián la miró sorprendido antes de soltar una carcajada que resonó hasta en las olas del mar. Ella había aprendido a no leer entre líneas, por lo que no iba a parar hasta tener una respuesta concreta.

—¡Abogada Becker! ¿Es en serio que me está usted preguntando esto después de todo lo que acabamos de hacer?

—Es absolutamente en serio —respondió Tamara con un dejo de picardía.

—¿Eso cambiaría algo en estos momentos?

—En estos momentos nada realmente, pero pues… No está de más saber.

Sebastián se fue encima de ella para besarla de nuevo.

—Retiro lo dicho, abogada, esta Tamara es completamente diferente a la que conocí, ella jamás se hubiera metido a la cama con un hombre casado.

Sobrada de mimos pero siempre buscando más, respondió coqueta.

—Para su conocimiento, señor Müller, solo quiero aclarar que con cualquier hombre casado jamás lo hubiera hecho pero con usted, después de todos estos años, no hay lugar para ponerlo en duda.

Sebastián se sintió el rey del mundo y desde su trono, sonrió orgulloso.

—Quédese tranquila que no, no hay una relación ni matrimonio de por medio, no la busqué para divorciarme de nuevo.

No es que estuviera sobrada de angustia al respecto, pero sintió un gran alivio al escucharlo.

—Yo estuve casada siete años, me divorcié el año pasado.

Sebastián jamás vio venir esa declaración y no fue discreto al ocultar su sorpresa y confusión al escuchar

semejante bomba.

—No… No sé qué decirte… ¿Cómo estás al respecto?

Al verlo genuinamente preocupado, Tamara no pudo mantener el misterio por mucho tiempo y se sinceró con él.

—Considerando que me casé con Inés por temas legales para que el despacho nos pagara el *in vitro* de Victoria, puedo decirte que el matrimonio fue una experiencia fantástica y que el divorcio siguió el cauce natural de las cosas al mudarse con ella a Londres, aunque te confieso que me costó entenderlo.

La paz volvió a él.

—Me imagino, ningún divorcio es fácil.

—Coincido, soy muy feliz desde que dejé de lidiar con divorcios ajenos pero no nos distraigamos, siguiente pregunta, señor Müller…

—¡Dispare!

—Si no se casó, ¿cómo fue que se convirtió en papá? Tengo un millón de teorías pero ninguna me cuadra.

Sebastián sonrió al saber que había estado pensando en él desde su encuentro en Borough Market.

—Dígame, ¿qué no le hace sentido, abogada?

—Los tiempos… Tus hijos son más grandes que Victoria.

—¿Cuántas posibles teorías se inventaron Inés y tú al respecto?

Tamara soltó una carcajada.

—Aproximadamente veinte, debo admitir que también Candelaria colaboró.

—¿Y cuál fue su favorita?

Tamara se tapó la cara con la sábana para decirlo.

—Que de pronto apareció una de las «yoguccis» que tanto te encantan para decirte que había quedado embarazada y te presentó a tus hijos ya grandes después de que nos dejamos de ver y por eso no volví a saber nada de ti, porque en realidad tenías una relación paralela con las dos y ya no podías ocultarlo.

Sebastián se sorprendió ante tal culebrón digno de cualquier telenovela turca, aunque dolorosamente para él, la verdad superaba cualquier ficción.

—Me queda claro que Inés está ejerciendo su vocación innata de cuentahistorias; pero desafortunadamente, nada más lejos que eso… ¿Tú te acuerdas de Nina, mi asistente?

Los ojos de Tamara se abrieron más que de costumbre, ¿Sebastián era el padre de los hijos de Nina? ¿Habían mantenido un *affair* durante tantos años?

—¡Claro! ¿Cómo olvidarla? Ahora que la mencionas, la busqué varias veces hace unos años pero no tuve suerte. De vez en cuando hablábamos, de hecho, me mandó unas flores hermosas cuando nació Victoria, ahí asumí que, dado que estabas enterado de que mi hija había nacido, tu silencio era la señal que necesitaba para entender que no querías saber más de mí. Pero si eres el papá de sus hijos, ahora entiendo todo…

Sebastián no se detuvo a hacer aclaraciones y siguió con su relato.

—Su esposo, el papá de Nicolás y Emma, fue llamado por el ejército ruso y nunca volvió, Nina se quedó como madre soltera de los mellizos. Cuando cumplieron tres años, le detectaron un cáncer muy avanzado de pulmón ya en estadío final, no pudo ni siquiera tratarlo…

Tamara lo tomó de las manos compasivamente al verlo quebrarse conforme contaba la historia; con cada palabra, su voz se rompía un poco más.

—Se nos fue muy rápido. Antes de partir, me designó legalmente como el guardián y tutor de sus hijos.

Tamara se conmovió profundamente con la historia, lo estrechó fuerte contra su pecho para confortarlo. De todas las cosas que pasaron por su cabeza, no había manera de siquiera acercarse a la tragedia que había sucedido.

—Y así es como me convertí en su papá. La llegada de Nico y Emma transformó por completo mi vida hace ocho años ya, me han hecho revalorar todo lo que alguna vez consideré importante, me entregué por completo a ellos.

—A leguas se puede ver cómo ellos te adoran.

—¿Qué te digo? Solo nos tenemos a nosotros, hago todo lo que está en mis manos para que se sientan muy amados. Esa es la historia, no te busqué porque me faltaran de ganas, sino porque no era el momento de hacerlo, yo

tenía que ver primero por mis hijos y poner los pies en la tierra desde este nuevo lugar. Cuando me enteré de la muerte de tu padre, me sentí listo para acercarme de nuevo. No contaba con que este viaje a Londres sería mucho más largo de lo que planeé pero la idea de llamarte a mi regreso seguía en pie.

Los padres de Sebastián se habían ido a vivir a Londres. El patriarca, al finalizar su séptima década, montó una nueva constructora con tal de seguir haciendo lo que más le apasionaba, confiando en que eso lo mantendría siempre joven y no se equivocó, pero para consolidarla, necesitaba a su hijo cerca. Sebastián viajaba al viejo continente frecuentemente, la mayoría de las veces con sus hijos, aunque el precio para ellos fuera estudiar el doble para no estar en falta con el colegio.

—Se nos cruzó el destino.

—Ya era hora, venía bastante demorado.

Ahí, entre sus brazos, Tamara entendió que cada cosa que sucedió en el camino había sido un plan perfecto para que sus vidas convergieran en el mejor momento posible.

Sebastián no tuvo reparo en preguntar absolutamente todo lo que quería saber de ella, desde su maternidad compartida con Inés, su matrimonio, la muerte de su padre, su renuncia al despacho, la historia de la panadería y por supuesto, su estatus amoroso actual.

Tamara respondió sin prisa a todas y cada una de sus inquietudes a lo largo del fin de semana al igual que hizo él con todo lo que a ella le fue surgiendo en el camino. La combinación de amigos y amantes siempre fue infalible en ellos, todo indicaba que tenían que recorrer su propio rumbo en paralelo para poder desnudar sus almas con la suficiente madurez y dejar a un lado el ego sin miedo.

Después de tres días de amarse durante cada una de sus horas, pese a no haber hecho ningún tipo de acuerdo tácito ni mucho menos hablado de un potencial futuro como pareja, por primera vez Tamara y Sebastián se despidieron amorosamente con la certeza que solo brinda el amor maduro, sabiendo que esos días habían sido solo el principio del capítulo que escribirían de una nueva historia

juntos, la gran diferencia es que ahora estaban dispuestos a ir descifrando la trama un día a la vez.

Aquel verano de tanto amor y risas terminó de manera súbita con un severo golpe de realidad que orilló nuevamente a Inés y Tamara a valorar la fragilidad de la vida en unos cuantos segundos.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde que colgaron el teléfono con Pablo cuando entraron por la puerta del Hospital San Agustín para encontrarse con él y dirigirse de inmediato al área de terapia intensiva, en donde se enteraron que ellos tres habían sido registrados en su seguro médico como su familia directa, lo cual les daba el derecho único de poder entrar juntos a verlo, dada la gravedad de la situación.

Frágil y marchito, en el cubículo del medio, acompañado por el sonido recalcitrante de las múltiples máquinas a las que estaba conectado, reposaba ese roble que a lo largo de tantos años había sido su hogar y refugio. Lolo se había derrumbado.

Inés inmediatamente se quebró al verlo, Tamara transitó el momento con absoluta incredulidad, esto simplemente no podía estar pasando, no ahora.

La única persona que mantuvo todas sus piezas juntas, actuó con claridad y pudo tomar las mejores decisiones en torno a Lolo, fue Pablo, quien mostró total entereza.

Sentada en un banquito junto a la cama de Lolo, tomó su mano para besarla y hacerle saber su presencia, Inés necesitaba saber cuál era su verdadero estado.

—Dinos la verdad Neruda, por favor. Aunque duela en el alma, necesitamos saber qué está pasando realmente y cuál es el pronóstico.

—Fue un derrame cerebral importante, lo tuvieron que operar para aliviar la presión en el cerebro. Está en coma inducido mientras se recupera de la operación; hasta que no despierte no sabremos realmente las lesiones que tuvo.

—Entonces es un hecho que va a despertar, ¿verdad? —preguntó Tamara temerosa.

Pese a su ilimitada imaginación, Pablo era incapaz de

inventar posibles alternativas para hacerles el momento más llevadero.

—Tenemos fe en que así sea mi Tama, pero no es nada seguro. Cuando los doctores lo consideren prudente, poco a poco van a ir bajando los medicamentos para ver su reacción. Extubarlo sería el siguiente paso.

Tamara, en un intento por no aceptar otra pérdida potencialmente catastrófica en su vida, por primera vez se mostró optimista, su nuevo y potente método evasivo para sobrellevar las situaciones adversas.

—Va a estar bien, él es fuerte y va a despertar muy pronto como si nada, van a ver…

Por más que lo intentó, Inés no logró conectar con la confianza que mostró Tamara, por el contrario, sintió que la situación era un aviso de su alma diciéndole que pronto tendría que despedirse de ese inmenso pedazo de su corazón.

Mientras Lolo dormía, los días pasaron más lentos que de costumbre. Isma y Martita diariamente hacían una aparición por el hospital, para llevar comida y acompañar un rato al guardia nocturno.

Una vez que Pablo, Tamara e Inés se pusieron al tanto de todo lo sucedido en los meses pasados, hicieron un sinfín de planes imaginarios con Lolo para cuando despertase.

—Me preocupa que los doctores dijeron que una de las probables secuelas es que tenga dificultad para caminar. De ser así, vivir en su casa le va a resultar muy complicado…

Inés respondió de inmediato sin titubear.

—No pasa nada, se mudan al Tándem y rentan la casa, nadie mejor que ustedes para ocupar el 202. Ahí tiene elevador y mi departamento es muy cómodo. Independientemente de que una enfermera y Martita vengan a apoyarnos para cuidarlo, Isma está todo el día. Van a tener mucha más ayuda ahí ,Neruda.

—¿Y si regresan ustedes de Londres?

—Pues nos vamos a la casa y listo, tú tranquilo, que aquí todo tiene solución.

Pablo agradeció infinitamente su apoyo. Era un hecho

que él no podría estar dedicado a cuidarlo de tiempo completo, menos ahora que había empezado a dar clases de Literatura por las mañanas y en las tardes.

—Por supuesto, también cuentas conmigo —dijo Tamara.

—¿Ya te vas a dignar a regresar por fin? —dijo un Pablo que no por mostrar su inmensa resiliencia ante esta situación, dejaba de ser él. Tamara sonrió por primera vez en esos días.

—Claro, mi rey, no te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Pero si ya tienes una panadería allá, encontraste el amor y todo… ¿A qué regresas?

—¿Cómo que a qué regreso? ¡A estar contigo y con Lolo! Además, la Nesi y yo acordamos que Victoria va a cursar este año escolar aquí, así que ahora será al revés y tendremos a la Inecedades de visita más seguido por el barrio.

Inés confirmó las palabras de la abogada, esa sí que era una gran noticia para Pablo.

—Así es, mi Neruda… Por eso más le vale al *nonno* recuperarse pronto, porque vienen cosas increíbles para nuestra pequeña familia.

—Ni tan pequeña ya, con tanto integrante nuevo, en cualquier momento vamos a necesitar comprar más sillas para el comedor.

Si bien, especialmente ahora, Lolo era su motivo principal para volver, Tamara tenía razones lo suficientemente poderosas para no radicar definitivamente en Londres y nada tenían que ver con Victoria, Inés, el negocio o Sebastián.

Los doctores decidieron hacer el primer intento por extubar a Lolo el siguiente lunes; de lograrlo, tendría el alta de terapia intensiva. Una vez despierto podrían empezar a medir el daño cerebral del episodio y sus respectivas secuelas.

El domingo, la guardia nocturna le correspondió a Pablo, por lo que Tamara e Inés pasaron la noche en la increíblemente cómoda cama king size del 201.

—¿Tú crees que él esté bien?

—No sé, mi amora, tengo mucho miedo.

—Yo también. No puedo pensar en una vida sin Lolo.

—Ni yo... Nunca pensé que pudiera pasarle algo, ¿sabes? Siempre he sentido que el día que se nos vaya, va a ser de muy, muy viejito…

—Así exactamente te imagino yo a ti, mi Nesi, siendo muy pero muy viejita, volviendo loca a Victoria con toda tu necedad.

Inés examinó a Tamara de arriba abajo.

—A ti, con ese pacto con Dorian Grey que tienes, es imposible imaginarte de viejita. Mira nada más, apenas y se asoma una que otra cana en ese pelito corto…

Había algo de verdad en eso, pero no era momento para ahondar en el tema.

Ya era tarde, les esperaba un lunes intenso y ambas necesitaban estar al cien. Antes de apagar la luz, Tamara se pasó con un vaso de agua el contenido de su pastillero nocturno del día domingo. Inés notó que la cantidad de pastillas había aumentado considerablemente.

—¿Ves? Además con la cantidad de suplementos, vitaminas, antioxidantes, prebióticos, probióticos y demás cosas que tomas, es imposible pensarte como una jirafa arrugadita.

—¡Ja! Punto a mi favor… Buenas noches, Nesi.

Al apagar la luz, brotó la honestidad.

—Dulces sueños, mi amora. Lo único que agradezco de toda esta situación de mierda son estos días juntas, como en los viejos tiempos.

—Es exactamente lo que estaba pensando, te extrañaba mucho.

—Yo a ti.

El valor que se le da a una mirada aumenta exponencialmente después de tanto extrañarla. En el momento en que Lolo abrió los ojos, un pedacito de alma volvió al cuerpo de Pablo, Inés, Tamara, Ismael y Martita.

Después de un largo rato, la voz adormecida y

lastimada de Lolo finalmente se volvió a escuchar. Ninguno de los presentes pudo entender lo que quería decir hasta que el médico le preguntó si lo que pedía era agua, a lo que él respondió con un parpadeo.

Lolo estaba de vuelta, pero distaba mucho de ser el que conocían.

Aún incrédula, Inés releyó varias veces la carta de la Royal Academy of Arts and Literature que acababa de llegar. Tamara jamás la había visto tan nerviosa como aquel día, ni siquiera cuando estaba a punto de parir.

—Nesi, no estoy entendiendo absolutamente nada… Dime por favor qué está pasando.

Tamara puso agua a calentar para hacer un té e intentar tranquilizarla. Inés temblaba, apenas y podía hablar.

—Es una historia larga…

—Tenemos tiempo de sobra.

—Tú sabes que estudiar ahí siempre fue mi sueño desde niña pero las circunstancias nunca me lo permitieron. Cuando me obligaron a hacer reposo total con el embarazo de Victoria, mis hormonas enloquecidas y yo pensamos que sería una gran idea aplicar para una beca, sabiendo que tenía absolutamente todas las de perder y una chance ínfima, dada mi edad y momento de la vida.

La tetera empezó a pitar, Tamara preparó dos manzanillas; se limitó a escucharla atentamente sin interrumpir.

—Cuando Victoria tenía seis meses, me llegó una carta como esta.

Tamara abrió los ojos como si fuera a devorarla de una mordida con su mirada.

—Tengo muchas ganas de ahorcarte sin piedad en estos momentos, Inés… ¿Cómo es posible que no me hayas dicho nada?

—Era un hecho que no iba ir, en ese momento no podríamos habernos movido a Londres con Victoria tan chiquita ni hacer el gasto solamente para quitarme de

dudas infantiles, no tenía ningún sentido. No te dije porque sabía que me ibas a tratar de convencer de ir.

—¡POR SUPUESTO QUE LO HUBIERA HECHO! Al menos eso lo tenías claro.

—Llamé directamente, expliqué la situación y lo honrada que me sentía por estar entre las finalistas. Me dijeron que de haber otra posibilidad más adelante de volver a aplicar, me lo harían saber. No volví a saber de ellos hasta hoy.

Tamara respiró profundamente antes de hacer la pregunta que lo cambiaría todo.

—¿Y hoy qué quieres hacer, mi Nesi?

Por más que intentó disimular, la ilusión traicionó a Inés.

—Si por mí fuera, ya mismo estaría preparando el viaje a Londres, pero soy realista, mi amora, y sé que no tiene caso. De entrada, sé que las probabilidades de que resulte la ganadora de esa beca son mínimas por mi edad, en segundo lugar, de quedarme, no es como que pueda de un día para otro mover mi vida a Londres, qué haríamos con Victoria, mi relación con Rafael, nuestra familia… Todo sería un caos. Es más fácil así, y créeme que prefiero quedarme con la idea de que esto simplemente no es para mí, que el momento de hacerlo ya fue hace mucho tiempo.

Tamara hizo una pausa para ir a su habitación, no tardó mucho en volver.

—Revisa tu correo, Inecedades.

—¿Qué hiciste?

Inés gritó eufórica al ver en su celular la notificación de la compra de un boleto de avión a Londres a su nombre.

—¡Estás loca, Tamara!

—Sí señora, por eso somos amigas. ¿Tú de verdad crees que voy a permitir que te quedes con la duda de qué hubiera pasado si ibas a Londres? Esto te lo debes a ti, a todo lo que has trabajado a lo largo de estos años, a la Inés chiquita que montaba obras de teatro con sus muñecas, a tus abuelos… Ve a brillar como solo tú sabes en esas entrevistas.

Inés la abrazó con tal efusividad, que casi le rompe

una costilla.

—Pero y qué vamos a hacer si me quedo… Nos cambiaría todo.

—Primero ve, vive la experiencia, aniquila a los otros dos en las entrevistas y quédate con esa beca. Ya sobre eso, vamos trazando el plan de acción, de este lado vas a contar con todo mi apoyo para lo que sea que necesites.

Tamara disparó una tierna ráfaga de besos en la frente de Inés.

—Ya es hora de que tú misma dimensiones lo inmensamente talentosa que eres y lo compartas con los demás.

Se abrazaron fuerte, con ese amor de hermanas en las que la vida las había convertido.

Capítulo IX

—¿Estás segura de que llevas todo?

Le lanzó la mirada cuarenta y siete, la fulminante.

—No me hagas esa cara, Nesita, tú y yo sabemos que siempre hay algo que se te olvida y soy yo el que tiene que salir volado a llevártelo.

Inés respondió con confianza y sin titubeos.

—Estoy diez mil por ciento segura, llevo todo, absolutamente todo.

Rafael sonrió mientras sacaba algo de su bolsillo que Inés no alcanzó a distinguir por no traer sus lentes para ver de lejos.

—¿Y este pasaporte?

Su instinto la obligó a perseguir a Rafael por toda la casa hasta alcanzarlo.

—Tú me escondes a propósito las cosas, confiésalo…

—No, tú confiesa… ¿Me vas a extrañar?

—Para nada, cero… o quizás un poquito.

Rafael la besó con todo su amor por ella.

—¡Así me gusta! Ahora vámonos que se les hace tarde.

A unas cuantas cuadras, Tamara cerraba su hermosa Isabel XII y se despedía de Victoria como si fuera a emprender un largo viaje sin retorno.

—Te sueles portar demasiado bien, así que, por favor, pórtate un poco mal, solo un poquitito, no importa qué hagas, cuídate mucho, sé una buena niñ…

—¡Mamá!

Tamara había amanecido feliz y especialmente histriónica esa mañana, como si fuera ella la actriz de la familia.

—Perdón… Tienes razón, fui una loca. Sé una buena MUJER, eso ante todo, sé una buena persona, hija. Eso te va a abrir todas las puertas en tu vida… Menos la de esta casa, para eso ya sabes que «papa» tiene una copia, te cruzas y se la pides. Hay comida a reventar solo para que la calientes, te alcanza para sobrevivir aproximadamente un mes, aunque si se te pega Pablo, no pasas de los tres días.

Victoria no pudo evitar reírse de las instrucciones de su madre.

—¿Y si hago ayuno intermitente?

—Entonces te alcanza hasta navidad; con un poco de suerte, encuentras pavo y bacalao que guardé el año pasado.

La nada pequeña no tuvo más remedio que atacarla con un sinfín de besos ante la despedida épica que su madre le estaba regalando.

—Má, quédate tranquila, es solo una semana. Además, aquí están Rafa y «papa», no es como que me voy a quedar sola.

—Ah qué bueno que me recuerdas, jamás permitas que tu mundo dependa de un hombre, acuérdate de eso también.

Cuando se escuchó a sí misma decir eso, no pudo evitar soltar una tremenda carcajada que se sincronizó con la risa siempre contagiosa de Victoria.

El sonido de un claxon conocido se escuchó por la ventana.

—Anda, que ya llegaron por ti.

—Pueden esperar un minuto, ahora ven y abrázame como si estuvieras desesperada por un permiso que no has logrado negociar.

Victoria la abrazó con todas sus fuerzas mientras Tamara aprovechó para inhalar una vez más el olor de su hija y llevarlo consigo. Pese a estar casi de su tamaño, seguía conservando la misma esencia de cuando era niña.

—Hasta las estrellas juntas, ma.

—Hasta el fin de todas las galaxias ida y vuelta, mi sol.

—¡Buen viaje!

Con la ilusión que acumularon durante años, Inés y Tamara se embarcaron en una nueva aventura, escapando de sus respectivas obligaciones para finalmente navegar por el archipiélago de las Cícladas hasta la perla anhelada: Sifnos.

No era la isla más turística de Grecia ni tampoco la más popular pero no dejó de sorprenderlas, ese lugar era todo lo que habían imaginado y más.

En Sifnos reina la paz, los paisajes hermosos, los pequeños comercios, tabernas varias y terrazas, mismas que se encargaron de recorrer degustando en repetidas ocasiones, y hasta el empacho, los platos típicos de la región maridados con todos los cocteles de ouzo existentes, que dieron pie a interminables conversaciones entre ellas. El «hubiera» fue uno de los temas más recurrentes.

—¿Qué crees que hubiera sido de ti si no te hubieras divorciado de Gerardo?

Inés hizo una mueca de asco, pero aparentemente lo tenía claro. No titubeó en responder.

—Tendría ocho perros, adoptaría a algún hijo no reconocido que hubiera tenido por ahí para guardar las apariencias, sería parte de algún culto y seguramente también tendría una adicción para sobrellevar mi vida infeliz, como a las pastillas o algo así… O sea, sería una especie de Lalina pero remasterizada…

Tamara no estaba del todo segura.

—Ay no Nesi, ni en el peor de los escenarios te imagino remotamente parecida a esa señora que ya descan…

Inés no pudo evitar interrumpirla con una carcajada.

—Hasta crees que está descansando en paz, con el coraje que debe haber hecho cuando llegó al infierno después de jurarse la mejor y la más perfecta mujer del mundo, ahí te encargo… Es que puedo imaginarme su voz nasal prepotente exigiendo a San Pedro que la dejara pasar: «Te estás equivocando, ¿qué no sabes quién soy? Soy Lalina

Michaud —Inés tronó los dedos como lo hacía su madre—, y quiero hablar con tu supervisor…. ¡PERO YA!».

No pudo evitar reírse pese a que no dejaba de sorprenderle la frialdad de Inés ante la reciente muerte de su progenitora.

—Esa señora me dio la vida pero nunca fue una madre para mí, te confieso que cuando supe de su partida pude soltar por fin el miedo de que regresara para hacerles daño a ti o a Victoria, ¿puedes creerlo?

—Solo puedo agradecer que lograste entender lo tóxica que era para ti y pudiste hacer una vida lejos de ella. Fuiste muy valiente, mi Nesi.

Inés levantó su copa para brindar por eso.

—¡Salud! Por las relaciones tóxicas de las que pudimos huir.

—Uff… ¡Salud por eso!

—Ahora cuéntame tú qué hubiera sido de ti de seguir casada con David.

—Seguramente yo sería una hipocondríaca refugiada en las cirugías plásticas para evadir embarazarme y tendría todo hecho y rehecho dos veces…

Tamara hinchó los labios, sacó el pecho y se respingó la nariz…

—Como si lo necesitaras, embustera…

—Déjame imaginar mi propia infelicidad, yo no me metí en la tuya… Mi primer *affair* hubiera sido con Sebastián; y David obviamente nos hubiera descubierto… y perdonado después.

—Naaa… Por lo que me has contado, ese hombre era un pan mas no un pendejo.

—¡Por eso! Es tan inteligente, que se hubiera sentido orgulloso de que mi infidelidad fuera con Sebastián en vez de con cualquier fulano, de ahí el perdón.

—Ajá, seguramente te hubiera dicho: «Gorda, no te preocupes, yo también hubiera caído con ese adonis multimillonario» y hubiera besado tus labios gruesos y siliconeados.

Las carcajadas de Tamara lograron que el resto de los comensales las voltearan a ver.

—Exactamente, pero beso sin lengua.

—Obvio. ¿Te acuerdas cuando estabas segura de que a ti no te había tocado ningún boletito en la «rifa del amor»? Mírate nada más…

—Reconozcamos que las probabilidades de reencontrarme con Sebastián y ser novios a estas alturas de la vida, eran mínimas, Nesi.

—¿Y eso no te parece suficiente boleto ganador?

—No lo había pensado así, pero tienes razón… Somos independientes, nos procuramos, convivimos cuando tenemos ganas y disfrutamos a lo grande. Ya sabes que yo tengo la teoría de que ese hombre cuando se confía…

Inés no podía creer lo que estaba escuchando.

—No, no… Esto es un *deja vú* de la Tamara rígida y aferrada a sus ideas. ¿Es en serio que después de todo lo que te ha demostrado en estos años sigues creyendo eso?

Tamara respondió con la inocencia de una niña descubierta en plena travesura.

—¿Te digo la verdad? No, pero me hace sentir joven otra vez decírselo, él solo se ríe y me da por mi lado.

Así transcurrieron los días, entre recuerdos, añoranzas, carcajadas, bailes y largas caminatas. La regla de oro durante su estadía en Grecia fue entregarse al placer sin prisas, y la respetaron al pie de la letra.

El regreso de Inés y Rafael a casa no había sido fácil, entre su nuevo puesto como catedrática en Literatura Inglesa y Artes Dramáticas en la Universidad Nacional y las dos nuevas sucursales que Tamara y Rafael abrieron de «Lolo», no habían tenido la oportunidad de desacelerar. Estaban verdaderamente agotadas, en especial Tamara, pese a haber delegado toda la responsabilidad del negocio a Rafael.

Una tarde, vagando sin rumbo por la isla se encontraron con una imponente cúpula azul que llamó particularmente su atención, se dirigieron hacia ella. Por venir hablando, Inés no se percató de que Tamara necesitaba un descanso; al parecer, el calor y la altura estaban jugándole una mala pasada, pero difícilmente lo aceptaría.

—Mi amorcita, ¿y si paramos aquí?

Estaba muy agitada, como si en una de las subidas prolongadas hubiera perdido la condición física que al paso de los años seguía manteniendo.

—No, sigamos hasta el mar.

—¿Estás segura? ¿Necesitas algo?

Inés sacó una botella de agua helada que llevaba en la bolsa.

—Al menos toma un poco de agua.

A falta de aire, Tamara agradeció con una sonrisa el gesto y dio unos cuantos sorbos que la ayudaron a seguir.

Bajaron lo que en esos instantes pareció una eternidad de escalones hasta llegar a una hermosa laguna de aguas turquesas, cuyas piedras poco a poco se fundían con el azul intenso del Mar Egeo.

—¿Te animas a nadar? El agua se ve deliciosa, nos va a venir bien.

—No, quedémonos aquí. Mira, esta me gusta.

Tamara señaló una piedra grande en donde Inés se sentó y ella pudo recostarse en sus piernas. Tal y como lo había hecho otras veces, le hizo cariñitos en la cabeza esperando poder darle un poco de alivio, era evidente que no la estaba pasando bien.

—Mi amorcita, ¿segura que estás bien?

—Solo necesito descansar un poco. Esto es perfecto.

Contemplando el paisaje, Inés no pudo evitar pensar en su amada Victoria y en las ganas de llevarla un día ahí.

—Todavía no se lo merece —dijo la abogada en tono sarcástico.

—Tienes razón, ha crecido demasiado rápido. He intentado prepararme mentalmente desde que nació para estos momentos, pero el otro día que la vi comprando chicles de menta por gusto, supe que nuestra niña se fue. ¿Todavía podemos castigarla por eso?

—Por supuesto, eso es digno de un severo castigo. ¿En qué momento pasaron tantas cosas, mi Nesi? Puedo cerrar los ojos y acordarme como si fuera ayer de aquel temblor y míranos aquí…

—Ese día te hablé de este lugar por primera vez.

Tamara sonrió al recordarlo.

—Y tenías razón, uno no se puede morir sin conocer Sifnos. Menos mal que nos animamos a venir… prácticamente veinte años después. ¿Te acuerdas cuando te ibas a mo…?

Inés no perdió oportunidad de aclarar el punto por vez número mil.

—CUANDO ME MORÍ, TAMARA, te recuerdo que fueron cuatro minutos.

—Cuando te moriste, pues. Nunca te pregunté qué sentiste…

En realidad, todo pasó tan rápido y fue tan intenso, que Inés tampoco se había detenido a reflexionar sobre el cúmulo de sensaciones que experimentó.

—Sé que te puede parecer raro, pero sentí una paz profunda y sumamente cómoda, como si fuera una trampa de la misma muerte para quedarme ahí. Pensaba en Victoria, en la tristeza desgarradora de no poder besarla y abrazarla, de ver sus manitas, conocer su voz, pero a la vez, me dio mucha tranquilidad saber que tú ibas a amarla y a cuidar de ella como nadie en el mundo podría hacerlo. Todo esto mientras escuchaba a los doctores y el ruido del quirófano a lo lejos, pero de cerquita, escuchaba a mis abos susurrarme al oído que todo iba a estar bien.

Inés miró a Tamara a los ojos, se veía particularmente hermosa a la luz del atardecer de Sifnos.

—Cuando desperté, el primer recuerdo que tengo es el de este par de ojitos de gato y tu voz de campanita diciéndome que teníamos una hija sana y preciosa.

No pudo evitar quebrarse mientras las lágrimas rodaban por las mejillas de Tamara.

—En ese momento, agradecí tanto a Dios por nuestra hija, por ti, por tu amor, por tu generosidad, por lo inmensamente afortunada que fui al encontrarte, por nuestra complicidad, por tener el valor de cambiar radicalmente nuestro futuro juntas, por darnos la oportunidad de hacer una vida maravillosa juntas y cumplir juntas sueños que creíamos imposibles.

Profundamente conmovida, Tamara tomó la mano de

Inés y sin soltarla, la llevó a su corazón, respondiendo entre sollozos.

—Mi Nesi amada, gracias por darme la mano y nunca soltarme, por salvarme de mí misma, por ser la mejor compañera que pude elegir para ser madre, por nuestras carcajadas que por mucho superaron a las lágrimas, por ayudarme a encontrar mi mejor versión, por ser mi alma gemela en esta vida… Esto que tenemos, este vínculo de tanto y tanto amor, me ha hecho sentir la persona más afortunada del mundo.

Inés se agachó para besar su frente mientras apretaba fuerte su mano.

—Eres uno de los grandes amores de mi vida, Tamara Becker.

—Y tú el mío.

—¿Qué sería de mí sin ti?

Tamara hizo una larga pausa antes de responder.

—Vas a estar bien.

Ahí, tendida en su regazo y arrullada por el vaivén de las olas del Mar Egeo, cerró los ojos mientras una sonrisa nacida desde el fondo de su alma se dibujó en su rostro.

Capítulo X

El 24 de diciembre por la noche, tal y como lo habían prometido, todos y cada uno de los integrantes de la familia se reunieron en el 201 del Tándem para celebrar una navidad inolvidable.

El árbol estaba por demás espectacular, al pasar de los años se había ido llenando de más adornos; cada uno de ellos contaba una historia diferente que Victoria ahora narraba a los pequeños invitados que corrían alrededor de él como ella lo hacía cuando era niña; no en vano, fueron los primeros en llegar de la mano de sus padres: Ismael y Angélica.

Candelaria los recibió quejándose involuntariamente por haber sido elegida como la pinche oficial y tener que pelar y cortar todos los insumos necesarios para el festín desde el día anterior, Victoria y Pablo se turnaron para ayudarla, pero ella jamás lo reconocería. Eso hablaba de lo superada que estaba ya su relación con Isma, pese a ya no tener contacto y vivir en diferentes países, siempre estarían unidos por un hilo invisible ante los demás. Cada vez que lo veía jugar con sus hijos, reafirmaba que su decisión había sido la correcta, lo mismo pensaba él cuando Martita le contaba de lo feliz que era en Londres tras haber decidido quedarse cuando Inés y Rafael volvieron.

Martita y Rafael cocinaron todos y cada uno de los platillos tradicionales que año con año preparaban siguiendo las instrucciones de la reina de la navidad de la

familia, quien en los últimos cinco años había perfeccionado un recetario digno de la amante profesional de la comida que era.

Sebastián, Nicolás y Emma llegaron al Tándem con seis botellas de Abadía Retuerta, el eterno novio de Tamara no pudo pensar en una mejor cava para el brindis de esa noche. Al llegar al piso dos, se cruzaron con Pablo, quien aprovechó para pedir la ayuda del joven fortachón para llevar unas cuántas sillas al 201.

Inés fue la encargada de poner la mesa, no solo aprendió con tutoriales en línea a doblar las servilletas en forma piramidal simulando arbolitos navideños, sino que hizo una guirnalda preciosa de nochebuenas que recorría toda la mesa; la luz emanaba de las velas que sostenían los candelabros de plata que habían pertenecido a los Becker por varias generaciones, todo esto al compás del playlist de villancicos de Tamara, que de tanto odiarlo, se había acostumbrado a quererlo.

Lograron fingir que esa era realmente una noche buena para todos hasta que tomaron su lugar en la mesa, fue ahí cuando su irreparable ausencia se hizo aún más presente.

Antes de cenar, imperó la necesidad de hacer un brindis en honor al corazón que los había reunido.

Una vez que el vino estuvo servido, todos levantaron sus copas. Desde la cabecera, Lolo se pronunció con lágrimas en los ojos:

—Por Tamara.

Epílogo

El secreto de mamá fue guardado por el *nonno* Lolo, fue él quien poco tiempo después de que nací finalmente pudo diagnosticar su padecimiento: miocardiopatía hipertrófica, una afección hereditaria que provoca que el corazón se engrose hasta que deja de latir, lo cual pudo explicarnos también la muerte repentina de mi abuela Tali.

Mamá le hizo jurar por la memoria de su mujer y sus hijas que no le diría a nadie y él lo respetó hasta el último de sus días.

La versión de mami es infinitamente más poética, por eso la prefiero. Ella dice que fue tanto el amor que dio y recibió en su vida, que superó la capacidad de su corazón y yo también lo creo.

Solo ella sintió día a día los estragos silenciosos de su enfermedad y aun así se mantuvo estoica para evitar que mi mundo y el de su amada Nesi colapsaran. Convencerla de ir a Londres fue uno de sus más grandes actos de amor, por eso no le fue fácil lidiar con nuestra partida, sin embargo, hizo todo lo que estuvo en sus manos para seguir entre nosotros el mayor tiempo posible.

No pude pensar en un mejor lugar para su descanso que el escenario que fue testigo de tantos momentos inolvidables para nosotros: el parque Mirabent. Sembramos una hermosa gardenia en su honor junto al enorme roble frente a la banca del *nonno* y esparcimos ahí sus cenizas. Unos años después, parte de él le haría compañía desde

aquel árbol; el resto, fue llevado a su amada Calabria, a donde papa lo reunió con Mónica, Carola y Marina en el mar prometido.

Entre tanto dolor y extrañamiento, nos da paz imaginarlos juntos.

Todos los días alguien pasa a visitarlos, si no es Ismael son sus hijos, es Rafa comiendo panes de queso, papa tirándose debajo del roble a mirar al cielo, Caro caminando con sus perritos o Sebastián, que siempre lleva a sus nietos a andar en bicicleta por el parque.

Mami y yo no hemos perdido la costumbre de ir todos los viernes a la hora del almuerzo, extendemos la misma manta vieja de siempre en la banca frente a la gardenia, comemos un sándwich de milanesa y nos ponemos al día, nos hace bien pensar que ella puede escucharnos y es partícipe de nuestra conversación.

Aún hoy, hay veces que me llama llorando para decirme cuánto la extraña; yo solo me limito a escucharla y acompañarla en llanto porque cuando un ser amado se va, no hay palabras de consuelo que alcancen para reconfortar un corazón que perdió a su otra mitad, no importa cuánto tiempo pase. Hay días en que amanece furiosa porque las cosas no tenían que ser de esta manera: el pacto fue envejecer juntas y mamá por primera vez no cumplió con su palabra.

Yo simplemente no puedo creer que no la voy a volver a ver. Han pasado dos décadas desde su partida y sigo pensando que en cualquier momento va a aparecer en la puerta del departamento para animarme a salir a caminar con ella. No importa cuántos años pasen, no hay día en que no la extrañe.

Mamá se ha convertido en todas las navidades, en el olor a pan recién hecho, en las flores más hermosas, en las pijamas de seda más suaves, en los kilómetros que salgo a correr por las mañanas, en todos los mares con sus respectivas olas, en las tardes de otoño y en los mejores días del verano. Ella es mis tres deseos de la lámpara maravillosa pues solo pediría al genio volverla a ver aunque sea una vez más.

No ha sido fácil aprender a vivir con su ausencia, me ha hecho mucha falta en los peores momentos, pero sobre todo en los mejores. No hay alegría que no quisiera compartir con ella ni día soleado en que no daría lo que fuera por poder estar juntas tomando un té mientras escucho sus consejos.

Mi madre murió en brazos de mi madre, fue divinamente poético que eligiera el regazo de quien más amó para trascender, porque vaya que ellas dos se amaron.

Cuando la gente piensa en amor suele relacionarlo con una pareja, la mayoría de las personas siente que su vida está vacía sin romance. La gran enseñanza que me dejaron mis madres es que el amor es amor, el amor es libre, no discrimina y se presenta en diferentes formas. Entender que el gran amor de mi vida puede ser un amigo y no una pareja me ha hecho tomar mejores decisiones en mis relaciones, aunque eso no me ha exentado de cometer errores.

Mis madres me dieron una familia soñada que, al día de hoy, no ha dejado de contenerme y acompañarme ni un minuto, y me legaron las bases más sólidas para formar una propia.

Con tantas mujeres luchando por defender su deseo y derecho de ser o no ser madres, viviendo bajo presión por los estereotipos que les han inculcado y con las campanas de sus relojes biológicos resonando en su ser, sentí la necesidad de escribir sobre ellas, porque con mucho orgullo y con la frente en alto, soy el producto de dos amores de la vida que el destino reunió para desafiar en tándem los planes que tenía para ellas, mis madres, las protagonistas de la historia de amor que aún no se había contado y que el mundo no sabía cuánto necesitaba escuchar.

V. B. A.

Acerca de la autora

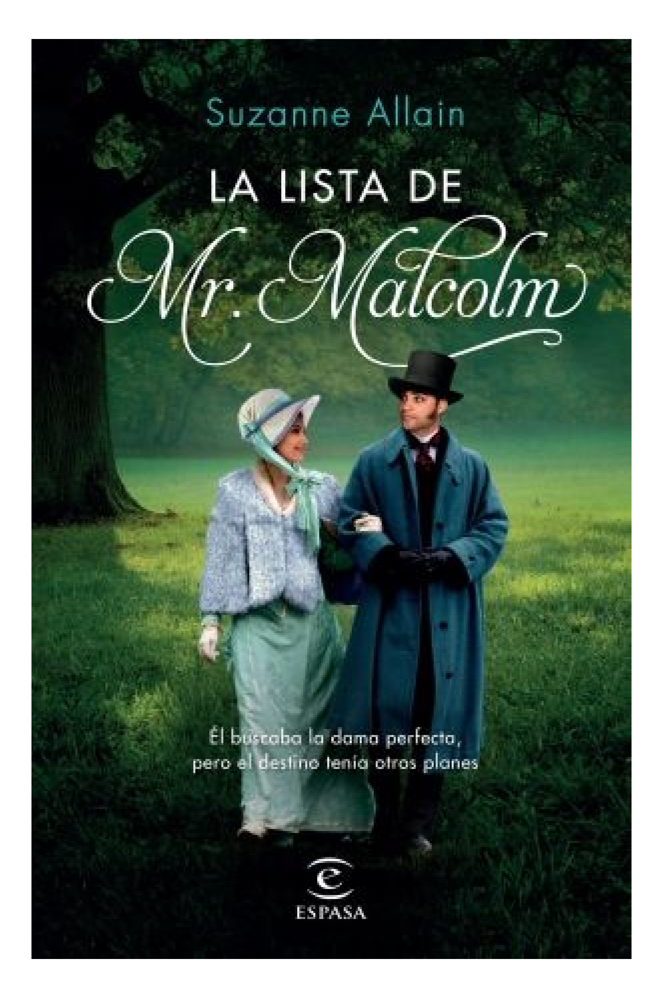
Melissa Mochulske inició su carrera en el mundo de la música como A&R en EMI Music, trabajando con artistas como RBD, Aleks Syntek, Ely Guerra, Fey, Plastilina Mosh, Eiza González y Diego Boneta. Posteriormente, migró al mundo de las relaciones públicas liderando la comunicación de grandes corporativos multinacionales, labor que continúa desempeñando desde el despacho de comunicación Spinto, del cual es socia y cofundadora. En 2020 escribió junto con Verónica Toussaint *5 días en junio,* su primer guion cinematográfico, filmado en 2021 por Eduardo Rossoff. Durante doce años fue locutora de W Radio y hoy es anfitriona de los podcasts *Malinfluencia* y *Bravas*. Melissa publica una columna mensual en *Opinión 51* y es guionista y conductora del proyecto Mi propio negocio, de Editorial Clío. *El corazón de las gardenias* (Espasa, 2024) es su primera novela.

Diseño de portada e ilustraciones: Planeta Arte & Diseño / Horacio Sierra Jardines

Bajo el sello editorial ESPASA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2024
ISBN: 978-607-39-1571-7

Primera edición en formato epub: julio de 2024
ISBN: 978-607-39-1663-9


Suzanne Allain
LA LISTA DE
Mr. Malcolm
Él buscaba la dama perfecta,
pero el destino tenía otros planes
ESPASA

La lista de Mr. Malcolm (Edición mexicana)

Allain, Suzanne
9786070786518
272 Páginas

Julia Thistlewaite está hecha una furia. Ella esperaba casarse con el honorable Mr. Malcolm, pero el aristócrata considera que la joven no está a la altura de llevar su apellido. ¿Y por qué? Porque Mr. Malcolm sabe perfectamente las cualidades que busca en su futura esposa y Julia está muy lejos de cumplir con su lista.

Aunque a Mr. Malcolm sus exigencias le parecen razonables, Julia piensa que el joven es un esnob y merece un escarmiento. Decidida a vengarse de él, Julia acude a la gentil Selina, quien tendrá que interpretar el papel de la dama ideal y cumplir todos los requisitos del joven. Y cuando este caiga rendido a los pies de la bella Selina, ésta deberá rechazarlo, arguyendo que, según su propia lista de requisitos, Mr. Malcolm no es digno de ser su marido pero nuestros protagonistas no cuentan con que el destino siempre tiene otros planes.

RAFAEL GUZMÁN GARCÍA

TU CUERPO TU HOGAR



La longevidad depende de ti

Los hábitos determinan nuestra salud hoy y mañana



ESPASA

Tu cuerpo, tu hogar. La longevidad depende de ti (Edición mexicana)

Guzmán, Rafael
9786073916585
312 Páginas

«No tengas prisa por irte, aprende a ganar unos años más».

El **ambiente** en el que vives, los **pensamientos** que tienes, el tipo de **alimentos** que ingieres, el contacto que mantienes con la **naturaleza**, el **tiempo** que permaneces **sentado o sin moverte** al día, el que estás bajo techo o en el interior, las horas que inviertes en el **sueño nocturno**, el tipo de **agua** y la frecuencia con que la bebes, la **exposición a la luz del sol** a la que te sometes, los **cosméticos** que utilizas, incluida la crema de protección solar, las **relaciones sociales** que mantienes, el déficit de algunas **vitaminas**, el uso de la **tecnología**, etc., **influyen y determinan tu salud mucho más de lo que podrías imaginar.**

Afortunadamente, las patologías adquiridas a lo largo de los años por malos hábitos son reversibles y tienen cierta plasticidad. **Todo lo que hagas y pienses produce un cambio en la expresión de tus genes**, así que enfermar no es en absoluto una cuestión de mala suerte.

Tu cuerpo, tu hogar es un libro disruptivo que te enseña a estudiar y modificar los parámetros de **la gran ecuación: la salud y el envejecimiento**. No heredamos las enfermedades, heredamos las costumbres; si no las quieres cambiar por ti, hazlo por tus hijos y nietos, ya que tus acciones y pensamientos generan marcas epigenéticas que se transmiten de generación en generación. **Todos podemos ser longevos.Vivir más y mejor ya solo depende de ti.**





SU ÚLTIMA ENSEÑANZA:
NUNCA CONFÍES EN NADIE



La maestra

Moreira, Carlos
9786070791239
480 Páginas

La llamada la despertó a medianoche. Elba Esther contestó inquieta, del otro lado de la línea los secretarios de Hacienda y Gobernación insistían en verla: las negociaciones con el sindicato habían llegado a un punto muerto y el presidente deseaba que se reunieran. La recorrió un mal presentimiento, sabía que podría ser una trampa, pero no le quedaba otra opción.

Al día siguiente, abordó el avión privado que la esperaba para llevarla hasta Toluca, de ahí viajaría hacia la capital para desayunar en Los Pinos. Tan pronto tocó tierra, dos oficiales la arrestaron por corrupción.

Esta es una obra de ficción, no obstante, las muertes de periodistas y políticos, la desigualdad social, las mafias, el narcotráfico, la impunidad y la corrupción son tristemente reales.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

RICHARD OSMAN

EL CLUB DEL CRIMEN DE LOS JUEVES

No subestimes el talento de un grupo de abuelos





ESPASA

El Club del Crimen de los Jueves (Edición mexicana)

Osman, Richard
9786070772818
464 Páginas

En un pacífico complejo privado para jubilados, cuatro improbables amigos se reúnen una vez a la semana para revisar antiguos casos de asesinatos locales que quedaron sin resolver. Ellos son Ron, un exactivista socialista lleno de tatuajes y revolución; la dulce Joyce, una viuda que no es tan ingenua como aparenta; Ibrahim, un antiguo psiquiatra con una increíble capacidad de análisis, y la tremenda y enigmática Elizabeth, que, a sus 81 años, lidera el grupo de investigadores aficionados… o no tanto.

Cuando un promotor inmobiliario de la zona es hallado muerto con una misteriosa fotografía junto al cuerpo, El Club del Crimen de los Jueves se encuentra en medio de su primer caso real. Aunque sean octogenarios, los cuatro amigos guardan algunos trucos en la manga.

¿Podrá este grupo poco ortodoxo pero brillante atrapar al asesino?


LIA LOUIS
Ocho horas para enamorarse
¿Y cuántas para descubrir si durará para siempre?
ESPASA